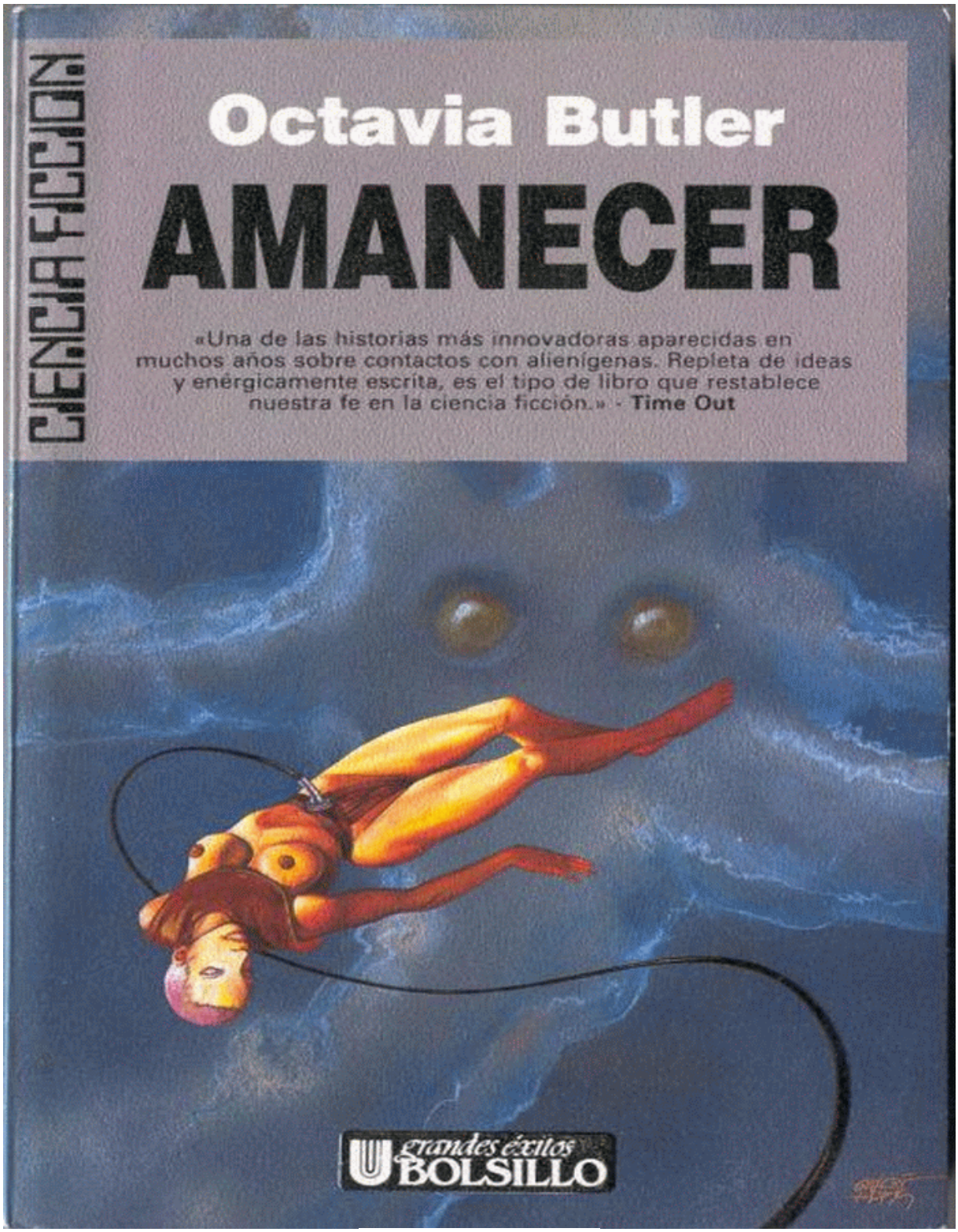
Xenogénesis I, AMANECER
Octavia Butler



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En recuerdo de Mike Hodel, que, a través de su campaña de alfabetización READISF, intentó compartir con todo el mundo el placer y la utilidad de la palabra escrita.

I

MATRIZ

1

¡Viva!

Viva..., de nuevo.

El Despertar fue duro, como siempre. El más definitivo de los desencantos. Era toda una lucha sólo lograr inspirar el aire suficiente como para borrar la pesadilla de la sensación de asfixia. Lilith lyapo yació jadeante, estremecida por lo violento de su esfuerzo. Su corazón latía demasiado fuerte, demasiado aprisa. Se enroscó en torno a él, fetal, inerme. La circulación empezó a volver a sus brazos y piernas en oleadas de diminutos, exquisitos dolores.

Cuando su cuerpo se calmó, y se fue reconciliando con la reanimación, miró en derredor. La habitación parecía estar iluminada de modo tenue, aunque nunca antes se había despertado bajo una iluminación tenue. Corrigió su pensamiento: la habitación no sólo parecía estar tenuemente iluminada, *estaba* tenuemente iluminada. En un anterior Despertar había decidido que la realidad sería lo que pasase, lo que ella percibiese. Naturalmente, se le había ocurrido —¿cuántas veces se le había ocurrido?— que podía estar loca o drogada, enferma o herida. Pero nada de aquello importaba. No podía importar mientras estuviera confinada de aquel modo, mientras la mantuvieran inerme, sola e ignorante.

Se sentó y se tambaleó, mareada, luego se volvió para mirar al resto de la habitación.

Las paredes eran de color claro..., quizá blancas o grises. La cama era lo que siempre había sido: una plataforma sólida, que cedía algo al tacto y que parecía brotar del suelo. Al otro lado de la habitación había una puerta que probablemente daba a un lavabo. Usualmente, la habitación tenía baño. En dos ocasiones no lo había habido y, metida en un cubículo sin ventanas ni puertas, se había visto forzada simplemente a elegir un rincón para hacer sus necesidades.

Fue hasta la puerta, atisbó a través de la uniforme penumbra y comprobó satisfecha que, desde luego, tenía un servicio. Y que éste no sólo contenía el retrete y el lavabo, sino además una ducha. ¡Puro lujo!

¿Qué más tenía?

Muy poco. Había otra plataforma, quizá un palmo más alta que la cama. Podía ser utilizada como mesa, aunque no había silla. Y había algunas cosas sobre ella. Lo primero que descubrió fue la comida. Era el habitual cereal o estofado grumoso, de irreconocible sabor, contenido en un bol comestible que se desintegraría si no se lo comía también.

Y había algo más junto al bol. No pudo verlo claramente, así que lo palpó.

¡Ropa! Un montón de ropa doblada. La alzó de un tirón, se le cayó en su ansiedad, la recogió de nuevo y empezó a ponérsela: una chaqueta de color claro que le llegaba hasta las caderas, y unos pantalones largos y sueltos. Ambas prendas estaban hechas con un material fresco y exquisitamente suave que le hizo pensar en la seda pero que, por algún motivo que no pudo racionalizar, no creyó que fuese seda. La chaqueta se

adhería a sí misma y permanecía cerrada cuando la cerraba, pero se abría con suficiente facilidad cuando apartaba los dos lados frontales. La forma en que se separaban le hizo pensar en el velcro, aunque no veía nada de ese material adhesivo. Los pantalones se cerraban del mismo modo. Desde el primer Despertar hasta ahora no le había sido permitida ninguna ropa. Había suplicado que se la dieran, pero sus captores habían ignorado sus súplicas. Ahora, vestida, se sintió más segura que nunca antes durante su cautiverio. Sabía que era una falsa seguridad, pero había aprendido a saborear cualquier placer, cualquier suplemento a su autoestima que pudiera conseguir.

Mientras abría y cerraba su chaqueta, su mano tocó la larga cicatriz que atravesaba su abdomen. Había aparecido, de algún modo, entre su segundo y su tercer Despertar: la había examinado temerosa, preguntándose qué le habrían hecho. ¿Qué habría ganado o perdido, y por qué? ¿Y qué más le podrían hacer? Ya no se poseía a sí misma. Incluso su carne podía ser cortada y cosida sin su consentimiento ni conocimiento.

La irritaba el hecho de que, durante otros Despertares, hubiera habido momentos en los que, realmente, se había sentido agradecida hacia sus mutiladores por haberla dejado dormir durante lo que fuese que la hubieran hecho…, y por haberlo hecho lo suficientemente bien como para que luego no sintiese dolor ni hubiese quedado disminuida.

Se frotó la cicatriz, trazando su perfil. Finalmente, se sentó en la cama y comió su insípida comida, junto con el bol, más por disfrutar del cambio de textura que por satisfacer ningún hambre residual. Luego, inició la más antigua y fútil de sus actividades: la búsqueda de alguna grieta, algún sonido a hueco, alguna indicación de que hubiese un camino por el que salir de su prisión.

Había hecho aquello a cada Despertar. En su primer Despertar, había estado llamando durante toda su búsqueda. Al no recibir respuesta, había gritado, luego llorado, luego maldecido, hasta que le había fallado la voz. Y había golpeado las paredes hasta que sus manos habían sangrado y se le habían hinchado grotescamente.

No había habido ni un susurro de respuesta. Sus captores habían hablado cuando estuvieron dispuestos, y no antes. Desde luego, no se mostraron: ella siguió encerrada en su cubículo, y sus voces le llegaron desde arriba, como la luz. No se veía altavoz de ningún tipo, del mismo modo que no había ningún punto concreto donde se originase la luz. Todo el techo parecía ser un altavoz y una luz…, y quizá también un ventilador, pues el aire se mantenía ¡fresco. Se imaginó a sí misma en una gran caja, como un ratón de laboratorio en su jaula. Quizás había gente arriba, contemplándola allá abajo, a través de un cristal de un solo sentido o mediante algún vídeo de circuito cerrado.

¿Por qué?

No había respuesta. Se lo había preguntado a sus aprehensores cuando, finalmente, habían empezado a hablar con ella. Habían rehusado explicárselo y, en cambio, la habían hecho preguntas a ella. Al principio simples.

¿Qué edad tenía?

Ventiséis años, había pensado en silencio. ¿Tenía aún ventiséis años? ¿Cuánto tiempo hacía que la mantenían cautiva? No se lo dijeron.

¿Había estado casada?

Sí, pero él se había ido, hacía mucho, más allá de su alcance, más allá de su prisión.

¿Había tenido hijos?

¡Oh, Dios! Un hijo, ido también hacía mucho, con su padre. Un hijo. Ido. ¡Si hay otro mundo, qué lugar tan atestado debe de ser ahora!

¿Había tenido compañeros de camada? Ésa era la palabra que habían empleado, *camada.*

Dos hermanos y una hermana, probablemente muertos junto con el resto de su familia. Una madre, muerta hacía mucho; un padre, probablemente muerto también; diversos tíos y tías, primos y primas, sobrinos y sobrinas... todos probablemente muertos.

¿Qué trabajo había llevado a cabo?

Ninguno. Su hijo y su marido habían sido su trabajo durante unos breves años. Después de que el accidente de coche los hubiera matado, ella había regresado a la Universidad, para decidir allí qué hacer con su vida.

¿Recordaba la guerra?

Tonta pregunta... ¿Podía, alguien que hubiese vivido la guerra, llegar a olvidarla? Un puñado de gente había intentado cometer un humanicidio. Casi lo habían conseguido. Ella había logrado, por puro azar, sobrevivir..., sólo para ser capturada por Dios sabía quién y encarcelada. Se había ofrecido a contestar sus preguntas si la dejaban salir del cubículo. No lo habían aceptado.

Les había ofrecido intercambiar respuestas de ella por otras de ellos: ¿Quiénes eran? ¿Por qué la tenían prisionera? ¿Dónde estaba? Respuesta por respuesta. Se habían negado.

Así que, a su vez, ella se había negado también; no les había dado respuestas, había ignorado las pruebas, físicas y mentales, a las que habían intentado someterla. No sabía lo que le harían ahora. Le aterraba que fuesen a hacerle daño, a castigarla. Pero creía que tenía que arriesgarse a negociar, intentar ganar *algo,* y que su única moneda de cambio era la cooperación.

Ni la habían castigado ni habían negociado. Simplemente, habían dejado de hablarle.

La comida continuaba apareciendo, misteriosamente, cuando se adormilaba. El agua seguía fluyendo de los grifos del lavabo. La luz aún brillaba. Pero, fuera de eso, no había nada ni nadie, ningún sonido a menos que ella lo produjese, ningún objeto con el que divertirse. Sólo estaban las plataformas de la cama y la mesa. Y éstas no podían ser separadas del suelo, por mucho que lo intentase. Las manchas se desdibujaban enseguida y acababan por desaparecer de las superficies. Pasó horas tratando, vanamente, de resolver el problema de cómo intentar destruirlos. Ésta era

una de las actividades que la mantenían relativamente cuerda. Otra era tratar de alcanzar el techo. Nada, sobre lo que pudiera ponerse en pie, la colocaba a distancia de salto del mismo. Experimentalmente, le lanzó un bol de comida..., la mejor arma de que disponía. La comida se estrelló contra el techo, confirmándole que era sólido y no algún tipo de proyección o truco de espejos. Pero quizá no fuese tan grueso como las paredes. Quizá incluso fuera de cristal o de plástico delgado.

Nunca lo descubrió.

Se planteó una tabla de ejercicios físicos, y los hubiera realizado diariamente si hubiera tenido algún modo de distinguir un día del siguiente, o el día de la noche. Tal como estaban las cosas, la hacía después de sus siestas más largas.

Dormía mucho, y estaba agradecida a su cuerpo por responder a sus sentimientos alternativos de miedo y aburrimiento adormilándose con frecuencia. Los pequeños e indoloros despertares de esas siestas empezaron, al fin, a dejarla tan desencantada como lo había hecho el gran Despertar.

¿El gran Despertar de qué? ¿De un sueño inducido por las drogas? ¿Qué otra cosa podía ser? No había resultado herida en la guerra, no había solicitado ni necesitado ayuda médica. Y, sin embargo, allí estaba.

Cantó canciones y recordó libros que había leído, películas y programas de televisión que había visto, historias familiares que había oído, retazos de su propia vida que tan vulgares le habían parecido mientras era libre para vivirla. Se inventó cuentos y argumentó en ambos puntos de vista sobre cuestiones por las que en otro tiempo había sentido pasión... *¡Cualquier cosa!*

Pasó más tiempo. Resistió, no habló directamente a sus captores, como no fuera para maldecirlos. No les ofreció cooperación. Hubo momentos en los que no sabía para qué resistía. ¿Qué iba a perder si contestaba a las preguntas de sus carceleros? ¿Qué tenía que perder, como no fuese la desesperación, el aislamiento y el silencio? Y, sin embargo, resistió.

Llegó un momento en que no pudo evitar el hablar consigo misma, en que le pareció que cada pensamiento que se le ocurría debía de ser dicho en voz alta. Hacía intentos desesperados por estar callada, pero, de algún modo, las palabras empezaban a brotar de ella otra vez. Pensó que perdería la cordura, que ya había empezado a perderla. Se puso a llorar.

Al fin, mientras estaba sentada en el suelo, balanceándose, pensando en volverse loca, y quizá también hablando de ello consigo misma, algo fue metido en la habitación... algún gas quizá. Cayó hacia atrás y se hundió en lo que luego consideraría como su segundo largo sueño.

En su siguiente Despertar, fuera horas, días o años después, sus captores comenzaron a hablar de nuevo con ella, haciéndole las mismas preguntas, como si no se las hubieran hecho antes. Esta vez les contestó. Cuando le parecía, les mentía, pero siempre les contestaba. En el largo sueño había estado su curación: se despertó sin una tendencia especial a decir en voz alta lo que pensaba, o a sentarse en el suelo y balancearse de adelante hacia atrás, pero conservaba sus recuerdos. Se acordaba muy bien

del largo período de silencio y aislamiento, y pensó que incluso resultaba preferible un inquisidor no visto.

Las preguntas se hicieron más complejas. De hecho, durante los Despertares posteriores, llegaron a convertirse en conversaciones. En una ocasión pusieron con ella a un niño..., un pequeño de largo y liso cabello negro y piel marrón humo, más pálida que la de ella. No hablaba inglés, y sentía pánico de ella. Sólo tendría unos cinco años de edad, un poco mayor que Ayre, su hijo. El Despertar junto a ella, en aquel extraño lugar, probablemente había sido la cosa más aterradora que jamás hubiera experimentado el pequeño. El niño pasó muchas de las primeras horas encerrado en el lavabo o apretado contra el rincón más alejado a ella. Le llevó largo tiempo convencerle de que no era peligrosa. Luego empezó a enseñarle inglés, y él le enseñó su propio idioma, fuera el que fuese. Se llamaba Sharad. Ella le cantaba canciones, y él las aprendía al momento. Las cantaba luego, en un inglés casi sin acento, y no comprendía por qué ella no hacía lo mismo cuando él le cantaba sus propias canciones.

Al final, ella aprendió sus canciones. Disfrutaba con el ejercicio. Cualquier cosa nueva era un tesoro.

Sharad fue una bendición. Incluso cuando mojaba la cama que compartían, o se ponía impaciente porque ella no lograba entenderle con la bastante rapidez. No era muy parecido a Ayre ni en aspecto ni en temperamento, pero podía tocarlo. No recordaba cuándo era la última vez en que había tocado a alguien, y no se había dado cuenta de lo mucho que había notado a faltar esto. Se preocupaba por él y se preguntaba cómo protegerlo. ¿Quién sabía lo que le habrían hecho sus carceleros..., o lo que le podrían hacer? Pero tenía tan poco poder sobre ellos como lo pudiese tener él: al siguiente Despertar, había desaparecido. Experimento terminado.

Les suplicó que lo dejasen volver, pero se negaron. Le contestaron que estaba con su madre. No los creyó. Se imaginó a Sharad encerrado a solas en su propio cubículo diminuto, con su retentiva mente embotándose a medida que pasaba el tiempo.

Impertérritos, sus captores empezaron una nueva y compleja serie de preguntas y ejercicios.

2

¿Qué le harían esta vez? ¿Más preguntas? ¿Darle otro compañero? Apenas si le importaba.

Permaneció sentada en la cama, vestida, cansada de un modo profundo y vacío que nada tenía que ver con el cansancio físico. Más pronto o más tarde, alguien le hablaría.

Fue una larga espera. Se había recostado, ya casi dormida, cuando una voz dijo su nombre.

—¿Lilith?—La habitual, tranquila y andrógina voz.

Inspiró, cansina y profundamente

—¿Qué?— respondió. Pero, en el mismo momento en que hablaba, se dio cuenta de que la voz no le había llegado de arriba, como siempre. Se incorporó con premura y miró en derredor. En un rincón divisó la figura de un hombre, alto y de largos cabellos.

¿Era aquel el motivo por el que esta vez le habían dado ropa? Él parecía vestir un conjunto similar. ¿Algo que quitarse cuando ambos hubieran llegado a conocerse mejor? ¡Buen Dios!

—Creo —dijo ella— que usted puede ser la gota que desborda el vaso.

—No estoy aquí para hacerle daño —afirmó él.

—No. Claro que no.

—Estoy aquí para sacarla fuera.

Ahora ella se puso en pie, mirándole fijamente, deseando que hubiera más luz. ¿Estaría bromeando? ¿Burlándose de ella?

—Fuera, ¿para qué?

—Para su educación, para trabajar… Para el inicio de una nueva vida.

Ella dio un paso hacia él y se detuvo. De algún modo, la asustaba. No podía obligarse a sí misma a acercársele.

—Algo anda mal —afirmó—. ¿Quién es usted?

Él se movió un poco:

—¿Y qué soy?

Ella se sobresaltó, porque había estado a punto de preguntárselo.

—No soy un hombre —prosiguió él—. No soy un ser humano.

Ella retrocedió hasta la cama, pero no se sentó.

—Dígame qué es.

—Estoy aquí para explicárselo…, y para mostrárselo. ¿Querrá mirarme ahora?

Dado que ya estaba mirando en su dirección, eso la hizo fruncir el entrecejo:

—La luz…

—Cambiará cuando usted esté dispuesta.

—¿Qué... es usted? ¿Viene de otro mundo?

—De un cierto número de otros mundos. Usted es una de los pocos angloparlantes que nunca consideró la posibilidad de que podía estar en manos de extraterrestres.

—La consideré —susurró Lilith—. Así como la posibilidad de que estuviera en prisión, en un manicomio, en manos del FBI, la CÍA o el KGB. Las otras posibilidades me parecían marginalmente menos ridículas.

El ser no dijo nada. Permanecía absolutamente inmóvil en su rincón, y ella supo, por los muchos Despertares anteriores, que no volvería a hablar de nuevo con ella hasta que ella hiciese lo que él quería..., hasta que le dijese que estaba dispuesta a mirarle y luego, bajo una luz más brillante, le diese la obligada mirada. Aquellas cosas, fueran lo que fuesen, eran asombrosamente eficientes en aquello de saber esperar. Así que, a su vez, hizo que aquel ser esperase durante varios minutos, y él no sólo permaneció en silencio, sino que, además, no movió ni un músculo. ¿Disciplina o fisiología?

No sentía miedo. Ya antes de su captura había superado aquello de que la asustasen las caras «feas». Lo que sí la asustaba era lo desconocido. Pero prefería acostumbrarse a cualquier número de caras feas a permanecer en su jaula.

—Muy bien —dijo—. Veámoslo.

Las luces se hicieron más brillantes, como ella había supuesto que sucedería, y lo que había parecido ser un hombre alto y delgado siguió siendo humanoide; pero no tenía nariz..., ni protuberancia ni ventanillas, simplemente una piel plana y gris. Todo él era gris: piel gris pálido, un cabello de un gris más oscuro en su cabeza, que crecía hacia abajo alrededor de sus ojos, orejas y garganta. Había tanto cabello por delante de los ojos, que se preguntó cómo podría ver. El largo y espeso cabello parecía surgir tanto de dentro de las orejas como de alrededor de las mismas. Por encima, se unía al cabello de los ojos y, por abajo y por detrás, al del cráneo. La isla de cabello de la garganta parecía moverse un poco, y se le ocurrió que podía ser por allí por donde respirase..., como en una especie de traqueotomía natural.

Lilith contempló el cuerpo humanoide, preguntándose cuan parecido a los seres humanos sería en realidad.

—No pretendo ofenderle —le dijo—. Pero, ¿es usted macho o hembra?

—Es un error asumir que debo ser de un sexo con el que usted esté familiarizada —contestó él—. Pero resulta que soy macho.

Bien. Al menos podía atribuirle un género concreto. Era menos molesto.

—Observe —prosiguió él— que lo que probablemente usted ve como cabello no lo es en realidad. No tengo cabello, y lo que realmente tengo no parece gustarles a los humanos.

—¿Por qué?

—Acérquese más y véalo usted misma.

No deseaba estar más cerca de él. Antes, no había sabido qué era lo que la había mantenido alejada; ahora, estaba segura de que era su inhumanidad, sus diferencias, el hecho de ser auténticamente de otro mundo. Descubrió que seguía siendo incapaz de dar un solo paso más hacia él.

—Oh, Dios —susurró, y el cabello..., o lo que fuese, se movió. Una parte del mismo pareció moverse hacia ella como impulsado por el viento..., aunque el aire de la habitación no se movía ni un ápice.

Frunció el entrecejo, forzó la vista para ver, para comprender. Luego, bruscamente, comprendió. Se echó hacia atrás, rodeó la cama corriendo, y se dirigió hacia la pared más lejana. Cuando no pudo seguir más lejos, se apretó contra la pared, mirándole.

Medusa.

Algo del «cabello» se estremeció independientemente, como un nido de víboras sobresaltado, haciéndolas partir en todas direcciones.

Volvió la cara hacia la pared, presa de repugnancia.

—No son animales diferenciados—explicó él—. Son órganos sensoriales. No son más peligrosos de lo que lo puedan ser su nariz o sus ojos. Es natural en ellos el moverse en respuesta a mis deseos o emociones, o a estímulos externos. También los tenemos en nuestros cuerpos. Los necesitamos, del mismo modo que ustedes necesitan sus ojos, orejas o nariz.

—Pero... —de nuevo le hizo frente, incrédula. ¿Para qué iba a necesitar esas cosas... esos tentáculos, para complementar sus otros sentidos?

—Cuando pueda —dijo él—, venga más cerca y míreme. He comprobado que algunos humanos creían ver órganos sensoriales en mi cabeza..., y luego los he visto irritarse conmigo cuando se han dado cuenta de que estaban equivocados.

—No puedo —susurró ella, aunque ahora deseaba hacerlo. ¿Cómo podía haber estado tan equivocada? ¿Cómo podían haberle engañado de tal modo sus propios sentidos?

—Lo hará —afirmó él—. Mis órganos sensoriales no son peligrosos para usted. Tendrá que acostumbrarse a ellos.

—¡No!

Los tentáculos eran elásticos. Ante su grito, algunos de ellos se alargaron, tendiéndose hacia ella. Imaginó unos enormes gusanos nocturnos, estremeciéndose lentamente, moribundos, extendidos a lo largo de la acera tras una lluvia. Imaginó pequeños y tentaculados gusanos de mar, nudibranquios, que hubieran crecido de un modo imposible hasta adquirir tamaño y forma humanos y que, cosa obscena, sus voces sonasen más a ser humano que las de muchos seres humanos. Y, sin embargo, necesitaba oírle hablar. Callado, entonces sí que le parecía absolutamente alienígena.

Tragó saliva.

—¡Escuche! ¡No se quede en silencio, háble me!

-¿Sí?

—Y, ya que estamos en ello, dígame: ¿Cómo es que habla tan bien el inglés? Por lo menos, debería tener un acento poco normal.

—Me ha enseñado gente como usted. Hablo varios idiomas humanos. Empecé a aprenderlos de muy joven.

—¿Cuántos otros humanos tienen aquí? Y, de paso, ¿dónde es aquí?

—Éste es mi hogar. Usted lo llamaría una nave..., una nave muy grande, en comparación con las que construyó su gente. Lo que realmente es este lugar, no lo puedo traducir. Pero, si lo llama nave, la entenderán. Se encuentra en órbita alrededor de su planeta Tierra, en algún punto de más allá de la órbita de su satélite, la Luna. En cuanto al número de humanos que hay aquí..., están todos los que sobrevivieron a su guerra. Recogimos a todos los que pudimos. Aquellos a los que no hallamos a tiempo murieron a causa de las heridas, las enfermedades, el hambre, las radiaciones, el frío... Los encontramos luego, demasiado tarde.

Le creía. En su intento de destruirse a sí misma, la Humanidad había convertido a su mundo en algo inhabitable. Ella había estado segura de que iba a morir, a pesar de que había sobrevivido a las bombas sin sufrir siquiera un rasguño. Entonces había considerado que su supervivencia era cuestión de mala suerte..., la promesa de una muerte más lenta. Y, ahora...

—¿Queda algo en la Tierra? —susurró—. Algo vivo, quiero decir...

—¡Oh, sí! El tiempo y nuestros esfuerzos han ido restaurando su planeta...

Esto la sobresaltó. Consiguió mirarle por un momento sin ser distraída por los tentáculos, que se movían lentamente.

—¿Restaurarla? ¿Para qué?

—Para usarla. Finalmente, usted volverá allí.

—¿Me enviarán de vuelta? ¿Y también a los otros humanos?

—Sí.

—¿Para qué?

—Lo irá comprendiendo poco a poco.

Ella frunció el entrecejo.

—De acuerdo, empezaré ahora. Cuéntemelo.

Los tentáculos de su cabeza ondularon. Individualmente, se parecían más a gusanos grandes que a serpientes pequeñas. Largos y delgados, o cortos y gruesos como..., ¿como qué? ¿Ha cambiado su humor? ¿Presta ahora atención a otra cosa? Apartó la mirada.

—¡No! —dijo él secamente—. Lilith, sólo hablaré con usted si me mira.

Ella cerró una mano en un puño y deliberadamente se clavó las uñas en la palma hasta casi hacerse sangre. Con el dolor de esto para distraerla, se le enfrentó otra vez.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Kaaltediinjdahya lel Kahguyaht aj Dinso.

Ella se le quedó mirando, luego suspiró y agitó negativamente la cabeza.

—Jdahya —dijo él—. Esa parte soy yo. Lo demás es mi familia y otras cosas.

Ella repitió el nombre más corto, tratando de pronunciarlo exactamente como lo había hecho él, para así conseguir pronunciar de un modo correcto el inusitado sonido de la *j* casi insonora:

—Jdahya —dijo—. Quiero saber cuál es el precio de la ayuda de su gente. ¿Qué es lo que quieren de nosotros?

—No más de lo que ustedes pueden darnos..., pero más de lo que usted pueda entender aquí y ahora. Hay cosas que, en un principio, le ayudarán a entenderlo más que las palabras. Hay cosas fuera que tiene que ver y oír.

—Dígame *algo* ahora, lo entienda o no.

Sus tentáculos ondularon.

—Sólo puedo decirle que su gente tiene algo que nosotros valoramos. Podrá empezar a comprender lo mucho que lo valoramos si le digo que, según su modo de calcular el tiempo, han pasado varios millones de años desde la última vez que nos atrevimos a interferir en el acto de autodestrucción de otro pueblo. Muchos de nosotros nos preguntamos si sería bueno hacerlo. Pensamos... que había existido un consenso entre ustedes, que habían estado de acuerdo en morir.

—¡Ninguna especie acordaría tal cosa!

—Sí, algunas lo han hecho. Y unas pocas de las que lo han hecho se han llevado con ellas a naves enteras de nuestra gente. Así que hemos aprendido. El suicidio en masa es una de las pocas cosas en las que habitualmente no intervenimos.

—¿Comprende lo que nos pasó?

—Entiendo lo que les pasó. Me... parece extraño. Para mí, es aterradoramente extraño.

—Sí. Yo también siento algo similar, pese a que se trata de mi pueblo. Fue algo... que estaba más allá de la misma locura.

—Alguna de la gente que recogimos había estado escondida bajo tierra, a gran profundidad. Eran los culpables de mucha de la destrucción.

—¿Aún siguen vivos?

—Algunos de ellos.

—¿Y planean ustedes mandarlos de vuelta a la Tierra?

—No.

—¿Cómo?

—Los que siguen con vida son ya muy viejos. Los hemos utilizado lentamente, aprendiendo de ellos idiomas, cultura, biología. Los Despertamos de pocos en pocos y les dejamos vivir aquí sus vidas, en partes diferentes de la nave, mientras usted dormía.

—Dormía... Jdahya, ¿cuánto tiempo he estado durmiendo?

Él avanzó a través de la habitación hasta la plataforma-mesa, puso una mano de muchos dedos encima y se impulsó hacia arriba, con las piernas pegadas al cuerpo, luego caminó fácilmente sobre sus manos hasta el centro de la plataforma. Toda la serie de movimientos fue tan fluida y natural, al tiempo que tan alienígena, que la fascinó.

De repente, ella se dio cuenta de que estaba varios pasos más cerca y se apartó de un salto. Luego, sintiéndose absolutamente estúpida, trató de regresar. Él se había doblado de un modo compacto, hasta adoptar una posición sentada de aspecto poco confortable. Había ignorado el súbito movimiento de ella..., excepto los tentáculos de su cabeza, que se movieron, todos, hacia ella, como impulsados por un repentino viento. Pareció estar contemplándola mientras ella regresaba, centímetro a centímetro, hacia la cama. Pero, ¿puede contemplar un ser con tentáculos sensoriales en lugar de ojos?

Cuando se hubo acercado a él tanto como pudo, se detuvo y se sentó en el suelo. El quedarse donde estaba era lo más que podía hacer. Subió las rodillas hacia su pecho y las abrazó con fuerza.

—No comprendo por qué... le tengo tanto miedo —susurró—. Miedo a su aspecto, quiero decir. No es usted tan diferente. En la Tierra hay..., o había, algunas formas de vida que se parecían algo a usted.

Él no contestó.

Ella le miró con fijeza, temiendo que hubiese caído en uno de sus largos silencios.

—¿Está usted haciendo algo aquí? —preguntó—. ¿Algo que yo no conozca?

—Estoy aquí para enseñarle a estar cómoda con nosotros —contestó él—. Hasta ahora, lo está haciendo usted muy bien.

Ella no creía estar haciéndolo bien.

—¿Cómo lo han hecho los otros?

—Varios han tratado de matarme.

Ella tragó saliva. Le asombraba que hubiesen sido capaces de forzarse a tocarlo.

—¿Y qué les hizo usted?

—¿Por intentar matarme?

—No, antes..., para incitarles a intentarlo.

—No más de lo que le estoy haciendo ahora a usted.

—No comprendo. —Se obligó a mirarle—. Realmente, ¿puede usted ver?

—Muy bien.

—¿En colores? ¿En profundidad?

—Sí.

Y, sin embargo, era cierto que no tenía ojos. Ahora podía ver que sólo tenía zonas oscuras, donde los tentáculos crecían muy densos. Lo mismo ocurría con los lados de su *cabeza,* allá donde deberían haber estado las orejas. Y en su garganta había como unas aberturas; los tentáculos que las rodeaban no parecían tan oscuros como los otros: eran lóbregamente traslúcidos, como pálidos gusanos grises.

—De hecho —dijo—, debería darse cuenta usted de que yo puedo ver por todas partes por las que tengo tentáculos…, y que puedo ver aunque parezca no estar haciéndolo. No puedo dejar de ver.

Eso sonaba a una existencia terrible: el no ser capaz de cerrar los ojos, de hundirse en una oscuridad privada tras los propios párpados.

—¿Es que ustedes no duermen?

—Sí. Pero no del modo en que lo hacen ustedes.

De repente, ella pasó del tema del sueño de él al del sueño de ella.

—Aún no me ha dicho cuánto tiempo me han tenido dormida.

—Unos… doscientos cincuenta de sus años.

Esto era más de lo que podía asimilar de una sola vez. Estuvo tanto tiempo sin decir nada, que fue él quien rompió el silencio.

—Cuando fue Despertada por primera vez, algo fue mal. Me lo han contado distintas personas. Alguien la trató de mala manera…, la infravaloró. Usted es similar a nosotros en algunas cosas, pero creyeron que era como sus militares, los que estaban escondidos bajo el suelo. Ellos también se negaron a hablarnos. Al principio. Tras ese primer error, la dejaron dormir durante unos cincuenta años.

Gusanos o no, se arrastró hasta la cama y se recostó contra el borde de la misma.

—Siempre pensé que mis Despertares podían estar a varios años de distancia unos de los otros, pero en realidad no lo creía.

—Le pasaba a usted lo que a su mundo: necesitaba tiempo para curarse. Y nosotros necesitábamos tiempo para aprender más acerca de su gente. —Hizo una pausa—. Cuando alguna de su gente se mató, no supimos qué pensar. Algunos pensamos que era a causa de que habían sido dejados fuera del suicidio en masa…, que, simplemente, lo que querían era terminar con las muertes. Otros dijeron que era porque los manteníamos aislados. Empezamos a poner dos o más juntos, y muchos se hirieron entre sí. El aislamiento nos costaba menos vidas.

Esas últimas palabras despertaron en ella un recuerdo:

—Jdahya… —dijo.

Los tentáculos que caían por los lados de la cara del ser ondularon, y por un momento parecieron como unos enormes bigotes negros.

—En un cierto momento pusieron conmigo a un pequeño. Su nombre era Sharad. ¿Qué pasó con él?

Durante un instante él no dijo nada. Luego, sus tentáculos se tendieron hacia arriba. Alguien le habló desde el techo en el modo usual y con una voz muy parecida a la suya, pero esta vez en un idioma extraño, ondulado y rápido.

—Mi familiar lo averiguará —dijo luego—. Lo más probable es que Sharad esté bien, aunque quizá ya no sea un niño.

—¿Han dejado que los niños crezcan y se hagan viejos?

—Sí. A unos pocos. Pero han vivido entre nosotros. No los hemos aislado.

—No deberían de habernos aislado a ninguno, a menos que su objetivo fuera volvernos locos. Conmigo casi lo lograron en más de una ocasión. Los humanos nos necesitamos los unos a los otros.

Los tentáculos se estremecieron de un modo repulsivo.

—Lo sabemos. A mí no me hubiera gustado el sufrir tanta soledad como la que usted ha soportado. Pero no teníamos la habilidad de reunir a los humanos en grupos que fueran convenientes.

—Pero, Sharad y yo…

—Quizá él tuviera padres, Lilith.

Alguien habló desde arriba, esta vez en inglés:

—El chico tiene padres y una hermana. Duerme con ellos, y aún es muy joven. —Hubo una pausa—. Lilith, ¿en qué idioma hablaba?

—No lo sé. O era demasiado pequeño para explicármelo, o bien lo intentó y yo no le entendí. Creo que debía de ser de las Antillas…, no sé si esto le servirá de algo.

—Otros lo saben. Yo sólo sentía curiosidad.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Está bien.

Esto la tranquilizó, pero de inmediato cuestionó esa emoción. ¿Por qué debía tranquilizarla una voz anónima que le decía que todo estaba bien?

—¿Podré verle?—preguntó.

—¿Jdahya?—inquirió la voz.

Jdahya se volvió hacia ella:

—Lo podrá ver cuando pueda caminar entre nosotros sin sentir pánico. Ésta es su última habitación de aislamiento. En cuanto esté dispuesta, la sacaré fuera.

3

Jdahya no la dejaba sola. Por mucho que odiase su confinamiento en solitario, ansiaba librarse de él. Se quedó un tiempo callado, y ella se preguntó si estaría durmiendo..., en el grado en que él durmiese. Por su parte, se recostó, preguntándose si, con él allí, podría relajarse lo bastante como para dormir ella. Sería como irse a dormir sabiendo que hay una serpiente de cascabel en la habitación, sabiendo que una podía despertarse y hallarla en la cama.

No podía quedarse dormida dándole la cara. Y, sin embargo, no podía estar demasiado rato dándole la espalda. Cada vez que daba una cabezada, se despertaba con un sobresalto y miraba si se le había acercado. Esto la dejó exhausta, pero no podía evitarlo. Lo que es peor, cada vez que ella se movía, los tentáculos de él se movían también, irguiéndose cansinamente en su dirección, como si estuviera durmiendo con los ojos abiertos..., que era sin duda lo que estaba haciendo.

Dolorosamente cansada, doliéndole la cabeza, con el estómago revuelto, bajó de la cama y se tendió junto a la misma, en el suelo. Ahora no podía verle, se volviese hacia donde se volviese. Sólo podía ver la plataforma junto a ella y las paredes. Él ya no formaba parte de su mundo.

—No, Lilith —dijo él, cuando ella cerraba los ojos.

Hizo como si no le oyese.

—Échese en la cama—insistió él—, o en el suelo, pero de este lado. No ahí.

Siguió echada, rígida y silenciosa.

—Si se queda donde está, yo me echaré en la cama.

Eso lo pondría prácticamente encima de ella..., demasiado cerca y en un plano superior, Medusa atisbando desde arriba.

Se alzó y prácticamente se dejó sobre la cama, maldiciéndole y, en su humillación, sollozando un poco. Al fin se quedó dormida. Su cuerpo, simplemente, ya había tenido bastante.

Se despertó de modo abrupto, y giró sobre sí misma para mirarle. Seguía en la plataforma, con su posición apenas cambiada. Cuando los tentáculos de su cabeza se volvieron en dirección a ella, se alzó y corrió al baño. Él la dejó permanecer escondida allí durante un tiempo, la dejó que se lavase en privado y que se hundiese en la autocompasión y el autodesprecio. Ella no podía recordar haber estado nunca tan constantemente asustada, con el control de sus emociones tan perdido. Jdahya no había hecho nada, pero ella estaba aterrada.

Cuando la llamó, inspiró profundamente y salió del baño.

—Esto no está funcionando —dijo, con aire miserable—. Limítese a dejarme en la Tierra con los otros humanos. No puedo hacer esto.

Él la ignoró.

Al cabo de un tiempo, ella habló de otro tema.

—Tengo una cicatriz —comentó, tocándose el abdomen—. No la tenía cuando salí de la Tierra. ¿Qué es lo que me hizo su gente?

—Tenía un crecimiento —contestó él—. Un cáncer. Nos libramos de él. De lo contrario, la habría matado.

Se quedó helada. Su madre había muerto de cáncer. Dos de sus tías lo habían tenido también, y a su abuela la habían operado tres veces de lo mismo. Claro que todos estaban ahora muertos, asesinados por la locura de alguien. Pero, aparentemente, continuaba la *tradición* familiar.

—¿Qué más perdí con ese cáncer?

—Nada.

—¿Ni unos palmos de intestinos? ¿O los ovarios? ¿El útero?

—Nada. Mi pariente se ocupó de usted. No perdió nada que pudiese desear conservar.

—¿Su pariente es quien... me hizo la cirugía?

—Sí. Con interés y cuidado. Teníamos una doctora humana con nosotros, pero para entonces ya estaba vieja, muriéndose. Se limitó a mirar y comentar lo que mi pariente estaba haciendo.

—¿Y cómo podía él saber lo bastante como para hacer algo por mí? La anatomía humana debe de ser absolutamente diferente de la de ustedes.

—Mi pariente no es ni macho... ni hembra. El nombre que le damos a su sexo es ooloi. Él comprende el cuerpo de ustedes, porque es un ooloi. En la Tierra había un gran número de seres humanos muertos o moribundos que estudiar. Nuestros ooloi lograron comprender lo que era normal y lo que era anormal, posible o imposible, en el cuerpo humano. Y los ooloi que fueron al planeta les enseñaron eso a los que se quedaron aquí. Mi pariente ha estudiado al pueblo de usted durante la mayor parte de su vida.

—¿Cómo estudian los ooloi? —Imaginó humanos moribundos metidos en jaulas, mientras cada uno de sus gemidos o contorsiones era cuidadosamente estudiado. Imaginó la disección de cuerpos, tanto de vivos como de muertos. Imaginó enfermedades curables que eran dejadas seguir su maligno curso, con el fin de que los ooloi aprendiesen.

—Observan. Tienen órganos especiales para su tipo de observación. Mi pariente la examinó, estudió unas cuantas de sus células corporales normales, las comparó con lo que había aprendido de otros humanos muy parecidos a usted, y dijo que no sólo tenía usted un cáncer, sino todo un talento para el cáncer.

—Yo no lo llamaría un talento..., una maldición, quizá. Pero, ¿cómo puede saber de eso su pariente, únicamente... observando?

—Quizá sería mejor emplear la palabra *percibiendo* —dijo él—. En ello interviene mucho más que la simple vista. Él sabe todo lo que puede ser aprendido de usted a partir de sus genes. Y, ahora, ya sabe su historial médico y mucho acerca del modo en que usted piensa. Ha tomado parte en las pruebas que se le han hecho.

—¿Sí? Pues quizás eso no pueda perdonárselo. Pero, escuche, no

entiendo cómo pudo operar un cáncer sin..., bueno, sin infligir daños a cualquiera que fuese el órgano en el que estuviese creciendo.

—Mi pariente no le operó el cáncer. Ni siquiera la habría abierto. Pero quería observar al cáncer directamente, con todos sus sentidos. Cuando hubo terminado, indujo a su cuerpo a que reabsorbiese ese cáncer.

—¿In...indujo a mi cuerpo a que reabsorbiese el... el cáncer?

—Sí, mi pariente le dio a su cuerpo una especie de orden química.

—¿Es así como curan ustedes el cáncer?

—Nosotros no lo sufrimos.

Lilith suspiró.

—Me gustaría que nosotros tampoco lo sufriésemos. El cáncer hizo de la existencia de mi familia un auténtico infierno.

—Ya no le hará más daño. Mi pariente dice que es una cosa bonita, pero simple de prevenir.

—¿Bonita?

—A veces, percibe las cosas de un modo diferente al de ustedes. Aquí hay comida, Lilith. ¿Tiene hambre?

Dio un paso hacia él, tendió la mano para tomar el bol, y entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Se quedó helada, pero consiguió no echarse hacia atrás de un salto. Tras unos segundos, avanzó unos centímetros hacia él. No podía hacerlo con rapidez: *agarrar* la comida de un manotazo y correr. No podía hacerlo de ningún modo. Se obligó a avanzar lenta, muy lentamente.

Con los dientes muy apretados, consiguió tomar el bol. La mano le temblaba de tan mala manera que se le cayó la mitad del estofado. Se retiró hacia la cama. Al cabo de un rato fue capaz de comer lo que quedaba, y luego comerse también el bol. No era suficiente. Tenía más hambre, pero no se quejó. No tenía ánimos para tomar otro bol de mano de él: una mano como una margarita, la palma en el centro y muchos dedos alrededor. Al menos, los dedos tenían huesos dentro, no eran tentáculos. Y sólo tenía dos manos, y dos pies. Podría haber sido mucho más feo de lo que era, mucho menos... humano. ¿Por qué no podía aceptarlo? Lo único que parecía estar pidiéndole era que no se dejase llevar por el pánico al verle, a él o a otros de su especie. ¿Por qué no podía hacer eso?

Trató de imaginarse a sí misma rodeada por seres como él, y casi la arrastró el pánico. Era como si, repentinamente, hubiera desarrollado una fobia..., algo que nunca antes había experimentado. Pero lo que sentía se parecía a lo que había oído describir a otros: una auténtica xenofobia..., y, al parecer, no era la única en sufrirla.

Suspiró, y se dio cuenta de que, además de hambrienta, seguía sintiéndose cansada. Se frotó la cara con una mano. Si una fobia era algo así, entonces había que deshacerse de ella con la mayor rapidez posible. Miró a Jdahya:

—¿Cómo se llama a sí mismo su pueblo?—preguntó—. Háble me de

ustedes.

—Somos oankali.

—Oankali. Suena como una palabra de algún idioma terrestre.

—Podría ser, pero con un significado distinto.

—¿Qué es lo que significa en su idioma?

—Varias cosas. Entre otras, comerciantes.

—¿Son ustedes comerciantes?

—Sí.

—Y, ¿con qué comercian?

—Con nosotros mismos.

—¿Quiere decir con... esclavos?

—No. Eso nunca lo hemos hecho.

—Entonces, ¿qué...?

—Con nosotros.

—No lo entiendo.

Él no dijo nada; pareció arroparse con el silencio y quedar envuelto en él. Ella sabía que no le iba a responder.

Suspiró.

—A veces parece usted demasiado humano. Si no le estuviese viendo, supondría que es un hombre.

—Ya lo ha imaginado. Mi familia me dio a la doctora humana, para que yo pudiese aprender a hacer su trabajo. Llegó a nosotros demasiado tarde para que pudiera tener hijos, pero podía enseñar.

—Creí que me había dicho que se estaba muriendo.

—Y al fin murió. Tenía ciento trece años, y permaneció despierta entre nosotros, a intervalos, durante cincuenta años. Fue como un cuarto progenitor para mí y mis compañeros de camada. Fue duro verla envejecer y morir. El pueblo de ustedes posee un potencial increíble, pero mueren sin haber usado apenas nada del mismo.

—He oído decir eso a algunos humanos. —Frunció el entrecejo—. ¿No podían sus ooloi haberla ayudado a vivir más? Es decir..., si ella hubiese querido vivir aún más de ciento trece años.

—La ayudaron. Le dieron cuarenta años que no hubiese tenido y, cuando ya no pudieron seguir ayudándola a sanar, le quitaron el dolor. Si hubiese sido más joven cuando la encontramos, podrían haberle dado mucho más tiempo.

Lilith siguió ese pensamiento hasta su obvia conclusión:

—Yo tengo veintiséis —dijo.

—Más—le indicó él—. Ha envejecido algo, cuando la hemos tenido despierta. En total tendrá un par de años más.

No tenía sensación de ser un par de años mayor; de tener de pronto veintiocho años, sólo porque él lo dijese. Dos años de confinamiento solitario. ¿Qué era lo que le iban a poder dar a cambio de aquello? Lo miró.

Sus tentáculos parecieron solidificarse para formar una segunda piel: zonas oscuras en su rostro y cuello, una masa, oscura, de aspecto suave, en el cráneo.

—Sin tener en cuenta posibles accidentes —dijo—, usted vivirá mucho más de ciento trece años. Y, durante la mayor parte de su vida, será bastante joven en lo biológico. Sus hijos aún vivirán más.

Ahora parecía asombrosamente humano. ¿Eran sólo sus tentáculos lo que le daba aquel aspecto de gusano de mar? Su coloración no había cambiado. El hecho de que no tuviese ojos, nariz u orejas aún la molestaba, pero no tanto.

—Jdahya, siga igual que ahora —le dijo—. Déjeme acercarme y mirarle..., si es que puedo.

Los tentáculos se movieron, como una piel que se estremeciese de un modo extraño, luego volvieron a solidificarse.

—Venga —dijo.

Ella pudo acercársele ahora, aún dubitativa. Incluso vistos a sólo un par de pasos de distancia, los tentáculos parecían una segunda piel.

—¿Le importa si...? —Se interrumpió y empezó de nuevo—: Quiero decir..., ¿puedo tocarle?

—Sí.

Fue más fácil de hacer de lo que había supuesto. Su piel era fría y casi demasiado suave como para ser auténtica piel..., tan lisa como las uñas de ella, y quizás igual de dura que ellas.

—¿Resulta muy difícil para usted permanecer así? —preguntó.

—No es difícil, es antinatural. Un embotamiento de los sentidos.

—Y, ¿por qué lo hizo? Me refiero a antes de que yo se lo pidiese.

—Es una expresión de placer o diversión.

—¿Se sintió complacido hace un momento?

—Sí, con usted. Quería recuperar su tiempo..., el tiempo que le hemos tomado. No quiere morir.

Le miró, estremecida porque hubiese leído de un modo tan claro sus pensamientos. Y debía de haber conocido a humanos que deseaban morir, aun después de escuchar promesas de larga vida, salud y duradera juventud. ¿Por qué? Quizá porque también hubiesen oído la parte que a ella aún no le habían contado: la razón de todo aquello. El precio.

—Hasta ahora —dijo—, lo único que me ha llevado a querer morir ha sido el aburrimiento y el aislamiento.

—Eso ya pertenece al pasado. Pero ni aun entonces intentó usted matarse.

—No…

—Su deseo de vivir es más fuerte de lo que usted imagina.

Ella suspiró.

—Y usted va a comprobarlo, ¿no? Es por esto por lo que aún no me ha dicho lo que su pueblo quiere de nosotros.

—Sí —admitió él, y eso la alarmó.

—¡Dígamelo!

Silencio.

—Si conociese lo más mínimo acerca de la imaginación humana, sabría que está haciendo exactamente lo peor que puede hacer —explicó ella.

—Una vez que sea usted capaz de salir de esta habitación conmigo, contestaré a sus preguntas —dijo él.

Ella se le quedó mirando unos momentos.

—Entonces, trabajemos en ello —dijo hoscamente—. Relájese de esa postura antinatural, y veamos lo que sucede.

Él dudó, pero luego dejó flotar libres sus tentáculos. Reasumió su grotesco aspecto de gusano de mar y ella no pudo evitar apartarse de un salto, presa del pánico y la revulsión. Logró contenerse antes de ir muy lejos.

—¡Dios! Estoy tan cansada de esto… —musitó—. ¿Por qué no puedo evitarlo?

—Cuando la Doctora vino por primera vez a nuestra vivienda —explicó él—, una parte de mi familia la encontró tan perturbadora, que se fueron de casa por una temporada. Éste es un comportamiento inaudito entre nosotros.

—¿Se fue usted?

Se alisó de nuevo, por un momento.

—Todavía no había nacido. Para cuando hube nacido, todos mis parientes habían vuelto a casa. Y pienso que su miedo era más fuerte que el que usted siente ahora. Nunca antes habían visto tanta vida y tanta muerte en un solo ser. A algunos de ellos les dolía con sólo tocarla.

—¿Quiere decir… porque ella estaba enferma?

—Incluso cuando estaba sana. Era su estructura genética lo que les alteraba. No puedo explicárselo: nunca sentirá como nosotros sentimos. —Se adelantó y tendió la mano, buscando la de Lilith. Ella se la entregó, casi por reflejo, y con sólo un instante de duda cuando todos sus tentáculos fluyeron hacia delante, hacia ella. Apartó la vista y se quedó rígida donde estaba, con la mano retenida suavemente entre los muchos dedos de él.

—Bien —dijo él—. Esta habitación pronto sólo será para usted un recuerdo.

4

Once comidas más tarde, la sacó fuera.

No tuvo ni idea de cuánto tiempo tardó en aguardar, y luego consumir, esas once comidas. Jdahya no se lo quiso decir, ni aceptó que le diera prisa. Cuando ella le urgía a que la sacara fuera, no mostraba ni impaciencia ni enfado. Simplemente, se quedaba en silencio. Casi parecía como si se apagase, cuando ella le pedía cosas o le hacía preguntas que él no tenía intención de responder. A ella su familia la había llamado terca durante su vida de antes de la guerra, pero él iba más allá de la terquedad.

Al fin, él empezó a moverse por la habitación: había permanecido quieto durante tanto tiempo que casi había parecido formar parte del mobiliario. Así que ella se asustó cuando él se levantó y fue al baño. Ella se quedó donde se encontraba, en la cama, preguntándose si él usaría el cuarto para las mismas necesidades fisiológicas que ella. No hizo ningún intento por averiguarlo. Algo más tarde, cuando regresó a la habitación, se sintió mucho menos perturbada por él. Y él le trajo algo que la sorprendió y alegró tanto que tomó su mano sin pensárselo ni dudarlo: un plátano, maduro, grande, amarillo, firme y muy dulce.

Lo comió muy lentamente, deseando tragárselo de un bocado pero sin atreverse a hacerlo. Literalmente, era lo más sabroso que había probado en doscientos cincuenta años. ¿Quién sabía cuándo le darían otro...? Si es que le daban otro. Comió incluso la piel interior, más blanca, de la cascara.

Él no le quiso decir de dónde había salido ni cómo lo había conseguido. Y no aceptó ir a buscarle otro. De hecho, hasta la sacó un tiempo de la cama: se tendió plano en ella y permaneció totalmente inmóvil, con aspecto de muerto. Ella hizo una tabla de ejercicios en el suelo, cansándose deliberadamente, tanto como pudo, luego tomó el lugar habitual de él en la plataforma-mesa, hasta que él se levantó y le cedió de nuevo la cama.

Cuando ella se despertó de nuevo, él se quitó la chaqueta y le dejó ver los mechones de tentáculos sensoriales dispersos por su cuerpo. Para su sorpresa, se acostumbró rápidamente a ellos. Eran, simplemente, feos. Y aún le hacían parecer más un ser marino fuera de lugar.

—¿Puede respirar bajo el agua? —le preguntó.

—Sí.

—Ya me pareció que esos orificios tenían aspecto de poder actuar también como branquias. ¿Está usted cómodo bajo el agua?

—Lo disfruto, pero no más de lo que disfruto del aire.

—¿El aire? ¿El oxígeno?

—Sí, necesito oxígeno, aunque no tanto como usted.

Su mente volvió a los tentáculos y a otra posible similitud con los gusanos marinos:

—¿Puede usted servirse de sus tentáculos para atacar?

—De todos ellos.

Ella se echó ligeramente hacia atrás, aunque no estaba junto a él.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—No la hubiera atacado.

A menos que ella le hubiera atacado primero.

—Así que eso es lo que les pasó a los humanos que trataron de matarle.

—No, Lilith, no estoy interesado en matar a su gente. Durante toda mi existencia he sido entrenado para mantenerlos con vida.

—Entonces, ¿qué fue lo que hizo con ellos?

—Los detuve. Probablemente soy más fuerte de lo que imagina.

—Pero..., ¿y si hubiera usado sus tentáculos?

—Hubieran muerto. Sólo los ooloi pueden usar sus tentáculos sin matar. Un grupo de mis antepasados sometía a sus presas aguijoneándolas con los tentáculos. Sus aguijonazos iniciaban el proceso digestivo, aun antes de que empezasen a comer. Y también aguijoneaban a los enemigos que trataban de comérselos a ellos. No era una existencia cómoda.

—No suena tan mal.

—No vivían mucho, esos antepasados míos. Algunas cosas eran inmunes a su veneno.

—Quizá los humanos lo seamos.

Le respondió con voz suave:

—No, Lilith, no lo son.

Algo más tarde le trajo una naranja. Por curiosidad, ella partió la fruta y ofreció compartirla con él. Él aceptó un pedazo y se sentó junto a ella para comérselo. Cuando hubieron terminado volvió la cara hacia ella..., pura cortesía, comprendió ella, puesto que apenas tenía rostro, y pareció examinarla detenidamente. Algunos de sus tentáculos llegaron incluso a tocarla. Cuando sucedió esto, ella tuvo un sobresalto; luego se dio cuenta de que no la estaban haciendo daño, y permaneció quieta. No le gustaba su proximidad, pero ya no la aterraba. Después... de los días que hubieran sido, ya no sentía nada del viejo pánico; sólo descanso al haberlo dejado finalmente atrás.

—Ahora iremos fuera—dijo él—. Mi familia estará más tranquila cuando nos vea. Y usted..., usted tiene mucho que aprender.

5

Le hizo esperar, mientras se lavaba el zumo de la naranja de las manos. Luego, él fue hasta una de las paredes y la tocó con algunos de los tentáculos más largos de su cabeza.

Un punto oscuro apareció en la pared, allá donde él había hecho contacto. Se convirtió en una fisura, que se fue haciendo más profunda y ancha, luego en un orificio por el que Lilith pudo ver luz y color..., verde, rojo, naranja, amarillo...

Desde su captura había habido poco color en su mundo. Su propia piel, su sangre..., dentro de las pálidas paredes de la prisión, eso había sido todo. Lo demás era una tonalidad uniforme de blanco o gris. Incluso su comida había sido incolora, hasta la aparición del plátano. Ahora, aquí había color y lo que parecía ser luz del sol. Y había espacio, un vasto espacio.

El hueco en la pared se amplió, como si fuese carne que se desgarra, pulsando lentamente. Se sintió a un tiempo fascinada y repelida.

—¿Está viva? —preguntó.

—Sí —contestó él.

Ella la había golpeado, dado patadas, arañado, tratado de morderla. Y la pared siempre había permanecido lisa, dura, impenetrable, aunque cediendo un poco a la presión, como la cama y la mesa. Había tenido un tacto como de plástico, fría bajo sus dedos.

—¿Qué es?

—*Carne.* Más parecida a la mía que a la de usted. No obstante, también es diferente a la mía. Es... la nave.

—¿Bromea? ¿Está viva la nave?

—Sí. Salga. —El agujero de la pared se había hecho lo bastante grande como para que ambos pudieran pasar por él. Jdahya inclinó la cabeza y dio el necesario paso. Ella empezó a seguirle, pero luego se detuvo. Allá fuera había demasiado espacio. Los colores que había visto eran delgadas hojas, parecidas a cabellos, y redondos frutos del tamaño de cocos, aparentemente en distintos estadios de desarrollo. Todo ello colgaba de grandes ramas que daban sombra a la nueva salida. Tras ellas se veía un amplio campo abierto, con árboles dispersos..., unos árboles imposiblemente grandes; colinas distantes y un brillante cielo marfileño, sin sol. Había algo lo suficientemente extraño en los árboles y en el cielo como para impedirle pensar que se hallaba en la Tierra. En la distancia se veía a gente moviéndose, y también unos animales negros, del tamaño de perros pastores alemanes, que estaban demasiado lejanos como para poder verlos con claridad..., aunque, aun en la distancia, los animales parecían tener demasiadas patas..., ¿seis?, ¿diez? Parecían estar pastando.

—Salga, Lilith —dijo Jdahya.

Ella dio un paso hacia atrás, alejándose de toda aquella amplitud alienígena. De repente, la habitación de aislamiento, que tanto había odiado, le pareció segura y reconfortante.

—¿De vuelta a su jaula, Lilith? —preguntó suavemente Jdahya.

Ella le miró a través del agujero, y se dio cuenta de inmediato de que intentaba provocarla, hacer que superase su miedo. No habría funcionado si no estuviera cargado de razón: ella se estaba retirando de nuevo a su jaula..., era como un animal del zoo que ha estado tanto tiempo encerrado que la jaula se ha convertido en su hogar.

Se obligó a sí misma a ir hasta la abertura y, luego, con los dientes apretados, la cruzó.

Fuera, se colocó junto a él e inspiró, profunda y estremecidamente. Giró la cabeza y miró a la habitación, luego se volvió con rapidez, luchando contra un impulso de huir de vuelta al interior. Él la tomó de la mano y se la llevó de allí.

Cuando miró atrás por segunda vez, el agujero se estaba cerrando, y pudo ver que de donde había salido era, en realidad, un gran árbol. Su habitación no podía haber ocupado más que una pequeña fracción de su interior. El árbol crecía en lo que parecía un suelo normal, arenoso, color marrón claro. Sus ramas inferiores estaban cargadas de frutos, y el resto de él parecía muy normal, a excepción de su tamaño: el tronco tenía más diámetro que muchos edificios de oficinas que ella recordaba. Y parecía tocar el cielo marfileño. ¿Cuan alto era? ¿Cuánto de él servía como edificio?

—¿Estaba vivo todo lo que había dentro de la habitación? —preguntó.

—Todo, excepto algunas de las cañerías visibles del baño —explicó Jdahya—. Incluso los alimentos que usted comía son producidos a partir de uno de los frutos que crecen fuera. Fueron diseñados para cubrir sus necesidades de nutrición.

—¿Y para que supiesen como algodón y goma de pegar? —murmuró ella—. Espero no tener que comer más de esa cosa.

—Ya no. Pero la ha mantenido muy sana. En especial, su dieta animó a su cuerpo a no desarrollar cánceres, mientras eran corregidas sus inclinaciones genéticas a hacerlos crecer.

—¿Y ya han sido corregidas?

—Sí. Han sido insertados genes correctores en sus células, y éstas los han aceptado y los han copiado. Ahora no hay ninguna posibilidad de que desarrolle un cáncer por accidente.

Ésa, pensó, era una extraña explicación. Pero, por el momento, la dejaría pasar.

—¿Cuándo me enviarán de vuelta a la Tierra?

—Ahora no podría sobrevivir allí..., especialmente sola.

—¿Aún no han enviado de vuelta a ninguno de nosotros?

—Su grupo será el primero.

—Oh. —Aquello no se le había ocurrido: que ella y otros como ella fueran a modo de conejillos de Indias, tratando de sobrevivir en una Tierra que debía haber cambiado muchísimo—. ¿Cómo es ahora aquello?

—Salvaje: bosques, montañas, desiertos, llanuras, grandes océanos. Es un mundo rico, limpio de radiaciones peligrosas en la mayoría de los lugares. La mayor diversidad de vida animal se da en los océanos, pero hay un cierto número de pequeños animales que se multiplican en tierra firme: insectos, gusanos, anfibios, reptiles, pequeños mamíferos. No hay duda de que su gente podrá vivir allí.

—¿Cuándo?

—No apresuremos las cosas. Tiene una muy larga vida ante usted, Lilith. Y tiene un trabajo que hacer aquí.

—Eso ya lo ha dicho antes. ¿Qué clase de trabajo?

—Durante un tiempo vivirá con mi familia..., en tanto como le sea posible, vivirá como nosotros. Le enseñaremos su trabajo.

—Pero, *¿qué* trabajo es?

—Despertará usted a un pequeño grupo de humanos, todos ellos angloparlantes, y les ayudará a aprender a tratar con nosotros. Les enseñará también las habilidades de supervivencia que nosotros le enseñaremos a usted. Toda esa gente procederá de lo que ustedes llamaban sociedades civilizadas, y ahora tendrán que aprender a vivir en la selva, a construirse sus propios refugios, a procurarse la comida, y todo eso sin la ayuda ni de máquinas, ni del exterior.

—¿Nos prohibirán las máquinas? —preguntó ella, incierta.

—Naturalmente que no. Pero tampoco se las daremos. Les daremos herramientas manuales, equipo simple y también alimentos, hasta que empiecen a construirse por ustedes las cosas que necesiten y a recoger sus propias cosechas. Y ya les hemos armado contra los microorganismos más mortíferos. Después de eso, tendrán que apañárselas por sí mismos, evitando las plantas venenosas y los animales peligrosos y creando aquello que necesiten.

—¿Cómo pueden enseñarnos ustedes a sobrevivir en nuestro propio mundo? ¿Cómo pueden ustedes saber lo bastante acerca de él, o de nosotros?

—¿Y cómo no vamos a saberlo? Hemos ayudado a su mundo a restaurarse. Hemos estudiado sus cuerpos, su forma de pensar, su literatura, sus archivos históricos, sus muchas culturas... Sabemos, más que ustedes mismos, de lo que son capaces.

O, al menos, creían saberlo. Aunque quizá tuvieran razón, si es que habían tenido doscientos cincuenta años para estudiarnos.

—¿Nos han inoculado contra las enfermedades? —preguntó, para estar segura de haberle entendido.

—No.

—Pero ha dicho que...

—Hemos reforzado su sistema inmunológico y, en general, incrementado su resistencia a la enfermedad.

—¿Cómo? ¿Otra cosa que les han hecho a nuestros genes?

Él no respondió, y ella dejó que el silencio se prolongase, hasta que estuvo segura de que no iba a hacerlo. Aquélla era una cosa más que le habían hecho a su cuerpo sin su consentimiento y, supuestamente, por su propio bien.

—Acostumbrábamos a tratar en este modo a los animales —murmuró con amargura.

—¿Cómo? —inquirió él.

—Les hacíamos cosas..., inoculaciones, cirugía, aislamiento..., y todo por su propio bien. Los queríamos sanos y salvos..., a veces para podérnoslos comer luego.

Los tentáculos no se aplastaron contra su cuerpo, pero tuvo la impresión de que se estaba riendo de ella.

—¿No le asusta decirme cosas como ésta? —preguntó.

—No —respondió ella—. Lo que me asusta es que me hagan cosas que no entiendo.

—Le ha sido dada la salud. Y los ooloi se han ocupado de que tenga usted una posibilidad de vivir en su Tierra..., y no, simplemente, de morir en ella.

No quiso decir más sobre ese tema. Ella miró en derredor y estudió los enormes árboles, algunos de los cuales tenían grandes troncos múltiples, repletos de ramas y con unas hojas que parecían largos cabellos verdes. Algunas de estas hojas parecían moverse, aunque no había viento alguno. Lanzó un suspiro. Entonces..., los árboles también eran tentaculados, como la gente. Tenían largos y delgados tentáculos verdes.

—¿Jdahya?

Los tentáculos de Jdahya se movieron hacia ella de un modo que aún encontraba desconcertante; aunque sólo era el modo que él tenía de prestarle atención, o de demostrarle a ella que se la tenía.

—Estoy dispuesta a aprender lo que tenga que enseñarme —dijo—, pero no creo que sea la maestra más adecuada para enseñar a otros. Antes había tantos humanos que sabían cómo vivir en la naturaleza..., incluso algunos que podrían enseñarles cosas a ustedes. Es con ellos con quienes debería estar hablando ahora.

—Ya lo hemos hecho. Y tendrán que ser especialmente cuidadosos, porque algunas de las cosas que «saben» ya no son ciertas. Hay nuevas plantas..., mutaciones de las viejas y adiciones que nosotros hemos hecho. Algunas cosas que acostumbraban a ser comestibles ahora son mortales, y algunas otras sólo son mortíferas si no se preparan del modo adecuado. Algo de la vida animal ya no es tan inofensiva como lo fue aparentemente antes. Su Tierra sigue siendo su Tierra, pero entre los esfuerzos de su gente por destruirla y los nuestros por restaurarla, ha cambiado.

Ella asintió, preguntándose por qué podía absorber sus palabras con tanta facilidad. Quizá porque, ya antes de su captura, había sabido que el

mundo que ella había conocido estaba muerto. Y ya había absorbido esta pérdida en el grado que le era posible.

—Debe de haber ruinas —dijo, con voz baja.

—Las había. Destruimos muchas de ellas.

Sin pensárselo, ella le agarró del brazo:

—¿Las destruyeron? ¿Quedaban cosas y ustedes las destruyeron?

—Empezarán de nuevo. Les pondremos en zonas que están limpias de radioactividad y de historia. Se convertirán ustedes en algo distinto de lo que fueron.

—¿Y creen ustedes que, destruyendo lo que quedaba de nuestras culturas, nos harán mejores?

—No. Sólo diferentes.

De pronto, ella se dio cuenta de que le estaba mirando directamente y le agarraba el brazo con una fuerza que debía de resultarle dolorosa. De hecho, a ella le dolía la mano de lo mucho que apretaba. Lo soltó, y el brazo cayó hacia su costado de aquella manera mortecina en que parecían moverse sus extremidades cuando no las estaba usando para algún propósito específico.

—Se equivocaron —afirmó ella. No podía mantener su ira. No podía mirar su rostro alienígena, tentaculado, y mantener su ira..., pero tenía que decir aquello—: Han destruido algo que no era suyo. Completaron un acto de locura.

—Usted sigue viva —señaló él.

Caminó junto a él, silenciosamente desagradecida. Del suelo crecían matojos de densas hojas carnosas o tentáculos. Él iba con cuidado de no pisarlos..., lo que hacía que ella sintiese deseos de darles una patada. Sólo la detenía el hecho de llevar los pies descalzos. Entonces se fijó, con gran disgusto, en que las hojas se contraían y retorcían para apartarse del camino, si es que pisaba cerca de alguna..., era como si las hojas fuesen en realidad gusanos de tamaño gigante. Pero parecían estar enraizadas en el suelo. ¿Eso las convertía en plantas?

—¿Qué son estas cosas? —preguntó, señalando una con un pie.

—Son parte de la nave. Pueden ser inducidas a producir un líquido que nos gusta a nosotros y a nuestros animales. Pero no sería bueno para usted.

—¿Son plantas o animales?

—No están diferenciadas de la nave.

—Bueno, entonces..., la nave, ¿es planta o animal?

—Ambas cosas, y más.

Significara aquello lo que significase.

—¿Es inteligente?

—Puede serlo. Pero esa parte de la nave está ahora en estado

durmiente. Y, aun así, la nave puede ser inducida químicamente a realizar más funciones de las que tendría usted paciencia de escuchar. Y hace muchas cosas de motu propio, sin que haya que estar controlándola. Y, además... —Se quedó en silencio por un momento, con sus tentáculos suaves sobre su cuerpo, luego continuó—: La doctora humana acostumbraba a decir que la nave nos amaba. Existe una afinidad, pero es biológica..., una fuerte relación simbiótica. Nosotros atendemos a las necesidades de la nave, y ella atiende a las nuestras. Moriría sin nosotros, y nosotros nos veríamos náufragos en algún planeta sin ella. Y, para nosotros, eso significaría finalmente la muerte.

—¿De dónde la sacaron?

—La desarrollamos.

—¿Ustedes... o sus antepasados?

—Mis antepasados desarrollaron ésta, y yo estoy ayudando a desarrollar otra.

—¿Ahora? ¿Por qué?

—Nos dividiremos aquí. En eso somos como animales asexuados maduros, pero nos dividimos en tres: Dinso se quedará en la Tierra hasta que esté dispuesto para marcharse, dentro de muchas generaciones; Toaht se marchará con esta nave; y Akjai se irá con la nueva.

Lilith le miró.

—¿Algunos de ustedes irán a la Tierra con nosotros?

—Yo iré, y mi familia, y otros. Todos Dinso.

—¿Por qué?

—Así es como crecemos, como siempre hemos crecido. Nos quedaremos con nosotros el conocimiento de como desarrollar naves, para que nuestros descendientes sean capaces de partir cuando llegue el momento. No podríamos sobrevivir como pueblo, si siempre estuviéramos confinados a una nave o a un mundo.

—¿Se llevarán con ustedes... semillas o algo así?

—Tomaremos los materiales necesarios.

—Y a los que se vayan..., Toaht y Akjai..., ¿no volverán a verlos nunca?

—Yo no. En algún momento, en un futuro lejano, quizás un grupo de mis descendientes se encuentre con un grupo de sus descendientes. Espero que esto suceda. Ambos se habrán dividido muchas veces: tendrán mucho que darse los unos a los otros.

—Probablemente ni se conozcan los unos a los otros. Recordarán esta división como algo mitológico, si es que la recuerdan.

—No, se reconocerán los unos a los otros. La memoria de una división es pasada de unos a otros de un modo biológico. Yo recuerdo todas y cada una de las que han tenido lugar en mi familia, desde que abandonamos nuestro mundo natal.

—¿Y recuerda su mundo natal? Quiero decir..., ¿podrían volver a él si

lo deseasen?

—¿Volver? —Sus tentáculos se alisaron de nuevo—. No, Lilith, ésa es la única dirección que nos está cerrada. Ahora, éste es nuestro mundo.

Hizo un gesto a su alrededor, abarcando desde lo que parecía ser un brillante cielo marfileño a lo que parecía ser suelo marrón.

Ahora había muchos más árboles, y ella pudo ver a gente entrando y saliendo de los troncos…, desnudos oankali de color gris, con todo su cuerpo tentaculado, algunos con dos brazos, otros, cosa alarmante, con cuatro, pero ninguno con nada que pudiera reconocer como órganos sexuales. Quizás algunos de los tentáculos o de los brazos extra tuvieran una función sexual.

Examinó cada grupo de oankali, buscando humanos, pero no vio ninguno. Ni un solo oankali se acercó a ella, ni tampoco ninguno pareció prestarle la menor atención. Algunos de ellos, descubrió con un estremecimiento, tenían tentáculos cubriéndoles cada centímetro cuadrado de su cabeza…, por todas partes. Otros tenían tentáculos formando masas extrañas, irregulares. Ninguno tenía nada parecido a la tan humana disposición de los de Jdahya: tentáculos colocados para parecer ojos, orejas, cabello. El trabajo de Jdahya con los humanos, ¿había sido aconsejado por la casual distribución de los tentáculos de su cabeza, o éstos habían sido alterados, de modo quirúrgico o de alguna otra manera, para hacerle parecer más humano?

—Éste es el aspecto que siempre he tenido —le dijo él cuando se lo preguntó, y no quiso seguir hablando del tema.

Unos minutos más tarde pasaron junto a otro árbol, y ella tendió la mano para tocar la suave corteza, que cedió algo ante la presión.

—Todos estos árboles son viviendas, ¿no? —preguntó.

—Estas estructuras no son árboles —contestó él—. Forman parte de la nave. Ayudan a mantener su forma, nos dan cosas que necesitamos: oxígeno, alimentos, cuidan la eliminación de los residuos, nos proporcionan conductos de transporte, espacio residencial para vivir y almacenes, áreas de trabajo y muchas cosas más.

Pasaron muy cerca de una pareja de oankali que estaban tan juntos que los tentáculos de sus cabezas ondulaban y se entrecruzaban unos con otros. Podía ver sus cuerpos con todo detalle. Como los otros que había visto, estaban desnudos. Probablemente Jdahya había usado ropa como una cortesía hacia ella. Se sintió agradecida por ello.

El creciente número de personas junto a los que pasaban comenzaba a alterarla, y se dio cuenta de que se acercaba a Jdahya, como buscando su protección. Sorprendida y avergonzada, se obligó a sí misma a apartarse. Al parecer, él se dio cuenta.

—¿Lilith? —dijo, con voz queda.

—¿Qué?

Silencio.

—Estoy bien —afirmó ella—. Es sólo… que hay tanta gente, y son tan

extraños para mí.

—Normalmente, no usamos nada de ropa.

—Eso ya lo había deducido.

—Es usted libre de usarla o no, según prefiera.

—¡La usaré! —Dudó—. ¿Donde me está llevando...? ¿Hay otros humanos Despiertos?

—Ninguno.

Ella se abrazó fuertemente a sí misma, con los brazos cruzados sobre el pecho. Más aislamiento.

Ante su sorpresa, él extendió la mano. Y, ante su sorpresa aún mayor, ella la tomó, y lo hizo agradecida.

—¿Por qué no pueden regresar a su mundo? —preguntó—. Aún..., aún existe, ¿no?

Pareció pensar por un momento.

—Nos fuimos hace tanto... Dudo que aún exista.

—¿Por qué se fueron?

—Era una matriz. Para nosotros, había llegado la hora de que naciéramos.

Ella sonrió con amargura.

—Había humanos que pensaban así..., justo hasta el mismo momento en que fueron disparados los misiles. Gente que creía que el espacio era nuestro destino. Yo misma lo creía.

—Lo sé..., aunque, por lo que me han dicho los ooloi, su gente no podría haber cumplido con ese destino. Sus propios cuerpos eran un estorbo.

—¿Nuestros... cuerpos? ¿Qué quiere decir con eso? Hemos estado en el espacio, y no había nada en nuestros cuerpos que nos impidiese...

—Sus cuerpos tienen fallos fatales. Los ooloi lo percibieron de inmediato. Al principio, les costaba mucho tocarles. Ahora cuesta que les dejen a ustedes en paz.

—¿De qué me está hablando?

—Tienen ustedes un par de características genéticas desparejas. Cualquiera de ellas, por sí sola, podría haberles sido útil, habría ayudado a la supervivencia de su especie. Pero las dos juntas resultan fatales. Era sólo cuestión de tiempo hasta que les matasen.

Ella agitó la cabeza.

—Si lo que me está diciendo es que estábamos genéticamente programados para hacer lo que hicimos, volarnos en pedazos...

—No. La situación de su pueblo era más parecida a lo que le sucedía a usted, con el cáncer que le curó mi pariente. La doctora humana dijo que, aunque hubiesen sido los médicos humanos los que lo hubieran descubierto

y extirpado en ese momento, usted se hubiera recuperado y vivido bien. Quizá hubiera pasado el resto de su vida libre de esa enfermedad, aunque dijo que ella la hubiera hecho someterse a revisiones periódicas.

—Eso es algo que no hubiera ni tenido que decirme, visto mi historial familiar.

—Sí, pero, ¿y si no hubiera reconocido usted lo significativo que era su historial familiar? ¿Y si ni nosotros ni los humanos hubiésemos descubierto ese cáncer?

—Supongo que *era* maligno.

—Naturalmente.

—Entonces, supongo que al final me hubiera matado.

—Sí, lo hubiese hecho. Y su gente estaba en una situación similar. Si hubieran sido capaces de percibir y resolver su problema, hubieran sido capaces de evitar su destrucción. Naturalmente, hubieran debido de tener la precaución de reexaminarse periódicamente.

—Pero, ¿cuál era el problema? Dice usted que teníamos dos características incompatibles; ¿cuáles eran?

Jdahya emitió un sonido crujiente que hubiera podido ser un suspiro, pero que no parecía salir ni de su boca ni de su garganta.

—Son ustedes inteligentes —dijo—. Ésa es la más reciente de las dos características, y la que podrían haber utilizado para salvarse. Potencialmente, son ustedes una de las especies más inteligentes que hemos encontrado, aunque su enfoque es diferente al nuestro. No obstante, tuvieron una buena actuación en las ciencias de la vida, e incluso en la genética.

—¿Y cuál es la segunda característica?

—Son ustedes jerárquicos. Ésa es la característica más antigua y más atrincherada en ustedes. La vimos tanto en sus más cercanos parientes animales como en los más lejanos. Es una característica terrestre. Y, cuando la inteligencia humana se puso a su servicio, en lugar de guiarla, cuando la inteligencia humana ni siquiera la reconoció como un problema, sino que se enorgulleció de ella o no la tuvo ni en cuenta... —De nuevo el sonido crujiente—. Eso fue como ignorar al cáncer. Creo que su gente no se dio cuenta de lo peligroso que era lo que estaban haciendo.

—No creo que la mayoría de nosotros pensásemos en eso como en un problema genético. Yo no lo hice. Ni estoy segura de hacerlo ahora. —Sus pies habían comenzado a dolerle de caminar tanto rato por aquel terreno desigual. Deseaba dar por terminados tanto el paseo como la conversación. Esta última le hacía sentirse incómoda: Jdahya sonaba... muy creíble.

—Sí —dijo—. La inteligencia le permite a usted negar hechos que no le gustan. Pero su negativa no importa. Un cáncer que crece en el cuerpo de alguien seguirá creciendo, aunque ese alguien lo niegue. Y una compleja combinación de genes, que funcionan juntos para hacerles inteligentes al tiempo que jerárquicos, seguirá lastrándoles, los reconozcan o no.

—No creo que sea tan sencillo. Simplemente uno o dos genes malos...

—No es sencillo, y no son simplemente uno o dos genes. Son muchos, el resultado de una complicada combinación de factores, que sólo empieza con los genes... —Se detuvo y dejó que los tentáculos de su cabeza se moviesen para indicar un irregular círculo de grandes árboles—. Mi familia vive ahí.

Ella se quedó quieta, ahora realmente asustada.

—Nadie la tocará sin su consentimiento —dijo él—. Y yo me quedaré con usted el tiempo que quiera.

Se sintió reconfortada por sus palabras y avergonzada por necesitar ser reconfortada. ¿Cómo había llegado a ser tan dependiente de él? Agitó la cabeza: la respuesta era obvia..., él la quería dependiente. Aquélla era la razón del continuado aislamiento de su propia especie. Ella tenía que ser dependiente de un oankali..., dependiente y confiada de él. ¡Que se fuera al infierno!

—Dígame lo que quiere de mí —murmuró bruscamente—, y lo que quiere de mi pueblo.

Los tentáculos se volvieron para examinarla.

—Ya le he dicho mucho.

—Dígame el precio, Jdahya. ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué nos quitará su gente, a cambio de habernos salvado?

Todos sus tentáculos parecieron colgar inertes ahora, dándole un aspecto casi cómico. A Lilith no le pareció gracioso.

—Usted vivirá —dijo—. Su pueblo vivirá. Tendrán su mundo de nuevo. Ya tenemos mucho de lo que queremos de ustedes. Su cáncer en particular.

—¿Cómo?

—Los ooloi están muy interesados en él. Sugiere habilidades que nunca antes habíamos podido intercambiar con éxito.

—¿Habilidades? ¿En el cáncer?

—Sí, los ooloi ven grandes posibilidades en él. Así que el intercambio ya nos ha dado frutos.

—Pues pueden quedárselo. Pero antes, cuando le pregunté, me dijo que negociaban... con ustedes mismos.

—Sí. Negociamos con la esencia de nosotros mismos. Nuestro material genético por el de ustedes.

Lilith frunció el entrecejo, luego agitó la cabeza.

—¿Cómo? Quiero decir..., no puede estar hablando usted de cruces entre las razas.

—Naturalmente que no. —Sus tentáculos se suavizaron—. Hacemos lo que ustedes llamarían ingeniería genética. Sabemos que también ustedes habían empezado a experimentar un poco, pero es algo que aún era poco corriente. En nosotros es una cosa natural: *debemos* hacerlo. Nos renueva,

nos permite sobrevivir como una especie en evolución, en lugar de especializarnos hasta caer en el estancamiento o la extinción.

—Hasta cierto punto, todos lo hacemos de un modo natural —dijo ella con desconfianza—. La reproducción sexual...

—Los ooloi lo hacen por nosotros. Tienen órganos especiales para ello. Y también lo pueden hacer por ustedes..., asegurarse de que haya una buena mezcla de genes, viable. Forma parte de nuestra reproducción, pero es mucho más deliberado de lo que hayan logrado hasta el momento cualquier pareja de humanos apareados.

Hizo una pausa, luego prosiguió:

—Nosotros no somos jerárquicos, ¿comprende? Nunca lo fuimos. Pero somos poderosamente adquisitivos. Adquirimos nueva vida... la buscamos, la investigamos, la manipulamos, la organizamos, la utilizamos. Tenemos el impulso a hacer esto, dentro de una minúscula célula dentro de otra célula..., una diminuta organela que hay dentro de cada célula de nuestros cuerpos. ¿Me entiende?

—Comprendo sus palabras. Sin embargo, su significado..., es tan raro para mí como lo pueda ser usted.

—Así es como nosotros percibíamos al principio sus impulsos jerárquicos. —Hizo una pausa—. Uno de los significados de oankali es comerciante de genes. Otro es el nombre de esa organela, la esencia de nosotros mismos, nuestro origen. Debido a esa organela, los ooloi pueden percibir el ADN y manipularlo con precisión.

—Y esto..., ¿lo hacen dentro de sus cuerpos?

—Sí

—Y, ahora, ¿están haciendo algo con el cáncer, dentro de sus cuerpos?

—Sí; experimentando.

—Eso suena... muy poco seguro.

—Ahora son como niños, hablan y no paran de las posibilidades.

—¿Qué posibilidades?

—Regeneración de miembros perdidos. Maleabilidad controlada. Los oankali del futuro podrán ser mucho menos temibles para sus potenciales clientes si son capaces de remodelarse antes del contacto, para parecerse más a la otra parte. Incluso una longevidad incrementada, aunque, comparado con lo que ustedes están acostumbrados a vivir, nosotros ya vivimos muchísimo.

—Y todo eso a partir del cáncer.

—Quizás. A los ooloi los escuchamos cuando dejan de hablar tanto. Es entonces cuando nos enteramos de cómo van a ser nuestras siguientes generaciones.

—¿Eso se lo dejan a ellos? ¿Son ellos quienes lo deciden?

—Ellos nos muestran las posibilidades comprobadas. Decidimos entre todos.

Trató de llevarla hacia el bosque de su familia, pero ella no avanzó.

—Hay algo que necesito entender ahora —dijo—. Usted lo llama intercambio. Han tomado de nosotros algo de valor, y nos van a dar de nuevo nuestro mundo. ¿Es eso? ¿Ya tienen todo lo que quieren de nosotros?

—Usted ya sabe que no —dijo él con voz queda—. Eso ya lo ha deducido.

Esperó, mirándolo.

—Su pueblo cambiará. Sus hijos serán más parecidos a nosotros y los nuestros más parecidos a ustedes. Sus tendencias jerárquicas serán modificadas y, si aprendemos a regenerar los miembros y a remodelar nuestros cuerpos, compartiremos con ustedes esas habilidades. Eso formará parte del intercambio. El saldo es aún a su favor.

—Entonces se trata de un cruce de razas, lo llame usted como lo llame.

—Es lo que yo he dicho que era: un intercambio. Los ooloi harán cambios en sus células reproductoras antes de la concepción, y luego controlarán ésta.

—¿Cómo?

—Cuando llegue el momento, los ooloi se lo explicarán.

Ella habló rápidamente, tratando de apartar sus pensamientos de una nueva cirugía y de algún tipo de acto sexual con los malditos ooloi:

—¿Qué es lo que harán con nosotros? ¿Qué es lo que serán nuestros hijos?

—Diferentes, como ya he dicho. No idénticos a ustedes. Un poquito como nosotros.

Ella pensó en su hijo, lo muy parecido a ella que había sido, lo muy parecido también a su padre. Luego pensó en unos grotescos niños-Medusa.

—¡No! —exclamó—. No. Poco me importa lo que hagan con lo que ya han aprendido..., ni cómo se lo aplican a ustedes mismos, pero a nosotros déjennos tranquilos. Simplemente, déjennos ir; si tenemos los problemas que ustedes piensan que tenemos, déjennos tratar de solucionarlos como seres humanos.

—No podemos echarnos atrás en el trueque —indicó él, suavemente implacable.

—¡No! ¡Ustedes van a acabar lo que empezó la guerra! En unas pocas generaciones...

—En una generación.

—¡No!

Él rodeó el brazo de ella con los muchos dedos de una mano.

—¿Puede usted contener la respiración, Lilith? ¿Puede contenerla, por un acto de voluntad, hasta morir?

—¿Contener...?

—Estamos tan necesitados del comercio como su cuerpo lo está del oxígeno. Ya andábamos retrasados en nuestros trueques cuando los hallamos a ustedes. Ahora lo llevaremos a cabo..., para el renacimiento de su pueblo y del mío.

—¡No! —gritó ella—. ¡Para nosotros, sólo puede darse el renacimiento si nos dejan en paz! ¡Déjennos empezar otra vez, por nosotros mismos!

Silencio.

Ella tiró de su brazo y, al cabo de un momento, él la soltó. Tuvo la impresión de que la estaba vigilando muy atentamente.

—Creo que desearía que su gente me hubiese dejado en la Tierra —susurró—. Si es para esto para lo que me hallaron, preferiría que me hubiesen dejado.

Los hijos de Medusa: serpientes por cabellos. Nidos de orugas por ojos y orejas.

Él se sentó en el desnudo suelo y, tras un minuto de sorpresa, ella se sentó frente a él, sin saber por qué, siguiendo, simplemente, su movimiento.

—No puedo deshacer el hecho de que la hallasen —dijo él—. Está usted aquí. Pero hay una cosa que sí *puedo* hacer..., aunque... es muy incorrecto el que yo se lo ofrezca. Y nunca más se lo volveré a ofrecer.

—¿Qué es? —preguntó ella, sin apenas importarle. Estaba cansada de la caminata, derrotada por lo que él le había contado. No tenía sentido. Buen Dios, no era extraño que él no pudiese volver a su casa..., aun en el caso de que todavía existiese. Fuera como fuese el pueblo de él cuando había partido, ahora debían de ser muy diferentes..., como serían diferentes los hijos de los últimos seres humanos sobrevivientes.

—¿Lilith? —la llamó él.

Ella alzó la cabeza y le miró.

—Ahora, tóqueme aquí —dijo él, haciendo un gesto hacia los tentáculos de su cabeza—, y la aguijonearé. Morirá..., muy rápidamente, y sin dolor.

Ella tragó saliva.

—Si lo desea —añadió él.

Lo que le estaba ofreciendo era un regalo. No era una amenaza.

—¿Por qué? —susurró ella.

Él no quiso responderle.

Miró los tentáculos de su cabeza. Alzó la mano, dejó que se tendiese hacia él, casi como si tuviera voluntad propia, sus propios deseos. No más Despertares. No más preguntas. No más respuestas imposibles. Nada.

Nada.

Jdahya no se movió. Incluso sus tentáculos estaban absolutamente inmóviles. La mano de ella flotó en el aire, deseando caer entre los órganos flexibles, duros, mortíferos. Flotó, casi rozando accidentalmente uno.

Apartó la mano de un tirón y la pegó a su cuerpo.

—¡Oh, Dios! —susurró—. ¿Por qué no lo he hecho? ¿Por qué no puedo hacerlo?

Él se puso en pie y aguardó durante varios minutos, sin protestar, hasta que ella también se alzó, torpemente.

—Ahora conocerá a mis compañeros y a uno de mis hijos, Lilith —le dijo—. Luego, comida y descanso.

Ella le miró, deseando que tuviera una expresión humana.

—¿Lo habría hecho? —quiso saber.

—Sí —contestó él.

—¿Por qué?

—Por usted.

II

FAMILIA

1

Sueño.

Apenas si recordaba el haber sido presentada a tres de los parientes de Jdahya, luego guiada a alguna parte, donde le habían proporcionado una cama. Sueño. Luego, un pequeño y confuso despertar.

Ahora, comida y olvido.

Comida, y un placer tan agudo y dulce que había borrado toda otra cosa de su mente. Había racimos de plátanos, platos de piña cortada a rodajas, higos enteros, frutos secos de varios tipos, ya sin cáscara, pan y miel, un potaje vegetal repleto de maíz, pimientos, tomates, patatas, cebollas, setas, hierbas y especias.

¿Dónde había estado todo esto?, se preguntó Lilith. ¿Acaso no podían haberle dado un poco de aquello antes, en lugar de tenerla tanto tiempo a una dieta que hacía que el comer fuera un fastidio? ¿Había sido todo por motivos de salud? O, ¿había habido algún otro motivo..., algo que tuviera que ver con su maldito intercambio de genes?

Cuando hubo comido un poco de todo, degustado amorosamente cada nuevo sabor, comenzó a prestar atención a los cuatro oankali que estaban con ella en la pequeña y desnuda habitación. Eran Jdahya y su esposa Tediin..., Kaaljdahyatediin lel Kahguyaht aj Dinso. Y también estaba el compañero ooloi de Jdahya, Kahguyaht..., Ahtrekahguyahtkaal lel Jdahyatediin aj Dinso. Finalmente estaba el niño ooloi de la familia, Nikanj..., Kaalmikanj oo Jdahyatediinkahguyaht aj Dinso.

Los cuatro estaban sentados sobre las familiares plataformas lisas, comiendo comidas terrestres de sus diversos platitos, como si hubieran nacido comiendo aquella dieta.

Había una plataforma central, con más de lo mismo encima, y los oankali se turnaban para llenar los platos de los demás. Parecía que ninguno de ellos podía levantarse y, simplemente, llenar sólo un plato. De inmediato le adelantaban los otros platos, incluso cuando la que se había levantado era Lilith. Llenó el plato de Jdahya con potaje caliente y se lo devolvió, preguntándose cuándo sería la última vez que él habría comido..., aparte la naranja que habían compartido.

—¿Comió usted mientras estábamos en aquella habitación de aislamiento? —le preguntó.

—Había comido antes de entrar —respondió él—. Y usé muy poca energía mientras estaba allá dentro, así que no necesitaba más comida.

—¿Cuánto tiempo estuvo allá dentro?

—Seis días de su tiempo.

Se irguió, aún sentada en la plataforma, y le miró.

—¿Tanto tiempo?

—Seis días —repitió él.

—Su cuerpo se ha ido apartando del día de veinticuatro horas de su

mundo —le explicó el ooloi Kahguyaht—. Es lo que pasa a toda su gente: se alarga ligeramente el día, y pierden la noción de cuánto tiempo ha pasado.

—Pero…

—¿Cuánto le pareció que había pasado?

—Unos pocos días…, menos de seis.

—¿Lo ve? —insistió suavemente el ooloi.

Lilith frunció el ceño en su dirección. Estaba tan desnudo como los otros, exceptuando Jdahya. Esto no la molestaba tanto como había supuesto que la molestaría, ni siquiera cuando los tenía cerca. Pero no le caía bien el ooloi. Era un tanto creído, y tendía a tratarla con condescendencia. También era uno de los seres destinados a provocar la destrucción de lo que quedaba de la Humanidad. Y, a pesar de la afirmación de Jdahya de que los oankali no eran jerárquicos, el ooloi parecía ser el jefe de la casa. Todo el mundo le hacía caso.

Era casi exactamente del mismo tamaño que Lilith…, algo mayor que Jdahya, y considerablemente más pequeño que la hembra, Tediin. Y tenía cuatro brazos. O dos brazos y dos tentáculos tamaño brazo. Los grandes tentáculos, grises y burdos, le recordaban la trompa de un elefante… excepto que no recordaba haber sentido nunca asco ante la trompa de un elefante. Al menos el niño aún no los tenía…, aunque Jdahya le había asegurado que se trataba de un niño ooloi. Mirando a Kahguyaht, se complació en pensar que los mismos oankali usaban el género neutro para referirse a los ooloi. Algunos seres merecían ser llamados «ello».

Volvió su atención a la comida.

—¿Cómo pueden comer todas estas cosas? —preguntó—. Yo no podría comer sus alimentos, ¿no?

—¿Y qué cree que ha comido cada vez que la hemos Despertado? —le preguntó el ooloi.

—No lo sé —contestó ella fríamente—. Nadie me dijo lo que era.

Kahguyaht no captó, o no quiso captar, la ira en su voz.

—Era uno de nuestros alimentos…, ligeramente alterado para atender a sus necesidades especiales —le dijo.

Lo de «sus necesidades especiales» hizo que ella se diera cuenta de que aquél podía ser el «pariente» que la había curado del cáncer. Hasta entonces no había pensado en aquello. Se alzó y llenó uno de los boles pequeños con frutos secos, asados pero no salados, y se preguntó cansinamente si tendría que estarle agradecida a Kahguyaht. Automáticamente llenó con los mismos frutos el bol que Tediin adelantó hacia ella.

—¿Alguno de nuestros alimentos es venenoso para ustedes? —preguntó de sopetón.

—No —respondió Kahguyaht—. Nos hemos adaptado a las comidas de su mundo.

—¿Y alguno de los suyos es venenoso para mí?

—Sí. Buena parte de ellos. No debe usted comer nada que encuentre aquí que no le resulte conocido.

—Esto no tiene sentido. ¿Por qué, ustedes que llegan de tan lejos..., de otro mundo, de otro sistema estelar..., son capaces de comer nuestra comida?

—¿Acaso no hemos tenido tiempo de aprender a comer sus alimentos? —inquirió el ooloi.

—¿Cómo?

El otro no repitió la pregunta.

—Veamos —inquirió ella—, ¿cómo puede uno aprender a comer algo que le es venenoso?

—Estudiando a los maestros para quienes no lo es. Estudiando a su pueblo, Lilith. Sus cuerpos.

—No lo entiendo.

—Entonces, acepte la evidencia que le ofrecen sus ojos: podemos comer todo lo que usted puede comer. Bastará con que entienda esto.

Bastardo pedante, pensó ella. Pero sólo dijo:

—¿Significa eso que pueden ustedes aprender a comer cualquier cosa? ¿Que no pueden ser envenenados?

—No, no he querido decir eso.

Esperó, comiendo frutos secos, pensando. Y, cuando el ooloi no prosiguió, le miró.

Estaba enfocado en ella, con sus tentáculos apuntándola.

—Los muy ancianos pueden ser envenenados —dijo—. Sus reacciones se hacen más lentas. Pueden no ser capaces de reconocer una sustancia mortífera inesperada o no recordar a tiempo cómo neutralizarla. Los gravemente dañados pueden resultar envenenados. Sus cuerpos están distraídos, ocupados con la autorreparación. Y los niños pueden ser envenenados, si no han aprendido aún a protegerse a sí mismos.

—¿Quiere decir que casi cualquier cosa podría envenenarles si, de algún modo, no estuvieran preparados para ello..., dispuestos a protegerse contra ello?

—No casi cualquier cosa. En realidad, muy pocas cosas. Cosas a las que éramos especialmente vulnerables antes de que dejásemos nuestro mundo natal.

—¿Como qué?

—¿Por qué lo pregunta, Lilith? ¿Qué haría si se lo dijese? ¿Envenenar a un niño?

Ella masticó y tragó varios cacahuetes, sin dejar de mirar al ooloi, sin hacer esfuerzo alguno por ocultar su inquina por él.

—Usted me invitó a preguntar —dijo.

—No. No era eso lo que estaba haciendo.

—¿Realmente piensa que podría hacerle daño a un niño?

—No. Simplemente, es que aún no ha aprendido a no hacer preguntas peligrosas.

—¿Y por qué me ha contestado tanto?

El ooloi relajó sus tentáculos.

—Porque la conocemos, Lilith. Y, dentro de lo razonable, queremos que usted nos conozca a nosotros.

2

El ooloi la llevó a ver *a* Sharad. Ella hubiese preferido que hubiera sido Jdahya quien lo hiciera, pero cuando Kahguyaht se ofreció, Jdahya se inclinó hacia ella y le preguntó:

—¿Cree que debería ir?

Ni por un momento dudó que el gesto de Jdahya no estuviera destinado a demostrarle que él se estaba comportando como quien le sigue la corriente a un niño. Estuvo tentada de aceptar el papel de niña y pedirle que la acompañase. Pero él se merecía unas vacaciones de ella..., y ella de él. Quizá desease pasar un rato con la fornida y silenciosa Tediin. Y, pensando en eso, ¿cómo debían apañárselas aquella gente en sus vidas sexuales? ¿Cómo se integraban en ellas los ooloi? ¿Eran órganos sexuales los dos tentáculos del tamaño de brazos? Kahguyaht nunca los había empleado para comer..., los había mantenido o bien enrollados a su cuerpo, bajo los brazos, o bien doblados tras los hombros.

A pesar de lo feo que era, no tenía miedo de él. Hasta el momento, sólo le había inspirado asco, odio y animadversión. ¿Cómo era posible que Jdahya se hubiera relacionado con un ser así?

Kahguyaht la llevó a través de tres paredes, abriéndolas a base de tocarlas con uno de sus tentáculos más grandes. Al fin salieron a un amplio pasillo descendente, bien iluminado. Un gran número de oankali circulaban por él, caminando o viajando en unos lentos vehículos planos sin ruedas, que aparentemente flotaban a unos milímetros del suelo. No había colisiones ni frenazos bruscos y, a pesar de ello, Lilith no veía ni orden ni concierto en el tráfico. La gente caminaba o conducía por donde hallaba un hueco y, aparentemente, confiaba en que los otros no chocarían con ellos. Algunos de los vehículos llevaban cargamentos inidentificables: esferas transparentes, de color azul, llenas de algún líquido; animales parecidos a ciempiés, de un par de palmos de largo, metidos enjaulas rectangulares; grandes bandejas con verdes formas oblongas, de casi dos metros de largo y unos noventa centímetros de grueso: estas últimas se agitaban lenta y ciegamente.

—¿Qué es eso? —le preguntó al ooloi.

Éste la ignoró, excepto para tomar su brazo y guiarla allá por donde el tráfico era más espeso. De pronto, ella se dio cuenta de que la estaba llevando con la punta de uno de sus dos tentáculos grandes.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó.

—Puede decir que son mis brazos sensoriales —respondió él.

—¿Y para qué sirven?

Silencio.

—Oiga, creía que se suponía que yo estaba aprendiendo. No puedo aprender sin hacer preguntas y obtener respuestas.

—Ya las irá recibiendo, a medida de que las vaya necesitando.

Movida por la rabia, se soltó del ooloi. Le resultó sorprendentemente fácil lograrlo: Kahguyaht no volvió a tocarla, no pareció darse cuenta de que

en dos ocasiones casi la había perdido, ni hizo esfuerzo alguno por ayudarla cuando pasaron a través de una multitud y ella descubrió que no podía diferenciar a un ooloi adulto de otro.

—¡Kahguyaht! —exclamó secamente.

—Aquí. —Estaba junto a ella, sin duda contemplándola, probablemente riéndose de su confusión. Sintiéndose manipulada, se agarró a uno de sus brazos auténticos, y se quedó pegada a él hasta que llegaron a un pasillo que casi estaba vacío. Desde allí pasaron a otro que lo estaba totalmente. Kahguyaht deslizó un brazo sensorial a lo largo de unos cuantos palmos de la pared, luego apoyó la punta del grueso tentáculo contra la superficie de la misma.

Apareció una abertura allá donde había tocado, y Lilith supuso que la llevaría a otro pasillo o habitación; pero, en lugar de eso, la pared pareció formar un esfínter y dejó pasar algo del otro lado. Incluso, como para enmarcar aún más la imagen, brotó un olor agrio. Uno de los grandes objetos, semitransparentes y oblongos, se deslizó fuera hasta quedar a la vista, húmedo y liso.

—Es una planta —explicó el ooloi—. Las almacenamos allá donde podemos darles la luz que mejor les va para vivir.

Ella se preguntó por qué no le podía haber dicho aquello antes.

El objeto oblongo se estremeció lentamente, como habían hecho los otros, mientras Kahguyaht lo tocaba con ambos brazos sensoriales. Tras un momento, el ooloi sólo prestó atención a uno de los extremos, que empezó a masajear con las dos manos.

Lilith vio que la planta empezaba a abrirse y, de repente, comprendió lo que estaba pasando.

—Sharad está dentro de esa cosa, ¿no?

—Venga aquí.

Fue hasta donde el otro estaba sentado en el suelo, junto al extremo, ahora abierto, de la planta. La cabeza de Sharad empezaba a hacerse visible. Su cabello, que ella recordaba como oscuro mate, brillaba ahora, húmedo y pegado a su cráneo. Sus ojos estaban cerrados y la expresión de su rostro era pacífica, como si el chico estuviera durmiendo normalmente. Kahguyaht había detenido la apertura de la planta en la base del cuello del niño, pero ya se veía lo bastante como para darse cuenta de que Sharad sólo era un poco mayor de lo que había sido cuando ambos habían compartido una habitación de aislamiento. Parecía sano y saludable.

—¿Lo sacará de ahí? —preguntó.

—No. —Kahguyaht tocó el moreno rostro con un brazo sensorial—. No vamos a Despertar a esta gente por el momento. El humano que los guiará y entrenará aún no ha empezado su propio entrenamiento.

Se lo hubiera suplicado, si no hubiera tenido la experiencia de dos años de trato con los oankali, que le habían mostrado lo poco que servía con ellos el suplicar. Allí estaba el único ser humano al que había visto en aquellos dos años, en aquellos doscientos cincuenta años. Y no podía hablar

con él, no podía hacerle saber que estaba a su lado.

Se tocó la mejilla y la halló húmeda, pegajosa, fría.

—¿Está seguro de que está bien?

—Está muy bien. —El ooloi tocó la planta allá donde se había abierto, y ésta comenzó a cerrarse de nuevo, lentamente, alrededor de Sharad. Ella se quedó mirándole a la cara hasta que estuvo totalmente cubierta. La planta se cerró, sin dejar rastro de la anterior abertura, alrededor de la cabeza del chico.

—Antes de que nosotros hallásemos estas plantas —explicó Kahguyaht—, acostumbraban a capturar pequeños animales y mantenerlos vivos durante mucho tiempo, utilizando su dióxido de carbono y suministrándoles oxígeno mientras iban digiriendo, lentamente, partes no esenciales de sus cuerpos: las patas, la piel, los órganos sensoriales. Las plantas incluso pasaban parte de su propia sustancia a su presa, para nutrirla y mantenerla viva tanto tiempo como fuera posible. Adicionalmente, las plantas se enriquecían con los productos residuales de los animales. Les daban una muerte larga, muy larga.

Lilith tragó saliva:

—¿Notaba la presa lo que le estaban haciendo?

—No, eso hubiera acelerado la muerte. La presa... dormía.

Lilith contempló al verde objeto oblongo que se agitaba lentamente, como una oruga obscenamente gorda.

—¿Cómo respira Sharad?

—La planta le suministra una mezcla ideal de gases.

—¿No se limita a darle oxígeno?

—No. Le prepara una combinación, según lo que necesite. Ella sigue aprovechándose del dióxido de carbono que el sujeto exhala y de los escasos productos residuales. Flota en un baño de agua y sustancias nutritivas. Esto y la luz le cubren el resto de sus necesidades.

Lilith tocó la planta, y la notó firme y fría. Cedió un poco al apretarla con los dedos. La superficie estaba ligeramente cubierta por una sustancia pegajosa. Miró con asombro como sus dedos se iban hundiendo más y más, mientras la cosa comenzaba a tragarse su mano. No se sintió asustada hasta que trató de retirarla y descubrió que no la soltaba..., y que el tirar hacia fuera le provocaba un agudo dolor.

—Espere —dijo Kahguyaht. Tocó la planta con un brazo sensorial, cerca de la mano de ella. De inmediato notó como la planta comenzaba a soltarla. Cuando fue capaz de alzar la mano, descubrió que la tenía adormecida pero que, por lo demás, no había sufrido ningún daño. Las sensaciones fueron volviendo lentamente. La marca de la mano aún era claramente visible en la superficie de la planta cuando Kahguyaht se frotó primero sus propias manos con los brazos sensoriales, y luego abrió la pared y empujó la planta al otro lado.

—Sharad es muy pequeño —dijo, cuando el vegetal hubo

desaparecido—. La planta también podría haberla metido a usted dentro de ella.

Lilith se estremeció.

—Yo también estuve en una de éstas, ¿verdad?

Kahguyaht ignoró la pregunta. ¡Claro que había estado en una de aquellas plantas..., había pasado la mayor parte de los últimos dos siglos y medio dentro de lo que, básicamente, era una planta carnívora! Y aquella cosa se había cuidado perfectamente de ella, manteniéndola saludable y joven.

—¿Cómo lograron que dejasen de comerse a la gente? —preguntó.

—Las alteramos genéticamente..., cambiamos algunos de sus requisitos, permitiéndolas responder a ciertos estímulos químicos que les provocamos.

Miró al ooloi:

—Una cosa es hacérselo a una planta. Otra muy distinta hacérselo a seres inteligentes, con voluntad propia.

—Hacemos lo que hacemos, Lilith.

—Pueden matarnos. Pueden convertir a nuestros hijos en mulas..., en monstruos estériles.

—No —afirmó el ooloi—. Cuando nuestros antepasados dejaron nuestro mundo natal, aún no había vida en su planeta Tierra. Y, en todo ese tiempo, jamás hemos hecho una cosa así.

—Tampoco me lo diría si la hubiesen hecho —espetó ella amargamente.

La llevó de regreso, a través de los atestados pasillos, hasta lo que ella ya consideraba como el apartamento de Jdahya. Allí la puso en manos del niño ooloi, Nikanj.

—Responderá a sus preguntas y la llevará a través de las paredes cuando sea necesario —le explicó Kahguyaht—. Tiene vez y media la edad de usted y conoce muchas cosas, aunque, claro, no sobre los humanos. Usted le enseñará a él cosas acerca de su pueblo, y él se las enseñará a usted sobre los oankali

Vez y media su edad, tres cuartas partes su tamaño, y aún estaba creciendo. Deseó que no fuera un niño ooloi. Deseó que no fuera un niño, punto. ¿Cómo podía Kahguyaht acusarla primero de querer envenenar niños, y luego dejarla al cuidado de su propio hijo?

Al menos, Nikanj aún no tenía aspecto de ooloi.

—Hablas inglés, ¿no? —le preguntó, cuando Kahguyaht hubo abierto una pared y salido de la habitación. Ésta era la sala en la que habían comido, y ahora estaba vacía, a excepción de Lilith y el niño. Los platos y los restos de comida habían sido retirados, y no había visto a Jdahya o a Tediin desde que había regresado.

—Sí —contestó el niño—. Pero... no mucho. Tú me enseñarás.

Lilith suspiró. Ni el niño ni Tediin le habían dicho una sola palabra, aparte del saludo de bienvenida, pese a que ambos habían hablado, ocasionalmente, en rápido y canturreante oankaliano con Jdahya o Kahguyaht. Se había preguntado el motivo. Ahora lo sabía.

—Te enseñaré lo que pueda —dijo.

—Tú enseñas, yo enseño.

—Sí.

—Bien. ¿Fuera?

—¿Quieres que vaya fuera contigo?

Pareció meditarlo un momento.

—Sí —dijo al fin.

—¿Por qué?

El chico abrió la boca, luego la cerró de nuevo, con los tentáculos de la cabeza retorciéndose. ¿Confusión? ¿Problemas de vocabulario?

—Está bien —dijo Lilith—. Si lo deseas, podemos ir fuera.

Sus tentáculos se aplanaron, suaves contra su cuerpo, por un momento; luego la tomó de la mano y habría abierto la pared, llevándola fuera, si no hubiese sido porque ella lo detuvo.

—¿Puedes enseñarme a abrirla? —preguntó.

El chico dudó, luego tomó una de las manos de ella y rozó con la misma la mata de sus tentáculos largos, dejando la palma ligeramente mojada. Luego tocó con ella la pared, y ésta empezó a abrirse.

Más reacciones programadas a estímulos químicos. Ninguna zona de apertura en especial que pudiera memorizar, ni siquiera un código determinado de presiones que hacer. Simplemente, algún producto químico que los oankali fabricaban en sus cuerpos. Seguiría siendo una prisionera, obligada a quedarse donde ellos eligieran dejarla. Ni siquiera se podía permitir el hacerse la ilusión de que estaba libre.

El niño la detuvo cuando estuvieron fuera. Luchó con unas pocas palabras más.

—¿Otros? –dijo, y luego dudó — ¿Otros pueden verte? Otros no ven ser humano..., nunca.

Lilith frunció el ceño, segura de que le estaba haciendo una pregunta. La entonación del niño parecía indicarlo, si es que podía fiarse de estas cosas, viniendo de un oankali.

—¿Me estás preguntando si puedes enseñarme a tus amiguitos? –quiso saber

El niño se volvió hacia ella.

—¿Enseñarte?

—En esta caso significa mostrarme..., llevarme a algún sitio para que me vean.

—¡Ah, si! ¿Puedo enseñarte?

—De acuerdo –contestó ella con una sonrisa

—Yo hablaré… más humano, pronto. Dime si hablo no bien.

—Mal –le corrigió ella.

—¿Si hablo mal?

—Eso es.

Hubo un largo silencio.

—¿También si hablo bien, bien? –inquirió.

—No bien, bien. Simplemente bien.

—Bien –el niño pareció saborear la palabra, luego dijo—: Hablaré bien, pronto.

3

Los amigos de Nikanj toquetearon y acariciaron la piel que tenía al descubierto y trataron de convencerla, por mediación de Nikanj, de que se quitase la ropa. Ninguno de ellos hablaba inglés. Y ninguno de ellos parecía un niño, aunque Nikanj afirmase que todos lo eran. Tuvo la sensación de que alguno de ellos hubiese disfrutado diseccionándola. Hablaban muy poco en voz alta, aunque había mucho tocar de tentáculos a piel y de tentáculos a otros tentáculos. Cuando vieron que no se desnudaría, no le hicieron más preguntas. Al principio su actitud la divirtió, luego la molestó, y al fin acabó por irritarla. Para ellos no era más que un bicho raro, el nuevo animalito de Nikanj.

Bruscamente, les dio la espalda. Ya tenía suficiente de que la mostraran. Se apartó de un par de críos que intentaban investigar su cabello y llamó a Nikanj con aire seco.

Nikanj desenredó los largos tentáculos de su cabeza de los de otro niño y regresó con ella. Si no hubiera respondido a su nombre, no lo hubiese podido reconocer. Iba a tener que aprender a distinguir a la gente. Quizás a base de memorizar los distintos grupos de tentáculos de la cabeza.

—Quiero volver —dijo.

—¿Por qué? —preguntó él.

Ella suspiró, y decidió decirle tanto de la verdad como creía que podía entender. Lo mejor era averiguar, ahora mismo, hasta dónde la iba a llevar el decir la verdad.

—No me gusta esto —explicó—. No quiero ser enseñada más a gente con la que ni siquiera puedo hablar.

Él tocó dubitativo su brazo.

—¿Tú..., ira?

—Sí, estoy irritada, siento ira. Y necesito estar sola un rato.

El niño pensó en aquello.

—Regresaremos —dijo finalmente.

Al parecer, algunos de los niños no estaban muy contentos con que se marchasen. Se amontonaron en derredor de ella y hablaron en voz fuerte con Nikanj, pero éste les dijo unas palabras y la dejaron pasar.

Lilith descubrió que estaba temblando, e hizo algunas profundas inspiraciones para relajarse. ¿Cómo se suponía que debía sentirse un animalito de compañía? ¿Y cómo los animales del zoo?

Si el niño la llevase a algún sitio y la dejase tranquila por un tiempo..., si le diese un poquito más de aquello que había creído que ya nunca más podría soportar, la soledad...

Nikanj le tocó la frente con unos pocos tentáculos de la cabeza, como si quisiese tomar una muestra de su sudor. Ella se apartó violentamente, deseosa de que nunca nadie volviera a tomarle más muestras.

El niño abrió una pared para entrar en el apartamento familiar y la

llevó hasta una habitación que era idéntica a la de aislamiento que creía haber dejado atrás.

—Descansa aquí —dijo—. Duerme.

Incluso había un lavabo y, sobre la familiar plataforma-mesa, ropa limpia. Y, en lugar de Jdahya, estaba Nikanj. No podía librarse de él: le habían dicho que se quedase con ella, y pensaba quedarse. Cuando le gritó, sus tentáculos formaron grupos irregulares y muy feos, pero no se movió.

Derrotada, se ocultó durante un rato en el baño. Lavó su ropa sucia, a pesar de que ninguna materia extraña se adhería a ella..., ni polvo, ni sudor, ni grasa o agua. No permanecía húmeda más que unos pocos minutos. Alguna fibra sintética oankali.

Luego deseó volver a dormir. Estaba acostumbrada a dormir cuando se hallaba cansada, y estaba desacostumbrada a caminar largas distancias o a conocer nueva gente. Era curioso lo rápidamente que los oankali se habían convertido para ella en gente. Pero, ¿qué podía hacer, si allí no había nadie más?

Se arrastró hasta la cama y le dio la espalda a Nikanj, que había tomado el lugar de Jdahya en la plataforma-mesa. ¿Quién más habría para ella si los oankali lograban sus propósitos...? Y, sin duda, los lograrían, estaban acostumbrados a ello. ¡Modificar plantas carnívoras...! ¿Qué es lo que habrían modificado para conseguir su nave? ¿Y en qué útiles herramientas convertirían a los humanos, tras modificarlos? ¿Lo sabían ya, o estaban planeando más experimentos? ¿Les importaba? ¿Cómo efectuarían sus cambios? ¿O los habrían hecho ya..., trasteando un poquito más en su interior, mientras se ocupaban de su tumor? Y, realmente, ¿había tenido un tumor? Su historial familiar la impulsaba a creer que sí; probablemente no la habrían mentido en aquello. Quizá no la hubieran mentido en nada. ¿Para qué tenían que molestarse en mentir? Poseían la Tierra y lo que quedaba de la especie humana.

¿Cómo no había sido *capaz,* de aceptar la oferta de Jdahya?

Al fin, se quedó dormida. La luz nunca cambiaba, pero estaba acostumbrada a ello. Se despertó en una ocasión, y descubrió que Nikanj había venido a la cama y se había acostado junto a ella. Su primer impulso, movida por la repulsión, fue empujar al niño para echarlo..., o levantarse ella. El segundo impulso, que fue el que siguió, cansinamente indiferente, fue volverse a dormir.

4

El hacer dos cosas se convirtió en algo irracionalmente importante para ella. La primera era hablar con otro ser humano. Cualquiera le valía, pero le hubiese gustado que fuera uno que llevase más tiempo Despierto que ella, uno que supiese más que lo que ella había logrado descubrir.

La segunda era que deseaba atrapar a un oankali en una mentira. A cualquier oankali, en cualquier mentira.

Pero no vio ni señales de otros humanos. Y lo más cerca que anduvo de atrapar a un oankali en una mentira fue cuando los cazó en medias verdades..., aunque incluso en esto eran honestos. Admitían claramente que sólo le iban a contar parte de lo que ella quería saber. Fuera de esto, los oankali parecían decir siempre la verdad, tal como ellos la veían. Esto la dejaba con una sensación, casi intolerable, de desesperanza, y también muy inerme... ¡Como si el atraparlos en una mentira fuera a hacerlos vulnerables! ¡Como si aquello fuera a convertir en menos real, en más fácil de ignorar, aquello que pensaban realizar!

Únicamente Nikanj le ofrecía algo de alegría, algo de olvido. Parecía como si el niño ooloi le hubiera sido dado a ella, tanto como ella le había sido dada a él. Raras veces la abandonaba, parecía quererla..., aunque no sabía lo que podría significar para un oankali el «querer» a un humano. Ni siquiera había logrado imaginar cómo eran los nexos emocionales de unos oankali con otros.

Aunque Jdahya había tenido el suficiente afecto hacia ella como para ofrecerle algo que él creía absolutamente equivocado... ¿Qué sería lo que podía llegar a hacer Nikanj por ella?

En un sentido muy real, ella era un animal de laboratorio. No un animalito doméstico. ¿Qué sería lo que Nikanj podía hacer por un animal de laboratorio...? ¿Protestar llorosamente (?) cuando ella fuera sacrificada, al final del experimento?

Pero no, no se trataba de ese tipo de experimentos. Estaba destinada a vivir y reproducirse, no a morir. ¿Un animal experimental, madre de animalitos domésticos? ¿O... un animal casi extinto, parte de un programa de reproducción en cautividad? Los biólogos humanos habían hecho aquello, antes de la guerra: habían usado a unos pocos miembros cautivos de una especie animal en peligro de extinción, para criar más que añadir a la población salvaje. ¿Era eso hacia lo que ella se encaminaba? ¿Inseminación artificial forzada? ¿Maternidad interpuesta? ¿Drogas de fertilidad y «donación» forzada de óvulos? ¿Implantación de óvulos fertilizados no relacionados con ella? ¿Niños que les son quitados a sus madres al nacer...? Los humanos habían hecho estas cosas a paridoras cautivas..., todo en nombre de una causa superior, naturalmente.

Era de esto de lo que necesitaba hablar con otro ser humano. Sólo un humano podría tranquilizarla..., o, al menos, comprender sus temores. Pero sólo tenía a Nikanj. Pasaba todo el tiempo enseñándole y aprendiendo de él todo lo que podía. Él la mantenía tan ocupada como ella se dejaba: necesitaba menos sueño que ella y, cuando Lilith no estaba durmiendo,

esperaba que ella estuviese enseñándole o aprendiendo. No sólo quería lenguaje, sino también cultura, biología, historia, la historia de su propia vida... Esperaba aprender todo lo que ella sabía.

Aquello era un poco como tener de nuevo al pequeño Sharad con ella. Pero Nikanj era mucho más exigente..., mucho más parecido a los adultos en su persistencia. Sin duda, ella y Sharad habían pasado aquel tiempo juntos para que los oankali pudiesen ver cómo se comportaba con un niño extraño de su propia especie..., un niño con el que tuviera que compartir habitación y enseñarle.

Como Sharad, Nikanj tenía una memoria fotográfica. Quizá todos los oankali la tuviesen. Todo lo que Nikanj veía u oía, una sola vez, lo recordaba, lo comprendiese o no. Y era listo y sorprendentemente rápido para entender las cosas. Tanto, que ella llegó a avergonzarse de su tanteante lentitud y su desigual memoria.

Siempre había visto que le resultaba más fácil aprender cuando podía escribir las cosas. Pero, en todo su tiempo con los oankali, jamás había visto a ninguno de ellos leer o escribir.

—¿Guardáis algún archivo, fuera de vuestras propias memorias? —preguntó a Nikanj, cuando hubo trabajado con ello el tiempo suficiente como para sentirse frustrada e irritada—. ¿Nunca leéis o escribís?

—Nunca me has enseñado esas palabras —dijo el niño.

—Comunicación por marcas simbólicas... —Miró a su alrededor, buscando algo que pudiera marcar, pero estaban en su dormitorio y no había nada que pudiese retener sus marcas el suficiente tiempo como para que pudiera escribir palabras..., incluso aunque tuviera algo con lo que escribirlas—. Vamos fuera —dijo—. Te lo mostraré.

Él abrió una pared y tomó el camino hacia fuera. Allí, bajo las ramas del pseudoárbol que contenía su vivienda, ella se arrodilló y comenzó a escribir con el dedo en lo que parecía ser un suelo de arena suelta. Escribió su nombre, luego el de Nikanj.

—Así es como se vería tu nombre una vez lo hubieses escrito —explicó—. Yo podría escribir las palabras que tú me dijeras, y estudiarlas hasta haberlas aprendido. De este modo no tendría que preguntarte las cosas una y otra vez. Pero necesito algo en lo que escribir... y algo con lo que escribir. Lo mejor serían unas hojas de papel.

No estaba segura de que él supiese lo que era el papel, pero no se lo preguntó.

—Si no tenéis papel, podría emplear unas hojas finas de plástico, o incluso trozos de ropa, si podéis fabricarme algo con lo que pueda hacer marcas encima. Alguna tinta o tinte..., algo que deje una señal clara. ¿Me comprendes?

—Podrías hacer lo que estás haciendo ahora con los dedos —dijo él.

—No basta. Necesito poder conservar lo que escriba,.., para estudiarlo. Necesito...

—No.

Ella se detuvo a media frase y parpadeó.

—¡Pero si no es nada peligroso! —explicó—. Tu gente debe de haber visto nuestros libros, discos, cintas, películas... Nuestros archivos de historia, medicina, lenguas, ciencias, todo tipo de cosas. ¡Yo sólo quiero hacerme mi propio archivo de vuestro idioma!

—Conozco lo de los... archivos que guardaba tu pueblo. No sabía cómo se llamaba eso en inglés, pero los he visto. Hemos rescatado muchos de ellos, y hemos aprendido a usarlos para conocer mejor a los humanos. Yo no los comprendo, pero otros sí.

—¿Puedo verlos?

—No. No se permite verlos a ninguno de tu pueblo.

—¿Por qué?

No le contestó.

—¿Nikanj?

Silencio.

—Entonces..., al menos dejadme crear mis propios archivos para ayudarme a aprender vuestro idioma. Nosotros los humanos necesitamos hacer estas cosas, para que nos ayuden a recordar.

—No.

Ella frunció el ceño.

—Pero, ¿qué quieres decir con ese no? ¡Las hacemos!

—No puedo darte esas cosas. Ni para leer, ni para escribir.

—¿Por qué?

—Porque no está permitido. El pueblo ha decidido que no debe ser permitido.

—Eso no es una respuesta. ¿En qué se han basado?

Silencio de nuevo. El niño dejó caer de nuevo sus tentáculos. Esto le hacía parecer más pequeño, como un animal peludo que se ha mojado.

—¿No será que no tenéis..., o no podéis hacer, materiales de escritura?

—Podemos hacer cualquier cosa que tu pueblo pudiese hacer —afirmó él—. Aunque no desearíamos hacer muchas de vuestras cosas.

—Es algo tan simple... —Agitó la cabeza—. ¿Te han dicho que no tenías que explicarme el motivo?

Rehusó contestarla. ¿Significaba aquello que el no contárselo era su propia idea, su propio deseo infantil de ejercer el poder que tenía? ¿Por qué iban a tener los oankali que hacer aquel tipo de cosas con tanta facilidad como lo hacían los humanos?

Al cabo de un tiempo, él le dijo:

—Volvamos dentro. Te enseñaré un poco más de nuestra historia. —Sabía que a ella le gustaban los relatos acerca de la larga historia

multiespecies de los oankali, y que esas historias la ayudaban con su vocabulario oankali. Pero ella no estaba ahora de humor para mostrarse cooperativa. Se sentó en el suelo y se recostó contra el pseudoárbol.

Al cabo de un momento, Nikanj se sentó frente a ella y empezó a hablar:

—Hace seis divisiones, en el mundo acuático de un sol blanco, vivíamos en grandes océanos poco profundos. Éramos multicorpóreos y hablábamos con colores corporales y gamas de colores entre nosotros mismos y con los otros nosotros…

Le dejó que siguiese, sin hacerle preguntas cuando no le entendía, no deseando que le importase aquella historia. La idea de los oankali fundiéndose con una especie de seres parecidos a peces, inteligentes y que vivían en bancos, le resultaba fascinante, pero estaba demasiado irritada como para prestarle toda su atención. Materiales de escritura…, unas cosas tan insignificantes, y le eran negadas. ¡Unas cosas tan insignificantes!

Cuando Nikanj entró en el apartamento a buscar comida para ambos, ella se alzó y se marchó. Vagó, más libre de lo que nunca antes había caminado, por la zona, parecida a un parque, que había en el exterior de sus viviendas: los pseudoárboles. Los oankali la veían, pero no parecían prestarle más que una atención momentánea. Se había quedado absorta contemplando lo que había a su alrededor cuando, de repente, Nikanj estuvo de nuevo junto a ella.

—Tienes que quedarte conmigo —le dijo, en un tono que le recordó el de una madre humana hablándole a su niñito de cinco años. Y ésa, pensó, era justamente su situación dentro de la familia.

Tras aquel incidente, se escapó siempre que pudo. Una de dos: o la detenían, castigaban y/o la confinaban…, o no.

No lo hicieron, Nikanj pareció acostumbrarse a sus escapadas. De repente, dejó de aparecer a su lado minutos después de que ella se hubiese escapado. Parecía dispuesto a dejarla estar, ocasionalmente, una o dos horas lejos de su vista. Ella empezó a llevarse comida en sus escapadas, guardando artículos fácilmente transportables de las comidas: un *arroz,* muy especiado, que envolvían en hojas comestibles de un alto contenido en proteínas, nueces, fruta o quatasayasha, una comida oankali, con un fuerte sabor a queso, que Kahguyaht le había asegurado que era comestible para ella. Nikanj había demostrado su aceptación de las escapadas, aconsejándole que enterrase cualquier alimento que no desease comer:

—Dáselo a comer a la nave —fue el modo en que hizo esa sugestión.

Convirtió su chaqueta extra en una bolsa, y metía en ella su comida, tras lo cual vagaba sola, comiendo y pensando. No le reconfortaba, realmente, el estar sola con sus pensamientos, con sus recuerdos; pero, a veces, la ilusión de libertad disminuía su desesperación.

A veces, otros oankali trataban de hablar con ella, pero aún no podía comprender lo bastante de su idioma como para mantener una conversación. A veces, incluso cuando le hablaban lentamente, no reconocía palabras que debería saber, y que identificaba luego, momentos después de

que el encuentro con sus interpeladores ocasionales hubiese terminado. La mayoría de las veces acababa recurriendo a los gestos, que no le servían de mucho, y sintiéndose inconmensurablemente estúpida. La única comunicación segura que lograba era para pedir ayuda a los desconocidos, cuando se veía perdida.

Nikanj le había explicado que, si no hallaba el camino de vuelta a casa, tenía que acercarse al adulto más próximo y decirle su nombre con los añadidos oankali: Dhokaaltediinjdahyalilith eka Kahguyaht aj Dinso. El *Dho,* utilizado como prefijo, indicaba a un no-oankali adoptado. *Kaal era* un nombre de afinidad con un grupo. Tras eso seguían los nombres de Tediin y Jdahya, con el de éste situado en último lugar, puesto que era él quien la había llevado a la familia. *Eka* significaba niño, un niño tan pequeño que, literalmente, no tenía sexo..., como era habitual entre los oankali muy pequeños. Lilith había aceptado esperanzada esta denominación. Seguro que los niños tan pequeñitos que aún no tenían sexo no eran empleados en experimentos de procreación. Luego estaba el nombre de Kahguyaht: al fin y al cabo, era su tercer «progenitor». Para acabar, estaba el nombre del status comercial. El grupo Dinso iba a quedarse en la Tierra, transformándose al adoptar parte de la herencia genética de la raza humana... Dinso; aquello no era un nombre, aquello era una terrible promesa, una amenaza.

El caso es que si decía este largo nombre, entero, la gente comprendía de inmediato no sólo quién era, sino dónde debería estar, y le indicaban el camino a «casa». No es que por eso les quedase especialmente agradecida...

En una de esas caminatas solitarias, oyó a dos oankali usar una de las palabras con que designaban a los humanos: kaizidi, y moderó el paso para escucharles. Supuso que aquellos dos estarían hablando de ella. A menudo imaginaba que la gente por entre la que caminaba estaba hablando de ella, como si de un animal raro se tratase. Esos dos confirmaron sus temores cuando guardaron silencio a medida que ella se acercaba, tras lo que continuaron su conversación en silencio, a base de ir uniendo sus tentáculos craneales. Ya casi había olvidado ese incidente cuando, varias semanas después, oyó a otro grupo de gente de esa misma zona hablar de nuevo de un kaizidi..., un macho al que llamaban Fukumoto.

De nuevo, todo el mundo guardó silencio al acercarse ella. Había tratado de quedarse muy quieta y escucharles, ocultándose tras el tronco de un pseudoárbol; pero, en el mismo momento en que se apostó allí, la conversación entre los oankali se cortó. Cuando se decidían a escuchar, su oído era especialmente agudo: ¡a principios de su estancia allí, Nikanj se había quejado de lo ruidoso que era el latir de su corazón!

Siguió su camino, avergonzada a su pesar de que la hubieran cazado curioseando. Aquella sensación no tenía sentido: Ella era una cautiva..., ¿qué cortesía debía a sus captores, aparte de la que resultase necesaria para su autopreservación ?

Y, ¿dónde estaba Fukumoto?

Volvió a estudiar, mentalmente, los fragmentos que había oído. Fukumoto tenía algo que ver con el grupo familiar Tiej, que también era gente Dinso. Sabía, de un modo vago, cuál era su zona, a pesar de que

nunca había estado allí.

¿Por qué había estado hablando la gente de Kaal de un humano que estaba con los Tiej? Y, ¿cómo podía ponerse en contacto con él?

Iría hasta Tiej. Emplearía sus paseos para ir hasta allí..., si es que no aparecía Nikanj para detenerla. Aún lo seguía haciendo, ocasionalmente, dándole a entender que podía seguirla a cualquier parte, acercarse a ella estuviera donde estuviese, y siempre pareciendo surgir de la nada. Quizá le encantaba verla sobresaltarse.

Comenzó a caminar hacia Tiej. Quizá lograse ver al hombre hoy mismo, si él estaba al aire libre..., si era un adicto de los paseos sin rumbo como ella. Y, si lo encontraba, quizá hablase inglés. Si lo hablaba, quizá sus carceleros oankali no le impidiesen hablar con ella. Si ambos lograban charlar, quizá resultase ser tan ignorante como ella. Y, si no lo era, si se encontraban y hablaban, si todo iba bien, quizá aun así los oankali decidiesen castigarla. ¿Encierro en solitario de nuevo? ¿Animación suspendida? ¿O quizás un confinamiento más estricto con Nikanj y su familia? Si hacían una de las dos primeras cosas, ella se vería, simplemente, liberada de una responsabilidad que no quería y que, posiblemente, no podía asumir con éxito. Y, si hacían lo tercero, ¿qué diferencia representaría? ¿Y qué importancia tenía todo aquello, si se lo comparaba con la posibilidad de ver y hablar de nuevo con uno de su propia especie al fin?

Ninguna.

Jamás se le ocurrió ir a Nikanj y pedirle que él, o su familia, le dejasen conocer a Fukumoto. Le habían dejado muy claro que no debía de tener contacto con otros seres humanos o con artefactos de la Humanidad.

El paseo hasta Tiej era más largo de lo que había supuesto. Aún no había aprendido a calcular las distancias a bordo de la nave. El horizonte, cuando no estaba tapado por pseudoárboles y entradas a otros niveles, construidas como si fuesen colinas, parecía sorprendentemente cercano. Pero lo cierto es que no habría sabido decir cuan cercano.

Al menos, nadie la detuvo. Los oankali con los que se cruzaba parecían suponer que se encontraba donde se debía encontrar. A menos que apareciese Nikanj, era libre para vagar por Tiej en libertad durante tanto tiempo como le apeteciese.

Llegó a Tiej e inició su búsqueda. Los pseudoárboles de Tiej eran de tono amarillo-marrón, en lugar del gris-marrón de Kaal, y su corteza parecía más burda..., más como lo que ella esperaba que fuese la corteza de un árbol. Y, sin embargo, la gente los abría del mismo modo para entrar o salir. Cuando le era posible, atisbaba por las aberturas que hacían. Lilith pensaba que el viaje ya habría valido la pena con sólo que lograse darle una simple mirada a Fukumoto..., o a cualquier otro humano Despierto y consciente. A cualquiera.

Hasta que realmente no se había puesto a buscarlo, no se había dado cuenta de lo importante que era para ella el hallar a alguien. Los oankali la habían apartado tan completamente de su propia gente..., y eso sólo para decirle luego que planeaban usarla como chivo expiatorio. Y lo habían hecho

suavemente, sin brutalidad, y con una paciencia y cuidado que eran puro corrosivo para cualquier decisión a oponerse a sus designios que ella pudiera tener.

Caminó y fue escudriñando hasta estar demasiado cansada para poder seguir. Finalmente, descorazonada y más desalentada de lo que le parecía razonable, se sentó apoyándose contra un pseudoárbol, y se comió las dos naranjas que se había guardado de la comida que había tomado antes en Kaal.

Finalmente, admitió que su búsqueda había sido ridícula. Se podía haber quedado en Kaal, soñado despierta acerca de encontrarse con otro humano, y logrado así mayores satisfacciones. No podía ni estar segura de cuánta parte de Tiej había recorrido. No había carteles que ella pudiese leer, los oankali no usaban esas cosas. Las zonas de vivienda de un grupo familiar estaban claramente marcadas por sus aromas. Cada vez que abrían una pared, incrementaban la señalización local con aromas..., o se identificaban a sí mismos como visitantes, miembros de otro grupo familiar. Los ooloi podían cambiar su aroma, y lo hacían cuando dejaban sus casas para aparearse; los machos y las hembras conservaban los aromas de nacimiento, y jamás salían de su zona. Lilith no podía leer los carteles olfativos... por lo que a ella se refería, los oankali no parecían tener olor.

Eso era mejor, suponía, que el que hubiesen emitido un pestazo impresionante, y la hubieran obligado a soportarlo. Pero el caso era que aquello la dejaba sin carteles callejeros.

Suspiró y decidió regresar a Kaal..., si es que podía hallar el camino de vuelta. Miró a su alrededor, confirmó su suposición de que se hallaba desorientada, perdida. Tendría que pedirle a alguien que le indicase el camino hacia Kaal.

Se alzó, se apartó del pseudoárbol contra el que había estado recostada y abrió, con las uñas, un agujero superficial en la tierra... pues realmente era tierra, como le había explicado Nikanj. Enterró las mondaduras de las naranjas, sabedora de que habrían desaparecido en un día, deshechas por los tentaculillos de la propia materia viva de la nave.

O, al menos, eso era lo que se suponía que debía de suceder.

Mientras sacudía la chaqueta extra y se quitaba el polvo, la tierra en torno de las mondaduras empezó a oscurecerse. El cambio de color llamó su atención, y se quedó mirando mientras la tierra se iba convirtiendo, lentamente, en barro y luego adquiría el mismo color naranja que habían tenido las mondaduras. Éste era un efecto que jamás había visto antes.

El suelo comenzó a oler mal, a heder en un modo que le resultaba difícil relacionar con las naranjas. Probablemente fue el olor lo que atrajo a los oankali: alzó la vista, y halló a dos de ellos de pie junto a ella, con sus tentáculos craneales apuntándola, tiesos.

Uno de ellos le habló, y ella puso empeño en entender sus palabras..., incluso logró comprender algunas, pero no lo bastante deprisa, ni las suficientes como para poder comprender el sentido de lo que le estaba diciendo.

La mancha naranja del suelo comenzó a crecer y a burbujear. Lilith se apartó de ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Alguno de ustedes habla inglés?

El más grande de los dos oankali, Lilith suponía que debía tratarse de una hembra, hablaba en un idioma que ni era inglés ni oankali. Esto la confundió en un principio, pero pronto se dio cuenta de que aquel idioma sonaba a japonés.

—¿Fukumoto-san? —inquirió esperanzada.

Hubo otro estallido de lo debía de ser japonés, y ella negó con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo en oankali. Esta frase la había aprendido rápido, por la constante repetición. Pero los únicos términos en japonés que se le acudían en ese momento eran las palabras más habituales de un viaje que había hecho, años antes, al Japón: *Konichiwa, arigato gozaimaso, sayonara...*

Otros oankali se habían reunido para contemplar el suelo burbujeante. La zona naranja había crecido hasta formar un círculo perfecto, de algo más de un metro de diámetro. Éste había alcanzado una de las carnosas pseudoplantas tentaculares, y ésta se había puesto oscura, mientras se agitaba violentamente, como si estuviera agonizando. Al ver aquel movimiento espasmódico, Lilith se olvidó de que no era un organismo independiente. Se centró en el hecho de que aquello estaba vivo y de que, probablemente, ella le había causado dolor. No sólo había provocado un efecto inusitado, también había provocado daños y dolor.

Se esforzó en hablar en un lento y cuidado oankali:

—Yo no puedo cambiar esto —dijo, deseando expresar que no podía reparar los daños—: ¿Me ayudarán?

Un ooloi se adelantó, tocó el barro naranja con uno de sus brazos sensoriales, y luego mantuvo el tentáculo inmóvil en el barro durante unos segundos. El burbujeo disminuyó, luego terminó. Para cuando el ooloi retiró su miembro, el color naranja brillante también se estaba apagando para volver al tono normal.

El ooloi le dijo algo a la hembra grande, y ésta le contestó señalando a Lilith con los tentáculos de su cabeza.

Lilith frunció el ceño, suspicaz, mientras miraba al ooloi.

—¿Kahguyaht? —preguntó, sintiéndose estúpida; pero la disposición de los tentáculos craneales de este ooloi era la misma que la de Kahguyaht.

El ooloi apuntó los tentáculos de su cabeza hacia ella:

—¿Cómo ha logrado seguir siendo tan prometedora y, al mismo tiempo, tan ignorante? —preguntó.

Kahguyaht.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ella.

Silencio. El ooloi volvió su atención al suelo, en proceso de curación, y

pareció examinarlo una vez más, luego dijo algo en voz alta a la gente que se había reunido. La mayor parte de ellos distendieron sus tentáculos y empezaron a dispersarse. Lilith supuso que había hecho algún chiste a costa de ella.

—Así que, finalmente, halló algo que envenenar —dijo él.

Ella negó con la cabeza:

—Me limité a enterrar unas mondaduras de naranja. Nikanj me dijo que enterrase todos los desperdicios.

—Entierre lo que quiera en Kaal. Pero, cuando salga de Kaal y quiera tirar algo, déselo a un ooloi. ¡Y no vuelva a marcharse de Kaal hasta que sea *capaz* de hablar con la gente! ¿Por qué está aquí?

Ahora fue ella la que se negó a contestar.

—Fukumoto-san murió recientemente —dijo Kahguyaht—. Sin duda fue por eso por lo que supo de él, ¿no? Oyó a la gente hablar de él, ¿no es cierto?

Al cabo de un momento, ella asintió con la cabeza.

—Tenía ciento veinte años de edad. No hablaba inglés.

—Era humano —susurró ella.

—Vivió aquí, Despierto, durante casi sesenta años. No creo que, en ese tiempo, viera a otro humano más que en un par de ocasiones.

Ella se acercó a Kahguyaht y lo estudió atentamente.

—¿Y no se les ocurrió que eso era una crueldad?

—Se adaptó muy bien.

—Pero, aun así...

—¿Puede encontrar el camino a casa, Lilith?

—Somos una especie adaptable —prosiguió ella, negándose a callar—, pero no está bien ocasionar sufrimientos, sólo porque su víctima puede soportarlos.

—Aprenda nuestro idioma. Cuando lo haya hecho, uno de nosotros la presentará a algún humano que, como Fukumoto, haya elegido vivir y morir entre nosotros, en lugar de regresar a la Tierra.

—¿Quiere decir que Fukumoto eligió...?

—Casi no sabe nada de nada —cortó él—. Venga, la llevaré a casa..., y hablaré con Nikanj sobre usted.

Eso hizo que le espetara con premura:

—Nikanj no sabía a dónde venía yo. Quizá ya me esté siguiendo la pista.

—No, no lo está haciendo; ya lo hacía yo. Vamos.

5

Kahguyaht la llevó bajo una colina, en un nivel inferior. Allí le ordenó meterse en un pequeño vehículo plano de lento movimiento. El transporte nunca se movió más deprisa de lo que ella pudiera haber corrido, pero les llevó a casa sorprendentemente pronto, tomando, sin duda, una ruta más directa que la que ella había empleado.

El ooloi no quiso hablarle durante todo el viaje. Tenía la impresión de que estaba irritado, pero realmente no le importaba. Lo único que le importaba era que no estuviese irritado con Nikanj. Había aceptado la posibilidad de que, de algún modo, la castigasen por su escapada a Tiej, pero lo que nunca hubiese querido era causarle problemas a Nikanj.

Una vez estuvieron en casa, Kahguyaht se llevó a Nikanj a la habitación que éste compartía con Lilith, dejándola a ella en lo que siempre consideraba como el comedor. Jdahya y Tediin estaban allí, esta vez comiendo alimentos oankali, los productos obtenidos de plantas que eran mortales para ella.

Se sentó en silencio y, al cabo de un tiempo, Jdahya le trajo nueces, frutas y algún tipo de comida oankali que tenía una textura y sabor que recordaban ligeramente a la carne, aunque en realidad se tratase de un producto vegetal.

—¿Soy un problema muy grande? —le preguntó mientras le entregaba los platos.

Él alisó sus tentáculos:

—No tanto, Lilith.

Ella frunció el entrecejo.

—Tengo la impresión de que Kahguyaht se ha enfadado.

Ahora los lisos tentáculos adquirieron una disposición irregular, como haciendo nudos.

—Eso no ha sido exactamente un enfado. Lo que pasa es que está preocupado por Nikanj.

—¿Porque yo fui a Tiej?

—No. —Los nudos se hicieron más grandes y feos—. Porque éste es un momento duro para él..., y para usted. Nikanj la ha dejado suelta, y Kahguyaht se ha encontrado con el problema.

—¿Corno?

Tediin dijo algo en rápido e incomprensible oankali, y Jdahya le respondió. Los dos conversaron entre ellos durante unos minutos. Luego, Tediin habló con Lilith, en inglés:

—Kahguyaht debe enseñar niño... mismo sexo. ¿Entiende?

—Y yo soy parte de la lección —añadió amargamente Lilith.

—Nikanj o Kahguyaht —dijo suavemente Tediin.

Lilith frunció el ceño y miró a Jdahya en busca de una explicación.

—Quiere decir que, si no se supusiese que usted y Nikanj se han de enseñar mutuamente, usted estaría aprendiendo de Kahguyaht.

Lilith se estremeció.

—¡Buen Dios! —susurró. Y, segundos después—: ¿Por qué no podría ser de usted?

—En general, son los ooloi los que se ocupan de la enseñanza de una nueva especie.

—¿Por qué? Si alguien tiene que enseñarme, preferiría que lo hiciese usted.

Los tentáculos de la cabeza de Jdahya se alisaron.

—¿Prefiere a él o a Kahguyaht? —el inglés de Tediin, no practicado y aprendido únicamente oyendo hablarlo a los otros, era mejor que el oankali de Lilith.

—Que no se ofenda nadie —respondió Lilith—, pero prefiero a Jdahya.

—Bien —dijo Tediin, con su propia cabeza lisa, aunque Lilith no comprendía el motivo—. ¿Prefiere a él o a Nikanj ?

Lilith abrió la boca, luego dudó. Jdahya la había dejado tanto tiempo con Nikanj,.., sin duda deliberadamente. Y Nikanj…, Nikanj le caía bien, probablemente porque era un niño. Y no era más responsable por lo que le iba a suceder a lo que restaba de la Humanidad de lo que pudiera serlo ella. Simplemente, estaba haciendo, o intentando hacer, lo que los adultos que lo rodeaban le decían que debía hacerse. ¿Tan víctima como ella?

No, no era una víctima. Sólo era un niño, que se hacía querer a pesar de sí mismo. Y ella lo quería también a su pesar.

—¿Lo ve? —preguntó Tediin, ahora con los tentáculos lisos por todo el cuerpo.

—Lo veo. —Lilith inspiró profundamente—. Veo que todo el mundo, Nikanj incluido, quiere que yo prefiera a Nikanj. Bueno, ustedes ganan.

Se volvió hacia Jdahya.

—Son ustedes una gente jodidamente manipuladora, ¿no?

Jdahya se concentró en la comida.

—¿He sido una carga tan pesada? —preguntó.

Él no contestó.

—¿Me ayudará a que, al menos en un aspecto, no sea una carga tan pesada?

Él apuntó algunos tentáculos hacia ella.

—¿Qué es lo que quiere?

—Materiales de escritura. Papel. Lápices o plumas…, lo que tengan.

—No.

Era una negativa sin condicionantes. Él formaba parte de la

conspiración familiar para mantenerla ignorante, mientras trataban, tan duramente como les era posible, de educarla. Una locura.

Abrió ambas manos en gesto de impotencia mientras agitaba la cabeza.

—*¿Por qué no?*

—Pregúnteselo a Nikanj.

—¡Ya lo he hecho! Y no me lo ha querido explicar.

—Quizá lo haga ahora. ¿Ha terminado de comer?

—Ya no puedo más..., en más de un sentido.

—Venga. Le abriré la pared.

Se alzó de su plataforma y le siguió hasta la pared.

—Nikanj puede ayudarla a recordar sin escribir —le dijo, mientras tocaba la pared con varios tentáculos de la cabeza.

—¿Cómo?

—Pregúnteselo.

Pasó por el agujero apenas éste fue lo bastante grande, y se halló ante los dos ooloi, que se negaron a reconocer su presencia, aparte del automático apuntar de algunos de los tentáculos craneales. Estaban hablando..., discutiendo, en un oankali muy rápido. Ella era, sin duda alguna, el objeto de su disputa.

Miró hacia atrás, esperando poder volver a pasar a través de la pared y así dejarlos solos; que uno de ellos le contase luego lo que se había decidido. No creía que fuese a ser nada que le agradase escuchar. Pero la pared se había cerrado de nuevo..., de un modo anormalmente rápido.

Al menos, Nikanj parecía estar defendiéndose bien. En un momento dado la llamó con gesto urgente de los tentáculos de su cabeza. Ella se movió para colocarse a su lado, deseosa de ofrecerle todo el apoyo moral que le fuera posible, en contra de Kahguyaht.

Éste cortó en seco lo que estuviera diciendo y se enfrentó a ella.

—No nos ha entendido en lo más mínimo, ¿verdad? —le preguntó en inglés.

—No —admitió ella.

—¿Me entiende ahora? —interrogó en lento oankali.

—Sí.

Kahguyaht devolvió su atención a Nikanj y le habló con rapidez. Luchando por entenderle, Lilith creyó oírle decir algo así como: «Bueno, al menos sabemos que es *capaz* de aprender».

—Aún sería capaz de aprender más rápidamente si tuviera lápiz y papel —dijo rápidamente ella—. ¡Pero, con él o sin él, soy capaz de decirles lo que pienso de ustedes en tres idiomas humanos!

Kahguyaht no dijo nada durante varios segundos. Por fin se dio la

vuelta, abrió una pared y salió de la habitación.

Cuando la pared se hubo cerrado tras él, Nikanj se recostó en la cama y cruzó sus brazos sobre el pecho, como si se abrazara a sí mismo.

—¿Estás bien?

—¿Cuáles son los otros dos idiomas? —inquirió en voz baja.

Ella logró sonreír.

—Español y alemán. Antes hablaba un poco de alemán. Aún sé algunas obscenidades.

—¿No eres... fluente?

—Lo soy en español.

—Pero, ¿por qué no en alemán?

—Porque hace muchos años desde que lo estudié y no lo he practicado..., años de los de antes de la guerra, quiero decir. Nosotros, los humanos, si no usamos un idioma..., lo olvidamos.

—No. No lo olvidáis.

Miró sus tentáculos corporales, apretadamente contraídos, y decidió que no tenía aspecto de estar contento. Realmente, le preocupaba el fracaso de ella para aprender rápidamente y retenerlo todo.

—¿Vas a dejarme que tenga material de escritura? —le preguntó.

—No. Lo haremos a nuestra manera, no a la vuestra.

—Como deberíamos hacerlo es de un modo que funcione. Pero..., ¡qué infiernos! Si quieres pasar el doble o triple de tiempo enseñándome, adelante.

—No *quiero.*

Se encogió de hombros, sin preocuparle si Nikanj comprendía el gesto o no se enteraba.

—Ooan estaba preocupado por mí, Lilith, no por ti.

—Pero por culpa mía. Porque no estoy aprendiendo lo bastante deprisa.

—No. Porque..., porque no te estoy enseñando como él cree que debería. Teme por mí.

—¿Teme...? ¿Por qué?

—Ven aquí. Siéntate. Te lo explicaré.

Tras un momento, ella volvió a encogerse de hombros y fue a sentarse junto a él.

—Yo estoy creciendo —dijo Nikanj—. Ooan quiere que me apresure contigo para que a ti te den tu trabajo y yo pueda aparearme.

—¿Quieres decir que, cuanto más deprisa yo aprenda..., antes te aparearás tú?

—Sí. Hasta que yo no te haya enseñado, haya demostrado que puedo

enseñarte, no se considerará que estoy preparado para aparearme.

Allá estaba: no era exactamente su animal experimental. Era, en algún modo que no acaba a entender del todo, su examen final. Suspiró y agitó la cabeza.

—¿Me solicitaste, Nikanj, o simplemente nos han metido juntos en el saco?

No dijo nada. Dobló uno de sus brazos hacia atrás, de un modo que era natural en él, pero que aún sobresaltaba a Lilith, y se rascó el sobaco. Ella inclinó la cabeza para examinar el lugar que estaba rascando.

—Los brazos sensoriales, ¿no te crecen hasta que te has apareado?

—Me saldrán pronto, me aparee o no.

—¿*Deberían* crecerte después de que te hayas apareado?

—A los que se aparean les gusta más que salgan después. Los machos y las hembras maduran antes que los ooloi. Les agrada creer que han..., ¿cómo lo dirías tú...?, ayudado al ooloi a salir de su niñez.

—Que han ayudado a criarlo —dijo Lilith—. Que se han ocupado de él.

—¿... ocupado?

—Es una palabra que tiene múltiples significados.

—Oh. Esas cosas carecen de toda lógica.

—Probablemente existe una lógica, pero se necesitaría un etimólogo para explicarla. ¿Va a haber problemas entre tus compañeros de apareamiento y tú?

—No lo sé. Espero que no. Iré con ellos en cuanto me sea posible. Ya se lo he explicado. —Hizo una pausa—. Ahora, debo contarte una cosa.

—¿Qué?

—Ooan quería que actuase y no te dijese nada..., para..., para sorprenderte. No lo haré así.

-*¿Qué?*

—Debo de hacer pequeños cambios..., unos pocos pequeños cambios. Debo de ayudarte a llegar a tus recuerdos a medida que los vayas necesitando.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Qué es lo que me quieres cambiar?

—Muy pocas cosas. Al final, se reducirá a una diminuta alteración en tu química cerebral.

Ella se tocó la frente, en un inconsciente gesto protector.

—¿Química cerebral? —susurró.

—Me gustaría esperar, hacerlo cuando sea maduro. Entonces podría hacer que fuese placentero para ti. ¡Tiene que ser placentero! Pero Ooan..., entiendo como se siente. Y dice que tengo que cambiarte ya.

—¡No quiero cambiar!

—Dormirías durante todo el proceso, del mismo modo en que dormiste cuando Ooan Jdahya corrigió aquel tumor.

—¿Ooan Jdahya? ¿Fue el padre ooloi de Jdahya quien lo hizo? ¿No fue Kahguyaht?

—Sí. Eso fue antes de que mis padres se apareasen.

—Bien. —Al menos, no había razón de estarle agradecida *a* Kahguyaht.

—¿Lilith? —Nikanj colocó una mano de muchos dedos, una mano de dieciséis dedos, sobre su brazo—. Será una cosa así. Un toque, luego un pequeño pinchazo. Eso es todo lo que sentirás. Y, cuando te despiertes, el cambio ya habrá sido hecho.

—*¡No quiero que me cambiéis!*

Hubo un largo silencio. Finalmente, él preguntó:

—¿Tienes miedo?

—¡No es como si tuviese una enfermedad! ¡El olvidar cosas es algo natural para la mayoría de los humanos! ¡No necesito que le hagan nada a mi cerebro!

—¿Tan malo sería el recordar mejor? ¿El recordar del modo en que lo hacía Sharad…, del modo en que lo hago yo?

—Lo que resulta aterrador es la idea de que te toqueteen por dentro. —Inspiró profundamente—. Escucha, no hay cosa alguna que defina mejor quién soy que mi cerebro. No quiero…

—El quién eres tú no será cambiado. No soy lo bastante mayor como para hacer que la experiencia te resulte placentera, pero sí lo soy para funcionar como un ooloi en ese sentido. Si no estuviera dispuesto, hay otros que ya lo hubieran descubierto.

—Si todo el mundo está tan convencido de que sirves, ¿por qué tienes que pasar una prueba conmigo?

Se negó a contestar, y guardó silencio durante varios minutos. Cuando trató de hacerla bajar, para que se situase junto a él, ella se soltó y, poniéndose en pie, comenzó a pasear por la habitación. Sus tentáculos craneales la siguieron con algo más de premura que su habitual rastreo cansino. Se mantenían tensos, apuntándola, y al fin escapó al baño para acabar con aquel escrutinio.

Dentro, se sentó en el suelo, con los brazos cruzados, aferrándose los antebrazos con las manos.

¿Qué pasaría ahora? ¿Seguiría Nikanj las órdenes y la sorprendería en algún momento, cuando estuviese dormida? ¿La entregaría a Kahguyaht? ¿O los dos…? ¡Cielo Santo, *que la dejasen en paz!*

6

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Se halló a sí misma pensando en Sam y Ayre, su esposo e hijo. Ambos le habían sido arrebatados antes de los oankali, antes de la guerra, antes de que se diera cuenta de lo fácilmente que podía ser destruida su vida... cualquier vida humana.

Había unas atracciones..., unas atracciones de baratillo, de esas ambulantes, que se instalan en un terreno baldío, con tiovivos, casetas de tiro al blanco, tómbolas, ruido y diversión. Sam había decidido llevar a Ayre allí, mientras Lilith pasaba unos días con su hermana, que estaba encinta. Había sido un sábado corriente, en una ancha y seca calle, bajo el ardiente sol. Una chica joven, que justo estaba haciendo prácticas de conducción, se había empotrado de frente contra el coche de Sam. Había girado por el lado contrario de la calle, posiblemente había perdido el control del coche que estaba llevando. No tenía aún carnet de conducir, y se suponía que no podía ir en coche sin un instructor. Por su error, había muerto. Y también Ayre había muerto..., ya lo estaba cuando llegó la ambulancia, a pesar de que los policías de tráfico habían tratado de revivirlo.

Sam sólo había muerto a medias.

Tenía heridas en la cabeza..., daños en el cerebro. Le llevó tres meses terminar lo que había empezado el accidente. Tres meses para morir.

Parte del tiempo estaba consciente, más o menos, pero no reconocía a nadie. Sus padres llegaron de Nueva York para estar con él. Eran nigerianos que llevaban viviendo lo bastante en los Estados Unidos como para que su hijo hubiera nacido y crecido allí. No obstante, no se habían sentido complacidos con su matrimonio con Lilith. Habían dejado que Sam se educase como un estadounidense, pero, cuando habían podido, lo habían mandado a Lagos a visitar a su familia. Habían tenido esperanzas de que se casase con una chica yoruba. Jamás habían visto a su nieto. Y, ahora, nunca lo verían.

Y Sam no los reconoció.

Era su único hijo, pero miraba a través de ellos, del mismo modo que miraba a través de Lilith, con sus ojos vacíos de toda señal de reconocimiento, vacíos de él. A veces, cuando Lilith estaba a solas con él y lo acariciaba, lograba ganarse brevemente la atención de aquellos ojos vacíos. Pero el hombre, propiamente dicho, ya se había ido. Quizá estuviese con Ayre, o atrapado entre ella y Ayre..., entre este mundo y el otro.

O estaba consciente, pero aislado en alguna parte de su mente que no podía hacer contacto con nadie de fuera..., atrapado en el más estrecho, en el más absoluto de los confinamientos en solitario..., hasta que, compasivamente, su corazón se había parado.

Eso eran los daños en el cerebro..., una forma de daños en el cerebro. Pero había otras, muchas y muy peores. Las había visto en el Hospital, durante los largos meses de la agonía de Sam.

Él tuvo suerte de morir con tanta rapidez.

Nunca se había atrevido a formular en voz alta este pensamiento. Se le había ocurrido muchas veces, mientras lloraba por él. Le volvió ahora: había tenido suerte de morir tan rápidamente.

¿Tendría ella la misma suerte?

Si los oankali dañaban su cerebro, ¿tendrían la decencia de dejarla morir? ¿O la mantendrían con vida, prisionera, estrictamente encerrada en el peor de los confinamientos en solitario?

De repente, se dio cuenta de que Nikanj había entrado silenciosamente en el baño y se había sentado frente a ella. Nunca antes había violado de aquel modo su intimidad. Lo miró, ultrajada.

—Lo que todo el mundo pone en duda no es mi habilidad para enfrentarme con tu fisiología —le dijo con voz queda—. Si no pudiera hacer cosas como ésa, mis defectos habrían sido descubiertos hace ya mucho.

—¡Sal de aquí! —le gritó ella—. ¡Déjame en paz!

Él no se movió: siguió hablando con la misma voz suave.

—Ooan dice que, por lo menos durante una generación, no valdrá la pena hablar con los humanos. —Sus tentáculos se estremecieron—. No sé cómo estar con alguien con quien no puedo hablar.

—Los daños en el cerebro no van a mejorar mi conversación—exclamó ella acerbamente.

—¡Antes dañaría mi propio cerebro que el tuyo! Aunque no dañaré ninguno de los dos. —Dudó—. Sabes que me tienes que aceptar a mí o a Ooan.

Ella no contestó.

—Ooan es un adulto. Te puede dar placer. Y no es... tan adusto como parece.

—No ando buscando placer. Ni siquiera sé de qué me estás hablando. Sólo quiero que me dejes sola.

—Sí. Pero tienes que confiar en mí, o dejar que Ooan te sorprenda cuando esté harto de aguardar.

—¿Tú no harías eso..., no caerías sobre mí cuando estuviese distraída?

—No.

—¿Por qué no?

—Hay algo malo en hacerlo de ese modo..., en coger a la gente desprevenida. Es... tratarla como si no fuese gente, como si no fuese inteligente.

La risa de Lilith fue cáustica.

—¿Y por qué ibas a ponerte, de repente, a preocuparte por eso?

—¿Quieres que lo haga por sorpresa?

—¡Naturalmente que no!

Silencio,

Al cabo de un rato, ella se alzó y fue a la plataforma-cama. Se tendió y, al cabo, logró quedarse dormida.

Soñó con Sam, y se levantó empapada en sudor frío. Ojos vacíos, vacíos. Le dolía la cabeza. Nikanj se había echado a su lado, como habitualmente. Parecía inerte, muerto. ¿Cómo sería despertarse para encontrarse de pronto con Kahguyaht en su lugar, tendido a su costado como un grotesco amante, en lugar de aquel niño desgraciado? Se estremeció, y el miedo y el asco casi pudieron con ella. Yació inmóvil varios minutos, calmándose, obligándose a tomar una decisión, y luego a actuar en consecuencia, antes de que el miedo pudiera callarla.

—¡Despierta! —le dijo secamente a Nikanj. El raspante sonido de su voz la hizo sobresaltarese a ella misma—. Despierta y haz eso que dices que tienes que hacer. ¡Acabemos de una vez!

Nikanj se sentó al instante, la hizo volverse sobre un costado, y levantó la chaqueta con la que ella había estado durmiendo para dejar al descubierto su espalda y su nuca. Y, antes de que ella pudiera quejarse o cambiar de idea, empezó.

Fue en su nuca en donde notó el prometido toque, luego una presión más fuerte, y por fin el pinchazo. Le dolió más de lo que había supuesto, pero el dolor terminó rápidamente. Durante unos pocos segundos flotó en una seminconsciencia indolora.

Después hubo recuerdos confusos, sueños y, finalmente, nada.

7

Cuando se despertó, tranquila y sólo ligeramente confundida, se halló totalmente vestida y a solas. Se quedó quieta, preguntándose qué le habría hecho Nikanj. ¿Estaba cambiada? ¿Cómo? ¿Había acabado ya con ella? Al principio no podía moverse, pero cuando esto logró penetrar en su confusión, descubrió que la parálisis estaba cediendo. Volvía a ser *capaz* de utilizar sus músculos otra vez. Se sentó, con gran cuidado, justo a tiempo de ver a Nikanj entrando a través de una pared.

Su piel gris era lisa como el mármol lijado mientras se colocaba en la cama junto a ella.

—Eres tan compleja —le dijo, tomando sus dos manos.

No apuntó los tentáculos de su *cabeza* hacia ella en el modo usual, sino que colocó su cabeza cerca de la de ella y la tocó con ellos. Luego se echó hacia atrás, y entonces sí que la apuntó. De algún modo lejano, Lilith pensó que este comportamiento era inusitado, y que debería haberla alarmado. Frunció el ceño y trató de sentirse alarmada.

—Estás tan llena de vida y de muerte y de potencialidad para el cambio —prosiguió Nikanj—. Ahora comprendo por qué a alguna gente le costó tanto tiempo sobreponerse al miedo hacia vuestra especie.

Enfocó los ojos en él.

—Quizá sea que aún tengo la mente comida por las drogas, pero la verdad es que no sé de qué me estás hablando.

—Sí. Realmente nunca lo sabrás. Pero, cuando ya sea maduro, trataré de mostrártelo. —Acercó de nuevo su cara a la suya y escarbó en su cabello con sus tentáculos.

—¿Qué estás *haciendo?* —preguntó ella, aún sin llegar a preocuparse.

—Asegurarme de que estás realmente bien. No me gusta lo que he tenido que hacerte.

—¿Y qué me has hecho? No me noto diferente..., excepto quizá un poco exaltada.

—Pero me entiendes...

Poco a poco se fue dando cuenta de que Nikanj había llegado hasta ella hablando oankali, y que ella le había respondido en el mismo idioma..., y le había respondido sin realmente pensárselo. El idioma le parecía una cosa de lo más natural, tan fácil de comprender como el inglés. Recordaba todo lo que le habían enseñado, todo lo que había captado ella sola. Incluso le resultaba fácil descubrir sus lagunas en el conocimiento del idioma: palabras y expresiones que conocía en inglés, pero que no podía traducir al oankali; partes de la gramática oankali que no había logrado comprender; ciertas palabras del oankali que no tenían traducción inglesa, pero cuyo significado había logrado aferrar.

Ahora estaba alarmada, complacida y aterrada... Se puso lentamente en pie, probando sus piernas, descubriendo que le fallaban un poco, pero que le funcionaban. Trató de disipar la niebla de su mente para poder

examinarse y fiarse de lo que descubriese.

—Me alegra que la familia decidiese ponernos juntos a los dos —estaba diciendo Nikanj—. Yo no quería trabajar contigo. Traté de escaparme de esa tarea. Tenía miedo. En lo único en que podía pensar era en lo fácil que podía ser que fallase y, quizá, te hiciese daño.

—¿Quieres decir..., quieres decir que no estabas seguro de lo que me acabas de hacer?

—¿De eso? Naturalmente que estaba seguro de eso. Y, en cuanto al «acabas», te diré que ha llevado un largo tiempo. Mucho más del tiempo que habitualmente duermes.

—Entonces, ¿qué querías decir con eso de fallar...?

—Tenía miedo de que nunca te fuera a poder convencer de que confiases lo bastante en mí como para dejarme mostrarte lo que podía hacer..., demostrarte que no te haría nunca daño. Tenía miedo de que acabaría por hacer que me odiases. Y, para un ooloi, el que pasase algo así..., sería muy malo. Peor de lo que te pueda explicar.

—Pues Kahguyaht no piensa así.

—Ooan dice que los humanos..., que cualquier nueva especie con la que entramos en tratos comerciales, no puede ser tratada del modo que nosotros debemos tratarnos los unos a los otros. Y tiene razón hasta cierto punto, aunque creo que él llega demasiado lejos. Fuimos criados para trabajar con vosotros. Somos Dinso. Deberíamos ser capaces de hallar maneras de superar la mayoría de nuestras diferencias.

—La coerción —afirmó ella amargamente—. Ése es el modo que habéis hallado.

—No. Ooan sí que hubiera empleado ese modo. Yo no podía. Yo hubiera ido a ver a Ahajas y Dichaan y me hubiera negado a aparearme con ellos. Hubiera buscado compañeros entre los Akjai, puesto que ellos no tendrán un contacto directo con los humanos.

Alisó de nuevo sus tentáculos.

—Pero ahora, cuando vaya a ver a Ahajas y Dichaan, será para aparearme... y tú vendrás conmigo. Te mandaremos a tu trabajo cuando estés dispuesta. Y podrás ayudarme en mi metamorfosis final. —Se frotó un sobaco—. ¿Me ayudarás?

Lilith apartó la vista de ello.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—Sólo que te quedes conmigo. Habrá momentos en los que tener a Ahajas y Dichaan cerca de mí podría ser atormentador. Yo estaría... sexualmente estimulado, e incapaz de hacer nada al respecto. Muy estimulado. Tú no puedes hacerme eso: tu aroma, tu tacto, es diferente, neutral.

¡Gracias a Dios!, pensó ella.

—Será malo para mí el estar solo mientras cambio. Necesitamos tener

a otros cerca, más en ese momento que en ningún otro.

Se preguntó qué tal aspecto tendría con su segundo par de brazos, cómo sería de ente maduro. ¿Más parecido a Kahguyaht? ¿O quizá más como Jdahya y Tediin? ¿Hasta qué punto la personalidad venía determinada por el sexo entre los oankali? Agitó la cabeza: ¡qué pregunta tan estúpida! Ni siquiera sabía lo mucho que podía estar determinada por el sexo la personalidad entre los humanos...

—Los brazos —preguntó—. Son órganos sexuales, ¿no?

—No —contestó Nikanj—. Protegen los órganos sexuales: las manos sensoriales.

—Pero... —ella frunció el ceño—. ¡Si Kahguyaht no tiene nada que se parezca a una mano al extremo de sus brazos sensoriales!

De hecho, no tenía nada de nada al extremo de sus brazos sensoriales. Sólo había una roma superficie de piel fría y lisa..., como un gran callo.

—La mano está dentro. Ooan te la enseñará si se lo pides.

—Déjalo correr.

Se alisó:

—Yo mismo te la enseñaré..., cuando tenga algo que enseñar. ¿Te quedarás conmigo mientras me crecen?

¿A dónde podría ir si no?

—Sí. Aunque sólo sea para asegurarme de que sé todo lo que necesito saber acerca de ti y de ellos, antes de que empiecen.

—Sí. Dormiré la mayor parte del tiempo, pero, aun así, necesitaré a alguien allí. Y, si tú estás allí, lo sabré y estaré bien. Tú..., tendrás que alimentarme.

—No hay problema. —No había nada raro en el modo de comer de los oankali. Al menos, no superficialmente. Varios de sus dientes frontales eran aguzados, pero su tamaño estaba dentro de lo normal para los humanos. Había visto, en dos ocasiones en sus paseos, a hembras oankali extender sus lenguas hasta llegar a sus orificios de la garganta. Pero, normalmente, las largas lenguas grises eran guardadas dentro de sus bocas y utilizadas del mismo modo en que los humanos empleaban las suyas.

Nikanj emitió un sonido de alivio..., un frotar de los tentáculos corporales unos con otros de un modo que los hacía sonar como un papel rígido cuando es arrugado.

—Bien —dijo—. Mis compañeros de apareamiento saben lo que sentimos cuando se quedan cerca de nosotros, conocen nuestra frustración. A veces, piensan que es divertida.

Lilith se sorprendió al descubrirse sonriendo.

—Y, en cierto modo, lo es.

—Sólo para los atormentadores. Pero, contigo allí, me atormentarán menos. Aunque, antes de todo eso... —Se detuvo, y apuntó un solitario tentáculo hacia ella—. Antes de eso, trataré de hallar para ti a un humano

de habla inglesa. Uno que sea lo más parecido posible a ti. Ooan ya no se opondrá ahora a que conozcas a alguno.

8

Un día, había decidido hacía mucho Lilith, era lo que su cuerpo le decía que era un día. Ahora se convirtió también en lo que le decía que era su nueva y mejorada memoria. Un día era una larga actividad, y luego un largo sueño. Y, ahora, recordaba cada día que había pasado despierta. Y contaba los días que pasaban mientras Nikanj buscaba un humano de habla inglesa para ella. Fue a solas a entrevistarse con varios. Y nada que ella le dijese pudo inducirlo a llevarla con él, o al menos a hablarle de la gente con la que se había entrevistado.

Al fin, Kahguyaht halló a alguien. Nikanj le dio una ojeada y aceptó el juicio de su padre.

—Será uno de los humanos que ha elegido quedarse aquí —le dijo Nikanj a Lilith.

Ella ya se esperaba esto, por lo que Kahguyaht le había contado antes. Sin embargo, le costaba creerlo.

—¿Es un hombre o una mujer? —preguntó.

—Macho. Un hombre.

—¿Cómo..., cómo puede no querer volver a casa?

—Ha estado aquí, entre nosotros, durante largo tiempo. Sólo es un poco mayor que tú, pero fue Despertado cuando era joven y mantenido Despierto. Una familia Toath lo quería, y él estuvo dispuesto a permanecer con ellos.

¿Dispuesto? ¿Qué posibilidad de elección había tenido? Probablemente la misma que le habían dado a ella, y eso siendo él años más joven. Quizá sólo un niño. ¿Y qué sería ahora? ¿Qué habrían creado a partir de la materia prima humana?

—Llevadme con él —dijo.

Por segunda vez, Lilith viajó en uno de los transportes planos a través de los atestados pasillos. Éste no se movía más deprisa de lo que lo había hecho el otro. Nikanj no lo guiaba, a excepción de tocar, ocasionalmente, uno u otro lado con sus tentáculos craneales, para hacerlo girar. Viajaron durante quizá una media hora antes de bajar. Nikanj tocó el transporte con varios tentáculos de la cabeza para mandarlo de vuelta.

—¿No lo necesitaremos para volver? —preguntó ella.

—Cogeremos otro —contestó Nikanj—. Quizá quieras quedarte un tiempo aquí.

Lo miró fijamente. ¿Qué era aquello, el paso segundo en el Programa de Cría en Cautiverio? Observó el transporte que se alejaba; quizá se había precipitado al aceptar ver a aquel hombre. Si él estaba tan totalmente divorciado de la Humanidad como para querer quedarse aquí, ¿quién sabía qué otras cosas estaría dispuesto a hacer?

—Es un animal —le dijo Nikanj.

—¿Cómo?

—Eso en que hemos venido. Es un animal: un tilio. ¿Lo sabías?

—No, pero no me sorprende. ¿Cómo se mueve?

—Sobre una delgada película de una sustancia muy resbaladiza.

—¿Baba?

Nikanj dudó.

—Conozco esa palabra. Es... inadecuada, pero nos servirá. He visto animales terrestres que usan su baba para moverse por encima. Son poco eficientes comparados con el tilio, pero veo la similaridad. Nosotros moldeamos el tilio a partir de unos seres mayores, más eficientes.

—No deja un rastro de baba...

—No; el tilio tiene en la parte de atrás un órgano que recoge la mayor parte de lo que extiende por delante. La nave se queda con el resto.

—¿Alguna vez construís maquinaría, Nikanj? ¿Nunca trasteáis con metal y plástico, en lugar de con seres vivos?

—Eso lo hacemos sólo cuando lo tenemos que hacer. No..., no nos gusta. En eso no hay comercio.

Ella suspiró.

—¿Dónde está ese hombre? Y, por cierto, ¿cómo se llama?

—Paul Titus.

Bueno, aquello no le decía nada. Nikanj la llevó a una pared cercana y la acarició con tres largos tentáculos de la cabeza. La pared cambió del blanco deslumbrante a un rojo apagado, pero no se abrió.

—¿Algo va mal? —preguntó Lilith.

—No. Alguien nos abrirá enseguida. Vale más no entrar en un sitio si uno no lo conoce bien por dentro. Es mejor hacer saber a la gente que vive dentro que estás esperando para entrar.

—Así que lo que has hecho es como llamar a una puerta —dijo ella, y estaba a punto de demostrarle cómo era llamar a una puerta cuando la pared empezó a abrirse. Al otro lado había un hombre, vestido únicamente con unos viejos pantalones cortos.

Lo miró: un ser humano..., alto, robusto, tan moreno como ella, bien afeitado. Al principio lo vio raro: extraño y diferente, y, aun así, familiar, irresistible. Era apuesto. Claro que, aunque hubiera sido viejo y arrugado, le hubiera parecido atractivo.

Miró a Nikanj, y se dio cuenta de que se había quedado rígido como una estatua. Aparentemente, no tenía intención de moverse o hablar por el momento.

—¿Paul Titus? —le preguntó al hombre.

Él abrió la boca, la cerró, tragó saliva, y asintió con la cabeza.

—Sí —dijo al fin.

El sonido de su voz: profundo, claramente humano, claramente

masculino..., hizo nacer un ansia en ella.

—Soy Lilith lyapo —dijo ella—. ¿Sabía que yo venía, o es una sorpresa para usted?

—Entre —contestó él, tocando la abertura de la pared—. Lo sabía. ¡No sabe usted lo bienvenida que es!

Miró a Nikanj:

—Kaalnikanj oo Jdahyatediinkahguyaht aj Dinso, entre. Gracias por haberla traído.

Nikanj hizo un complejo gesto de saludo con los tentáculos de su cabeza y entró en la habitación..., la habitual habitación desnuda. El ooloi fue hasta una plataforma que había en un rincón y se dobló en una posición sentada. Lilith eligió una plataforma que le permitía sentarse casi dándole la espalda a Nikanj. Quería olvidarse de que estaba allí, observando, dado que estaba claro que no pensaba hacer otra cosa que observar. Quería prestar toda su atención al hombre. ¡Era un milagro..., un ser humano, un adulto que hablaba inglés y que se parecía, un poco demasiado, a uno de sus hermanos muertos!

Su acento era tan estadounidense como el de ella, y la mente de Lilith estaba llena a rebosar de preguntas. ¿Dónde había vivido antes de la guerra? ¿Cómo había sobrevivido? Además de un nombre, ¿quién era? ¿Había visto a otros humanos? ¿Había..?

—¿Está realmente decidido a quedarse aquí? —preguntó bruscamente. No era ésta la primera pregunta que había pensado hacerle.

El hombre estaba sentado, con las piernas cruzadas, en el centro de una plataforma lo bastante grande como para ser una cama o una mesa para comer muchos.

—Tenía catorce años cuando me Despertaron —explicó—. Todo el mundo que yo conocía había muerto. Los oankali me dijeron que, si lo deseaba, llegado el momento me devolverían a la Tierra. Pero, una vez hube pasado aquí un tiempo, supe que era aquí donde deseaba quedarme. En la Tierra no queda ya nada que me importe.

—Todos perdimos parientes y amigos —dijo ella—. Por lo que sé, yo soy el único miembro de mi familia que sigue con vida.

—Yo vi a mi padre, a mi hermano..., sus cadáveres. No sé qué le pasó a mi madre. Yo mismo me estaba muriendo cuando los oankali me encontraron. Eso me han dicho..., yo no lo recuerdo, pero les creo.

—Yo tampoco me acuerdo de cómo me hallaron. —Se volvió para mirar atrás—. Nikanj, ¿tu gente nos hizo algo para impedir que recordáramos?

Nikanj pareció despertarse lentamente:

—Tuvieron que hacerlo —contestó—: Los humanos a los que se les permitió recordar su rescate se convirtieron en incontrolables. Algunos de ellos murieron, a pesar de nuestros cuidados.

No era sorprendente. Trató de imaginar lo que había hecho ella cuando, en pleno shock de darse cuenta de que su casa, su familia, sus

amigos, su mundo, todo estaba destruido, debió hallarse frente a un equipo de rescate oankali..., seguro que creyó que se había vuelto loca. O quizá enloqueció realmente, durante un tiempo. Era un milagro que no se hubiera matado, tratando de escapar de ellos.

—¿Ha comido ya? —preguntó el hombre.

—Sí —contestó ella, repentinamente tímida.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué era usted antes? —preguntó él—. Quiero decir..., ¿trabajaba?

—Había vuelto a la Universidad —explicó—. Estaba graduándome en Antropología. —Se echó a reír amargamente—. Supongo que podría considerar esto como un trabajo de campo..., pero, ¿cómo infiernos logro volver del campo?

—¿Antropología? —dijo él, frunciendo el ceño—. Oh, sí, recuerdo haber leído algo de Margaret Mead, antes de la guerra. Entonces, ¿eso es lo que quería estudiar usted? ¿La gente de las tribus?

—Al menos quería estudiar a la gente diferente. A la gente que no hacía las cosas en el modo que las hacíamos nosotros.

—¿De dónde es usted? —preguntó él.

—De Los Ángeles.

—Oh, sí. Hollywood, Beverly Hills, estrellas de cine..., siempre quise ir ahí.

— Un viaje hubiera roto sus ilusiones. Y, usted, ¿de dónde era?

—De Denver.

—¿Y dónde estaba cuando estalló la guerra?

—En el Gran Cañón..., bajando los rápidos en canoa. Era la primera vez que realmente hacía algo, que había ido a algún sitio que realmente valiese la pena... Luego nos congelamos. ¡Y mi padre acostumbraba a decir que el invierno nuclear no era otra cosa que politiqueo!

—Yo estaba en Perú, en los Andes —explicó ella—. Una excursión a pie hacia el Machu Picchu. En realidad, tampoco yo había estado en ninguna parte. Al menos, no desde que mi esposo...

—¿Estaba usted casada?

—Sí, pero él y mi hijo... se mataron..., quiero decir que fue antes de la guerra. Yo había ido a un viaje de estudios al Perú. Formaba parte de mi vuelta a la Universidad. Una amiga me convenció para que realizase ese trabajo de campo. Ella también vino..., y murió.

—Aja. —Se alzó de hombros, incómodo—. Yo también planeaba ir a la Universidad. Pero aún estaba en la enseñanza secundaria cuando el mundo estalló en pedazos.

—Los oankali debieron de sacar mucha gente del hemisferio sur —dijo ella, pensativa—. Quiero decir que también allí nos congelamos, pero oí que la helada en el sur fue desigual, por zonas. Mucha gente debió de sobrevivir.

Él se hundió en sus propios pensamientos.

—Es curioso —dijo—. Usted empezó siendo años mayor que yo, pero llevo ya tanto tiempo Despierto... que supongo que, ahora, yo soy el mayor de los dos.

—Me pregunto cuánta gente pudieron sacar del hemisferio norte..., sin contar a los militares y los políticos cuyos refugios no fueron destruidos por las bombas.

Se volvió para consultárselo a Nikanj, y vio que se había marchado.

—Se fue hará un par de minutos —dijo el hombre—. Cuando quieren, pueden moverse deprisa y silenciosamente.

—Pero...

—¡Hey! No se preocupe. Volverá. Y, si no lo hace, yo puedo abrirle las paredes y conseguirle comida o lo que quiera.

—¿Puede?

—Seguro. Cuando decidí quedarme, cambiaron un poquito la química de mi cuerpo. Ahora, las paredes se abren para mí del mismo modo que se abren para ellos.

—Oh. —No estaba segura de que le gustase que la dejasen así con aquel hombre..., especialmente si estaba diciendo la verdad: si él podía abrir las paredes y ella no, entonces ella era su prisionera.

—Probablemente nos estarán mirando —comentó Lilith. Y luego habló en oankali, imitando la voz de Nikanj—: Veamos lo que hacen ahora si creen que están solos.

El hombre se echó a reír.

—Probablemente. Aunque no creo que importe.

—A mí sí que me importa. Y prefiero tener a los mirones en un lugar donde yo también pueda mirarlos.

De nuevo la risa.

—Quizá haya pensado que podíamos sentirnos inhibidos si se quedaba por aquí.

Deliberadamente, ella ignoró las implicaciones de aquello.

—Nikanj no es un macho, es un ooloi.

—Sí, lo sé. Pero, ¿a usted no le parece un macho?

Pensó en ello.

—No, pero supongo que es porque he aceptado su palabra respecto a lo que son.

—Cuando me despertaron, pensé que los ooloi actuaban como mujeres y hombres, mientras que los machos y las hembras actuaban como eunucos. Nunca he perdido el hábito de pensar en los ooloi como machos o hembras.

Ése, pensó Lilith, era un raro modo de pensar para alguien que había decidido pasar su vida entre los oankali..., una especie de deliberada y

persistente ignorancia.

—Espere a que el suyo madure —insistió—. Ya verá lo que quiero decir. Cambian cuando les han crecido esas dos cosas extra.

Él alzó una ceja, y preguntó:

—¿Sabe lo que son esas cosas?

—Sí —contestó ella. Probablemente él sabía más, pero se dio cuenta de que no quería animarle a hablar de sexo, ni siquiera de sexo oankali.

—Entonces sabrá que no son brazos, sin importar cómo nos digan que debemos llamarlas. Cuando les crecen esas cosas, los ooloi dejan bien claro a los demás quién es el que manda. Los oankali necesitarían de algo de liberación femenina..., y masculina.

Ella se humedeció los labios.

—Quiere que le ayude durante su metamorfosis.

—Ayúdele. ¿Qué le ha contestado?

—Que le ayudaría. No parece demasiado complicado.

Él se echó a reír.

—No es duro. Y los pone en deuda contigo. No es mala cosa el que alguien poderoso esté en deuda contigo. Además, demuestras que se puede confiar en ti. Te están agradecidos, y tú eres mucho más libre. Si lo hace, quizá incluso arreglen las cosas para que pueda abrir paredes.

—¿Eso es lo que le pasó a usted?

Él se agitó, inquieto.

—Más o menos. —Se alzó de su plataforma, colocó los diez dedos sobre la pared que había detrás, y esperó a que se abriera. Tras la misma había el tipo de armario-despensa que a menudo había visto en su casa. ¿En su casa? Bueno, ¿y qué otra cosa era? Ella vivía allí...

Sacó unos bocadillos, algo que parecía un pastelito..., y otra cosa que parecía patatas fritas.

Lilith miró la comida con sorpresa. Había estado satisfecha con los alimentos que le habían dado los oankali una vez había empezado a vivir con la familia de Nikanj: tenían variedad y buen sabor. A veces había echado a faltar algo de carne, pero una vez que los oankali le habían dejado claro que no matarían animales para ella, ni le permitirían que los matase ella mientras estuviese viviendo con ellos, había dejado de preocuparse por el asunto. Nunca había sido una gran gourmet, y jamás se le había ocurrido pedirles a los oankali que preparasen los alimentos en un modo al que ella estuviese más acostumbrada.

—A veces —dijo él—, deseo tanto una hamburguesa que sueño con ellas. Ya sabe, aquéllas con queso y bacon, y pepinillos, y...

—¿Qué hay en esos bocadillos? —preguntó ella.

—Falsa carne, en su mayor parte soja..., supongo. Y quat.

Quatasayasha, la verdura oankali que sabía a queso.

—También yo como mucho quat —confirmó ella.

—Entonces coma algo. No pretenderá estarse sentada ahí viéndome comer a mí, ¿no?

Ella sonrió y tomó el bocadillo que él le ofrecía. No tenía nada de apetito, pero el comer con él era algo sin peligro y amistoso. También tomó algunas patatas fritas.

—Mandioca —explicó él—. No obstante, sabe como las patatas. Jamás había oído hablar de la mandioca antes de llegar aquí. Es algún tipo de planta tropical que los oankali están cultivando.

—Lo sé. La quieren para que nos la llevemos aquellos de nosotros que vamos a volver a la Tierra. Para que la cultivemos allí. Con ella se puede hacer harina y usarla como la del trigo.

Él se la quedó mirando, hasta que ella frunció el ceño.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó al fin.

Su mirada se apartó de ella y cayó hacia abajo, sin fijarse en nada.

—¿Ha pensado realmente en cómo será? —preguntó con voz suave—. Quiero decir..., ¡la Edad de Piedra! Escarbar en el suelo con un palo para buscar raíces, quizá comer insectos, ratas. He oído que las ratas sobrevivieron. El ganado y los caballos no. Los perros tampoco. Pero las ratas sí.

—Lo sé.

—Dijo usted que tuvo un niño.

—Mi hijo. Murió.

—Aja. Bien. Apuesto a que, cuando nació, estaba usted en un hospital, con médicos y enfermeras por todas partes, ayudándola y poniéndole inyecciones para quitarle el dolor. ¿Qué le parecería hacerlo en la jungla, sin nada alrededor excepto bichos y ratas y gente que lo siente por usted, pero que no puede hacer una mierda por ayudarla?

—Tuve un parto natural —dijo ella—. No fue divertido, pero salió bien.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Sin matadolores?

—Ninguno. Y tampoco fue en un hospital, sino en algo llamado un centro de natalidad..., un lugar para mujeres preñadas que no les gustaba la idea de que las tratasen como si aquello fuese una enfermedad.

Él agitó la cabeza y sonrió torcidamente.

—Me pregunto a cuántas otras mujeres tuvieron que revisar antes de encontrarla a usted. Apostaría que a un montón. Probablemente usted sea lo que ellos quieren en cosas que aún ni he imaginado.

Sus palabras le llegaron más hondo de lo que quiso dejar ver. Con todos los interrogatorios y pruebas por los que había pasado, durante los dos años y medio de ser observada veinticuatro horas sobre veinticuatro..., los oankali debían conocerla, en algunas cosas, mejor de lo que jamás la hubiera conocido ningún ser humano. Sabían cómo iba a reaccionar a casi todo en lo que la metieran. Y sabían cómo manipularla, maniobrarla para

que hiciese cualquier cosa que ellos deseasen. Naturalmente, sabían que ella había tenido ciertas experiencias prácticas que ellos consideraban importantes. Si hubiera tenido graves problemas para dar a luz..., si, a pesar de sus deseos, la hubieran tenido que llevar al hospital, si hubiera necesitado de una cesárea..., probablemente habrían pasado de ella y buscado a otra.

—¿Por qué va a volver? —preguntó Titus—. ¿Por qué quiere pasar su vida viviendo como una cavernícola?

—No quiero eso.

Los ojos de él se agrandaron.

—Entonces, ¿por qué...?

—No tenemos por qué olvidar lo que sabemos —afirmó ella. Sonrió para sí—. Yo no podría, ni aunque quisiera. No tenemos por qué volver a la Edad de Piedra. Seguro, nos costará un montón de trabajo duro, pero, con lo que nos enseñarán los oankali y lo que ya sabemos, al menos tendremos una oportunidad.

—¡Ellos no enseñan gratis! ¡No nos salvaron por simple bondad! Para ellos, todo es puro negocio... ¿Sabe lo que tendrá que pagar ahí abajo?

—¿Y qué es lo que ha pagado usted por quedarse aquí arriba?

Silencio.

Comió algunos bocados más.

—El precio —dijo él al fin, en voz baja— es el mismo. Cuando hayan acabado con nosotros ya no quedará ningún ser humano de verdad. Ni aquí, ni en la Tierra. Acabarán lo que las bombas empezaron.

—No creo que tenga por qué ser así.

—Ya. Pero, claro, no lleva demasiado Despierta.

—La Tierra es un lugar jodidamente grande. Aunque ciertas partes sean inhabitables, sigue siendo un lugar jodidamente grande.

La miró con una piedad tan grande y tan poco disimulada que ella se echó hacia atrás, irritada.

—¿Cree que ellos no saben lo jodidamente grande que es? —preguntó.

—Si pensase eso no hubiera dicho nada..., ni a usted, ni a quienquiera que nos esté escuchando. Ellos saben lo que yo siento.

—Y saben cómo hacerle cambiar de idea.

—No acerca de esto. Jamás acerca de esto.

—Como ya he dicho, no lleva usted demasiado tiempo Despierta.

¿Qué le habrían hecho?, se preguntó. ¿Era sólo el que lo habían mantenido tanto tiempo Despierto...? ¿Despierto y, la mayor parte del tiempo, sin compañeros humanos? ¿Despierto y consciente de que todo lo que había conocido estaba muerto, que nada que pudiera tener ahora en la Tierra se podría comparar a su anterior vida? ¿Cómo habría asimilado aquello un chico de catorce años?

—Si usted lo desease —dijo él—, la dejarían quedarse aquí... conmigo.

—¿Cómo, permanentemente?

—Aja.

—No.

Él dejó el pastelito que no había ofrecido compartir con ella y se le acercó.

—Sabe que esperan que usted diga que no —le espetó—. La han traído aquí para que pueda decirlo y así estar seguros, una vez más, de que no se equivocaban con usted.

Se alzaba alto y robusto, demasiado cerca, demasiado emotivo. De mala gana, se dio cuenta de que le tenía miedo.

—Sorpréndalos —le dijo en voz baja—. No haga lo que ellos esperan..., aunque sólo sea por una vez. No les deje que la manejen como una marioneta.

Había puesto las manos en los hombros de Lilith. Cuando ella trató de echarse hacia atrás, él siguió aferrándola, con un apretón que casi le resultó doloroso.

Siguió sentada, quieta y observándole. Su madre la había mirado del modo en que él la estaba mirando ahora. Y se había visto a sí misma dirigiéndole a su hijo la misma mirada, cuando había pensado que estaba haciendo algo que él sabía que estaba mal. ¿Cuánto de Titus tenía aún catorce años, seguía siendo el chico que habían Despertado los oankali, impresionándolo y atrayéndolo a sus propias filas?

La soltó.

—Aquí estarías a salvo —dijo con voz suave, tuteándola repentinamente—. Allá abajo, en la Tierra... ¿cuánto tiempo vivirás? ¿Cuánto tiempo desearás vivir? Aunque tú no olvides lo que sabes, otra gente lo olvidará. Algunos de ellos querrán ser cavernícolas..., arrastrarte por los cabellos, meterte en un harén, darte una buena paliza...

Agitó la cabeza.

—Dime que me equivoco. Siéntate aquí y dime que me equivoco.

Ella apartó la mirada, dándose cuenta de que probablemente él tenía razón. ¿Qué la esperaba en la Tierra? ¿La miseria? ¿La subyugación? ¿La muerte? Naturalmente, había gente que descartaría las restricciones de la civilización. Quizá no al principio, pero finalmente..., tan pronto como se diesen cuenta de que podían salirse con la suya.

La tomó de nuevo por los hombros y esta vez intentó, torpemente, besarla. Era como lo que podía recordar de los besos de un ansioso quinceañero. No le molestaba, y se encontró respondiéndole, a pesar de su miedo. Pero allí había más en juego que el simple disfrutar de unos momentos de placer.

—Mira —dijo cuando él se echó hacia atrás—. No estoy interesada en montar un espectáculo para los oankali.

—¿Y qué nos importan? No es lo mismo que si nos estuviesen mirando seres humanos.

—A mí sí que me importa.

—Lilith —dijo él, agitando la cabeza—. *Siempre* estarán mirando.

—La otra cosa en la que no estoy interesada es en darles un crío para que puedan experimentar con él.

—Probablemente ya se lo has dado.

La sorpresa, y un repentino miedo, la hicieron guardar silencio, pero su mano fue hasta su abdomen, allá donde la chaqueta ocultaba la cicatriz.

—No tenían los bastantes de nosotros para lo que ellos llaman un negocio normal —explicó él—. La mayor parte de los que tienen serán Dinso..., gente que querrá volver a la Tierra. No tenían bastantes para los Toath. Tuvieron que hacer más.

—¿Mientras dormíamos? ¿Es que, de algún modo...?

—¿De algún modo...? —siseó él—. *¡De cualquier modo!* Tomaron material de hombres y mujeres que ni se conocen y lo juntaron, e hicieron niños en mujeres que jamás conocieron ni a la madre ni al padre de su hijo..., y que quizá ni siquiera llegaron a conocer al propio hijo. O quizá hicieron crecer al bebé dentro de algún tipo de animal. Tienen animales a los que pueden ajustar para... para que incuben a fetos humanos, como ellos mismos dicen. O quizá ni se molesten tanto: tal vez se limiten a rascar algo de piel de una persona y a hacer crías a partir de eso, por clonación, ya sabes. O tal vez usen una de sus impresiones, y no me preguntes de qué impresión se trata; pero el caso es que, si tienen una tuya, la pueden emplear para hacer otro tú, aunque lleves cien años muerta, y a ellos ya no les quede nada de tu cuerpo. Y eso es sólo el principio: pueden hacer crías de modos que yo ni te podría explicar. Lo único que al parecer no pueden hacer es dejarnos en paz. Dejarnos hacerlo a nuestra manera.

Sus manos casi eran amables mientras la tocaba.

—Al menos no lo han hecho hasta hoy. —La agitó de repente—. ¿Sabes cuántos hijos tengo? Ellos te dicen: «Tu material genético ha sido usado en más de setenta niños». ¡Y en todo el tiempo que llevo aquí jamás he visto a una sola mujer!

Se la quedó mirando unos segundos; y ella le temió, y sintió pena por él, y deseó hallarse lejos. El primer ser humano que había visto en años, y lo único que deseaba era encontrarse lejos de él.

Y, no obstante, no le serviría de nada intentar enfrentarse a él físicamente. Ella era alta, y siempre había pensado ser fuerte, pero él era mucho más alto, uno noventa y pico, y macizo.

—Han tenido doscientos cincuenta años para jugar con nosotros —le dijo al hombre—. Quizá no podamos detenerlos, pero no tenemos por qué ayudarlos.

—¡Al infierno con ellos! —Trató de desbrocharle la chaqueta.

—*¡No!* —gritó ella, sobresaltándolo deliberadamente—. Así se trata a

los animales: se pone a un semental y una yegua juntos hasta que se aparean, y luego se devuelve cada uno a su dueño. ¿A ellos qué les importa? ¡Sólo son animales!

El le arrancó la chaqueta y empezó a pelearse con los pantalones.

Ella lanzó repentinamente todo su peso contra él y logró apartarlo.

Él retrocedió unos pasos, trastabillando, se recuperó, y volvió a por ella.

Gritándole, ella pasó las piernas por sobre la plataforma en la que había estado sentada y se situó en el lado opuesto. Ahora la plataforma estaba entre los dos. Él la rodeó.

De nuevo se sentó en ella y pasó las piernas por encima, para mantenerla entre ellos.

—¡No te conviertas en su servidor! —le suplicó ella—. ¡No hagas esto!

Él siguió acercándosele, demasiado excitado para importarle lo que ella dijese. En realidad, parecía estar disfrutando de la situación. La separó de la cama, pasando también él por encima. Y la acorraló contra una pared.

—¿Cuántas veces antes has hecho esto? —le preguntó ella, desesperada—. ¿Tenías una hermana allá en la Tierra? ¿La reconocerías ahora? ¡Quizá te lo hayan hecho hacer con tu hermana!

Él la agarró por un brazo y la atrajo hacia sí.

—¡Quizá te lo hayan hecho hacer con tu madre!

Él se quedó helado y ella rogó que hubiera acertado en un punto neurálgico.

—Tu madre —repitió—. No la has visto desde que tenías catorce años. ¿Cómo lo sabrías si te la trajeran aquí, y tú...?

La golpeó.

Atontada por el shock y el dolor, ella se derrumbó contra él, pero él la empujó, apartándola de sí, como si lo que le hubiese caído encima fuese algo repugnante.

Cayó pesadamente, pero no estaba inconsciente del todo cuando él se situó a su lado.

—Nunca lo he hecho antes —susurró—. Nunca con una mujer. Pero, ¿quién sabe con quién mezclaron el material?

Hizo una pausa y la miró allá donde estaba caída.

—Me dijeron que podía hacerlo contigo. Me dijeron que, si lo querías, podrías quedarte aquí. ¡Y tú has tenido que estropearlo todo!

Le pegó una patada, con gran fuerza. El último sonido que ella escuchó, antes de perder el conocimiento, fue el airado grito de su maldición.

9

Se despertó al oír sonido de voces..., oankali que estaban cerca de ella, sin tocarla: Nikanj y otro.

—Vete ya —pedía Nikanj—, está recuperando el conocimiento.

—Quizá debería quedarme —dijo el otro suavemente. Kahguyaht. En una ocasión había pensado que todos los oankali sonaban igual con sus tranquilas voces andróginas, pero ahora no podía dejar de identificar las engañosamente suaves tonalidades de Kahguyaht—. Quizá necesites ayuda con ella.

Nikanj no dijo nada.

Al cabo de un tiempo, Kahguyaht hizo sonar sus tentáculos y dijo:

—Me iré. Estás creciendo más rápidamente de lo que creía. Después de todo, quizás ella sea buena para ti.

Fue capaz de verle pasar a través de una pared e irse. Hasta que no se hubo ido no se dio cuenta del dolor de su propio cuerpo..., la mandíbula, el costado, la cabeza y, en especial, el brazo izquierdo. No era un dolor agudo, nada insoportable; sólo un dolor sordo y palpitante, especialmente notable cuando se movía.

—Quédate quieta —dijo Nikanj—. Tu cuerpo aún está curándose. Pronto habrá desaparecido el dolor.

Apartó la cara para no verle, ignorando el dolor.

Hubo un largo silencio. Finalmente, él dijo:

—No lo sabíamos. —Se interrumpió, y corrigió—: Yo no sabía cómo se comportaría el macho. Nunca antes había perdido tan completamente el control. Y, durante varios años, no lo había perdido en absoluto.

—Lo aislasteis de su propia especie —dijo ella, por entre sus hinchados labios—. Lo tuvisteis alejado de las mujeres durante... ¿cuántos años? ¿Quince años? ¿Más? En algunas cosas lo habéis mantenido en una edad de catorce años durante todo este tiempo.

—Estaba contento con su familia oankali, hasta que te conoció.

—¿Y él qué sabía? ¡Nunca le dejasteis conocer a nadie más!

—No era necesario. Su familia se ocupaba de él.

Ella se lo quedó mirando, notando más que nunca la diferencia que había entre ellos... una diferencia que la separaba tanto de Nikanj que ningún puente podía cubrir aquel abismo. Podía pasarse hablando con ello durante horas, en su propio idioma, y no lograr comunicarse. Podía ocurrir lo mismo con ella, aunque él podía obligarla a obedecerle, lo entendiese o no. O podía entregarla a otros, que utilizarían la fuerza contra ella.

—Su familia pensaba que deberías haberte apareado con él —murmuró Nikanj—. Sabían que no te quedarías permanentemente con él, pero creían que compartirías sexo con él, al menos una vez.

Compartir sexo, pensó ella tristemente. ¿De dónde habría salido

aquella expresión? Ella jamás la había dicho; y, sin embargo, le gustaba. ¿Debería haber compartido sexo con Paul Titus?

—Y quizá haberme quedado preñada —dijo en voz alta.

—No te hubieras quedado preñada —dijo Nikanj.

Y consiguió toda su atención.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Aún no es hora para ti de tener niños.

—¿Me habéis hecho algo? ¿Soy estéril?

—Tu gente lo llamaba control de natalidad. Estás ligeramente cambiada. Te fue hecho mientras dormías, como se les hizo a todos los humanos, al principio. Finalmente, se invertirá el proceso.

—¿Cuándo? —preguntó ella amargamente—. ¿Cuando estéis preparados para hacerme tener crías?

—No. Cuando tú estés dispuesta. Sólo entonces.

—¿Y quién lo decide? ¿Tú?

—Tú, Lilith. Tú.

Su sinceridad la confundió. Ella creía haber logrado aprender a enterarse de sus emociones a través de su postura, posición de los tentáculos sensoriales, tono de voz..., y parecía no sólo estar diciendo la verdad, como habitualmente, sino además estar diciendo una verdad importante. No obstante, también Paul Titus parecía haber estado diciendo la verdad.

—¿Realmente tiene Paul más de setenta hijos? —preguntó.

—Sí. Y ya te ha dicho por qué. Los Toaht necesitan desesperadamente más de los de tu especie, para hacer un verdadero trueque. La mayor parte de los humanos tomados de la Tierra deben de ser devueltos a ella. Pero Toaht debe de tener, al menos, un número igual que se quede aquí. Parecía que lo mejor era que se quedasen aquí los nacidos aquí. —Nikanj dudó—. No deberían haberle dicho a Paul lo que estaban haciendo. Pero siempre es difícil darse cuenta de estas cosas..., y, a veces, nos damos cuenta cuando ya es demasiado tarde.

—¡Él tenía derecho a saberlo!

—El saberlo lo ha asustado y le ha hecho sentirse miserable. Tú descubriste uno de sus miedos: el que quizás una de sus familiares haya sobrevivido y haya sido impregnada con su esperma. Se le ha dicho que esto no ha sucedido. A veces lo cree, y a veces no.

—Aun así, tenía derecho a saberlo. Yo querría saberlo.

Silencio.

—¿Me lo han hecho a mí, Nikanj?

—No.

—Y..., ¿me lo harán?

Nikanj dudó, luego habló en voz muy baja:

—Los Toaht tienen una impresión tuya..., de cada ser humano que trajimos a bordo. Necesitan diversidad genética. También nosotros nos quedaremos impresiones de los humanos que ellos se lleven. Milenios después de tu muerte, puede que tu cuerpo vuelva a renacer a bordo de la nave. No serás tú, desarrollará su propia personalidad.

—Un clon —dijo ella átonamente. Su brazo izquierdo palpitaba, y se lo frotó, sin prestar atención al dolor.

—No —corrigió Nikanj—. Lo que hemos preservado de ti no es tejido vivo. Es un recuerdo. Un mapa de genes, le llamaría tu gente..., aunque ellos no podrían haber hecho uno como los que nosotros recordamos y usamos. Es más bien lo que podríamos llamar un plano mental. Un plano para el montaje de un ser humano específico: tú. Una herramienta para una reconstrucción.

La dejó que digiriera aquello, sin decirle más durante varios minutos. ¡Tan pocos humanos podían hacer esto..., darle a otro unos minutos para pensar!

—Si te lo pido, ¿destruirás mi impresión? —preguntó ella.

—Es un recuerdo, Lilith, un recuerdo completo, que llevan en sí algunas personas. ¿Cómo podría destruir una cosa así?

Entonces era una memoria, literalmente hablando, no algún tipo de grabación mecánica o archivo escrito. Naturalmente.

Al cabo de un tiempo, Nikanj dijo:

—Quizá nunca sea usada tu impresión. Y, si lo es, la reconstrucción se encontrará tan en su casa a bordo de la nave como tú lo estabas en la Tierra. Crecerá aquí, y la gente entre la que crezca será su gente. Sabes que no le harán daño.

Ella suspiró.

—No sé tal cosa. Sospecho que harán lo que crean que es mejor para ella. ¡Y que el Cielo la ayude!

Él se sentó junto a Lilith y tocó su dolorido brazo izquierdo con varios tentáculos craneales.

—¿Realmente tenías que saber esto? —le preguntó—. ¿Debí decírtelo?

Nunca antes le había hecho una pregunta así. Por un momento su brazo le dolió mucho más que antes, y luego lo notó cálido y libre de dolor. Logró no apartarlo de un tirón, a pesar de que Nikanj no la había paralizado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Tenías dolor en ese brazo. No hay necesidad de que sufras.

—Tengo todo el cuerpo dolorido.

—Lo sé. Me ocuparé de eso. Sólo quería hablarte antes de que te durmieras de nuevo.

Ella se quedó quieta un momento, contenta de que su brazo ya no

palpitase. Apenas si se había dado cuenta de ese dolor individual, antes de que Nikanj lo eliminase. Ahora se daba cuenta de que había sido uno de los peores de entre muchos: la mano, la muñeca, el antebrazo.

—Tenías un hueso roto en la muñeca —dijo Nikanj—. Para cuando vuelvas a despertarte, ya estarás curada.

Y repitió la pregunta:

—¿Tenías que saber esto, Lilith?

—Sí —contestó ella—. Era una cosa que me concernía. Necesitaba saberlo.

Él no dijo nada durante un rato, y ella no molestó sus pensamientos.

—Lo recordaré —dijo finalmente, en voz queda.

Y Lilith notó como si ella le hubiese comunicado algo importante. Al fin.

—¿Cómo supiste que el brazo me hacía daño?

—Pude verte frotándotelo. Sabía que estaba roto y que te había hecho bien poco en él. ¿Puedes mover los dedos?

Ella obedeció, asombrada al ver cómo sus dedos se movían con facilidad, sin dolor.

—Bien. Ahora tendré que hacerte dormir de nuevo.

—¿Qué le ha pasado a Paul, Nikanj?

Él pasó la atención de algunos de los tentáculos de su cabeza del brazo de ella a su cara.

—Está dormido.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Por qué? Yo no le hice daño..., no puede...

—Estaba... rabioso, fuera de control. Atacó a miembros de su familia. Dicen que, si hubiera podido, los hubiera matado. Cuando lo lograron dominar, se puso a llorar y habló de modo incoherente. Se negó a hablar con nadie en oankali. Y, en inglés, maldijo a su familia, a ti, a todo el mundo. Tuvo que ser puesto a dormir..., quizá deba estar así un año o más. Los sueños largos son curativos para las heridas no físicas.

—¿Un año...?

—Estará bien. No envejecerá. Y su familia le estará esperando cuando Despierte. Está muy unido a ellos... y ellos a él. Los nexos familiares Toaht son..., hermosos, y muy fuertes.

Ella se puso el brazo derecho sobre la frente.

—Su familia —dijo amargamente—. No dejas de decir eso. ¡Su *familia* está muerta! Como la mía. Como Fukumoto. Como casi todo el mundo. Ésa es la mitad de nuestro problema: no tenemos auténticos lazos familiares.

—Él los tiene.

—¡Él no tiene *nadal* ¡No tiene a nadie que le enseñe a hacerse un hombre y, desde luego, no puede ser un oankali, así que no me hables de su familia!

—Y, sin embargo, son su familia —insistió suavemente Nikanj—. Ellos le han aceptado a él, y él los ha aceptado a ellos. No tiene otra familia, pero los tiene a ellos.

Ella emitió un sonido de disgusto y apartó la cara. ¿Qué era lo que les contaba Nikanj a otros acerca de ella? ¿Hablaría acerca de la familia de Lilith? Después de todo, y de acuerdo con su nuevo nombre, la habían adoptado. Agitó la cabeza, confundida y preocupada.

—Te golpeó, Lilith —dijo Nikanj—. Te partió los huesos. Si no te hubiésemos curado, podrías haber muerto por lo que te hizo.

—¡Hizo aquello para lo que vosotros y su así llamada familia le montasteis toda una situación!

Él hizo crujir sus tentáculos.

—Eso es más cierto de lo que a mí me gustaría que fuese. Ahora es difícil para mí influir en la gente. Creen que soy demasiado joven para comprender las cosas. No obstante, les advertí que tú no te aparearías con él. Dado que aún no soy maduro, su familia y mis padres se impusieron sobre mí. ¡Esto no volverá a suceder!

Tocó su nuca, haciendo que su piel picoteara al contacto de varios de sus tentáculos sensoriales. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo cuando se notó empezar a perder el conocimiento.

—Vuelve a hacérmelo a mí también —pidió, mientras aún podía hablar—. Déjame dormir de nuevo. Méteme donde lo hayan metido a él. Igual que él, tampoco yo soy lo que tu pueblo piensa que soy. Devuélveme allí. ¡Encuentra a otro!

10

Pero la facilidad de su despertar, cuando llegó, le dijo que su sueño había sido normal y relativamente breve, regresando demasiado rápidamente a lo que pasaba por la realidad. Al menos, no le dolía nada.

Se sentó. Halló a Nikanj echado, tieso como una piedra, junto a ella. Como era habitual, algunos de los tentáculos de su cabeza siguieron cansinamente sus movimientos cuando se levantó y fue al baño.

Tratando de no pensar, se bañó, y se esforzó para rascarse con el cepillo un extraño olor agrio que había adquirido su cuerpo..., algún efecto residual de la curación hecha por Nikanj, supuso. Pero el hedor no quería marcharse. Al cabo, lo dejó correr, se vistió y regresó fuera con Nikanj. Estaba sentado en la cama, esperándola.

—En unos pocos días ya no te darás cuenta del olor —le dijo—. No es tan fuerte como te parece.

Ella se alzó de hombros, sin importarle.

—Ahora puedes abrir paredes.

Asombrada, se quedó mirándolo, luego fue a una pared y la tocó con las yemas de los dedos de una mano. La pared enrojeció, como había hecho la de Paul Titus al toque de Nikanj.

—Usa todos los dedos —dijo éste.

Ella obedeció, colocando los dedos de las dos manos sobre la pared. Ésta se hendió y luego empezó a abrirse.

—Ahora, si tienes hambre, tú misma puedes ir a buscar tu comida —dijo Nikanj—. Todo se abrirá para ti en esta vivienda.

—¿Y fuera de esta vivienda? —inquirió ella.

—Estas paredes te dejarán salir y se abrirán de nuevo a tu vuelta. También las he cambiado a ellas un poco. Pero no se te abrirá ninguna otra pared.

Así que podía caminar por los pasillos o por entre los árboles, pero no se podía meter en nada que Nikanj no quisiese. Y, sin embargo, aquella era una mayor libertad que la que tenía antes de que la pusiese a dormir.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó, mirándolo fijamente.

—Para darte lo que puedo darte. Nada de otro largo sueño, ni la soledad. Sólo esto. Ahora ya conoces la disposición de nuestra vivienda y conoces Kaal. Y la gente del vecindario te conoce a ti.

Así que se le podía permitir que saliese sola de nuevo, pensó amargamente, Y, dentro de la vivienda, podía confiarse en que no hiciese el equivalente local de verter el detergente del fregadero o prender un fuego. Incluso se podía confiar en que no molestaría a los vecinos. Ahora, podía mantenerse ocupada hasta que alguien decidiese que ya podía ser enviada al trabajo que ni quería ni podía hacer..., el trabajo que, probablemente, acabaría por matarla. Después de todo, ¿a cuántos Paul Titus más podría sobrevivir?

Nikanj se recostó de nuevo y pareció temblar. Sí, estaba temblando. Los tentáculos de su cuerpo exageraban el movimiento y hacían parecer que todo él estuviese vibrando. Ni sabía ni le importaba lo que le estuviese pasando, así que lo dejó donde estaba y se fue a buscar comida.

En un compartimiento de la aparentemente vacía sala de estar-comedor-cocina halló fruta fresca: naranjas, plátanos, mangos, papayas y melones de diferentes tipos. En otros compartimentos halló nueces, pan y miel.

Probando y eligiendo, se preparó una comida. Había pensado sacarla fuera, para comérsela al aire libre..., la primera comida por la que no tenía que esperar o pedirla. La primera comida que haría bajo los pseudoárboles sin que antes tuvieran que dejarla salir, como a un animalito casero.

Abrió una pared para salir, pero se detuvo. Al cabo de un momento la pared comenzó a cerrarse de nuevo. Suspiró, y le dio la espalda.

Irritada, volvió a abrir los compartimientos de la comida, sacó más alimentos y regresó a donde se encontraba Nikanj. Aún estaba echado, temblando todavía. Colocó algunas frutas junto a él.

—Han empezado a salirte los brazos sensoriales, ¿no? —preguntó.

—Sí.

—¿Quieres comer algo?

—Sí. —Tomó una naranja y le dio un mordisco, comiéndosela con piel y todo. Nunca antes había hecho aquello.

—Normalmente, nosotros las pelamos —le indicó ella.

—Lo sé. Un desperdicio.

—Oye, ¿necesitas algo? ¿Quieres que vaya a buscar a uno de tus padres?

—No, esto es normal. Me alegra haberte cambiado cuando lo hice. No me atrevería a hacerlo ahora. Sabía que esto estaba a punto de pasar.

—¿Y por qué no me dijiste que ya faltaba tan poco?

—Estabas demasiado irritada.

Ella suspiró y trató de comprender sus propios sentimientos. Aún estaba irritada..., irritada, amargada, asustada...

Y, sin embargo, había vuelto. No había sido capaz de dejar a Nikanj temblando en la cama, mientras ella disfrutaba de su mayor libertad.

Nikanj se acabó la naranja y empezó a comerse un plátano. Tampoco lo peló.

—¿Puedo verlo? —le preguntó.

Él alzó un brazo y le mostró una zona fea, rugosa y

moteada, a unos quince centímetros por debajo del sobaco.

—¿Te duele?

—No. No hay en inglés una palabra para lo que estoy sintiendo. Lo

más aproximado sería decir que estoy... sexualmente excitado.

Ella se apartó, asustada.

—Gracias por haber vuelto.

Ella asintió con la cabeza.

—Se supone que no deberías estar excitado, estando aquí yo sola.

—Me estoy convirtiendo en sexualmente maduro. Me sentiré así, de vez en cuando, a medida que mi cuerpo cambie, aunque aún no tengo los órganos que usaré para el sexo. Es un poco como el notar un miembro amputado como si aún estuviese allí. He oído que eso les pasa a los humanos...

—Yo también he oído que nos pasa eso, pero...

—Me sentiría excitado aunque estuviera solo. No me lo haces sentir más de lo que me sentiría si no hubiese nadie. Y, sin embargo, tu presencia me ayuda. —Hizo nudos con los tentáculos de su cabeza y cuerpo—. Dame algo más que comer.

Le dio una papaya y todos los frutos secos que había traído. Lo comió todo con rapidez.

—Mejor —explicó—. A veces, el comer disminuye la sensación.

Ella se sentó en la cama y preguntó:

—¿Y qué pasa ahora?

—Cuando mis padres se den cuenta de lo que me está ocurriendo, mandarán llamar a Ahajas y Dichaan.

—¿Quieres que los busque? Me refiero a tus padres.

—No. —Frotó la plataforma, bajo su cuerpo—. Las paredes los alertarán. Probablemente ya lo habrán hecho. Los tejidos de las paredes responden muy rápidamente a las metamorfosis.

—¿Quieres decir que las paredes tendrán un tacto distinto, cambiarán de olor o algo así?

—Todo eso, y más. —Cambió repentinamente de tema—. Lilith, durante la metamorfosis, el sueño puede ser muy profundo. No te asustes si, a veces, no parezco oír o ver.

—De acuerdo.

—¿Te quedarás conmigo?

—Te dije que sí.

—Tenía miedo..., bien. Tiéndete conmigo hasta que vengan Ahajas y Dichaan.

Estaba harta de estar tendida, pero lo hizo, a su lado.

—Cuando vengan para llevarme a Lo, ayúdales. Eso les dirá la primera cosa que tienen que saber acerca de ti.

11

Hora de irse.

No hubo una verdadera despedida: Ahajas y Dichaan llegaron y, de inmediato, Nikanj cayó en un profundo sueño. Incluso sus tentáculos craneales colgaban inertes y quietos.

Ahajas sola podría haberlo transportado. Era grande, como casi todas las mujeres oankali..., algo más grande que Tediin. Ella y Dichaan eran hermanos, como era habitual en los apareamientos oankali. Los machos y hembras estaban relacionados por lazos de sangre, y los ooloi eran los extraños. Una de las traducciones de la palabra *ooloi* era «valioso extranjero». Y, según Nikanj, esta combinación de parientes y extraños daba mejores resultados cuando la gente era criada para un trabajo específico... como iniciar el comercio con una especie alienígena. El macho y la hembra concentraban las características deseables, y el ooloi evitaba el tipo erróneo de concentración. Tediin y Jdahya eran primos. A ambos no les habían gustado nada sus propios hermanos. Lo cual era inusual.

Ahora Ahajas alzó a Nikanj como si fuera un niño pequeño y lo mantuvo alzado hasta que Dichaan y Lilith lo tomaron por los hombros. Ni Ahajas ni Dichaan mostraron sorpresa alguna por la participación de Lilith.

—Nos ha hablado de ti —dijo Ahajas, mientras bajaban a Nikanj a los corredores inferiores. Kahguyaht los precedía, abriendo paredes. Jdahya y Tediin los seguían.

—También me ha hablado un poco de vosotros —respondió Lilith, incierta. Las cosas iban demasiado deprisa para ella. No se había levantado aquel día con la idea de que iba a dejar Kaal..., dejar a Jdahya y Tediin, que ya le resultaban familiares y cómodos. No le importaba dejar a Kahguyaht, pero éste le había dicho, cuando había traído a Ahajas y Dichaan a recoger a Nikanj, que pronto la vería de nuevo. La biología y las costumbres dictaban que, como padre del mismo sexo, a Kahguyaht le estuviera permitido visitar a Nikanj durante su metamorfosis. Como Lilith, Kahguyaht olía neutral, y no podía incrementar el malestar de Nikanj o provocarle deseos inapropiados.

Lilith ayudó a colocar a Nikanj en un tilio plano, que estaba aguardándoles en un pasillo público. Luego se quedó en pie, sola, mirando como los cinco oankali conscientes se unían, tocándose y juntando sus tentáculos craneales y corporales. Kahguyaht se encontraba entre Tediin y Jdahya, Ahajas y Dichaan estaban juntos y hacían sus contactos con Tediin y Jdahya. Parecía como si también ellos estuvieran evitando a Kahguyaht. Los oankali podían comunicarse de este modo, podían pasarse mensajes prácticamente a la velocidad del pensamiento..., o, al menos, eso era lo que le había dicho Nikanj. Estimulación multisensorial controlada. Lilith sospechaba que era la cosa más cercana a la telepatía que jamás fuera a ver practicar. Nikanj le había dicho que, cuando él fuera maduro, quizá podría ser capaz de ayudarla a percibir de aquel modo. Pero aún faltaban meses para su madurez. Ahora, ella estaba de nuevo sola... la alienígena, la incomprensible forastera. Esto es lo que volvería a ser en la casa de Ahajas y Dichaan.

Cuando se separó el grupo, Tediin se acercó a Lilith y tomó sus dos brazos.

—Ha sido bueno el tenerte con nosotros —le dijo en oankali—. Hemos aprendido de ti. Ha sido un buen trueque.

—Yo también he aprendido —dijo Lilith, honestamente—. Me gustaría poder quedarme aquí.

Mejor que ir con extraños. Mejor que ser enviada a enseñar a un montón de asustados y suspicaces humanos.

—No —contestó Tediin—. Nikanj debe de ir. No te gustaría separarte de él.

No tenía nada que decir a eso. Era cierto. Todo el mundo, incluso Paul Titus sin quererlo, la había ido empujando hacia Nikanj. Y lo habían logrado.

Tediin la dejó ir y Jdahya vino a hablar con ella, en inglés.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—Sí —aceptó ella.

—Ahajas y Dichaan te recibirán bien. Eres algo poco común..., una humana que puede vivir entre nosotros, aprender sobre nosotros, y enseñarnos. Todo el mundo siente curiosidad respecto a ti.

—Creí que iba a pasar la mayor parte del tiempo con Nikanj.

—Así será, durante un tiempo. Y, cuando Nikanj haya madurado, serás llevada a entrenarte. Pero habrá tiempo para que llegues a conocer a Ahajas y Dichaan, y a otros.

Ella se alzó de hombros. Nada que dijera iba a calmar ahora su nerviosismo.

—Dichaan ha dicho que ajustará las paredes de su casa para que puedas abrirlas. Él y Ahajas no pueden cambiarte en modo alguno, pero sí pueden ajustar tu nuevo ambiente.

Así que, al menos, no tendría que volver al status de animalito doméstico, pidiendo que la ayudasen cada vez que quería entrar o salir de una habitación o comer algo.

—Al menos, eso es de agradecer —murmuró.

—Es un trueque —dijo Jdahya—. Quédate cerca de Nikanj. Haz lo que él confía que harás.

12

Unos días más tarde, Kahguyaht fue a verla. La habían instalado en la habitual habitación desnuda, ésta con una plataforma-cama y dos mesas, un baño y un Nikanj que dormía tanto y tan profundamente que, más que un ser vivo, también parecía formar parte del mobiliario.

Casi agradeció la visita de Kahguyaht: la alivió de su aburrimiento y, ante su sorpresa, le trajo regalos: un montón de recio y fino papel blanco, más de una resma, y un puñado de bolígrafos marcados Paper Mate, Parker y Bic. Los bolígrafos, le explicó Kahguyaht, habían sido duplicados de grabaciones tomadas de originales desaparecidos hacía siglos. Ésta era la primera vez que veía algo que sabía que era una recreación a partir de una grabación. Y era la primera vez que sabía que los oankali recreaban cosas no vivientes a partir de esas grabaciones. No pudo hallar diferencias entre esas copias y los originales, tal como los recordaba.

Y Kahguyaht también le dio algunos quebradizos y amarillentos libros..., tesoros que no había imaginado: una novela de espías, otra sobre la Guerra Civil estadounidense, un texto de etnología, un estudio acerca de la religión, un libro sobre el cáncer y otros sobre genética humana, un volumen sobre un mono al que se le enseñó el lenguaje de los signos, y otro acerca de la carrera del Espacio en la década de 1960.

Lilith los aceptó todos sin comentarios.

Ahora que sabía que lo de cuidar de Nikanj iba en serio, era más fácil llevarse con Kahguyaht: estaba más dispuesto a contestarla si le hacía una pregunta, era menos agresivo con sus propias cuestiones retóricas. Regresó varias veces a pasar el tiempo con ella mientras atendía a Nikanj y, de hecho, se convirtió en su maestro, utilizando su cuerpo y el de Nikanj para ayudarla a comprender algo más de la biología oankali. Durante la mayor parte de ese tiempo, Nikanj dormía, y la mayoría de las veces lo hacía tan profundamente que ni siquiera sus tentáculos seguían los movimientos de ella.

—Recordará todo lo que suceda a su alrededor —dijo Kahguyaht—. Aún lo percibe en todos los modos en que lo haría si estuviera despierto. Pero ahora no puede responder, no está consciente..., está grabando.

Kahguyaht levantó uno de los inertes brazos de Nikanj para observar el desarrollo de sus miembros sensoriales. Aún no había nada que ver excepto una gran y rugosa hinchazón..., un crecimiento de aspecto poco agradable.

—¿Eso es el brazo en sí —preguntó ella—, o saldrá de ahí dentro?

—Eso es el brazo —dijo Kahguyaht—. Mientras esté creciendo, no lo toque, a menos que Nikanj se lo pida.

No tenía un aspecto que le hiciera apetecer tocarlo. Miró a Kahguyaht y decidió correr un riesgo con su nueva amabilidad:

—¿Y qué hay de su mano sensorial? —preguntó—. Nikanj me habló de algo llamado así

Kahguyaht no dijo nada durante un rato. Finalmente, en un tono que

ella no supo interpretar, dijo:

—Sí, hay algo llamado así.

—Perdóneme si me he metido en donde no debería —comentó ella. Algo en aquel extraño tono de voz le hizo desear apartarse de él, pero se mantuvo quieta.

—No, no lo ha hecho —respondió Kahguyaht, ahora con voz neutra—. De hecho, es importante que sepa lo de… la mano sensorial.

Extendió uno de sus brazos sensoriales, largo, gris y de piel burda, que aún le recordaba una cerrada trompa de elefante.

—Toda la fuerza y resistencia a los daños de esta cobertura exterior es para proteger la mano y los órganos relacionados con ella —dijo—. El brazo está cerrado, ¿lo ve?

Le mostró la punta redondeada del brazo, terminada por un material semitransparente, que ella sabía que era suave y duro.

—Cuando está así, es simplemente otro miembro. —Kahguyaht enrolló la extremidad del brazo como una serpiente, lo extendió, tocó la cabeza de Lilith y luego mostró un único cabello, que le había arrancado de un tirón—. Muy flexible, muy versátil, pero simplemente otro miembro.

El brazo se apartó de Lilith y dejó caer su cabello. El material semitransparente comenzó a cambiar, a moverse en oleadas circulares que se alejaban hacia los lados de la punta, y algo, delgado y pálido, emergió del centro de esa punta. Mientras lo contemplaba, la cosa delgada pareció engrosarse e hincharse. Eran ocho dedos…, o, mejor, ocho tentáculos delgados, dispuestos alrededor de una palma circular que tenía aspecto de estar húmeda y finamente indentada. Era como una estrella de mar…, una de las estrellas de mar más frágiles, con brazos largos y delgados, como serpientes.

—¿Qué le parece su aspecto? —preguntó Kahguyaht.

—En la Tierra teníamos animales con ese aspecto —contestó ella—. Vivían en los mares. Los llamábamos estrellas de mar.

Kahguyaht alisó sus tentáculos.

—Los he visto. Hay una similitud. —Volvió la mano, para que ella pudiera verla desde distintos ángulos. Se daba cuenta de que la palma estaba cubierta por ligeras proyecciones, muy parecidas a los tubos de locomoción de las estrellas de mar. Eran casi transparentes. Y las líneas que había visto en la palma eran, en realidad, orificios: aberturas a un oscuro interior.

De la mano surgía un débil olor, como floral. A Lilith no le gustó y se retiró, tras mirar un instante.

Kahguyaht retractó la mano tan rápidamente que pareció desvanecerse. Bajó el brazo sensorial.

—Los humanos y los oankali parecen adquirir un nexo con un ooloi —le explicó—. El nexo es químico y aún no es fuerte en usted, porque Nikanj es inmaduro. Es por eso por lo que mi aroma la hace sentirse incómoda.

—Nikanj no me mencionó nada así —dijo ella, con suspicacia.

—Ha curado las heridas de usted. Ha mejorado su memoria. No podía hacer esas cosas sin dejar su marca. Pero debería habérselo dicho.

—Sí, debería. ¿Y cuál es esa marca? ¿Qué es lo que me hará?

—Ningún daño. Querrá evitar los contactos profundos…, los contactos que lleven consigo la penetración de la carne…, eso con otros ooloi, ¿comprende? Quizá, durante un tiempo, cuando Nikanj madure, usted desee evitar los contactos con la mayoría de la gente. Siga sus instintos: la gente lo entenderá.

—Pero…, ¿cuánto tiempo durará?

—En los humanos es diferente: algunos se quedan en el estadio de la evitación mucho más de lo que estaríamos nosotros. Lo más, que yo recuerde, han sido cuarenta días.

—Y, durante ese tiempo, Ahajas y Dichaan…

—A ellos no los evitará, Lilith. Ellos forman parte de la familia. Estará cómoda con ellos.

—¿Y qué sucederá si no evito a la gente, si ignoro mis sentimientos?

—Si lograse hacer eso, por lo menos enfermaría. Incluso quizá lograse matarse.

—¿Tan malo es?

—Su cuerpo le dirá qué hacer, no se preocupe. —Trasladó su atención a Nikanj—. Cuando las manos sensoriales le empiecen a crecer es cuando Nikanj será más vulnerable. Entonces necesitará una comida especial. Le enseñaré.

—De acuerdo.

—Tendrá que meterle, literalmente, la comida en la boca.

—Ya he hecho eso con las pocas cosas que ha querido comer.

—Bien. —Kahguyaht hizo sonar sus tentáculos—. Lilith, yo no quería aceptarla. Ni para Nikanj, ni para el trabajo que tendrá que hacer. Creía que, por el modo en que la genética humana era expresada en la cultura, debería de elegirse a un macho humano para padre del primer grupo. Ahora creo que estaba equivocado.

—¿Padre?

—Así es como pensamos en esa persona que debe de enseñarles, confortarles, alimentarles y vestirles, guiarles a través del mundo, e interpretarles dicho mundo, que para ellos será nuevo y aterrador.

—¿Me van a hacer *madre* de todos ellos?

—Defina esa relación en el modo que más cómodo le resulte. Nosotros siempre lo hemos llamado paternidad. —Se volvió hacia una pared como para abrirla, pero luego se detuvo y se volvió de nuevo hacia Lilith—: Es una buena cosa eso que hará…, estará en posición de ayudar a su propio pueblo, de una manera muy similar a como está ayudando ahora a Nikanj.

—No se fiarán ni de mí, ni de mi ayuda. Probablemente me matarán.

—No lo harán.

—No nos entienden tan bien como piensan.

—Y usted no nos entiende a nosotros en lo más mínimo. En realidad, jamás lo logrará, a pesar de que le daremos mucha más información acerca de nosotros.

—¡Entonces vuélvanme a ponerme a dormir, maldita sea! ¡Elijan a alguien que crean más listo! ¡Yo jamás quise este trabajo!

Él guardó silencio durante varios segundos.

—¿Realmente cree que estaba despreciando su inteligencia?

Le miró con odio, negándose a contestarle.

—Creía que no. Los hijos de usted nos conocerán, Lilith. Usted jamás.

III

JARDÍN DE INFANCIA

1

La sala era algo mayor que un campo de fútbol. Su techo era una bóveda de suave luz amarilla. Lilith había hecho que crecieran dos paredes, más o menos en un rincón, para así tener una habitación, cerrada si se exceptuaba una puerta, abierta allá donde las paredes deberían haberse juntado. Había momentos en los que unía las paredes para aislarse de la vacía amplitud de afuera..., y de las decisiones que debía tomar. Las paredes y suelo de la gran sala estaban a su disposición, para darles la forma que ella deseara. Harían cualquier cosa que ella fuera capaz de pedirles, menos dejarla salir.

Había erigido su cubículo de forma que incluyese la entrada de un baño. Habían once baños más, no utilizados, a lo largo de una larga pared. A excepción de las estrechas puertas de esos servicios, la gran sala no tenía nada que la distinguiese. Sus paredes eran color verde pálido y el suelo marrón pálido. Lilith había pedido color, y Nikanj había encontrado a alguien que podía enseñarle cómo inducir a la nave a producir color.

Dentro de la habitación de Lilith, y a ambos extremos de la gran sala, se hallaban almacenamientos de comida y ropa, metidos dentro de las paredes en diversos armarios no señalizados.

La comida, le habían dicho, sería sustituida a medida que fuera utilizada..., reemplazada por la misma nave, que usaba su propia substancia para hacer reproducciones de grabaciones de lo que fuese que se le hubiera enseñado a producir a cada armario.

La pared larga frente a los baños ocultaba a ochenta seres humanos dormidos..., saludables y de menos de cincuenta años, angloparlantes, y aterradoramente ignorantes de lo que les esperaba.

Lilith tenía que elegir y despertar a no menos de cuarenta. Ninguna pared se abriría para dejar salir, ya fuera a ella o a aquellos a quienes Despertase, hasta que al menos cuarenta humanos estuviesen preparados para enfrentarse a los oankali.

La gran sala estaba oscureciéndose un poco: atardecer. Lilith hallaba un sorprendente alivio y descanso en haber logrado que, de nuevo, el tiempo estuviese dividido visiblemente en días y noches. Antes no se había dado cuenta de lo que había echado a faltar el lento cambio de la luminosidad, lo mucho que agradecería la oscuridad.

—Es hora de que te acostumbres de nuevo a tener una noche planetaria —le había dicho Nikanj.

Movida por un impulso, le había preguntado si había algún lugar de la nave desde el que pudiese ver las estrellas.

Nikanj la había llevado, el día antes de meterla en aquella gran y vacía sala, primero por varios pasillos y rampas descendentes, luego en algo que se parecía mucho a un ascensor. Nikanj le dijo que era más bien como una burbuja de gas que se moviese a través de un cuerpo vivo sin causarle daño. Su destino resultó ser una especie de burbuja de observación a través de la cual podía ver no sólo las estrellas, sino también el disco de la Tierra, que brillaba como una luna llena en el negro cielo.

—Aún estamos más allá de la órbita del satélite de vuestro mundo —le explicó, mientras ella buscaba ansiosamente perfiles continentales conocidos. Creyó hallar alguno: parte de África y la península Arábica. O esto es lo que a ella le parecía, mientras la veía colgada allá, en medio de un cielo que estaba al mismo tiempo encima y debajo de sus pies. Allá fuera había más estrellas de las que jamás hubiese visto, pero era la Tierra lo que atraía sus ojos. Nikanj la dejó mirar hasta que las lágrimas la cegaron. Entonces la abrazó con un brazo sensorial y la llevó a la gran sala.

Ahora llevaba ya tres días a solas en esa gran sala, pensando, leyendo, escribiendo sus pensamientos. La habían dejado guardar todos sus libros, papeles y bolígrafos. Además, disponía de ochenta informes: cortas biografías hechas a partir de conversaciones transcritas, breves curriculums, observaciones y conclusiones oankali, e imágenes. Los sujetos humanos de aquellos informes no tenían familia viva. Todos ellos eran desconocidos entre sí, y tampoco los conocía Lilith.

Ya había leído la mitad de los informes, buscando no sólo gente adecuada para Despertar, sino a algunos aliados potenciales..., gente a la que pudiera Despertar primero y en la que quizá pudiese llegar a confiar. Necesitaba compartir la carga de lo que sabía, de lo que debía hacer. Necesitaba gente reflexiva, que escuchase lo que ella tenía que decir y no hiciese nada violento o estúpido. Necesitaba gente que pudiera darle ideas, que empujase su mente en direcciones que, de otro modo, ella quizá no considerase. Necesitaba gente que pudiera avisarla cuando creyesen que estaba portándose como una tonta..., gente cuyas argumentaciones pudiera respetar.

A otro nivel, no deseaba Despertar a nadie. Tenía miedo de aquella gente, y tenía miedo por ellos. Había tantas incógnitas, a pesar de los datos de los informes... El trabajo de ella era trenzarlos en una unidad cohesiva y prepararlos para los oankali..., prepararlos para que fueran los nuevos socios comerciales de los oankali. Eso era imposible.

¿Cómo podía Despertar a una gente y decirles que iban a ser parte de un plan de ingeniería genética de una especie tan alienígena que cualquier humano no podía mirarlos sin sentirse incómodo, por lo menos hasta transcurrido un tiempo? ¿Cómo podía despertar a esa gente, a esos supervivientes de la guerra, y decirles que, a menos que lograsen escapar de los oankali, sus hijos no serían humanos?

Mejor sería no decirles nada, o decirles bien poco, en un principio. Mejor sería no Despertarles hasta que tuviese alguna idea de cómo ayudarles, de cómo no traicionarles, de cómo conseguir que aceptasen su cautividad, aceptasen a los oankali, aceptasen lo que fuera, hasta que los mandasen a la Tierra. Entonces, tendrían que huir como alma que lleva el Diablo a la primera oportunidad.

Su mente cayó en un habitual pensamiento recurrente: no había escapatoria de la nave. Ni modo. Los oankali controlaban la nave con su química corporal, no había mandos que pudieran ser memorizados o descontrolados. Incluso las naves lanzadera que viajaban entre la Tierra y la nave madre eran como extensiones de los cuerpos oankali.

Ningún humano podía hacer nada a bordo de la nave, como no fuese crear problemas y que lo volvieran a poner en animación suspendida..., o lo matasen. Por consiguiente, la única esperanza estaba en la Tierra. Una vez se hallasen en la Tierra..., le habían dicho que los depositarían en alguna parte de la cuenca del Amazonas; una vez allí, al menos tendrían una oportunidad.

Eso significaba que tenían que controlarse, aprender todo lo que ella pudiese enseñarles, todo lo que los oankali pudieran enseñarles, y luego utilizar todo lo que hubiesen aprendido para escapar y mantenerse con vida.

¿Y si lograba hacerles entender esto? ¿Y si resultaba que eso era exactamente lo que querían los oankali? Naturalmente, ellos sabían lo que ella haría. La conocían. ¿Significaba eso que estaban planeando su propia traición: nada de viaje a la Tierra, nada de oportunidad de escapar? Entonces, ¿para qué la habían hecho pasar un año aprendiendo a vivir en una selva tropical? Quizá fuese, simplemente, que los oankali estuvieran muy seguros de su habilidad para mantener a ios humanos enjaulados, incluso en la Tierra.

¿Qué podía hacer ella? ¿Qué otra cosa podía decirles a los humanos, como no fuese: «¡Aprended y huid!»? ¿Qué otra posibilidad de fuga había? Ninguna. Su única otra posibilidad personal era negarse a Despertar a nadie..., resistir hasta que los oankali se cansasen de ella y buscasen a otro sujeto más cooperativo. Otro Paul Titus, quizá..., alguien que realmente hubiera abandonado a la humanidad, para correr su suerte con los oankali. Una persona así haría que se cumpliesen las predicciones de Paul Titus: podría desmoronar lo poco de civilización que quedase en las mentes de aquellos a los que Despertase. Podría convertirlos en una pandilla de maleantes..., o en un rebaño.

¿En qué los convertiría ella?

Estaba echada en su plataforma-cama, contemplando la foto de un hombre. Un metro sesenta y ocho, decía la estadística. Cincuenta y seis kilos, treinta y dos años. Le faltaban tres de los dedos de su mano izquierda, perdidos en un accidente de infancia con un cortacésped, y era muy autoconsciente de esa mutilación. Se llamaba Víctor Dominic, bueno, en realidad era Vidor Domonkos, pues sus padres habían llegado a los Estados Unidos desde Hungría justo antes de que él naciese. Había sido abogado, y los oankali suponían que bueno. Lo habían hallado inteligente, hablador, comprensiblemente suspicaz ante unos interrogadores invisibles, y muy creativo al mentirles. Había estado sondeándoles constantemente, tratando de descubrir su identidad; pero era como Lilith, uno de los pocos angloparlantes que jamás había expresado la sospecha de que fuesen extraterrestres.

Había estado casado tres veces, pero no había sido padre a causa de un problema biológico, que los oankali creían haber corregido. El no haber tenido hijos le había preocupado grandemente, y siempre había acusado de ello a sus mujeres, al tiempo que se negaba a dejarse examinar, él, por un doctor.

Aparte de esto, los oankali lo habían hallado razonable y realmente

formidable. Jamás se había derrumbado en su inexplicado confinamiento solitario, nunca había llorado ni había intentado suicidarse. Sí, en cambio, había prometido matar a sus captores, si alguna vez tenía la oportunidad. Sólo lo había dicho una vez, tranquilamente, más como si estuviera haciendo un comentario casual, que amenazando a alguien de muerte.

A pesar de ello, al interrogador oankali le habían perturbado estas palabras, y había vuelto a dormir a Víctor Dominic de inmediato.

A Lilith le gustaba aquel hombre: tenía cerebro y, exceptuando la estupidez de culpar a sus ex-esposas, también autocontrol..., justo lo que ella necesitaba. Pero también lo temía...

¿Y si decidía que Lilith era uno de sus guardianes? Ella era más alta y, ahora, desde luego más fuerte..., pero eso no bastaba: él tendría demasiadas oportunidades de atacarla cuando estuviera desprevenida.

Mejor despertarlo más tarde, cuando ella ya tuviese aliados. Colocó el informe sobre él a un lado, en el más pequeño de dos montones..., gente a la que, desde luego, quería, pero a la que no se atrevía a despertar al principio. Suspiró, y tomó otro informe.

Leah Bede. Silenciosa, religiosa, lenta... de movimientos, no de mente, pese a que los oankali no se habían sentido particularmente impresionados por su inteligencia. Habían sido su paciencia y autosuficiencia lo que sí les había impresionado. No habían sido capaces de hacerla obedecer: había resistido, más que ellos, en estoico silencio. ¡Aguantado más que los oankali! Casi se había dejado morir de inanición cuando ellos habían cesado de alimentarla, para coaccionarla a que cooperase. Finalmente, la habían drogado, conseguido la información que deseaban y, tras un período de dejarla recuperar peso y fuerzas, la habían puesto de nuevo a dormir. ¿Por qué no se habían limitado los oankali a drogarla, tan pronto como se habían dado cuenta de lo terca que era? Quizá porque deseaban ver hasta cuan lejos se podía empujar a los humanos antes de que se rompiesen. Tal vez incluso quisiesen ver *cómo* se rompía cada ser humano. O quizá la versión de la terquedad oankali fuese tan extrema, desde el punto de vista del hombre, que pocos seres humanos lograsen colmar su paciencia. Lilith no lo había logrado. Leah sí.

La foto de Leah mostraba a una mujer pálida, magra, de aspecto cansado, a pesar de que un ooloi había notado en ella una tendencia fisiológica a la obesidad.

Lilith dudó, luego colocó el informe de Leah encima del de Víctor. También Leah parecía una buena aliada, pero no una buena elección para despertar primero. Sonaba como si pudiese ser una amiga apasionadamente leal..., a menos que le viniese la idea de que Lilith era una de sus captores.

Cualquiera a quien Lilith Despertase podía hacerse esa idea..., casi con toda seguridad la tendría, cuando Lilith abriese una pared o hiciese crecer otras nuevas, demostrando así tener habilidades que ellos no tenían. Los oankali le habían dado información, incrementado su fuerza física, mejorado su memoria, y dado la habilidad de controlar las paredes y las plantas de animación suspendida. Ésas eran sus herramientas. Y cada una de ellas la haría parecer un poco menos humana.

—¿Qué más debemos darte? —le había preguntado Ahajas la última vez que la vio Lilith. Ahajas estaba preocupada por ella, la encontraba demasiado pequeña para resultar impresionante. Había descubierto que a los humanos les impresionaba el tamaño. El hecho de que Lilith fuese más alta y robusta que la mayoría de las mujeres no parecía bastante: no era más alta ni más robusta que la mayoría de los hombres. Pero en eso no había nada que hacer.

—Nada que me pudierais dar sería bastante —le había contestado Lilith.

Dichaan había oído esto y se había acercado, para tomar a Lilith de las manos:

—Tú deseas vivir —dijo—. No desperdiciarás tu vida.

Ellos estaban desperdiciando su vida.

Tomó el siguiente informe y lo abrió.

Joseph Li-Chin Shing. Un viudo, cuya esposa había muerto antes de la guerra. Los oankali habían descubierto que se sentía tranquilamente agradecido por esto. Tras su propio período de terco silencio, había descubierto que no le importaba hablar con ellos. Pareció aceptar la realidad de que su vida estaba, como él mismo decía, «en retención», hasta que descubriese lo que le había pasado al mundo y quién mandaba ahora. Siempre estaba tratando de hallar respuestas a estas cuestiones. Admitía recordar el haber decidido, no mucho después de la guerra, que ya era hora de que él muriese. Creía que lo habían capturado antes de que pudiese intentar suicidarse. Ahora, decía, tenía razones para vivir… para ver quién lo había enjaulado, por qué lo había hecho, y cómo podía desear pagarle por ello.

Tenía cuarenta años, era un hombre pequeño, en otro tiempo ingeniero, ciudadano de Canadá nacido en Hong Kong. Los oankali habían considerado el hacerle padre de uno de los grupos humanos que pretendían establecer; pero les había desanimado la amenaza que representaba. Era, pensaba un interrogador oankali, suave, pero potencialmente mortífero. Y, a pesar de ello, los oankali se lo recomendaban a ella…, a cualquier padre de grupo. Era inteligente, decían, y firme. Alguien en quien se podía confiar.

No había nada especial en su aspecto, pensó Lilith. Era un hombre pequeño, vulgar, pero los oankali habían estado muy interesados en él. Y la amenaza que representaba era sorprendentemente conservadora…, mortífera únicamente si a Joseph no le gustaba lo que descubría. No le gustaría, pensó Lilith. Pero era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que el momento adecuado para hacer algo al respecto sería cuando estuvieran todos ellos en el planeta, no mientras estuviesen enjaulados en la nave.

El primer impulso de Lilith había sido Despertar a Joseph Shing…, Despertarlo de inmediato, para acabar con su soledad. El impulso fue tan fuerte que se quedó sentada quieta durante varios minutos, abrazándose a sí misma, enfrentándose con tan acuciante deseo. Se había prometido a sí misma que no Despertaría a nadie hasta que no hubiera leído todos los informes, hasta que hubiese tenido tiempo para pensar. Ahora, el seguir un

impulso erróneo podía matarla.

Recorrió varios informes antes de hallar a alguien que le pareciese que podía compararse con Joseph, aunque tenía claro que no dudaría en despertar a algunas de las personas que ya había encontrado.

Había una mujer llamada Celene Ivers, que había pasado buena parte de su corto período de interrogación llorando la muerte de su esposo y sus dos hijas gemelas, o llorando su propia e inexplicada cautividad y su incierto futuro. Había deseado morir, una y otra vez, pero nunca había hecho un intento de suicidarse. Los oankali la habían hallado muy dúctil, ansiosa por complacer..., o, mejor dicho, temerosa de disgustar. Débil, habían dicho los oankali. Débil y apenada, no estúpida, pero tan fácilmente atemorizable que podía ser inducida a comportarse de un modo estúpido.

Inofensiva, pensó Lilith. Alguien que no sería una amenaza, sin importar lo mucho que sospechase que Lilith era su carcelera.

Había el tal Gabriel Rinaldi, un actor, que durante un tiempo había confundido absolutamente a los oankali, porque les representaba papeles en lugar de dejarles ver cómo era realmente. Era otro de los que habían dejado de alimentar, en la teoría de que, más pronto o más tarde, el hambre haría surgir al hombre verdadero. No estaban totalmente seguros de que así hubiese sido. Gabriel debía de haber sido muy bueno como actor. Además, era muy apuesto. Jamás había tratado de hacerse daño, ni había amenazado con hacer daño a los oankali. Y, por alguna razón, ellos nunca lo habían drogado. Tenía, decían los oankali, veintisiete años, delgado, físicamente más fuerte de lo que parecía, terco, y no era tan listo como le gustaba pensar a él.

Esto, pensó Lilith, era algo que podía decirse de la mayoría de la gente. Gabriel, como los otros que habían derrotado, o habían estado a punto de derrotar a los oankali, era potencialmente valioso. Se preguntó si alguna vez podría fiarse de Gabriel, pero su informe permaneció entre los de los que tenían que ser Despertados.

Había la tal Beatrice Dwyer, que había resultado absolutamente inalcanzable mientras estaba desnuda, pero a la que la ropa la había transformado en una brillante y agradable persona, que incluso parecía haberse hecho amiga de su interrogador. Éste, un experimentado ooloi, había intentado lograr que aceptasen a Beatrice como madre de grupo. Otros interrogadores la habían observado y no habían estado de acuerdo, por alguna razón no especificada. Quizá fuera por la extremada modestia física de la mujer. No obstante, un ooloi había sido totalmente conquistado por ella.

Había la tal Hilary Ballard, poetisa, artista, autora teatral, actriz, cantante, frecuente recolectora de las prestaciones de desempleo. Realmente era brillante: había memorizado poesías, obras de teatro, canciones..., suyas y de autores más reconocidos. Tenía algo que ayudaría a los futuros niños humanos a recordar quiénes eran. Los oankali pensaban que era inestable, pero no de un modo peligroso. La habían tenido que drogar, porque se había lastimado tratando de escapar de lo que ella llamaba su jaula. Se había partido ambos brazos.

¿Y eso no era ser peligrosamente inestable?

No, probablemente no. Lilith misma se había dejado llevar por el pánico al hallarse enjaulada. Igual que mucha otra gente. Simplemente, el pánico de Hilary había sido más extremado que el de la mayoría. Probablemente no se le pudiera encomendar el hacer un trabajo crucial. Jamás podría depender de ella la supervivencia del grupo..., pero, claro, lo cierto es que no debía depender de una sola persona. El hecho de que sí dependiese no era culpa de los seres humanos.

Había el tal Conrad Loehr... llamado Curt, que había sido policía en Nueva York, y que había sobrevivido sólo porque, al fin, su esposa lo había arrastrado a Colombia, en donde vivía la familia de ella: durante años, nunca habían ido a parte alguna. La mujer había muerto en uno de los motines que habían estallado poco después del último intercambio de cohetes. Millares de personas habían resultado muertas, aun antes de que empezase a hacer frío. Simplemente se habían pisoteado o despedazado unas a otras, presas del pánico. Curt había sido recogido con siete niños, ninguno de ellos suyo, a los que había estado cuidando. Sus propios cuatro hijos, dejados en los Estados Unidos con familiares, habían muerto. Curt Loehr, decían los oankali, necesitaba de gente a la que cuidar. La gente lo equilibraba, le daba un propósito. Sin ellos, quizá hubiera sido un criminal..., o estuviese muerto. Solo en su habitación de aislamiento, había hecho todo lo que había podido para abrirse el cuello con las uñas...

Derick Wolski había estado trabajando en Australia. Era soltero, de veintitrés años, sin una idea clara de lo que quería hacer con su vida, y hasta el momento había hecho bien poco más que ir a la escuela y trabajar en empleos temporales o de jornada parcial. Había frito hamburguesas, conducido una camioneta de reparto, trabajado en la construcción, vendido productos del hogar puerta a puerta (mal), empaquetado alimentos, ayudado a limpiar oficinas y, por su cuenta, hecho algo de fotografía de la naturaleza. Lo había dejado todo, menos la fotografía. Le gustaba el aire libre, le gustaban los animales. Su padre pensaba que este tipo de cosas era una tontería, y él había tenido miedo de que su padre tuviese razón. Y, no obstante, estaba fotografiando la vida silvestre australiana cuando estalló la guerra.

Tate Marah justo acababa de abandonar otro trabajo. Tenía algún problema genético que los oankali habían controlado, pero no curado. Pero su verdadero problema parecía ser que hacía las cosas tan bien, que pronto se aburría. O las hacía tan mal, que las abandonaba antes de que nadie se diese cuenta de su incompetencia. La gente la había considerado como una presencia formidable, brillante, dominante y, además, tenía dinero.

Su familia había estado bien situada..., era propietaria de una empresa inmobiliaria de mucho éxito. Parte de su problema, creían los oankali, era que no tenía que hacer nada para vivir. Tenía una gran energía, pero necesitaba alguna presión externa, algún reto, que la obligase a utilizarla.

¿Qué le parecería la preservación de la especie humana?

Había intentado suicidarse en dos ocasiones, antes de la guerra. Tras

la guerra, había luchado por sobrevivir. Cuando estalló, estaba sola, de vacaciones, en Río de Janeiro. No había sido un buen momento para ser estadounidense, creía, pero había sobrevivido, y había ayudado a otros. Esto lo tenía en común con Curt Loehr. Bajo el interrogatorio oankali, se había dedicado a un duelo verbal y a interpretar papeles, hasta el punto de exasperar al inquisidor ooloi. Pero, finalmente, el ooloi la había admirado: pensaba que se parecía más a un ooloi que a una hembra. Era buena manipulando a la gente..., lo hacía de un modo que parecía no importarles. Esto también había acabado por aburrirla en el pasado; pero el aburrimiento nunca la había llevado a hacer daño a nadie, como no fuera a sí misma. Había habido momentos en los que se había apartado de la gente, para protegerla de las posibles consecuencias de su propia frustración. Así, se había separado de varios hombres, a menudo apareándolos con amigas. Las parejas que ella había juntado acostumbraban a casarse.

Lilith dejó lentamente el informe sobre Tate Marah, colocándolo en solitario sobre la cama. El único otro que estaba apartado era el de Joseph Shing. El informe de Tate se quedó abierto, mostrando de nuevo el pequeño, pálido y engañosamente infantil rostro de la mujer. Un rostro que estaba sonriendo a medias, no como posando para la foto, sino como sopesando al fotógrafo. De hecho, Tate no había sabido que estaban haciendo la foto. Y las imágenes no eran fotografías: eran pinturas, a un tiempo impresiones de la persona interna, tanto como de la realidad externa. Cada una contenía recuerdos grabados de sus sujetos. Los interrogadores oankali habían pintado aquellas imágenes con sus tentáculos o miembros sensoriales, usando fluidos corporales deliberadamente producidos. Lilith sabía esto, pero las imágenes tenían el aspecto, incluso el tacto, de fotos. Las habían hecho sobre algún tipo de plástico, no sobre papel. En cada una de ellas no había nada más que la cabeza y hombros del sujeto, contra un fondo gris. Ninguna de ellas tenía ese aspecto de perdido, de criminal buscado, que hubiera producido una instantánea normal. Esas imágenes tenían mucho que decir acerca de quiénes eran los retratados, o, más bien, acerca de quiénes creían los oankali que eran y eso se lo podían decir incluso a observadores no-oankali.

Tate Marah, pensaban, era brillante, de algún modo flexible y no peligrosa, excepto quizá para el ego de los demás.

Lilith dejó los informes, salió de su cubículo privado y comenzó a construir otro, justo al lado.

Ahora, las paredes que no se abrían para dejarla salir respondieron a su toque creciendo hacia dentro, a lo largo de una línea trazada en el suelo con su saliva o sudor. Así, las viejas paredes hacían surgir otras nuevas, tal y como las nuevas se abrirían o cerrarían, avanzarían o se retirarían, según ella lo ordenase. Nikanj se había asegurado bien de que ella supiese cómo dirigirlas. Y, cuando hubo acabado de instruirla, sus compañeros, Dichaan y Ahajas, le habían indicado que se encerrase, si la gente la atacaba. Ambos habían pasado un tiempo interrogando humanos, y parecían más preocupados por ella de lo que lo estaba Nikanj. La sacarían, le prometieron. No iban a dejarla morir por un error de cálculo de otro.

Lo cual estaría muy bien, si sabía descubrir el problema por

anticipado y encerrarse a tiempo.

Mejor sería elegir a la gente correcta, irla trayendo lentamente, y sólo Despertar a nuevos cuando estuviese segura de los ya Despiertos.

Atrajo a dos paredes hasta menos de medio metro la una de la otra, lo que dejaba una entrada estrecha, que ofrecía tanta intimidad como era posible sin puerta que cerrase. También volvió una pared hacia dentro, creando un pequeño vestíbulo que ocultaba la habitación en sí de las miradas indiscretas. La gente que Despertase no tendría nada que tomar prestado o robar, y cualquiera que pensase que aquél era un buen momento para ejercer de mirón tendría que ser disciplinado por el grupo. Porque quizá Lilith fuese lo bastante fuerte como para ocuparse de los conflictivos, pero no quería hacerlo, a menos que se viese obligada a ello. Una actuación así no ayudaría a la gente a convertirse en una comunidad, y, si no podían unirse, ninguna otra cosa iba a importar.

Dentro de la nueva habitación, Lilith alzó una plataforma-cama, una plataforma-mesa y tres plataformas-sillas en derredor de ésta. Al menos, la mesa y las sillas serían un pequeño cambio de lo que estaban acostumbrados en las habitaciones de aislamiento oankali. Una decoración más humana.

El crear la habitación le llevó algún tiempo. Después, Lilith recogió todos los informes menos once, y los encerró dentro de su propia plataforma-mesa. Algunos de esos once serían el núcleo de su grupo, los primeros en Despertar, y los primeros en demostrarle cuántas posibilidades tenía de sobrevivir y de hacer lo que era necesario.

Tate Marah la primera. Otra mujer. Nada de tensión sexual.

Lilith tomó la imagen, se fue a una larga extensión de pared, sin nada que la identificase, que había delante de los baños, y se quedó allá en pie, contemplando el rostro.

Una vez estuviera despierta la gente, no le quedaría más remedio que vivir con ella. No podía ponerlos a dormir de nuevo. Y, en cierto modo, iba a ser duro vivir con Tate Marah.

Lilith pasó la mano por sobre la superficie de la imagen, luego la colocó plana contra la pared. Empezó en un extremo de la misma y caminó lentamente hacia el otro, el más alejado, manteniendo la imagen contra la pared. Cerró los ojos mientras caminaba, recordando que, cuando lo practicaba con Nikanj, le había resultado más fácil cuando ignoraba, en tanto le era posible, sus otros sentidos. Toda su atención debía de ser enfocada en la mano que mantenía la imagen plana contra la pared. Los oankali machos y hembras hacían esto con sus tentáculos craneales, los ooloi con sus brazos sensoriales. Ambos lo hacían de memoria, sin imágenes impregnadas de grabaciones. Pues, una vez que habían leído la grabación de alguien o examinado a alguien, tomándole una grabación, la recordaban, podían duplicarla. Lilith jamás sería capaz de leer grabaciones o de duplicarlas. Eso exigía órganos de percepción oankali. Sus hijos los tendrían, le había dicho Kahguyaht.

Se detenía de tanto en tanto para frotar una sudorosa mano por sobre

la imagen, renovando su identificación química.

Más allá de la mitad del camino, comenzó a notar una respuesta, un ligero hincharse de la superficie contra la imagen, contra su mano.

Se detuvo de inmediato, insegura al principio de haber notado algo. Luego la hinchazón fue inequívoca. Apretó suavemente su mano contra la misma, manteniendo el contacto hasta que la pared comenzó a abrirse bajo la imagen. Luego se echó hacia atrás, para dejar a la pared vomitar su larga planta verde. Fue a un espacio al extremo de la gran sala, abrió la pared, y sacó una chaqueta y unos pantalones. Posiblemente esa gente recibiría la ropa con tanta ansiedad como ella lo había hecho.

La planta yacía, estremeciéndose lentamente, rodeada aún por el repugnante olor que la había seguido a través de la pared. No podía ver lo bastante bien dentro de su grueso y carnoso cuerpo como para saber qué lado ocultaba la cabeza de Tate Marah, pero eso no importaba. Pasó las manos a lo largo de la planta, como si bajase una cremallera, y la planta empezó a abrirse.

Esta vez no había posibilidad *de* que la planta tratase de tragársela. Ahora era tan poco apetecible para ella como pudiese serlo Nikanj.

Lentamente, la cara y el cuerpo de Tate Marah se fueron haciendo visibles. Pequeños pechos. Figura como la de una niña que apenas si ha alcanzado la pubertad. Piel y cabellos pálidos y traslúcidos. Rostro de niña. Y, no obstante, Tate tenía veintisiete años.

No se despertaría hasta que fuera sacada del todo de la planta de animación suspendida. Su cuerpo estaba húmedo y resbaladizo, pero no era pesado. Suspirando, Lilith la alzó del todo.

2

—¡Apártese de mí! —dijo Tate, en el momento mismo en que abrió los ojos—. ¿Quién es usted? ¿Qué me está haciendo?

—Estoy tratando de vestirla —contestó Lilith—. Ahora ya puede hacerlo usted misma..., si está lo bastante fuerte.

Tate se había puesto a temblar, comenzaba a reaccionar al haber sido Despertada de la animación suspendida. Ya era sorprendente que hubiera podido pronunciar aquellas pocas palabras coherentes antes de sucumbir a la reacción.

Tate hizo un apretado y estremecido nudo con su cuerpo y permaneció tendida, gimiendo. Jadeó varias veces, tragando aire como podría haber tragado agua.

—¡Mierda! —susurró minutos más tarde, cuando empezó a desvanecerse la reacción—. ¡Oh, mierda, veo que no era un sueño!

—Acabe de vestirse —dijo Lilith—. Antes ya sabía que no era un sueño.

Tate alzó la vista hacia Lilith, luego la bajó hacia su cuerpo medio desnudo. Lilith había logrado ponerle los pantalones, pero sólo le había metido una de las mangas de la chaqueta. Y ella había logrado quitársela mientras sufría la reacción. Tomó la chaqueta, se la puso y, en un momento, había descubierto como cerrarla. Luego se volvió para contemplar silenciosamente cómo Lilith cerraba la planta, abría la pared más cercana a ella y la empujaba a su través. A los pocos segundos, el único signo de la misma era un punto húmedo en el suelo que se secaba rápidamente.

—Y, a pesar de todo esto —dijo Lilith, enfrentándose a Tate—, soy tan prisionera como usted.

—Más bien una presa de confianza —comentó en voz baja Tate.

—Más bien. Tengo que Despertar al menos a treinta y nueve personas más, antes de que se nos permita a nadie salir de esta sala. Elegí empezar por usted.

—¿Por qué? —Tenía un increíble autodominio..., o parecía tenerlo. Sólo había sido Despertada dos veces antes (lo que era el promedio normal entre la gente no elegida para ser padre o madre de un grupo), pero se comportaba como si no estuviese sucediendo nada inusitado. Esto era un alivio para Lilith, pues le confirmaba que no se había equivocado al elegir a Tate.

—¿Que por qué he empezado por usted? —comentó Lilith—. Porque me pareció la menos probable que tratase de matarme, la menos probable que se desmoronase, y la más probable que me ayudase con los otros a medida que se vayan Despertando.

Tate pareció pensárselo. Jugueteó con la chaqueta, reexaminando el modo en que las dos partes frontales se adherían la una a la otra, el modo en que se separaban. Palpó el tejido en sí, con el ceño fruncido.

—¿Dónde infiernos estamos? —preguntó.

—A alguna distancia más allá de la órbita de la Luna.

Silencio. Luego, finalmente:

—¿Qué era esa cosa grande, como un gusano gigante, que metió dentro de la pared?

—Una... una planta. Nuestros captores..., los que nos rescataron, las usan para mantener a la gente en animación suspendida. Usted estaba dentro de la que vio. Yo la saqué de ella.

—¿Animación suspendida?

—Durante más de doscientos cincuenta años. Ahora, la Tierra ya está casi preparada para volvernos *a* recibir.

—¡Vamos a volver!

—Sí.

Tate miró a su alrededor, a la amplia y vacía sala.

—¿De vuelta a qué?

—A la selva tropical. En alguna parte de la cuenca del Amazonas. Ya no hay ciudades.

—No. No pensé que las hubiera. —Inspiró profundamente—. ¿Cuándo nos alimentarán?

—Antes de despertarla puse algo de comida en su habitación. Venga.

Tate la siguió.

—Tengo tanto apetito que hasta me comería con gusto esa porquería parecida al yeso que me dieron cuando estuve despierta la vez anterior.

—Ya no más yeso. Fruta, frutos secos, una especie de estofado, pan, algo que se parece al queso, leche de coco...

—¿Carne? ¿Un filete...?

—Una no puede tenerlo todo.

Tate era demasiado buena para ser cierta. A Lilith le preocupaba el que, en algún momento, se derrumbase..., que empezase a llorar o a vomitar o a dar alaridos o a golpearse la cabeza contra la pared..., que perdiese lo que parecía un control sobre sí misma sorprendentemente fácil. Pero, fuera lo que fuese que le ocurriera, Lilith trataría de ayudarla. Sólo aquellos minutos de aparente normalidad ya valían todas las molestias que se había tomado. Estaba, realmente, hablando con y siendo comprendida por otro ser humano... *¡Al cabo de tanto tiempo!*

Tate se abalanzó sobre la comida, devorando hasta estar satisfecha, sin perder tiempo en hablar. No había, pensó Lilith, hecho la pregunta más importante. Naturalmente, había muchas cosas que no había preguntado, pero había una cosa, en particular, que tenía preocupada a Lilith.

—Por cierto, ¿cuál es su nombre? —preguntó Tate, descansando al fin de tanto comer. Sorbió un poco de leche de coco a modo de prueba, luego se la acabó.

—Lilith lyapo.

—¿Lilith? ¿Lil?

—Lilith. Nunca he tenido un diminutivo. Nunca lo quise. Aparte de su nombre, ¿hay algún modo en que a usted le guste que la llamen?

—No. Tate servirá. Tate Marah. Le dijeron mi nombre, ¿no?

—Sí.

—Lo imaginé. Todas esas malditas preguntas... Me tuvieron Despierta y aislada durante..., debió de ser dos o tres meses. ¿Le dijeron eso? ¿O estaba usted mirando?

—Yo estaba o durmiendo o también en solitario. Pero, sí..., sabía lo de su confinamiento. En total duró tres meses. El mío fue de algo más de dos años.

—Les llevó todo ese tiempo el hacer de usted una presa fiable, ¿no?

Lilith frunció el ceño, tomó unos frutos secos y los comió.

—¿Qué es lo que quiere decir con eso? —preguntó.

Por un instante vio a Tate con aspecto desazonado, inquieta. La expresión apareció y se desvaneció tan rápidamente, que Lilith podía habérsela perdido con sólo un momento de no prestarle atención.

—Bueno, ¿por qué iban a tenerla Despierta y sola durante tanto tiempo? —preguntó.

—Al principio no quería hablar con ellos. Luego, al parecer, cuando empecé a hacerlo, algunos de ellos se interesaron por mí. Creo que, en aquel momento, no estaban tratando de hacer de mí una presa fiable. Estaban tratando de decidir si yo era apta para serlo. Si yo hubiera tenido voto en esa decisión, aún seguiría durmiendo.

—¿Por qué no quería hablar con ellos? ¿Era usted militar?

—¡Dios, no! Simplemente no me gustaba la idea de estar encerrada, ser interrogada y recibir órdenes de no-sabía-quién. Y, Tate, ya es hora de que usted lo sepa, aunque ha tenido buen cuidado en no preguntarlo...

Ella inspiró profundamente, se apoyó la frente en la mano y miró hacia abajo, a la mesa.

—Se lo pregunté. No quisieron decírmelo. Al cabo de un tiempo, me entró miedo y dejé de preguntarlo.

—Aja. Yo también hice eso.

—¿Son... los rusos?

—No son humanos.

Tate no se movió y no dijo nada por tanto tiempo, que Lilith continuó:

—Se llaman a sí mismos oankali, y parecen seres marinos, aunque son bípedos. Ellos..., ¿me está escuchando?

—La estoy escuchando.

Lilith dudó.

—¿Y me está creyendo?

Tate alzó la vista hacia ella, y pareció sonreír levemente.

—¿Cómo iba a poder?

Lilith asintió con la cabeza.

—Sí. Pero, naturalmente, lo va a tener que hacer, más pronto o más tarde, y se supone que yo tengo que hacer lo que pueda para prepararla para ello. Los oankali son feos, grotescos. Pero podemos acostumbrarnos a ellos, y no nos harán daño. Recuerde esto. Quizá la ayude, cuando llegue el momento.

3

Durante tres días, Tate durmió mucho, comió mucho, e hizo preguntas que Lilith contestó con total honestidad. Tate también habló de su vida de antes de la guerra. Lilith vio que esto parecía relajarla, eliminar ese caparazón de control emocional que habitualmente llevaba puesto. Eso hacía que valiese la pena. Significaba que Lilith se sentía obligada a hablar un poco acerca de sí misma, de su pasado de antes de la guerra; algo que, normalmente, no se habría sentido inclinada a hacer. Había aprendido a conservar su cordura a base de aceptar las cosas tal cual eran; adaptándose a las nuevas circunstancias, a base de echar a un lado las antiguas cuyos recuerdos pudieran ser demasiado para ella. Había tratado de hablar con Nikanj acerca de los seres humanos en general, sólo contándole anécdotas personales de modo ocasional. Su padre, sus hermanos, su hermana, su esposo e hijo... Decidió hablar ahora de su regreso a la Universidad.

—¡Antropología! —exclamó despectivamente Tate—. ¿Para qué querías husmear en las culturas de otra gente? ¿Es que no podías hallar lo que buscabas en la tuyapropia?

Lilith sonrió y se dio cuenta de que Tate fruncía el ceño, como si aquello fuese el inicio de una respuesta incorrecta.

—Empecé queriendo hacer justamente eso —contestó—. Husmear. Buscar. Me parecía que mi cultura..., la nuestra, estaba corriendo de cabeza a un abismo. Y, naturalmente, como se vio luego, eso es precisamente lo que estaba haciendo. Creí que debía de haber modos de vida más cuerdos.

—¿Hallaste alguno?

—No tuve muchas oportunidades. De todos modos, tampoco hubiese importado demasiado. Lo que contaba eran las culturas de los EE.UU. y de la URSS.

—Me pregunto...

—¿Qué?

—Los seres humanos son más parecidos que diferentes..., mucho más jodidamente iguales de lo que nos gusta admitir. Me pregunto si, finalmente, no hubiera sucedido lo mismo, sin importar qué dos culturas hubiesen sido las que hubieran adquirido la habilidad de eliminarse la una a la otra, llevándose consigo al resto del mundo.

Lilith lanzó una carcajada amarga.

—Te gustará esto: los oankali piensan de un modo muy parecido al tuyo.

Tate se dio la vuelta, repentinamente preocupada. Fue a ver las nuevas tercera y cuarta habitación, que Lilith había hecho crecer a ambos lados del segundo baño. Una de ellas estaba espalda contra espalda de su propia habitación y, en parte, era extensión de una de sus paredes. Había contemplado crecer las paredes..., lo había contemplado primero con incredulidad, luego con ira, negándose a creer que no la estaba, de algún modo, tomando el pelo. Luego había empezado a guardar las distancias con Lilith, a contemplarla con suspicacia, a mostrarse sobresaltada y silenciosa.

Esto no había durado mucho. Si no otra cosa, Tate era adaptable.

—No lo entiendo —había dicho en voz baja, a pesar de que, por aquel entonces, Lilith ya le había explicado por qué podía controlar las paredes y cómo podía hallar y Despertar a personas en concreto.

Ahora, Tate volvía a ello una y otra vez

—No lo entiendo. ¡Nada de esto tiene sentido!

—A mí me fue más fácil llegar a creer —explicó Lilith—. Un oankali se encerró conmigo en mi habitación de aislamiento, y se negó a marcharse hasta que me acostumbrase a él. No puedes estar mirándolos y dudar que sean alienígenas.

—Quizá *tú* no puedas.

—No voy a discutir eso contigo. He estado Despierta mucho más tiempo que tú. He vivido entre los oankali, y los acepto como lo que son.

—Como lo que ellos dicen que son.

Lilith se alzó de hombros.

—Quiero empezar a Despertar a más gente. Hoy a dos más. ¿Me ayudarás?

—¿A quién vas a Despertar?

—A Leah Bede y Celene Iver.

—¿Dos mujeres más? ¿Por qué no despiertas a un hombre?

—Lo haré, en su momento.

—Aún estás pensando en tu Paul Titus, ¿no?

—No era mío. —Deseó no haberle hablado de él a Tate.

—Despierta después a un hombre, Lilith. Despierta al tipo que encontraron protegiendo a los niños.

Lilith se volvió para mirarla.

—¿Siguiendo la teoría de que, si te caes de un caballo, lo que has de hacer es volverte a montar de inmediato?

—Sí.

—Tate, una vez esté Despierto, se queda Despierto. Mide uno ochenta y ocho, pesa ochenta y ocho kilos, ha sido poli durante siete años, y está acostumbrado a dar órdenes a la gente. Aquí no puede ni salvarnos ni protegernos, pero lo que sí puede hacer es jodernos por todo lo alto. Lo único que tiene que hacer para hacernos daño es negarse a creer que estamos en una nave. Después de eso, todo lo que haga estará mal, y puede ser potencialmente peligroso.

—¿Y entonces qué? ¿Vas a esperar hasta que puedas Despertarlo y se encuentre con una especie de harén?

—No. Una vez que tengamos a Lean y Celene Despiertas y razonablemente estables, voy a despertar a Curt Loehr y Joseph Shing.

—¿Y por qué esperar?

—Voy a sacar primero a Celene. Tú te ocupas de ella mientras yo saco a Leah. Creo que Celene puede ser alguien de quien Curt se pueda ocupar.

Fue a su habitación, trajo las imágenes de ambas mujeres, e iba a empezar a buscar a Celene cuando Tate la agarró por el brazo.

—Nos están observando, ¿no? —preguntó.

—Sí. No sé si nos observan constantemente, pero, ahora que estamos las dos Despiertas, seguro que nos observan.

—Si hay problemas, ¿nos ayudarán?

—Si deciden que la cosa es lo suficientemente mala. Creo que había algunos que hubiesen dejado que Titus me violase. Pero no creo que hubieran dejado que me matase. No obstante, quizás hubiesen sido demasiado lentos para lograr impedirlo.

—Maravilloso —murmuró amargamente Tate—. Estamos solas.

—Exacto.

Tate agitó la cabeza.

—No sé si debería estar deshaciéndome de las restricciones de la civilización y preparándome para luchar por mi vida, o manteniéndolas y defendiéndolas en bien de nuestro futuro.

—Haremos lo que sea necesario —afirmó Lilith—. Lo que probablemente significará, más pronto o más tarde, que tendremos que luchar por seguir vivas.

—Espero que te equivoques —dijo Tate—. ¿Qué es lo que hemos aprendido, si lo único que podemos hacer es seguir peleando entre nosotros?

Hizo una pausa.

— No tuviste hijos, ¿verdad, Lilith?

Lilith comenzó a caminar lentamente a lo largo de la pared, con los ojos cerrados y la imagen de Celene entre su palma abierta y el muro. Tate caminaba a su lado, distrayéndola.

—Espera hasta que te diga —indicó—. El buscar así necesita de toda mi atención.

—Realmente es duro para ti hablar de tu vida anterior, ¿no? —comentó Tate, con una simpatía en la que Lilith no acababa de confiar.

—Inútil, no duro —contestó Lilith—. Viví de esos recuerdos durante mis dos años en solitario. Para cuando el oankali apareció en mi habitación, ya estaba dispuesta para trasladarme al presente y quedarme en él. Mi vida de antes fue un cúmulo de tantear a ciegas, buscando quién-sabe-el-qué. Y, en lo que respecta a niños, tuve un hijo. Se mató en un accidente de coche, antes de la guerra.

Inspiró profundamente.

—Ahora déjame sola. Te llamaré cuando haya encontrado a Celene.

Tate se apartó y se apoyó contra la pared opuesta, cerca de uno de los baños. Lilith cerró los ojos y comenzó a avanzar de nuevo, poco a poco. Perdió la noción del tiempo y del espacio, sintió como si estuviese fluyendo a lo largo de la pared. La ilusión le era familiar, y le resultaba tan físicamente placentera y tan emocionalmente satisfactoria como una droga..., una droga que, en este momento, necesitaba mucho.

—Si tienes que hacer algo, mejor que te lo pases bien haciéndolo —le había dicho Nikanj. Una vez que sus brazos sensoriales habían crecido del todo, se había mostrado muy interesado por los placeres y dolores físicos de ella. Afortunadamente, había prestado más atención al placer que al dolor. La había estudiado como se estudia un libro..., y había hecho ciertas correcciones en lo escrito.

La protuberancia de la pared se notaba clara y grande, cuando sus dedos la hallaron. Pero, cuando abrió los ojos, no pudo ver ninguna irregularidad.

—¡Ahí no hay nada! —dijo Tate, justo tras su hombro derecho.

Lilith se sobresaltó, dejó caer la imagen, y se negó a volverse y fulminar a Tate con la mirada mientras se inclinaba para recogerla.

—¡Apártate de mí! —dijo en voz baja.

De mala gana, Tate se echó varios pasos atrás. Lilith podría haber hallado el punto de nuevo sin necesidad de concentrarse especialmente, sin tener que apartar a Tate. Pero Tate tenía que aprender a respetar la autoridad de Lilith en cualquier cosa que tuviera que ver con el abrir las paredes, los oankali o su nave. ¿Qué demonios se creía estar haciendo, volviendo a acercarse, caminando sigilosamente junto a Lilith? ¿Qué era lo que andaba buscando? ¿Algún truco?

Lilith pasó una mano por la parte delantera de la imagen y la colocó contra la pared. Halló la protuberancia al momento, aunque seguía siendo demasiado pequeña como para poder verla. Al retirar la imagen había dejado de crecer, pero no se había desvanecido. Ahora Lilith la frotó suavemente con la imagen, animándola a crecer. Cuando la protuberancia se hizo visible, se echó atrás y esperó, haciendo un gesto a Tate para que se acercase.

Juntas de pie, miraron como la pared vomitaba la larga planta verde traslúcida. Tate emitió un sonido de asco y se echó hacia atrás cuando le llegó el olor.

—¿Quieres mirarla antes de que la abra? —le preguntó Lilith.

Tate se acercó y estudió la planta.

—¿Por qué se mueve?

—Para que cada una de sus partes se vea expuesta a la luz durante un rato. Si pudieras marcarla, verías que está girando sobre sí misma, muy lentamente. Se supone que este movimiento también es bueno para la gente que hay dentro. Ejercita sus músculos y los cambia de posición.

—Realmente no parece un gusano —dijo Tate—. No cuando hay alguien dentro.

Fue hasta ella, la acarició con varios dedos y luego se miró éstos.

—Ten cuidado —dijo Lilith—. Celene no es muy grande. Probablemente a la planta no le importaría meterse a alguien más dentro.

—¿Podrías sacarme?

—Sí. —Sonrió—. El primer oankali que me enseñó estas plantas no me avisó. Metí la mano dentro, y casi me domina el pánico cuando me di cuenta de que la planta me tenía agarrada y se me iba tragando el brazo.

Tate lo intentó, y naturalmente la planta comenzó a tragársele la mano. Dio un tirón a su brazo, y luego miró a Lilith, obviamente asustada.

—¡Haz que me suelte!

Lilith tocó la planta alrededor de la mano cautiva, y la planta la soltó.

—Y, ahora...

Fue a uno de los extremos de la planta y movió sus manos a todo su largo. La planta se abrió a su habitual manera lenta, y Lilith alzó a Celene y la depositó en el suelo, donde Tate pudiera ocuparse de ella.

—Colócale algo de ropa antes de que se despierte —le dijo a Tate.

Para cuando Celene estuvo totalmente despierta, Lilith ya tenía a Leah Bede fuera de la pared y de la planta. Vistió con rapidez a Leah. Y no empujó de nuevo a las dos plantas a través de la pared hasta que ambas mujeres no estuvieron totalmente alerta y mirando a su alrededor. Y, cuando lo hubo hecho, se volvió, pensando sentarse con Leah y Celene y contestar a sus preguntas.

En lugar de ello, se vio súbitamente desequilibrada por el peso de Leah cuando ésta saltó a su espalda y comenzó a estrangularla. Lilith empezó a caer. El tiempo pareció haberse hecho más lento para ella.

Si caía sobre Leah, probablemente la mujer se haría daño en la cabeza o la espalda. La herida podía ser sólo superficial, pero también podía ser peligrosa. Sería un error dejar que se perdiese una persona potencialmente útil por un acto de estupidez.

Consiguió caer al suelo de costado, de modo que sólo el brazo y el hombro de Leah golpearon al suelo. Lilith alzó las manos y apartó las de Leah de su cuello. No le fue difícil: incluso pudo seguir teniendo cuidado de no causarle daño. Y también tuvo cuidado de que Leah no viese lo fácil que le resultaba derrotarla. Jadeó mientras arrancaba las manos de Leah de su garganta, aunque aún no estaba desesperada por respirar, ni mucho menos. Y permitió que las manos de Leah fueran hasta las suyas mientras se debatían.

—¿Acabarás ya? —gritó—. Aquí soy una prisionera más, como tú. No puedo liberarte. No puedo salir yo tampoco. ¿Lo entiendes?

Leah dejó de debatirse. Ahora alzó una mirada asesina hacia Lilith.

—Sal de encima mío. —Su voz era por naturaleza profunda, gutural; ahora era casi un rugido.

—Eso pretendo —dijo Lilith—. Pero no vuelvas a saltarme al cuello. No

soy una enemiga tuya.

Leah emitió un sonido sin palabras.

—Conserva tus fuerzas —dijo Lilith—. Tenemos mucho que reconstruir.

—¿Reconstruir? —gruñó Leah.

—La guerra —dijo Lilith—. ¿La recuerdas?

—Me gustaría poder olvidarla. —El gruñido se había suavizado.

—Si me matas aquí, probarás que aún no has tenido bastante de guerras. Demostrarás que no eres adecuada para tomar parte en la reconstrucción.

Leah no dijo nada. Al cabo de un momento, Lilith la soltó.

Ambas mujeres se pusieron desconfiadamente en pie.

—¿Y quién decide si soy adecuada o no? —preguntó Leah—. ¿Tú?

—Nuestros carceleros.

Inesperadamente, Celene susurró:

—¿Y quiénes son? —Su rostro ya estaba surcado por las lágrimas. Ella y Tate se habían acercado a unirse a la conversación..., o a contemplar la pelea.

Lilith miró a Tate, y ésta agitó la cabeza:

—¡Y tú tenías miedo que Despertar a un hombre pudiera causar violencia! —dijo.

—Aún lo temo —contestó Lilith. Miró a Celene, luego a Leah—. Vamos a comer algo. Contestaré a todas las preguntas que pueda.

Las llevó a la habitación que sería la de Celene y miró como sus ojos se agrandaban al ver, no los esperados boles de Dios-sabe-qué, sino comida reconocible.

Fue más fácil hablar con ellas cuando hubieron comido hasta hartarse, cuando estuvieron relativamente relajadas y confortables. Se negaron a creer que estuvieran en una nave, más allá de la órbita de la Luna. Leah se echó a reír a carcajadas, cuando oyó que eran prisioneras de extraterrestres.

—O eres una mentirosa, o estás loca —afirmó.

—Es cierto —dijo Lilith con voz queda.

—Es una memez.

—Los oankali me modificaron —dijo Lilith—, para poder controlar las paredes y las plantas de animación suspendida. No puedo hacerlo tan bien como ellos, pero puedo Despertar gente, alimentarla, vestirla y proporcionarle una cierta intimidad. No debes estar tan decidida a dudar de mí como hasta el punto de ignorar las cosas que me veas hacer. Y recuerda, en especial, dos de las cosas que te he dicho: una es que estamos en una nave. Actúa como si lo creyeses, aunque no sea así. En una nave no hay

lugar al que escapar: incluso aunque pudieras salir de esta sala, no hay ningún lugar donde ir, ningún lugar en el que esconderse, ningún lugar en el que ser libre. La otra cosa es que, si soportamos el tiempo que hayamos de estar aquí, nos darán de nuevo nuestro mundo. Seremos puestos en la Tierra como los primeros colonizadores humanos que regresen a ella.

—O sea que limítate a hacer los que te digan y a esperar, ¿eh? —comentó Leah.

—A menos que te guste esto tanto como para querer quedarte.

—No me creo ni una sola palabra de lo que dices.

—¡Piensa lo que quieras! ¡Yo te estoy diciendo cómo debes comportarte si es que quieres volver a notar el suelo bajo tus pies!

Celene empezó a llorar en silencio, y Lilith la miró con mala cara.

—¿Y a ti qué te pasa?

Celene agitó la cabeza.

—No sé qué creer. ¡Ni siquiera sé por qué sigo con vida!

Tate suspiró y agitó la cabeza, disgustada.

—Estás viva —dijo Lilith fríamente—. Aquí no tenemos suministros médicos, así que, si quieres suicidarte, puede que tengas éxito. Pero si quieres seguir viva y ayudar a que las cosas empiecen de nuevo en la Tierra..., bueno, a mí me parece que más vale tener éxito en esto.

—¿Tuviste algún hijo? —preguntó Celene, esperando claramente que la respuesta fuera un no.

—Sí. —Lilith se obligó a tender las manos y tomar las de la mujer, a pesar de que ya le caía fatal—. Toda la gente a la que tengo que Despertar aquí estará sin sus familias. Todos estamos solos. Nos tenemos los unos a los otros, y a nadie más. Nos convertiremos en una comunidad: amigos, vecinos, esposas, esposos..., o no sobreviviremos.

—Entonces, ¿habrá hombres? —inquirió Celene.

—Dentro de un día o dos. Los próximos que Despertaré serán dos hombres.

—¿Y por qué no ahora?

—No. Primero les prepararé las habitaciones. Y comida y ropa para ambos..., lo mismo que he hecho contigo y con Leah.

—¿Quieres decir que tú construyes las habitaciones?

—Sería más adecuado decir que las hago crecer. Ya lo verás.

—¿ También haces crecer la comida ? —preguntó Leah, con una ceja alzada.

—La comida y la ropa están almacenadas a lo largo de las paredes, a ambos extremos de la gran sala. A medida que las usamos, van siendo reemplazadas. Puedo abrir los armarios donde están guardadas, pero no las paredes de detrás, eso sólo lo pueden hacer los oankali.

Hubo un momento de silencio. Lilith comenzó a reunir las pieles de las frutas y las semillas.

—La basura hay que tirarla a uno de los retretes —explicó—. No tenéis que preocuparos de que puedan atascarse. Son más de lo que parecen: pueden digerir cualquier cosa que no esté viva.

—¡Digerir! —exclamó Celene, horrorizada—. ¿Es... es que están vivos?

—Sí. La nave está viva, y también casi todo lo que contiene. Los oankali usan la materia viva del mismo modo que nosotros usamos la maquinaria. —Comenzó a ir hacia el lavabo más cercano, pero se detuvo—. Otra cosa que quería deciros es que estáis siendo vigiladas..., del mismo modo que nos vigilaban en nuestras habitaciones de aislamiento. No creo que, esta vez, los oankali nos molesten..., no hasta que cuarenta o más de nosotros estemos Despiertos y llevándonos bastante bien todos juntos. Sin embargo, entrarán aquí si empezamos a asesinarnos los unos a los otros. Y los aspirantes a asesinos, o asesinos ya realizados, serán retenidos aquí, en la nave, durante el resto de sus vidas.

—Así que tú estás protegida de nosotras —comentó Leah—. Qué conveniente...

—Estamos protegidos los unos de los otros —corrigió Lilith—. Somos una especie en peligro, casi extinta. Y, si hemos de sobrevivir, necesitamos protección.

4

Lilith no liberó a Curt Loehr de su planta de animación suspendida hasta que la planta de Joseph Shing estuvo tendida al lado de la otra. Entonces, rápidamente, abrió ambas plantas, alzó a Joseph, y arrastró afuera a Loehr. Puso a Leah y Tate a trabajar vistiendo a Curt, y ella se hizo cargo de Joseph, puesto que Celene se negaba a tocarlo mientras estuviese desnudo. Ambos hombres estaban ya vestidos para cuando lograron recuperar totalmente el conocimiento.

Tras el desconcierto y malestar iniciales del Despertar, se sentaron y miraron en derredor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Curt—. ¿Quién manda aquí?

Lilith parpadeó.

—Yo — dijo—. Yo os he Despertado. Aquí todos somos prisioneros, pero mi función es Despertar a la gente.

—¿Y para quién trabaja? —preguntó Joseph. Tenía un ligero acento, y Curt, al notarlo, se volvió a mirarle e hizo una mueca.

Lilith hizo rápidamente las presentaciones.

—Conrad Loehr de Nueva York, éste es Joseph Shing de Vancouver. — Luego presentó a cada una de las mujeres.

Celene ya se había situado cerca de Curt, y una vez presentada añadió:

—En aquel tiempo, cuando las cosas eran normales, todo el mundo me llamaba Cele.

Tate alzó la vista al techo y Leah frunció el ceño. Lilith consiguió no sonreír. Había tenido *razón* respecto a Celene: si él se lo permitía, se pondría de inmediato bajo la protección de Curt. Eso lo mantendría ocupado. Lilith captó una leve sonrisa en el rostro de Joseph.

—Si tenéis hambre, disponemos de comida —les dijo a los hombres, en lo que ya se había convertido una introducción estándar—. Mientras comemos, contestaré a vuestras preguntas.

—Una respuesta ahora mismo —dijo Curt—: ¿Para quién estás trabajando? ¿Para qué lado?

No la había visto empujar su planta de animación suspendida de vuelta a la pared. Y ella no le había dado la espalda desde el momento en que había estado totalmente despierto.

—Allá abajo en la Tierra —contestó cuidadosamente—, no queda gente para trazar líneas en los mapas y decir qué lado de esas líneas es el correcto. Ya no queda ningún gobierno. Al menos, ningún gobierno humano.

El frunció el ceño, luego la miró como antes había mirado a Joseph.

—¿Quieres decir que hemos sido capturados... por algo que no es humano?

—O rescatados —corrigió Lilith.

Joseph se acercó a ella.

—¿Los has visto?

Lilith asintió con la cabeza.

—¿Crees que son extra terrestres?

—Sí.

—¿Y crees que estamos en algún tipo de… astronave?

—Una muy, muy grande, que es casi un mundo en pequeño.

—¿Qué pruebas nos puedes dar de esto?

—Nada que no podáis pensar que es un truco, si decidís considerarlo así.

—De todos modos, haz el favor de mostrárnoslo.

Ella asintió con la cabeza, demostrando que no le importaba. Cada pareja o grupo de gente nueva debía de ser tratado de un modo algo diferente. Les explicó lo que pudo de los cambios que habían sido hechos a su química corporal, y luego, mientras ambos hombres la miraban, hizo crecer otra habitación. Se detuvo en dos ocasiones para permitirles inspeccionar las paredes. No dijo nada cuando intentaron controlar las paredes a medida que ella las formaba, y luego trataban de derribarlas. El tejido vivo de las mismas se resistió a todos sus esfuerzos, ignorándolos. Su fuerza no servía de nada. Al fin, miraron en silencio mientras Lilith completaba la habitación.

—Es como el material con el que estaba hecha la celda en la que estuve antes —comentó Curt—. ¿Qué es? ¿Algún tipo de plástico?

—Materia viva —explicó Lilith—. Más planta que animal.

Dejó que su sorprendido silencio durase un momento, luego los llevó a la habitación en la que Leah y ella habían dispuesto la comida. Tate ya estaba allí, ante un plato caliente de arroz y judías.

Celene le entregó a Curt uno de los grandes boles comestibles de comida, y Lilith le ofreció otro a Joseph.

Pero Joseph seguía inmerso en el tema de la nave viva. Se negó a comer o a dejar a Lilith en paz hasta que supo todo lo que ella sabía acerca del modo en que funcionaba la nave. Pareció molesto de que supiera tan poco.

—¿Crees en lo que ella dice? —preguntó Leah, cuando al fin cesó en su interrogatorio y probó su comida, ya fría.

—Creo que Lilith sí lo cree —contestó—. Yo aún no he decidido qué creer.

Hizo una pausa.

—Sin embargo, me parece importante que nos comportemos como si estuviésemos en una nave…, a menos que descubramos con certeza que no lo estamos. Una nave en el espacio podría ser una excelente prisión, aunque lográsemos salir de esta sala.

Lilith asintió con la cabeza, agradecida.

—Eso es —afirmó—. Eso es lo importante. Si soportamos este lugar, si nos comportamos como si fuese una nave, sin importar lo que cada uno piense individualmente, podremos sobrevivir hasta que nos manden de vuelta a la Tierra.

Y siguió hablándoles, de los oankali, de su plan de volver a poblar la Tierra con comunidades humanas. Luego les habló del comercio de genes, porque había decidido que tenían que saberlo. Si esperaba demasiado para contárselo, podrían sentirse traicionados por su silencio. Pero, diciéndoselo ahora, les daba tiempo más que suficiente para rechazar la idea, luego empezar a pensar lentamente en ella y darse cuenta de lo que podía representar.

Tate y Leah se rieron de ella, se negaron absolutamente a creer que cualquier manipulación del ADN pudiera mezclar a los humanos con unos alienígenas extraterrestres.

—Por mi parte —señaló Lilith—, debo decir que no he visto ninguna combinación humano-oankali. Pero, por las cosas que *sí he visto,* por los cambios que los oankali han hecho *en mí, creo* que pueden manipularnos genéticamente, y pienso que eso es lo que quieren hacer. Si eso será para mezclarse con nosotros, o para destruirnos..., es algo que ignoro.

—Bueno, yo no he visto *nada* —observó Curt. Había estado un rato en silencio, escuchando, pasando la mano alrededor de Celene cuando ésta se sentaba al lado de él y parecía asustada—. Hasta que vea algo..., y no me refiero a más paredes que se mueven, opinaré que todo esto es pura mierda de vaca.

—Yo no estoy segura de creer, vea lo que vea —dijo Tate.

—No es difícil imaginar que nuestros captores piensan hacernos algo de manipulación genética —intervino Joseph—. Lo podrían hacer, sean humanos o extraterrestres. Antes de la guerra se trabajó mucho en genética. Quizá luego todo aquello se haya convertido en algún tipo de programa de eugenesia. Hitler podría haber hecho algo así después de la Segunda Guerra Mundial, si la hubiera sobrevivido y hubiera dispuesto de la tecnología necesaria.

Inspiró profundamente.

—Creo que nuestra mejor jugada, ahora, es averiguar todo lo que podamos. Hacernos con hechos. Tener los ojos bien abiertos. Después, podremos hacer el mejor uso posible de cualquier oportunidad que tengamos de escapar.

¡Aprended y huid!, pensó Lilith, casi con alegría. Podría haber abrazado a Joseph. Pero, en lugar de eso, dio otro bocado a su también enfriada comida.

5

Dos días más tarde, cuando Lilith vio que no era probable que Curt causase problemas..., al menos, no pronto, Despertó a Gabriel Rinaldi y Beatrice Dwyer. Le pidió a Joseph que la ayudase con Gabriel, y entregó Beatrice a Leah y Curt. Celene seguía siendo una inútil en lo que a vestir y orientar a la gente se refería. Y, aparentemente, Tate estaba empezando a aburrirse de todo el proceso de Despertar a la gente.

—Creo que deberíamos duplicar nuestro número cada vez —le dijo Tate a Lilith—. De este modo no nos repetiríamos tanto, las cosas se harían más rápido, y bajaríamos antes a la Tierra.

Al menos, ya estaba empezando a aceptar la idea de que no estaba en la Tierra, pensó Lilith. Eso ya era algo.

—Probablemente estoy Despertando a la gente demasiado deprisa —contestó Lilith—. Deberíamos de ser capaces de trabajar todos juntos, antes de alcanzar la Tierra. No es bastante que nos abstengamos de matarnos los unos a los otros. Allá en la selva probablemente seremos mucho más interdependientes de lo que jamás antes lo hayamos sido. Y quizá seamos un poco más eficientes en eso, si le damos a cada grupito de gente el tiempo necesario para adaptarse, y una estructura creciente a la que adaptarse.

—¿Qué estructura? —Tate empezó a sonreír—. ¿Quieres decir una familia..., contigo como la Mamá?

Lilith se limitó a mirarla.

Al cabo de un rato, Tate se encogió de hombros.

—Sólo tienes que despertar a un grupo de gente, sentarlos, explicarles lo que está sucediendo..., naturalmente, no te creerán..., responder a sus preguntas, alimentarlos y, al día siguiente, empezar con un grupito nuevo. Rápido y fácil. No pueden aprender a trabajar juntos si no están Despiertos.

—Siempre he oído que las clases pequeñas servían mejor para aprender que las muy grandes —le contestó Lilith—, y esto es demasiado importante para apresurarlo.

La discusión acabó como todas entre Lilith y Tate: no hubo acuerdo: Lilith continuó Despertando poco a poco a la gente, y Tate continuó no estando de acuerdo.

Al cabo de tres días, Beatrice Dwyer y Gabriel Rinaldi parecían estar ajustándose. Gabriel se emparejó con Tate. En cuanto a Beatrice, era como si evitase a los hombres en lo sexual, pero se unía a las interminables discusiones acerca de su situación, al principio negándose a creerla, luego acabando por aceptarla, así como la filosofía de «aprender y huir» del grupo.

Ahora, decidió Lilith, era hora de Despertar a otras dos personas. Despertaba a un par cada dos o tres días, no preocupándose ya por el que fueran hombres o no, visto que éstos no le habían causado ningún problema. Aunque, deliberadamente, Despertaba a unas cuantas mujeres más que hombres, con el fin de minimizar la violencia.

Pero, a medida que crecía el número de gente, también lo hacía el

potencial de desacuerdo. Hubieron varias cortas, pero salvajes, peleas a puñetazos. Lilith trató de no inmiscuirse, dejando a la gente que solucionase por sí misma sus diferencias. Su única preocupación era que las peleas no causasen daños graves. A pesar de su cinismo, Curt ayudaba en esto. Una vez, mientras separaban a dos luchadores ensangrentados, él le dijo que habría sido una buena policía.

Hubo una pelea en la que Lilith no pudo mantenerse al margen..., una que, como siempre, empezó por una estupidez. Una mujer grandota, malhumorada y no especialmente brillante, llamada Jean Pelerin, exigió el fin de la dieta sin carne. Ella quería carne, la quería *ahora,* y más le valdría a Lilith que la consiguiera inmediatamente, si sabía lo que le convenía.

Todos los demás habían aceptado, más o menos a regañadientes, la ausencia de carne.

—Los oankali no comen carne —les había explicado Lilith—, y, dado que podemos pasarnos sin ella, tampoco nos la dan a nosotros. Dicen que, cuando estemos de regreso en la Tierra, seremos libres para volver a criar y matar animales si queremos..., aunque, en general, aquellos a los que estábamos acostumbrados se han extinguido.

A nadie le gustaba la idea. Hasta el momento, no había Despertado a nadie que fuera antes vegetariano. Pero, hasta la bronca de Jean Pelerin, nadie había intentado hacer nada al respecto.

Jean se abalanzó contra Lilith en medio de una lluvia de puñetazos y patadas, obviamente tratando de vencerla al momento.

Sorprendida, pero en absoluto dominada, Lilith le devolvió los golpes: dos puñetazos, cortos y rápidos.

Jean se desplomó, inconsciente, sangrando por la boca.

Asustada y aún irritada, Lilith comprobó que la mujer seguía respirando y no estaba malherida. Se quedó con ella hasta que hubo recuperado el bastante conocimiento como para lanzarle una mirada asesina. Entonces, sin decir palabra, se alejó.

Se fue a su habitación y se quedó unos momentos sentada, pensando en la gran fuerza que le había dado Nikanj. Había contenido sus puñetazos, pues no deseaba dejar a Jean inconsciente, y pese a todo la mujer había caído sin sentido. Ahora ya no la preocupaba Jean, sino el no saber cuáles eran sus propias fuerzas. Podía matar accidentalmente a alguien, o podía dejarlo lisiado. Jean no sabía lo afortunada que era, con su dolor de cabeza y su labio partido.

Se dejó caer al suelo, se quitó la chaqueta, y comenzó a hacer los ejercicios destinados a quemar el exceso de energía y emoción. Todos sabían que ella se ejercitaba periódicamente, y varias otras personas habían comenzado a imitarla. Para Lilith, aquélla era una actividad cómoda y que no requería pensar, y que le daba algo que hacer cuando no podía hacer nada respecto a su situación.

Alguna gente la atacaría. Probablemente aún no había experimentado lo peor que había en ellos. Quizá tendría que matar, quizá la matasen. Y gente que ahora la aceptaba tal vez se apartase de ella si hería gravemente o

mataba a alguien.

Por otra parte, ¿qué podía hacer? Tenía que defenderse. ¿Y qué dirían los demás si hubiese derrotado a un hombre con tanta facilidad como había vencido a Jean? Nikanj le había dicho que podía hacerlo. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que alguien la obligase a comprobar si esto era cierto o no?

—¿Puedo entrar?

Lilith acabó sus ejercicios, se puso la chaqueta y contestó:

—¡Adelante!

Estaba aún sentada en el suelo, respirando profundamente, disfrutando perversamente del ligero dolor en sus músculos, cuando entró Joseph Shing, rodeando la nueva partición curvada que hacía de vestíbulo de entrada, y pasó a su habitación. Ella se recostó contra la plataforma-cama y le miró. Y, puesto que era él, le sonrió.

—¿No estás herida? —preguntó el hombre.

Ella negó con la cabeza:

—Un par de moretones.

Él se sentó junto a ella.

—Le está diciendo a la gente que eres un hombre. Dice que sólo un hombre puede pelear de esa manera.

Ante su propia sorpresa, Lilith se echó a reír a carcajadas.

—A alguna gente no le hace gracia —observó él—. Ese tipo nuevo, Van Weerden, dijo que no eras humana.

Ella le miró y se puso en pie para salir fuera, pero él sujetó su mano y la retuvo.

—No te preocupes. No están por ahí haciendo corrillos, murmurando entre ellos y creyéndose lo que murmuran. De hecho, no creo que ni Van Weerden se lo crea. Sólo quieren alguien a quien culpar de sus frustraciones.

—Pues yo no quiero ser ese alguien —musitó ella.

—¿Y cómo puedes evitarlo?

—De alguna manera —suspiró. Dejó que él tirase de ella y la hiciera sentarse, de nuevo, junto a él. Cuando él andaba por allí le resultaba imposible engañarse a sí misma. Tate, con su típica malicia, le había dicho:

—Es viejo, es bajo y es feo. ¿Es que no eres nada discriminadora ?

—Tiene cuarenta años —le había contestado Lilith—, a mí no me parece feo, y, si a él no le molesta mi tamaño, a mí no me molestará el suyo.

—Podrías encontrar algo mejor.

—Estoy satisfecha. —Nunca le dijo a Tate que Joseph casi había sido la primera persona a Despertar. Agitó la cabeza al pensar en los intentos, medio a desgana, de Tate por apartar a Joseph de su lado, atrayéndolo hacia sí. No es que lo quisiese para ella..., sólo quería demostrar que podía hacerse con él..., y, en el proceso, apartarlo del lado de ella. A Joseph todo aquello le

había parecido muy divertido.

Otra gente se mostraba menos relajada en situaciones similares, y esto era lo que causaba la mayor parte de las peleas más brutales. Un número creciente de seres humanos, aburridos y enjaulados, no podía evitar el encontrar cosas destructivas que hacer.

—¿Sabes? —le dijo—. Tú mismo podrías convertirte en blanco de sus iras. Alguna gente podría pensar en descargar su mala leche contra mí en tu persona.

—Sé kung fu —dijo él, examinando los nudillos pelados de Lilith.

—¿De veras?

Él sonrió.

—No, sólo hacía un poco de tai chi como ejercicio. No se suda tanto.

Lilith decidió que le estaba diciendo que ella olía a sudor…, lo cual era cierto. Se levantó para ir a lavarse, pero él no permitió que se fuera.

—¿Puedes hablar con ellos? —le preguntó.

Le miró. Se estaba dejando crecer una pequeña barba negra. Todos los hombres se estaban dejando la barba, porque no les habían suministrado útiles para afeitarse. No les habían suministrado nada duro o aguzado.

—¿Quieres decir hablar con los oankali? —preguntó.

—Sí.

—Nos están escuchando todo el tiempo.

—Pero, si les pides algo, ¿te lo suministrarán?

—Probablemente no. Creo que, para ellos, ya ha sido una gran concesión el darnos ropa.

—Sí, suponía que me dirías eso. Entonces, tendrás que hacer lo que Tate quiere que hagas: despertar a un montón de gente a la vez. Hay bien poco que hacer aquí. Haz que la gente esté ocupada ayudándose los unos a los otros, enseñándose cosas entre sí. Ahora somos catorce, Despierta mañana a diez.

Lilith sacudió la cabeza.

—¿Diez? ¡Pero…!

—Alejará de ti algo de la atención negativa. La gente ocupada tiene menos tiempo para estar soñando fantasías y peleándose.

Ella se apartó de su lado para sentarse frente a él.

—¿Qué sucede, Joe? ¿Qué es lo que anda mal?

—Es la gente, portándose como gente. Nada más. Probablemente ahora no estás en peligro, pero lo estarás pronto. Eso ya debes saberlo.

Ella asintió con la cabeza.

—Cuando seamos cuarenta, ¿nos sacarán los oankali de aquí, o…?

—Cuando seamos cuarenta, y los oankali decidan que estamos

dispuestos, vendrán. Y, finalmente, se nos llevarán para enseñarnos cómo vivir en la nueva Tierra. Tienen una... una zona de la nave que han construido para que sea como un trozo de la Tierra. Han hecho crecer allí una pequeña selva tropical..., como la selva a la que seremos enviados en la Tierra. Allí nos entrenarán.

—¿Has visto ese lugar?

—He pasado un año allí.

—¿Por qué?

—Primero aprendiendo, luego demostrando que había aprendido. No es lo mismo conocer que emplear el conocimiento.

—No. —Pensó por un momento—. La presencia de los oankali los unirá a todos, pero puede hacer que aún estén más en contra tuya. Sobre todo si los oankali los asustan mucho.

—Los oankali los asustarán.

—¿Tan malos son?

—Tan alienígenas. Tan feos. Tan poderosos.

—Entonces..., no vengas a la selva con nosotros. Trata de escaparte de ello.

Ella sonrió amargamente.

—Joe, yo hablo su idioma..., pero jamás he sido *capaz* de cambiar una sola de sus decisiones.

—¡Inténtalo, Lilith!

Su intensidad la sorprendió. ¿Había visto, realmente, algo que a ella se le había escapado..., algo que no quería decirle? ¿O, simplemente, estaba comprendiendo, por primera vez, la posición de ella? Desde hacía mucho, Lilith sabía que posiblemente estaba condenada. Había tenido tiempo de acostumbrarse a la idea y de comprender que tenía que luchar no contra alienígenas no humanos, sino contra su propia especie.

—¿Hablarás con ellos? —insistió Joseph.

Tuvo que pensar un momento para darse cuenta de que se refería a los oankali. Asintió con la cabeza.

—Haré lo que pueda —dijo—. Y quizá Tate y tú tengáis razón en eso de Despertar más rápidamente a la gente. Creo que estoy dispuesta a hacerlo.

—Bien. Tienes un buen núcleo a tu alrededor. Los nuevos que Despiertes podrán aclararse mientras estén en la selva. Allá tendrán más cosas que hacer.

—Oh, tendrán mucho que hacer. Claro que el tedio de algunas... Espera a que os enseñe cómo tejer una cesta o una hamaca, o cómo haceros vuestras propias herramientas para el huerto y cómo usarlas para hacer crecer vuestra propia comida.

—Haremos lo que sea necesario —rió él—. Si no podemos, entonces no sobreviviremos.

Hizo una pausa, y apartó la mirada de ella.

—Yo he sido toda mi vida un hombre de ciudad. Quizá no sobreviva.

—Si yo sobrevivo, tú sobrevivirás —dijo ella hoscamente.

Él rompió el mal momento riéndose en voz baja:

—Ésa es una estupidez, pero es una estupidez encantadora. Yo siento lo mismo hacia ti. ¿Ves lo que pasa por estar tanto tiempo encerrados juntos, sin nada que hacer? Tanto cosas buenas como malas. ¿A cuánta gente Despertarás mañana?

Lilith había doblado su cuerpo casi en tercios, con los brazos apretados alrededor de sus dobladas rodillas, la cabeza apoyada sobre ellas. Su cuerpo se estremecía con una risa sin humor. Él la había despertado una noche, aparentemente sin pensárselo antes, y le había preguntado si podía acostarse con ella. Ella había tenido que dominarse para no agarrarlo y echarlo en la cama más rápidamente.

Pero no habían hablado de sus sentimientos hasta ahora. Todo el mundo lo sabía. Todo el mundo lo sabía todo. Ella, por ejemplo, sabía que la gente decía que él dormía con ella para obtener privilegios especiales, o para escapar de aquella prisión. Desde luego, él no era alguien en quien se hubiera fijado en la Tierra de antes de la guerra, ni él se habría interesado por ella. Pero, aquí, había habido una atracción entre los dos desde el momento mismo en que él se había Despertado..., intensa, inescapable, continuada, y, ahora al fin, hablada.

—Despertaré a diez personas, como tú has dicho —le dijo finalmente—. Me parece un buen número. Ocupará a todo el mundo en quien pueda confiar para cuidarse de una persona recién Despertada. En cuanto a los otros..., no los quiero libres para vagar por ahí y causar problemas, o juntarse y causar aún más problemas. Los pondré en doblete contigo, con Tate, Leah y conmigo.

—¿Leah? —inquirió él.

—Leah no es problema. Tristona, malhumorada y terca. Y muy trabajadora, leal y difícil de asustar. Me cae bien.

—Creo que tú también la caes bien a ella —dijo—, y eso me sorprende. Hubiera supuesto que se sentiría resentida hacia ti.

Tras ellos, la pared empezó a abrirse.

Lilith se quedó helada, luego suspiró y, deliberadamente, miró al suelo. Cuando alzó de nuevo los ojos, aparentemente para mirar a Joseph, pudo ver a Nikanj entrar por la abertura.

6

Se colocó junto a Joseph, que, apoyado contra la plataforma-cama, no se había dado cuenta de nada. Lilith le tomó la mano y la mantuvo asida por un momento entre las suyas, preguntándose si iba a perderlo. ¿Seguiría con ella después de esta noche? ¿Hablaría con ella mañana, aparte de para las cosas de la más absoluta necesidad? ¿Se uniría a los enemigos de ella, confirmándoles cosas que, hasta ahora, sólo sospechaban? Y, en cualquier caso, ¿qué infiernos quería Nikanj ahora? ¿Por qué no se podía quedar al margen, como le había dicho que haría? Allá estaba: al fin lo había cazado en una mentira. No le perdonaría si destruía los sentimientos de Joseph hacia ella.

—¿Qué pasa? —dijo Joseph, mientras Nikanj atravesaba la habitación en el más absoluto de los silencios e iba a sellar la entrada.

—Por Dios sabe qué razón, los oankali han decidido adelantarte el placer de su visión —dijo ella con voz suave, amarga—. No corres ninguna clase de peligro físico. No sufrirás daño alguno.

Si Nikanj también hacía que esto fuera mentira, le obligaría a volverla a meter en animación suspendida.

Joseph miró bruscamente a su alrededor, y se quedó helado cuando vio a Nikanj. Al cabo de un momento de lo que Lilith supuso que era un terror absoluto, saltó en pie y retrocedió tambaleante hasta la pared, metiéndose en un rincón entre ésta y la plataforma-cama.

—¿Qué significa esto? —preguntó Lilith en oankali. Se alzó para enfrentarse a Nikanj—. ¿Por qué estás aquí?

Nikanj habló en inglés:

—Para que él pueda soportar su terror ahora, en privado, y así pueda serte de ayuda más tarde.

Un momento después de oír la tranquila y andrógina voz, similar a la humana, hablando en inglés, Joseph salió de su rincón. Avanzó hasta el lado de Lilith y se quedó mirando a Nikanj. Estaba temblando visiblemente. Dijo algo en chino..., era la primera vez que Lilith le oía hablar en ese idioma, y luego, de algún modo, logró calmar sus temblores. La miró a ella.

—¿Conoces a esto?

—Kaalnikanjl oo Jdahyatediinkahguyaht aj Dinso—dijo ella, observando los brazos sensoriales de Nikanj, recordando lo mucho más humano que le había parecido sin ellos. Luego, cuando vio a Joseph fruncir el entrecejo, añadió—: Nikanj.

—No me lo creía —dijo él suavemente—. No podía, a pesar de tus palabras.

Lilith no supo qué decir. Él estaba enfrentándose a la situación mucho mejor de lo que lo había hecho ella. Naturalmente, estaba bajo aviso, y no estaba siendo aislado de los otros seres humanos. Y, no obstante, lo estaba haciendo muy bien. Era tan adaptable como ella había sospechado.

Moviéndose lentamente, Nikanj llegó a la cama y se subió a ella impulsándose con una mano, doblando las piernas bajo su cuerpo para acomodarse. Los tentáculos de su cabeza se enfocaron en Joseph.

—No hay prisa —dijo—. Hablaremos un rato. Si tenéis hambre, os traeré algo.

—Yo no tengo hambre —dijo Joseph—, pero quizá otros la tengan.

—Tendrán que esperar. Es conveniente que pasen algún tiempo esperando a Lilith, que comprendan que, sin ella, nada pueden.

—Tampoco es que puedan mucho conmigo —dijo Lilith suavemente—. Los habéis hecho dependientes de mí..., quizá luego no olviden eso.

—Conviértete en su líder, y ya no habrá nada que decir.

Joseph la miró como si Nikanj hubiera dicho algo al fin que lo distrajese de la *rareza* de su cuerpo.

—Lo que él quiere decir no es líder —explicó ella—, sino chivo expiatorio.

—Tú puedes hacer que sus existencias sean más fáciles —dijo Nikanj—. Puedes ayudarles a aceptar lo que les va a pasar. Pero, líderes o no, no puedes impedir lo que va a suceder. Ocurriría aunque tú murieses. Si tú los lideras, más de ellos sobrevivirán. Si no lo haces, quizá ni tú misma sobrevivas.

Lo miró, recordando cómo había yacido junto a él, cuando era débil e inerme, recordando haber partido la comida en pedacitos y haberle alimentado, lenta y cuidadosamente, con esos pedacitos.

Tras un tiempo, los tentáculos de la cabeza y cuerpo de Nikanj se unieron para formar feos nudos y se abrazó con sus brazos sensoriales. Habló en oankali, sólo para ella:

—¡Quiero que vivas! ¡Tu compañero tiene razón, algunas de esas personas ya están conspirando contra ti!

—¡Ya te dije que conspirarían en mi contra! —contestó ella en inglés—. ¡Ya te dije que probablemente me matarían!

—No me dijiste que les ayudarías a eso.

Ella se apoyó contra la plataforma-mesa, con la cabeza baja.

—Estoy tratando de vivir —susurró—, sabes que lo estoy intentando.

—Podríais hacer un clon de nosotros —intervino Joseph—. ¿No es cierto?

—Sí.

—Podríais tomar células reproductoras de nosotros y hacer crecer embriones humanos en matrices artificiales.

—Sí.

—Incluso nos podéis recrear, a partir de algún tipo de mapa o grabación de genes...

—También podemos hacer eso. Ya hemos hecho todas esas cosas. Debemos hacerlas para comprender mejor una nueva especie. Debemos compararlas con la concepción y nacimiento naturales en el hombre. Tenemos que comparar los niños que hemos hecho con los que tomamos de la Tierra. Somos muy cuidadosos en evitar dañar una nueva especie asociada.

—¿Es así como lo llamáis? —murmuró Joseph con amarga revulsión.

Nikanj habló muy suavemente:

—Reverenciamos la vida. Teníamos que estar seguros de hallar modos en los que pudierais vivir en asociación, y no simplemente morir de ella.

—¡No nos necesitáis! —exclamó Joseph—. Habéis creado vuestros propios seres humanos. Pobres bastardos. ¡Hacedlos a ellos vuestros asociados!

—Os... necesitamos. —Nikanj hablaba tan quedo, que Joseph se inclinó hacia delante para escucharle—. Un asociado debe de ser interesante biológicamente, atractivo para nosotros, y vosotros sois fascinantes. Sois el horror y la belleza, en una rara combinación. Hablando muy claramente, nos habéis capturado, y no podemos escapar. Pero sois más que la composición y los mecanismos de vuestros cuerpos. Sois vuestras personalidades, vuestras culturas. También estamos interesados en ellas. Es por eso por lo que hemos salvado a tantos de vosotros como hemos podido.

Joseph se estremeció.

—Ya hemos visto cómo nos salvasteis..., con vuestras celdas de presidio y vuestras plantas de animación suspendida..., y, ahora, esto.

—Ésas son las cosas más simples que hacemos. Y os dejan relativamente intocados. Sois lo que erais en la Tierra... menos toda... enfermedad o daño. Con un poco de entrenamiento, podréis volver a la Tierra y vivir en ella confortablemente.

—Aquellos de nosotros que sobrevivamos a esta sala y a la sala de entrenamiento.

—Aquellos de entre vosotros que sobrevivan.

—¡Podríais haber hecho esto de otro modo!

—Hemos probado otros modos. Éste es el mejor. Aquí está el incentivo a no hacer daño: nadie que haya matado o herido gravemente a otro volverá jamás a poner el pie en la Tierra.

—¿Serán retenidos aquí?

—Para el resto de sus vidas.

—¿Incluso... —Joseph miró a Lilith, luego se enfrentó de nuevo a Nikanj—, incluso si la muerte es en autodefensa?

—Ella está exceptuada —aclaró Nikanj.

—¿Cómo?

—Ella lo sabe. Le hemos dado habilidades que al menos uno de vosotros debe de tener. Eso la hace diferente, y, en consecuencia, la

convierten en un blanco. Iría en contra de lo que pretendemos el que la prohibiéramos defenderse.

—Nikanj —dijo Lilith, y, cuando vio que había obtenido su atención, le habló en oankali—: Exceptúalo también a él.

—No.

Negativa rotunda. No había vuelta atrás, y ella lo sabía. Pero no podía dejar de intentarlo:

—Podría ser muerto por causa mía.

Nikanj le contestó en oankali:

—Y yo quiero que viva, por ti. Pero yo no tomé la decisión de mantener lejos de la Tierra a los humanos que maten..., ni tampoco te exceptué a ti. Fue un consenso. Y no puedo exceptuarlo a él.

—Entonces, hazlo más fuerte..., tal como me hiciste a mí.

—Si lo hago, sería más posible que matase.

—Y menos posible que muriese. Lo que quiero es que le des más resistencia a los daños. Ayúdalo a que se cure más rápido cuando esté herido. ¡Dale una oportunidad!

—¿De qué estáis hablando? —intervino irritado Joseph—. ¡Hablad en inglés!

Ella abrió la boca, pero Nikanj habló primero:

—Está intercediendo en tu favor. Quiere que te proteja.

Él miró a Lilith en busca de confirmación, y ella asintió con la cabeza.

—Tengo miedo por ti. Quería qué también te exceptuasen, pero él me dice que eso es algo que no puede hacer. Así que le he pedido... —se detuvo y miró a Nikanj, y luego a Joseph— que te haga más fuerte, para que al menos tengas una posibilidad.

Él la miró con el ceño fruncido:

—Lilith, no soy un grandullón, pero sí más fuerte de lo que piensas. Puedo cuidar de mí mismo.

—No hablé en inglés porque no quería que dijeses eso. ¡Claro que no puedes cuidar de ti mismo! ¡Nadie podría hacerlo, con lo que puede llegar a pasar aquí! Sólo quería que tuvieses más posibilidades de las que tienes ahora.

—Enséñale tu mano —le dijo Nikanj.

Ella dudó, temiendo que fuera a verla como demasiado alienígena, o demasiado cercana a los alienígenas..., demasiado cambiada por ellos. Pero, ahora que Nikanj había llamado la atención hacia su mano, no podía ocultarla. Alzó sus ya no heridos nudillos y se los enseñó a Joseph.

El examinó la mano minuciosamente, luego miró la otra para asegurarse que no se había equivocado de mano.

—¿Ellos hicieron esto? —preguntó—. Te permite curarte rápidamente,

¿no?

—Sí.

—¿Y qué más te han hecho?

—Me han hecho más fuerte de lo que era, y ya era bastante fuerte antes..., y me han permitido controlar las paredes interiores y las plantas de animación suspendida. Eso es todo.

Miró a Nikanj.

—¿Cómo han hecho esto?

Nikanj hizo resonar sus tentáculos.

—Para las paredes, alteré un poco la química de su cuerpo. Para la fuerza, le di un uso más eficiente de lo que ya poseía..., podría haber sido más fuerte por ella misma. Sus antepasados eran más fuertes..., en especial sus antepasados no humanos. La ayudé a conseguir aquello de lo que potencialmente era capaz.

—¿Cómo?

—¿Cómo mueves tú los dedos de tus manos, y cómo los coordinas? Soy un ooloi, criado para trabajar con los humanos. Puedo ayudaros a conseguir cualquier cosa que vuestros cuerpos sean capaces de hacer. Hice cambios bioquímicos que ocasionaron el que sus ejercicios gimnásticos, que realiza regularmente, fuesen mucho más efectivos de lo que lo hubieran sido de otro modo. También hay un mínimo cambio genético. No he quitado ni añadido nada, pero he sacado al exterior una habilidad latente. Ella es tan fuerte y tan rápida como lo eran sus más cercanos antepasados animales.

Nikanj hizo una pausa, quizá viendo el modo en que Joseph estaba mirando a Lilith.

—Los cambios que he hecho no son hereditarios —añadió.

—¡Has dicho que has cambiado sus genes! —acusó Joseph.

—Sólo en las células corporales, no en las reproductoras.

—Pero, si hacéis un clon de ella...

—No la clonaré.

Hubo un largo silencio. Joseph miró a Nikanj, luego contempló largo rato a Lilith. Ella habló cuando pensó que ya había resistido lo bastante aquella mirada:

—Si quieres irte a reunir con los otros, te abriré la pared.

—¿Eso piensas que haré? —preguntó él.

—Eso es lo que temo que hagas —susurró ella.

—¿Podrías haber impedido lo que te hicieron?

—No intenté impedirlo. —Tragó saliva—. Dijera lo que dijese, me iban a dar este trabajo. Les expliqué que, puestos al caso, podían matarme ellos mismos. Ni siquiera esto los detuvo. Así que, cuando Nikanj y sus compañeros me ofrecieron tanto como podían ofrecerme, ni siquiera me lo

pensé. Lo recibí con alegría.

Tras un tiempo, él asintió con la cabeza.

—Te daré algo de lo que le di a ella —dijo Nikanj—. No aumentará tu fuerza, pero te curarás más rápidamente, te recuperarás de heridas que, de otro modo, podrían matarte. ¿Quieres que lo haga?

—¿Me dejas elegir?

—Sí

—¿El cambio es permanente?

—A menos que pidas que te cambien a como eras antes.

—¿Tiene efectos secundarios?

—Psicológicos.

Joseph frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso de psicológicos…? ¡Oh! Así que es por eso por lo que no me das más fuerza…

—Sí.

—Pero te fías de… Lilith.

—Ella ha estado años Despierta y viviendo con mi familia. La conocemos. Y, naturalmente, siempre estamos vigilantes.

Tras un rato, Joseph tomó las manos de Lilith.

—¿Lo ves? —preguntó con voz amable—. ¿Entiendes por qué te eligieron a ti…, a alguien que, desesperadamente, no quiere la responsabilidad, que no quiere liderar, que es una mujer?

La condescendencia en su voz primero la sobresaltó, luego la irritó.

—¿Lo *veo,* Joe? ¡Oh, sí, he tenido mucho tiempo para verlo!

Él pareció darse cuenta de cómo habían sonado sus palabras:

—Lo has tenido, sí. Aunque, ¿para qué sirve el saberlo…?

Nikanj había ido pasando su atención del uno al otro. Ahora la enfocó en Joseph.

—¿Debo de hacerte el cambio? —preguntó.

Joseph soltó las manos de Lilith.

—¿Cómo se hace? ¿Con cirugía? ¿O es algo que tiene que ver con la sangre, o la médula ósea?

—Serás puesto a dormir. Cuando te despiertes, el cambio habrá sido realizado. No habrá ni dolor ni enfermedad, ni cirugía en el sentido habitual de la palabra.

—¿Cómo lo harás?

—Estas son mis herramientas —extendió ambos brazos sensoriales—. Con ellas te estudiaré, y luego efectuaré los ajustes necesarios. Mi cuerpo y el tuyo producirán cualquier sustancia que sea necesaria.

Joseph se estremeció visiblemente.

—No... no creo que pueda dejar que me toques.

Lilith lo miró hasta que se volvió hacia ella.

—Yo pasé muchos días encerrada con uno de ellos antes de que pudiera llegar a tocarlo —explicó—. Y hubo veces..., preferiría que me diesen una buena paliza antes que tener que volver a pasar por algo como aquello

Joseph se acercó más a ella, con gesto protector. Le resultaba más fácil dar aliento que pedirlo. Pero ahora consiguió hacer ambas cosas a un tiempo.

—¿Te vas a quedar mucho más por aquí? —le preguntó a Nikanj.

—No mucho más. Volveré. Probablemente sentirás mucho menos miedo cuando me veas de nuevo. —Hizo una pausa—. Al final, acabarás por tocarme. Por lo menos debes demostrar ese tipo de control, antes de que te cambie.

—No sé. Quizá no quiera que me cambies. Lo que realmente no comprendo es lo que haces con... esos tentáculos.

—Brazos sensoriales, así es como los llamamos en inglés. Son más que brazos..., mucho más, pero el término resulta conveniente. —Enfocó su atención en Lilith, y le habló en oankali—: ¿Crees que le ayudará el ver una demostración?

—Me temo que se sentirá repelido —contestó ella.

—Es un macho inusual. Pienso que puede llegar a sorprenderte.

—No.

—Deberías confiar en mí. Sé mucho acerca de él.

—¡No! Déjamelo a mí.

Él se puso en pie, desdoblándose de modo espectacular. Cuando ella vio que estaba a punto de marcharse, se relajó. Luego, con un fluido movimiento continuo, se puso junto a ella y pasó un brazo sensorial en torno a su cuello, formando una soga de ahorcado extrañamente confortable. Ella no tuvo miedo: sus primeros pensamientos fueron de preocupación por Joseph y de irritación hacia Nikanj.

Joseph no se había movido. Ella estaba entre el ooloi y él.

—No pasa nada —le dijo Lilith a Joseph—. Quería que lo vieses: éste es todo el contacto que él necesitará.

Joseph miró el lazo del brazo sensorial, apartó la vista del mismo a Nikanj y luego de nuevo al brazo, allá donde descansaba sobre la piel de Lilith. Tras un momento, alzó una mano hacia él. Se detuvo. Su mano temblaba violentamente. La echó hacia atrás; luego, lentamente, la tendió de nuevo. Tras sólo un instante de duda, tocó la fría y dura carne del brazo sensorial. Sus dedos descansaron en su punta, dura como una uña, y esa punta serpenteó para agarrarle la muñeca.

Ahora Lilith ya no era su intermediaria. Joseph permanecía rígido y silencioso, sudando pero no temblando; con su mano alzada, los dedos

agarrotados como garras, con un lazo de tentáculo sensorial en un apretón, indoloro pero irrompible, alrededor de su muñeca.

Con un sonido que podría haber sido el inicio de un alarido, Joseph se desplomó.

Lilith avanzó hacia él con rapidez, pero fue Nikanj quien lo asió. Estaba inconsciente. Ella no dijo nada hasta que hubo ayudado a Nikanj a colocarlo sobre la cama. Entonces, lo cogió por los hombros y le dio la vuelta para tenerlo cara a cara.

—¿Por qué no podías dejarlo en paz? —preguntó—. Se supone que soy yo quien está al cargo de ellos. ¿Por qué no te limitaste a dejármelo a mí?

—¿Sabías que ningún humano no drogado había hecho esto antes? —comentó el ooloi—. Algunos nos han tocado, accidentalmente, poco tiempo después de habernos conocido, pero nadie lo había hecho deliberadamente. Ya te he dicho que es inusual.

—¿Por qué no podías dejarlo en paz?

Desabrochó la chaqueta de Joseph y comenzó a quitársela.

—Porque ya hay dos machos humanos hablando mal de él, tratando de provocar a los otros en su contra. Uno de ellos ha decidido que es algo que llama mariposón, y al otro no le gusta la forma de sus ojos. En realidad, ambos están irritados por el modo en que se ha aliado contigo. Preferirían que no tuvieses aliados. Tu pareja necesita toda la protección que yo pueda darle ahora.

Escuchó, anonadada. Joseph le había hablado el peligro. ¿Había sabido lo inmediato que era ese peligro para él? Nikanj tiró de la chaqueta hacia un lado y se tendió junto a Joseph. Enroscó un tentáculo sensorial alrededor del cuello del hombre y el otro en torno a su cintura, atrayendo el cuerpo de Joseph hacia el suyo.

-¿Lo drogaste, o se desmayó? —preguntó ella..., luego se preguntó por qué lo habría preguntado.

—Lo drogué en cuanto le agarré la mano. No obstante, había alcanzado su punto de ruptura. Podría haberse desmayado por su cuenta. De este modo estará irritado conmigo por haberle drogado, no por hacerlo parecer débil a tus ojos.

Ella asintió con la cabeza:

—Gracias.

—¿Qué es un mariposón? —preguntó el ooloi.

Ella se lo explicó.

—Pero ellos saben que no lo es. Saben que se ha apareado contigo.

—Sí. Bueno, también han surgido algunas dudas acerca de mí, según he oído.

—Ninguno de ellos lo cree realmente.

—Y, no obstante...

—Devuélveles la pelota liderándolos, Lilith. Ayúdanos a enviar a casa a tantos como podamos.

Ella se lo quedó mirando durante largo rato, sintiéndose aterrada y vacía. Sonaba tan sincero..., y no es que aquello importase. ¿Cómo podía convertirse en la líder de una gente que la tenía por su carcelera? A un cierto nivel, hay que confiar en el líder. Y, en cambio, cada acto que realizara que demostrase la verdad de lo que ella decía también ponía bajo sospecha sus verdaderas lealtades, e incluso su misma humanidad.

Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y, al principio, mirando al vacío. Al fin, sus ojos fueron atraídos por Nikanj agarrando a Joseph en la cama. La pareja no se movía, a pesar de que oyó suspirar a Joseph. Entonces, ¿es que ya no estaba totalmente inconsciente? ¿Estaba aprendiendo ya la lección que, al cabo, enseñaba todo ooloi adulto? ¡Tanto en un solo día!

—¿Lilith?

Sufrió un sobresalto. Tanto Joseph como Nikanj habían pronunciado su nombre, aunque estaba claro que sólo Nikanj estaba lo bastante despierto como para saber lo que estaba diciendo. Joseph, drogado y bajo la influencia de múltiples nexos neurales, repetiría todo lo que Nikanj dijera o hiciese, a menos que ello dividiese lo bastante su atención como para impedírselo. Nikanj no se había molestado en hacerlo.

—Lo he ajustado, incluso le he dado un poco más de fuerza, aunque tendrá que hacer ejercicio para ser capaz de utilizar esto en ventaja propia. Será más difícil de herir, más rápido en curarse, y capaz de sobrevivir y recuperarse tras heridas que, antes, lo hubieran matado.

Sin saberlo, Joseph repetía cada palabra, exactamente al unísono con Nikanj.

—Acaba con eso —dijo secamente Lilith.

Nikanj cortó la conexión sin perder palabra.

—Acuéstate aquí con nosotros —dijo Nikanj, hablando sólo él—. ¿Por qué has de estar ahí abajo, separada de nosotros?

Ella pensó que no podía haber nada más seductor que un ooloi hablando en aquel tono especial, haciendo aquella sugerencia en concreto. Se dio cuenta de que, sin quererlo, se había puesto en pie y dado un paso hacia la cama. Se detuvo y los miró a los dos. Ahora, la respiración de Joseph se convirtió en un suave ronquido; parecía estar durmiendo confortablemente, apoyado contra Nikanj, del mismo modo que ella se había despertado, muchas veces, para encontrárselo durmiendo confortablemente apoyado contra ella. No pretendió, ni exteriormente ni para ella misma, que fuera a resistirse a la invitación de Nikanj..., o siquiera que desease resistirla. Nikanj podía darle una intimidad con Joseph que iba más allá de la experiencia normal humana. Y, lo que él daba, era algo que también experimentaba ella. Aquello era lo que había capturado a Paul Titus, pensó. Esto, no la pena por lo perdido, o el miedo a una Tierra primitiva.

Apretó los puños, manteniéndose en su sitio.

—Esto no me ayudará —dijo—. Sólo me pondrá las cosas más difíciles cuando no estés por aquí.

Nikanj liberó un brazo sensorial de la cintura de Joseph y lo tendió hacia ella.

Se quedó donde estaba por un instante más, probándose a sí misma que aún controlaba su propio comportamiento. Luego, se arrancó la chaqueta y aferró aquel feo, feo órgano con pinta de trompa de elefante, y dejó que se enrollara alrededor de ella mientras se subía a la cama. Hizo un bocadillo del cuerpo de Nikanj, entre el de Joseph y el de ella, colocándolo, por primera vez, en la posición ooloi entre dos humanos. Por un instante, esto la aterró. Éste era el modo en que quizá, algún día, la dejaran preñada con un niño que sería otra cosa que humano. No ahora, cuando Nikanj quería de ella otro trabajo, pero sí algún día. Una vez se conectaba al sistema nervioso de ella, podía controlarla y hacer con ella lo que quisiese.

Lo notó temblar a su lado, y supo que ya estaba dentro.

7

Lilith no perdió el conocimiento: Nikanj no quería malgastar ninguna sensación. Incluso Joseph estaba consciente, aunque absolutamente controlado; sin miedo, porque Nikanj lo mantenía tranquilo. Lilith no estaba controlada. Podía alzar una mano libre por encima de Nikanj para tomar la fría y aparentemente sin vida mano de Joseph.

—No —le dijo suavemente al oído Nikanj…, o quizás estimulando directamente el nervio auditivo. Podía hacerlo: estimular sus nervios individualmente, o en la combinación que desease, para provocarle alucinaciones perfectas—. Sólo a través de mí —insistió su voz.

Lilith sintió un cosquilleo en la mano. Soltó la de Joseph e, inmediatamente, recibió a Joseph como una manta de calor y seguridad, una presencia que lo llenaba todo, tranquilizándola.

Nunca supo si estaba recibiendo la idea de Joseph que tenía Nikanj, una verdadera transmisión de lo que Joseph estaba sintiendo, alguna combinación de la verdad y su idea aproximada, o simplemente una ficción placentera.

¿Qué era lo que estaba sintiendo por ella Joseph?

Le parecía que ella siempre había estado con él. No tenía sensación de cambio de marchas, nada de estar un «tiempo sola», en contraste con el actual «tiempo juntos». Siempre había estado allí, parte de ella misma, esencial.

Nikanj se enfocó en la intensidad de su atracción, en su unión. No le dejaba a Lilith otra sensación. Él mismo parecía desaparecer. Ella sólo sentía a Joseph, y notaba que él sólo la notaba a ella.

Ahora, la delicia que sentían el uno por el otro prendió y ardió. Se movieron juntos, sosteniendo una intensidad imposible, ambos incansables, perfectamente compenetrados, ardiendo en sensaciones, perdidos el uno en el otro. Parecían abalanzarse hacia arriba. Un largo tiempo después parecieron planear hacia abajo, lentamente, gradualmente, saboreando unos momentos más de estar totalmente juntos.

Mediodía, atardecer, penumbra, oscuridad.

A ella le dolía el cuello. Su primera sensación solitaria fue de dolor…, como si hubiese estado gritando, lanzando alaridos. Tragó saliva dolorosamente y se llevó la mano a la garganta, pero la mano sensorial de Nikanj llegó allí antes que la de ella y la apartó. Colocó su mano sensorial, que tenía al descubierto, sobre la garganta de Lilith. La notó anclarse con sus dedos sensoriales, arañando, agarrando. No notó los tentaculillos de su sustancia penetrar en su carne, pero al cabo de un momento el dolor de su garganta desapareció

—Todo eso, y sólo gritaste una vez —le dijo el ooloi.

—¿Y cómo es que me dejaste, incluso esa sola vez?

—inquirió ella.

—Me sorprendiste. Nunca antes te había hecho gritar.

Ella le dejó retirarse de su garganta, luego se movió lánguidamente para acariciarlo.

—¿Cuánto de esta experiencia era de Joseph, y cuanto mía? —preguntó—. ¿Y cuánto invención tuya?

—Jamás me he inventado una experiencia para tí —dijo Nikanj—. Tampoco lo tendré que hacer para él. Ambos tenéis unas memorias repletas de experiencias.

—Ésta era nueva.

—Una combinación. Tú tuviste tus propias experiencias y las de él. Él tuvo las suyas y las tuyas. Y ambos me teníais a mí para mantener todo en marcha, mucho más tiempo del que lo hubierais logrado sin mí. La totalidad fue... abrumadora.

Ella miró en derredor.

—¿Y Joseph?

—Dormido. Muy profundamente dormido. No se lo induje yo. Está cansado. Sin embargo, está bien.

—¿Notó... todo lo que yo noté?

—A un nivel sensorial. Intelectualmente, él hizo sus interpretaciones, y tú hiciste las tuyas.

—Yo no llamaría a eso intelectual.

—Ya me entiendes.

—Sí. —Movió su mano sobre el pecho del ooloi, sintiendo un perverso placer al notar sus tentáculos retorcerse y luego aplanarse bajo su mano.

—¿Por qué haces eso? —preguntó él.

—¿Te molesta? —inquirió ella, deteniendo la mano.

—No.

—Entonces déjame hacerlo. Antes no era capaz.

—Tengo que irme. Tú tienes que lavarte y luego dar de comer a tu gente. Deja a tu compañero cerrado aquí dentro. Asegúrate de ser la primera en hablar con él cuando se despierte.

Lo miró pasar por encima de ella, con todas sus uniones dobladas de modo incorrecto, y bajar al suelo. Le tomó la mano, antes de que pudiera dirigirse a la pared. Los tentáculos de su cabeza apuntaron cansinamente hacia ella, en una pregunta no formulada.

—¿Te gusta él? —le preguntó Lilith.

Las puntas de sus tentáculos se enfocaron brevemente en Joseph.

—Ahajas y Dichaan no entienden nada —dijo—. Pensaban que elegirías a uno de los grandotes morenos, porque son más como tú. Yo les dije que escogerías a éste..., porque es como tú.

—¿Cómo?

—Durante sus tests, sus respuestas fueron más parecidas a las tuyas que ningún otro humano del que yo tenga noticia. No se parece a ti, pero es como tú.

—Podría... —se obligó a sí misma a airear el pensamiento—, podría no querer tener nada más que ver conmigo, cuando se dé cuenta de que te ayudé a hacerlo con él.

—Se sentirá irritado.... y asustado; ansioso de que haya una próxima vez, y decidido a ocuparse de que no haya una próxima vez. Ya te he dicho que a éste lo conozco.

—¿Cómo es que lo conoces tan bien? ¿Qué has tenido que ver con él, antes?

La cabeza y el cuerpo del ooloi se alisaron de tal modo que, incluso con sus brazos sensoriales, parecía un delgado ser humano, sin sexo ni cabello.

—Él *fue* el sujeto de uno de mis primeros actos de responsabilidad adulta —dijo—. Por aquel entonces te conocía, y me puse a buscar a alguien para ti. No otro Paul Titus, sino alguien que tú pudieses querer. Alguien que te pudiese querer. Examiné las grabaciones de memorias de millares de machos. Éste podría haber sido enseñado para que fuese padre de un grupo propio, pero cuando mostré el emparejamiento a otros ooloi, estuvieron de acuerdo en que vosotros dos debíais estar juntos.

—¿Tú... lo elegiste para mí?

—Os ofrecí el uno al otro. Los dos hicisteis vuestra propia elección. — Abrió una pared y la dejó.

8

Cuando Lilith los llamó para la comida, la gente se reunió a su alrededor en silencio, irradiando hostilidad. La mayor parte de ellos ya estaban fuera, esperando impacientes, hoscos, hambrientos. Lilith ignoró su enojo.

—¡Ya era hora! —murmuró Peter Van Weerden, mientras ella abría los diversos armarios de la pared y la gente se adelantaba para tomar la comida. Aquél era, recordó, el hombre que afirmaba que ella no era humana.

—Antes, la señora tenía que acabar de joder, claro —añadió Jean Pelerin.

Lilith se volvió para mirar a Jean, y pudo contemplar su rostro hinchado y amoratado antes de que se diese la vuelta.

Buscapleitos. Hasta el momento, sólo aquellos dos buscaban líos abiertamente. ¿Cuánto duraría aquello?

—Mañana Despertaré a diez personas más —dijo, antes de que nadie pudiera marcharse—. Todos me ayudaréis en ello, individualmente o por parejas.

Caminó a lo largo de la pared de la comida, pasando, de modo automático, los dedos por las aberturas circulares de los armarios, impidiendo que se cerraran mientras la gente elegía lo que quería. Incluso la gente más nueva estaba acostumbrada a esto, pero Gabriel Rinaldi se quejó un poco:

—Es ridículo que tengas que estar haciendo esto, Lilith. Haz que se queden abiertos.

—Así es como funcionan —le recordó ella—: Permanecen abiertos durante dos o tres minutos, y luego se cierran, a menos que yo los toque de nuevo.

Se detuvo, tomó el último bol caliente de judías picantes de uno de los armarios, y lo dejó que se cerrara. El armario no empezaría a llenarse de nuevo hasta que la pared estuviera cerrada. Colocó las judías en el suelo, a un lado, para comérselas luego. La gente estaba sentada por el suelo, sirviéndose de los platos igualmente comestibles. Había una cierta satisfacción en comer juntos..., una de sus pocas alegrías. Se formaban grupos, y la gente hablaba en voz baja entre sí. Lilith estaba tomando fruta para ella cuando Peter habló desde el grupo más cercano. Un grupo formado por Jean, Curt Loehr y Celene Ivers.

—Si queréis saber mi opinión, yo pienso que las paredes están preparadas de ese modo para impedirnos pensar en lo que deberíamos hacerle a nuestra carcelera —dijo.

Lilith esperó, preguntándose si alguien la defendería. Nadie lo hizo, aunque el silencio se extendió a los otros grupos.

Inspiró profundamente, caminó hasta el grupo de Peter.

—Las cosas pueden cambiar —dijo en voz tranquila—. Quizá puedas hacer que todo el mundo se ponga en mi contra. Eso me convertiría en un

fracaso.

Alzó algo la voz, a pesar que su tono suave había sido escuchado por todos:

—Eso significaría que todos seríais puestos de nuevo en animación suspendida, para luego separaros y poneros de nuevo a hacer todo esto, con otra gente. —Hizo una pausa—. Si esto es lo que queréis..., el ser separados, el empezar de nuevo solos, el pasar por esto tantas veces como sean necesarias para que os decidáis a seguir hasta el final, pues adelante, seguid intentándolo. Quizá tengáis éxito.

Los dejó, tomó su comida y se unió a Tate, Gabriel y Leah.

—No ha estado mal —comentó Tate, cuando la gente hubo reanudado sus propias conversaciones—. Una clara advertencia a todo el mundo. Ya hacía tiempo que resultaba necesaria.

—No funcionará —afirmó Leah—. Esa gente no se conocen los unos a los otros. ¿Qué les importa si han de empezar de nuevo?

—Les importa —intervino Gabriel. Aun con su desastrada barba de pocos días, era uno de los hombres más apuestos que jamás hubiera visto Lilith. Y aún estaba durmiendo exclusivamente con Tate. A Lilith le caía bien, pero se daba cuenta de que él no acababa de fiarse de ella. Podía verlo en su expresión, cuando a veces lo descubría mirándola. Y, no obstante, tenía buen cuidado de mantener su buena relación con ella..., guardando así todas sus opciones abiertas.

—Han creado relaciones personales aquí —le dijo Gabriel a Leah—. Piensa en lo que tenían antes: guerra, caos, la familia y los amigos muertos. Luego, prisión solitaria. Una celda de cárcel y mierda para comer. Les importa mucho. Y a ti también.

Ella se volvió para enfrentársele, irritada, con la boca ya abierta, pero el apuesto rostro pareció desarmarla. Suspiró y asintió tristemente con la cabeza. Por un momento, pareció estar a punto de echarse a llorar.

—¿Cuántas veces pueden quitarle a una todo lo que tiene, y que aún le quede la voluntad de empezar de nuevo? —murmuró Tate.

Tantas veces como fuese necesario, pensó cansinamente Lilith. Tantas veces como lo hiciesen necesario el miedo, las sospechas y la terquedad humanos. Los oankali eran tan pacientes como la Tierra que les aguardaba.

Se dio cuenta de que Gabriel la estaba mirando.

—Aún sigues preocupada por ellos, ¿verdad? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que te creyeron. Todos ellos, y no sólo Van Weerden y Jean.

—Lo sé. Me creerán un poco de tiempo más. Luego, algunos de ellos decidirán que les estoy mintiendo, o que otros me han mentido a mí.

—¿Estás segura de que no lo han hecho? —preguntó Tate.

—Estoy segura de que lo han hecho —dijo con amargura Lilith—. Al menos por omisión.

—Pero, entonces...

—Esto es lo que *sé* —afirmó Lilith—: Los que nos han rescatado, nuestros carceleros, son extraterrestres. Estamos a bordo de su nave. He visto y sentido lo bastante, incluido el flotar en ausencia de peso, como para estar convencida de que esto es una nave. Estamos en el espacio. Y en manos de una gente que maneja el ADN con la misma naturalidad con que nosotros manejamos lápices o pinceles. Esto es lo que sé. Esto es lo que os he explicado a todos. Y si alguno decide actuar como si esto no fuese cierto, tendremos todos mucha suerte si sólo nos ponen a dormir, y luego nos separan.

Miró a los otros tres rostros y forzó una sonrisa cansina.

—Fin del discurso —dijo—. Será mejor que le lleve algo a Joseph.

—Tendrías que haber logrado que saliera aquí —le dijo Tate.

—No os preocupéis por él —le contestó Lilith.

—También tú podrías traerme alguna comida a la cama, de vez en cuando —le dijo Gabriel a Tate, cuando Lilith los dejó.

—¡Mira lo que has hecho! —le gritó ella a las espaldas de Lilith, que se alejaba.

Lilith descubrió que estaba sonriendo, con una sonrisa no forzada, mientras sacaba más comida de los armarios. Era inevitable que alguna de la gente que Despertaba no creyese en ella, no le gustase ella, desconfiase de ella. Al menos había otros con los que podía hablar, relajarse. Si podía evitar que los escépticos se autodestruyesen, aún había esperanza.

9

Durante un tiempo, Joseph ni la habló, ni tomó comida de manos de ella. Una vez hubo comprendido esto, Lilith se sentó con él a esperar. No lo había Despertado cuando había regresado a la habitación, sino que había sellado ésta y se había echado a dormir a su lado, hasta que los movimientos de Joseph la habían despertado. Ahora estaba sentada junto a él, preocupada, pero sin sentir auténtica hostilidad hacia él. Y él no parecía resentir su presencia.

Estaba aclarando cuáles eran sus sentimientos, pensó ella. Estaba tratando de comprender lo que había pasado.

Ella había colocado varias piezas de fruta en la cama, entre ambos. Había dicho, sabiendo que él no la contestaría:

—Fue una ilusión neurosensorial. Nikanj estimula directamente los nervios, y recordamos o creamos experiencias que están de acuerdo con las sensaciones. A un nivel físico, Nikanj siente lo que nosotros sentimos. No puede leer nuestros pensamientos. No puede hacernos daño..., a menos que él esté dispuesto a sufrir el mismo daño. —Dudó—. Dijo que te había aumentado un poco la fuerza. Al principio tendrás que tener cuidado, y hacer ejercicio. No te harás daño con facilidad. Y, si algo te sucede, te curarás del mismo modo que lo hago yo.

Él no había hablado, ni siquiera la había mirado, pero ella sabía que le había escuchado. No había nada de ausente en él.

Se sentó a su lado, esperando, extrañamente cómoda, mordisqueando de vez en cuando una fruta. Al cabo de un tiempo, se echó hacia atrás, con los pies en el suelo, el cuerpo estirado sobre la cama. El movimiento lo atrajo.

Se volvió, la miró como si se hubiera olvidado de que estaba allá.

—Deberías levantarte —dijo—. La luz vuelve. Es por la mañana.

—Hablame —dijo ella.

Él se frotó la cabeza.

—¿No fue real? ¿Nada de ello?

—No nos tocamos el uno al otro.

Él agarró su mano y la mantuvo apretada.

—Esa cosa... lo hizo todo.

—Estimulación neural.

—¿Cómo?

—De algún modo, se conectan a nuestros sistemas nerviosos. Son más sensibles que nosotros. Cualquier cosa que nosotros sentimos un poco, ellos lo sienten mucho..., y ellos lo sienten casi antes de que nosotros seamos conscientes de ello. Esto les ayuda a no hacer nada doloroso, antes de que nos demos cuenta de que han empezado a hacerlo.

—¿Te lo habían hecho a ti antes?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Con… otros hombres?

—Sola, o con los compañeros oankali de Nikanj.

Bruscamente, él se alzó y comenzó a caminar arriba y abajo.

—No son humanos —dijo ella.

—Entonces, ¿cómo pueden…? Sus sistemas nerviosos no pueden ser como los nuestros. ¿Cómo pueden hacernos sentir… lo que yo sentí?

—Apretando los botones electroquímicos adecuados. No diré que lo entienda. Es como un idioma para el que tienen una habilidad especial. Conocen nuestros cuerpos mejor de lo que los conocemos nosotros.

—¿Por qué les dejas… tocarte?

—Para que me hagan los cambios: la fuerza, el curarme rápido…

Él se detuvo frente a ella, la miró fijamente.

—¿Eso es todo? —exigió saber.

Ella le devolvió la mirada, viendo la acusación en sus ojos, rehusando defenderse.

—Me gustó —dijo en voz baja—. ¿A ti no?

—Si tengo algo que decir al respecto, esa cosa no volverá a tocarme nunca.

Ella no se mostró disconforme.

—¡Nunca antes noté algo como eso en toda mi vida —gritó él.

Ella se sobresaltó, pero no dijo nada.

—Si una cosa así pudiese ser embotellada, hubiera superado en ventas a cualquier droga ilegal que hubiese en el mercado.

—Esta mañana voy a Despertar a diez personas —señaló ella—. ¿Me ayudarás?

—¿Aún sigues pensando en hacer eso?

—Sí.

Él inspiró profundamente.

—Entonces adelante. —Pero no se movió. Aún seguía allí, contemplándola—. ¿Es… como una droga? —preguntó.

—¿Quieres decir que si soy una adicta?

—Sí.

—No lo creo. Era feliz contigo. No quería a Nikanj aquí.

—Yo no lo quiero a él aquí otra vez.

—Nikanj no es un macho…, y dudo que realmente le importe lo que cualquiera de nosotros desee.

—¡No dejes que te toque! ¡Si tienes elección, mantente alejada de él!

La negativa de Joseph a aceptar el sexo de Nikanj la asustaba, porque le recordaba a Paul Titus. No quería ver a Paul Titus en Joseph.

—No es un macho, Joseph.

—¿Y qué diferencia hay en eso?

—¿Qué diferencia hay en el autoengaño? Tenemos que conocerlos por lo que son, aunque no haya paralelos humanos..., y, créeme, no los hay para los ooloi.

Se alzó, sabiendo que no le había dado la promesa que él quería, sabiendo que él recordaría su silencio. Abrió una puerta en la pared, y salió de la habitación.

10

Diez personas nuevas.

Todo el mundo estuvo ocupado, tratando de evitarles problemas y dándoles alguna idea de su situación. La mujer a la que Peter estaba ayudando se le echó a reír en la cara y le dijo que estaba loco cuando le mencionó «la posibilidad de que nuestros captores sean, de algún modo, extraterrestres».

El Despertado de Leah, un pequeño hombre rubio, se agarró a ella, se colgó, y quizá la hubiera violado allí mismo si él hubiera sido más grande o ella más pequeña. Leah le impidió que hiciera ningún daño, pero Gabriel tuvo que ayudarla a quitárselo de encima. Leah se mostró sorprendentemente tolerante ante los esfuerzos del hombre. Parecía más divertida que irritada.

Nada de lo que la gente nueva hacía durante los primeros minutos era tomado en serio o les era tenido en cuenta. El atacante de Leah fue, simplemente, asido hasta que dejó de tratar de ir a por ella, hasta que se quedó tranquilo y comenzó a mirar a su alrededor a los muchos rostros humanos, hasta que empezó a llorar.

Se llamaba Wray Ordway y, unos días después de su Despertar, estaba durmiendo con Leah, con pleno consentimiento de ésta.

Dos días después de esto, Peter Van Weereden y seis de sus seguidores agarraron a Lilith, mientras un séptimo, Derrick Wolski, barría una docena más o menos de galletas que quedaban en uno de los armarios de la comida, y se metía dentro antes de que pudiera cerrarse.

Cuando Lilith se dio cuenta de lo que estaba haciendo Derrick, dejó de debatirse. No había necesidad de hacer daño a nadie. Los oankali se ocuparían de él.

—¿Qué es lo que cree que va a hacer? —le preguntó a Curt. Éste había colaborado en sujetarla, aunque, claro está, Celene no lo había hecho. Curt aún la sujetaba por un brazo.

La miró y se soltó de los otros. Ahora que Derrick había desaparecido de la vista, no tuvieron demasiado interés en seguirla reteniendo. Ella sabía que, si hubiera estado dispuesta a malherirlos o matarlos, no hubieran podido sujetarla. No era más fuerte que los seis juntos, pero era más fuerte que cualesquiera dos de ellos. Y era más rápida que cualquiera de ellos. Este conocimiento no era tan reconfortante como debería haberle resultado.

—¿Qué es lo que se supone que está haciendo? —repitió.

Curt soltó el brazo que ella había dejado en sus manos.

—Averiguar lo que está pasando realmente —contestó—. Hay gente que vuelve a llenar esos armarios, y nosotros vamos a averiguar quiénes son. Queremos darles una ojeada antes de que ellos estén dispuestos a dejarse ver..., antes de que estén preparados para convencernos de que son marcianos.

Ella suspiró. Le había explicado que los armarios se rellenaban

automáticamente, y aquélla era una cosa más que él había decidido no creer.

—No son marcianos —dijo.

Él torció la boca en algo que no llegaba a una sonrisa.

—Lo sabía. Jamás he creído en tus cuentos de hadas.

—Vienen de otro sistema solar —explicó ella—. No sé de cuál. Y no importa: se fueron hace tanto del mismo, que ni siquiera saben si aún existe.

Él la maldijo y se dio la vuelta.

—¿Qué es lo que va a pasar ahora? —preguntó otra voz.

Lilith miró en derredor, vio a Celene, y suspiró. Donde estuviera Curt, cerca estaba Celene, temblando. Lilith los había emparejado tan bien como Nikanj la había emparejado a ella con Joseph.

—No sé —admitió—. Los oankali no dejarán que sufra daño, pero no sé si lo volverán a traer aquí.

Joseph caminó hasta ella, obviamente preocupado. Al parecer, alguien había ido hasta su habitación y le había explicado lo que estaba sucediendo.

—Todo va bien —le informó ella—. Derrick ha ido a mirar cómo son los oankali.

Se alzó de hombros ante la mueca de asombro de él.

—Espero que lo dejen volver..., o lo traigan de regreso. Esta gente va a necesitar ver las cosas por sí mismos.

—¡Pero eso podría iniciar un pánico! —le susurró él.

—No me importa. Ya se les pasará. Pero, si siguen haciendo cosas estúpidas como ésta, al final lograrán hacerse daño ellos mismos.

Derrick no fue enviado de vuelta.

Al cabo, ni siquiera Peter o Jean pusieron objeciones cuando Lilith fue hasta la pared y abrió el armario para demostrarles que Derrick no se había asfixiado dentro. Tuvo que abrir cada uno de los armarios en la zona general del que él había usado, porque la mayoría de los otros no podían localizar el específico en la amplia extensión, sin señales, de la pared. Al principio, Lilith se había asombrado de su propia habilidad para localizar cada uno, fácil e inequívocamente. Una vez los hallaba la primera vez, recordaba su distancia del suelo al techo, de la pared izquierda a la derecha. Algunos, dado que ellos no podían hacer lo mismo, hallaban sospechosa tal habilidad.

—¿Qué es lo que le ha pasado a Derrick? —exigió saber Jean Pelerin.

—Que hizo algo estúpido —contestó Lilith—, y que, mientras lo estaba haciendo, tú lo ayudaste manteniéndome retenida para que no pudiera detenerle.

Jean se echó un poco hacia atrás, habló más alto:

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé.

—¡Mentirosa! —El volumen aumentó de nuevo—. ¿Qué es lo que le han hecho tus amigos? ¿Lo han matado?

—Tú tienes en parte la culpa de lo que le haya pasado —dijo Lilith—, así que carga con tu propia responsabilidad.

Miró a su alrededor, a otros rostros igualmente culpables, igualmente acusadores. Jean nunca se quejaba en privado, necesitaba una audiencia.

Lilith se dio la vuelta y se fue a su habitación. Estaba a punto de cerrarse dentro cuando Tate y Joseph se le unieron. Un momento más tarde, Gabriel les siguió al interior. Se sentó en la esquina de la mesa de Lilith y se enfrentó a ella.

—Estás perdiendo —dijo, sin tapujos.

—Vosotros estáis perdiendo —corrigió ella—. Si yo pierdo, todo el mundo pierde.

—Es por eso por lo que estamos aquí.

—Si tenéis alguna idea, la escucharé.

—Démosles un espectáculo mejor. Consigue que tus amigos te ayuden a impresionarles.

—¿Mis amigos?

—Mira, a mí no me importa. Tú dices que son extraterrestres. Vale, son extraterrestres. ¿Qué infiernos van a ganar si esos hijoputas te matan?

—Estoy de acuerdo. Esperaba que devolviesen a Derrick, o aún mejor, que lo trajesen ellos. Quizás aún lo hagan. Pero su sentido de la oportunidad es terrible.

—Joe dice que puedes hablar con ellos.

Lilith se volvió a mirar a Joseph, sorprendida y traicionada.

—Tus enemigos están ganando aliados —dijo éste—. ¿Por qué vas a estar tú sola?

Ella miró a Tate, y ésta se encogió de hombros.

—Esa gente de ahí fuera son subnormales —dijo—. Si entre todos ellos tuvieran un solo cerebro, se callarían y tendrían los ojos y las orejas bien abiertos, hasta tener una idea de lo que realmente está pasando.

—Eso es lo único que yo esperaba —afirmó Lilith—. No confiaba en ello, pero lo esperaba.

—Esa gente está asustada y busca a alguien que la salve —intervino Gabriel—. No quieren ni razón ni lógica, ni tus esperanzas o deseos. Lo que quieren es que venga Moisés, o alguien así, y los lleve a unas vidas que puedan comprender.

—Van Weerden no puede hacer eso —afirmó Lilith.

—Claro que no. Pero justo ahora creen que sí, y lo están siguiendo. La próxima cosa que hará es decirles que el único modo de salir de aquí es darte de palos hasta que cuentes todos tus secretos. Les dirá que tú sabes el camino de salida. Y, para cuando esté claro que no lo sabes, estarás muerta.

¿Seria así? No tenía ni idea de cuánto tiempo costaría torturarla hasta la muerte. A ella y a Joseph. Lo miró, desanimada.

—Víctor Dominic —dijo Joseph—. Y Leah y ese tipo que se ha buscado. Y Beatrice Dwyer. Y…

—¿Aliados potenciales? —preguntó Lilith.

—Sí, y será mejor que nos apresuremos. Esta mañana vi a Beatrice con uno de los tipos del otro bando.

—Las lealtades pueden cambiar de acuerdo con quién se acuesta la gente —reflexionó Lilith.

—¿Y qué? —preguntó Gabriel—. ¿Así que no puedes fiarte de nadie? ¿Así que prefieres acabar tirada por el suelo, hecha pedazos?

Lilith agitó la cabeza.

—Sé que debe de hacerse. ¿No es realmente estúpido? Es aquello de «juguemos a los americanos contra los rusos». Otra vez.

—Habla con tus amigos —dijo Gabriel—. Quizá no sea éste el espectáculo que tenían en mente. Quizá te ayuden a reescribir el guión.

Lo miró, con el ceño fruncido.

—¿Realmente hablas así siempre?

—Uso lo que me sirve —contestó él.

11

Los oankali no quisieron interpretar el papel de amigos de Lilith. Cuando ella se encerró en su habitación y habló con ellos, ni aparecieron ni contestaron a sus llamadas. Y continuaron reteniendo a Derrick. Lilith pensó que, probablemente, lo habrían puesto otra vez a dormir.

Nada de esto la sorprendía. Organizaría a los humanos en una unidad coherente, o serviría de chivo expiatorio para quienquiera que los supiese organizar. Nikanj y sus compañeros le salvarían la vida, si les era posible..., si les parecía que su vida estaba en peligro inmediato. Pero, fuera de eso, no contaría con ayuda exterior.

Pero tenía *poderes*. Al menos, eso era lo que le gente pensaba de las cosas que podía hacer con las paredes y las plantas de animación suspendida. Peter Van Weerden no tenía nada. Alguna gente pensaba que él había causado la desaparición de Derrick, quizá su muerte. Afortunadamente, Peter no era lo bastante elocuente, lo suficientemente carismático, como para pasarle la culpa de todo aquello a Lilith..., aunque lo había intentado.

Lo que sí consiguió fue presentar a Derrick como un héroe, un mártir que había actuado en bien del grupo y que, al menos, había *intentado* hacer algo. ¿Qué infiernos estaba haciendo Lilith?, preguntó. ¿Qué era lo que estaba haciendo su grupo? Se pasaban el día sentados, contemplándose el ombligo, hablando y hablando, esperando a que sus carceleros les dijeran la siguiente cosa a hacer.

La gente partidaria de la acción estaban del lado de Peter; la gente como Leah y Wray, Tate y Gabriel, que preferían esperar acontecimientos, aguardando a tener más información o hallar una verdadera posibilidad de fuga, lo estaban del de Lilith.

También había gente, como Beatrice Dwyer, que le tenían miedo a cualquier tipo de acción, pero que habían perdido toda esperanza de controlar alguna vez sus propios destinos. Éstos se ponían del lado de Lilith, con la esperanza de tener tranquilidad y una continuidad en su vida. Sólo querían, pensaba Lilith, que los dejasen en *paz*. Esto era lo que mucha gente había deseado, antes de la guerra. Esto era la única cosa que no podrían lograr, ni entonces ni ahora.

Sin embargo, Lilith reclutó a éstos también, y cuando Despertó a diez personas más, sólo usó a sus reclutas para ayudarlas. La gente de Peter se vio limitada a abuchear y lanzar gritos en la distancia. Así, la gente nueva los vio desde el principio como alborotadores. Quizá fuera por esto por lo que Peter decidió impresionar a sus seguidores, ayudando a uno de ellos a hacerse con una mujer.

La mujer, Allison Zeigler, aún no había hallado a un hombre que la gustase, pero había elegido el bando de Lilith, en contra del de Peter. Así que aulló el nombre de Lilith cuando Peter y uno nuevo, Gregory Sebastes, dejaron de discutir con ella y decidieron arrastrarla a la habitación de Gregory.

Lilith, sola en su habitación, frunció el ceño, no segura de lo que había

oído. ¿Otra pelea?

Cansinamente, dejó el montón de informes que había estado repasando, en busca de más aliados. Salió, y vio de inmediato el problema.

Dos hombres agarraban a una mujer que se debatía, sujeta entre ambos. Al trío le impedía llegar a ningún dormitorio un grupo de gente de Lilith, que les bloqueaba el camino. Y a la gente de Lilith les impedía llegar hasta el trío un grupo de gente de Peter.

Un punto muerto..., potencialmente mortífero.

—¿Qué infiernos estás aguardando? —inquirió en voz muy alta Jean—. Tu deber es juntarte con alguien. No quedamos demasiados de nosotros.

—Mi deber es averiguar dónde estoy y cómo puedo liberarme —gritaba Allison—. ¡Quizá vosotros queráis darle, a quien quiera que nos tenga prisioneros, un bebé humano con el que experimentar, pero yo desde luego no!

—¡Hemos de aparearnos! —aulló Curt, ahogando la voz de ella—: Un hombre, una mujer. Nadie tiene el derecho de quedarse aparte. Eso sólo causa problemas.

—¿Problemas para quién? —preguntó alguien.

—¿Quién cojones te crees que eres, para decirnos cuáles son nuestros derechos y nuestros deberes? —gritó algún otro.

—¿Qué es lo que quieres tú de ella? —Gregory usó una mano libre para apartar a alguien de Allison—. ¡Búscate tu propia jodida mujer!

En ese momento, Allison le mordió. Él maldijo y la golpeó. Ella chilló y arqueó violentamente su cuerpo. Un chorro de sangre brotó de su nariz.

Lilith llegó hasta la muchedumbre.

—¡Basta! —gritó—. ¡Soltadla!

Pero su voz se perdió entre tantas.

—*¡Joder, basta!* —gritó, con una voz que la sorprendió incluso a ella.

La gente cercana a ella se quedó helada, mirándola, pero el grupo alrededor de Allison estaba demasiado furioso como para preocuparse de que la estuvieran impidiendo el paso. Incluso dos de ellos la cogieron por los brazos. Los empujó hacia los lados, sin siquiera llegar a verles las caras. Por primera vez, no le importó lo que les pudiera pasar. Cavernícolas. *¡Imbéciles!*

Agarró el brazo libre de Peter cuando éste intentó golpearla. Lo asió bien fuerte, apretó y lo dobló con violencia.

Peter aulló y cayó de rodillas, olvidado ya su intento de retener a Allison. Por un momento, Lilith lo miró. Era basura. Basura humana. ¿Cómo había cometido el error de Despertarlo? ¿Y qué haría ahora con él?

Lo empujó violentamente hacia un lado, sin importarle si se estrellaba contra una pared cercana.

El otro hombre, Gregory Sebastes, mantuvo su terreno. Curt estaba junto a él, retando a Lilith. Habían visto lo que le había hecho a Peter, pero

no parecían creérselo. La dejaron acercarse a ellos.

Golpeó a Curt, con fuerza, en el estómago, doblándolo en dos, derribándolo.

Gregory soltó a Allison y se abalanzó contra Lilith.

Ella le golpeó también, alcanzándole en medio del aire, y su cabeza se echó violentamente hacia atrás y se desplomó al suelo, inconsciente.

De repente, todo quedó en silencio, a excepción de los jadeos de Curt y los gemidos de Peter:

—¡Mi brazo! ¡Oh, Dios, mi brazo!

Lilith miró a cada uno de los seguidores de Peter, retándoles a atacarla, casi deseando que la atacasen. Pero, ahora, cinco de ellos estaban heridos, y Lilith estaba indemne. Incluso su propia gente se echó atrás, apartándose de ella.

—Aquí no habrá violaciones —dijo con voz controlada. Luego la alzó—: Aquí nadie es propiedad de nadie. Nadie aquí tiene el derecho de uso sobre el cuerpo de nadie. ¡No toleraré la jodida cosa esa de la vuelta a los usos del macho cavernícola de la Edad de Piedra!

Dejó que su voz descendiese a la normalidad:

—Vamos a seguir siendo humanos. Nos trataremos los unos a los otros como personas, y pasaremos por todo esto como personas. Cualquiera que desee algo más bajo que esto, tendrá su posibilidad cuando estemos en la selva. Allí habrá mucho sitio para que se largue y juegue a ser un mono.

Se volvió, y caminó de regreso a su habitación. Su cuerpo temblaba con ira y frustración residuales. No quería que los otros la vieran temblar. Nunca había estado más cerca de perder el control, de matar a alguien.

Joseph pronunció suavemente su nombre. Se volvió en seco, dispuesta a pelear, luego se obligó a relajarse al reconocer su voz. Se quedó mirándolo, ansiosa por ir hasta él, pero conteniéndose. ¿Qué pensaba de lo que había hecho?

—Sé que esos tipos no se lo merecen —comentó él—, pero algunos necesitan ayuda. El brazo de Peter está roto. Los otros... ¿Puedes conseguir que los oankali les ayuden?

Miró hacia atrás, alarmada, a la carnicería que había hecho. Inspiró profundamente, consiguió controlar sus temblores. Luego habló con voz tranquila, en oankali.

—Quienquiera que esté de guardia, por favor, que revise a esta gente. Alguno de ellos puede estar malherido.

—No tanto —contestó, también en oankali, una voz incorpórea—. Los que están en el suelo se curarán sin necesidad de ayuda. Estoy en contacto con ellos a través del suelo.

—¿Qué hay del que tiene el brazo roto?

—Nos ocuparemos de él. ¿Debemos quedárnoslo?

—Me encantaría poder dejar que os lo quedaseis. Pero no, dejadlo con

nosotros. Ya sospechan bastante que vosotros sois unos asesinos.

—Derrick está durmiendo otra vez.

—Me lo imaginaba. ¿Qué es lo que debemos hacer con Peter?

—Nada. Dejadle pensar por un tiempo sobre su comportamiento.

—¿Ahajas?

—Sí.

Lilith volvió a inspirar profundamente.

—Me sorprende ver lo bueno que es volver a escuchar tu voz.

No hubo respuesta. No había nada más que decir.

—¿Qué te ha dicho ese oankali? —quiso saber Joseph.

—Esa oankali. Me ha dicho que ellos se ocuparán de Peter, después de que haya tenido tiempo para pensar acerca de su comportamiento.

—¿Y qué hacemos con él hasta entonces?

—Nada.

—Pensé que no hablarían contigo —dijo Gabriel, con su voz llena de sospechas no ocultadas. Él y Tate y otros más se habían acercado a ella. Se mantenían a una cierta distancia, cautamente.

—Hablan cuando ellos quieren —explicó Lilith—. Puesto que esto es una emergencia, se decidieron a hablar.

—Conocías a ésta, ¿no?

Miró a Gabriel.

—Sí, la conocía.

—Lo supuse. Por tu tono de voz y por cómo se te veía cuando hablabas con ella... Te relajaste más, parecías casi melancólica.

—Ella sabe que yo nunca quise este trabajo.

—¿Es amiga tuya?

—Tan amiga como se puede ser de alguien de una especie totalmente distinta. —Lanzó una carcajada desprovista de humor—. Ya es bastante difícil ser amigos entre los humanos.

Y, sin embargo, pensaba en Ahajas como en una amiga... Ahajas, Dichaan, Nikanj... Pero, ¿qué era ella para ellos? ¿Una herramienta? ¿Una placentera perversión? ¿Un miembro aceptado de la familia? ¿Aceptado como qué? Gira y gira..., hubiera sido más fácil que no le importase. Allá abajo, en la Tierra, no importaría. ¡Los oankali la usaban implacablemente para sus propios fines, y ella estaba preocupada por lo que pensaban de ella!

—¿Cómo es posible que seas tan fuerte? —preguntó Tate—. ¿Cómo puedes hacer todo esto?

Lilith se frotó la cara con una mano, cansinamente. —Del mismo modo que puedo abrir paredes —contestó—: Los oankali me cambiaron un poquito. Soy fuerte. Me muevo rápido. Me curo deprisa. Y todo esto se

supone que es para ayudarme a conseguir que tantos de vosotros como sea posible superen esta experiencia y regresen a la Tierra.

Miró en derredor.

—¿Dónde está Allison?

—Aquí. —La mujer dio un paso adelante. Ya se había limpiado la mayor parte de la sangre de la cara, y ahora parecía estar tratando de aparentar que no había pasado nada. Así era Allison. No dejaba que la vieran en algo que no fuese su mejor aspecto por un momento más de lo necesario.

Lilith asintió con la cabeza.

—Bueno, puedo ver que estás bien.

—Sí. Gracias. —Allison dudó—. Mira, realmente te estaré agradecida, sin importarme cuál resulte ser la verdad, pero…

—¿Pero?

Allison bajó la vista, luego pareció obligarse a sí misma a enfrentarse de nuevo a Lilith.

—No hay modo alguno amable en que decir esto, pero tengo que preguntártelo: ¿realmente eres humana?

Lilith la miró, tratando de montar en cólera, pero sólo consiguió hallar cansancio dentro de sí. ¿Cuántas veces tendría que contestar a aquella pregunta? Y, ¿porqué se molestaba? ¿Servirían sus palabras para aliviar las sospechas de alguien?

—Esto me sería jodidamente mucho más fácil si no fuese humana —dijo—. Piensa en ello. Si no fuese humana, ¿por qué infiernos me iba a importar un higo que te violasen o no?

Se volvió de nuevo hacia su habitación, luego se detuvo y regresó, al recordar:

—Voy a Despertar a diez personas más mañana. Los diez últimos.

12

Hubo un movimiento de gente. Algunas personas evitaban a Lilith porque le tenían miedo..., temían que no fuese humana, o al menos no lo bastante humana. Otros se acercaron a ella, porque creían que iba a ganar. No sabían lo que eso significaría, pero pensaban que sería mejor estar con ella que tenerla como enemiga.

Su núcleo de grupo: Joseph, Tate y Gabriel, Leah y Wray, no cambió. El núcleo de grupo de Peter sufrió cambios. Se le añadió Víctor: tenía una fuerte personalidad, y había estado Despierto más tiempo que la mayoría. Esto animó a que algunos de los nuevos lo siguieran.

Por su parte, Peter fue sustituido por Curt. El brazo roto de Peter lo mantenía silencioso, hosco, y habitualmente solo en su habitación. En cualquier caso, Curt era más brillante y más autoritario, físicamente hablando. Probablemente él habría dirigido el grupo desde el principio, si se hubiera movido algo más rápido.

El brazo de Peter siguió roto, hinchado, dolorido e inútil durante dos días. En la noche del segundo día fue curado. Peter durmió hasta tarde y se perdió el desayuno, pero, cuando se despertó, su brazo ya no estaba roto..., y él era un hombre muy asustado. Simplemente, no podía dejar de lado aquellos dos días de debilitante dolor como si hubieran sido una ilusión o un truco. Los huesos de su brazo habían estado rotos, y malamente rotos. Todo el mundo que lo había visto había podido observar el desplazamiento de los huesos, la hinchazón, la decoloración. Todo el mundo había visto que no podía usar la mano.

Ahora, todo el mundo veía un brazo sano, no distorsionado, normal, y una mano que funcionaba bien, sin problemas. La misma gente de Peter le miraba de reojo.

Tras la comida del día de la curación de Peter, Lilith contó a la gente historias censuradas de su vida entre los oankali. Peter no se quedó a escuchar.

—Tú necesitas escuchar estas cosas más que los demás —le dijo luego—. Los oankali serán un shock, aunque estéis preparados. Te arreglaron el brazo mientras estabas dormido, porque no querían tenerte aterrado y luchando con ellos mientras trataban de ayudarte.

—Diles lo muy agradecido que les estoy —murmuró.

—Ellos quieren cordura, no agradecimiento —respondió ella—. Ellos quieren, y yo también, que seas lo bastante listo como para sobrevivir.

La miró con un desprecio tan grande que hizo que su rostro se tornase casi irreconocible.

Ella agitó la cabeza y habló con voz suave:

—Te hice daño porque tú estabas a punto de hacerle daño a otra persona. Nadie más te ha hecho daño. Los oankali te han salvado la vida. A su debido tiempo, te mandarán a la Tierra para que te labres una nueva vida.

—Hizo una pausa—. Piensa un poco, Peter... Ten un poco de cordura.

Se alzó para marcharse. Él no dijo nada, sólo la contempló con odio y desprecio.

—Ahora ya somos cuarenta y tres —añadió ella—. Los oankali pueden presentarse en cualquier momento. No hagas nada que pueda hacerles desear dejarte aquí solo.

Lo dejó, esperando que empezase a pensar. Esperándolo, pero no confiando en ello.

Cinco días después de la curación de Peter, la comida del atardecer fue drogada.

Lilith no fue advertida de ello: comió con los otros, sentada un poco apartada con Joseph. Mientras comía se dio cuenta de una creciente relajación, de un confort especial que la hizo pensar en... Se sentó rígida. Lo que sentía ahora sólo lo había sentido antes cuando estaba con Nikanj, cuando había establecido un nexo neural con él.

Y la dulce neblina de la anticipación se disipó: su cuerpo pareció expulsarla, y de nuevo estuvo alerta. Cerca, los demás seguían hablando entre ellos, riendo un poco más que antes. La risa nunca había desaparecido del grupo, aunque en ciertos momentos había sido escasa. Sí, durante los últimos días había habido más peleas, más cambios de cama y menos risas.

Ahora, los hombres y las mujeres habían empezado a darse las manos, a colocarse más cerca unos de otros. Se rodearon con los brazos y se sentaron muy unidos, sintiéndose probablemente mejor de lo que habían estado desde que habían sido Despertados. Era poco probable que ninguno de ellos pudiera sacudirse esa sensación, como había hecho Lilith. Ningún ooloi los había modificado.

Miró a su alrededor para ver si los oankali estaban llegando ya. No había señales de ellos. Se volvió hacia Joseph, que estaba sentado al lado de ella, con el ceño fruncido.

—¿Joe?

La miró. El ceño se suavizó, y tendió la mano hacia ella.

Ella se dejó acercar a él, luego le habló al oído:

—Los oankali están al llegar. Nos han drogado.

Él se sacudió la droga.

—Pensé... —Se frotó el rostro—. Pensé que algo andaba mal.

Inspiró profundamente, luego miró a su alrededor.

—Allí —dijo en voz baja.

Ella siguió la dirección de su mirada, y vio que la pared entre los armarios de la comida estaba ondulando, abriéndose en al menos ocho lugares. Los oankali estaban entrando.

—Oh, no —dijo Joseph, envarándose y mirando hacia otro lado—. ¿Por qué no me dejaste confortablemente drogado?

—Lo lamento —dijo ella, y apoyó una mano en el brazo. Él sólo había tenido una breve experiencia con un oankali. Lo que pasase ahora podía ser tan duro para él como iba a serlo para los otros—. No creo que la droga pudiera haber seguido haciéndote efecto, en cuanto las cosas se pongan realmente interesantes.

Más oankali llegaron a través de las aberturas. Lilith contó veintiocho en total. ¿Serían bastantes para controlar a cuarenta y tres humanos aterrorizados, cuando pasase el efecto de la droga?

La gente pareció reaccionar ante la presencia de los no humanos como a cámara lenta. Tate y Gabriel se pusieron en pie juntos, apoyándose el uno en el otro, mirando a los oankali. Un ooloi se aproximó a ellos, y se echaron hacia atrás. No estaban aterrorizados como debieran, pero sí estaban asustados.

El ooloi habló con ellos, y Lilith se dio cuenta de que era Kahguyaht.

Se puso en pie, contemplando al trío. No podía distinguir las palabras de lo que les estaba diciendo Kahguyaht, pero el tono no era el que ella hubiera asociado con el ooloi. Era un tono tranquilo, relajado, extrañamente convincente. Era el tono que Lilith había aprendido a asociar con Nikanj.

En algún otro punto de la sala estalló una pelea. A pesar de la droga, Curt había atacado al ooloi que se había aproximado a él. Todos los oankali presentes eran ooloi.

Peter trató de ir en auxilio de Curt pero, tras él, Jean lanzó un alarido, y él se volvió para ayudarla.

Beatrice huyó de su ooloi. Logró dar varios pasos antes de que la atrapara. Le enrolló un brazo sensorial alrededor y ella se desmayó, cayó inconsciente.

Por la sala, otra gente se desplomaba..., todos los que luchaban, todos los que huían. No se toleraba ninguna demostración de pánico.

Tate y Gabriel aún estaban despiertos. Leah estaba despierta, pero Wray estaba inconsciente. Un olooi estaba calmándola, probablemente asegurándole que Wray estaba bien.

Jean aún estaba despierta, a pesar de su momentáneo pánico, pero Peter estaba en el suelo.

Celene estaba despierta y helada en su sitio. Un ooloi la tocó, pero apartó el brazo como si hubiese sentido dolor. Celene se desmayó.

Víctor Dominic e Hilary Ballard estaban despiertos y juntos, sosteniéndose el uno al otro, aunque no habían demostrado ningún interés mutuo hasta el momento.

Allison aulló y lanzó comida a su ooloi, luego se giró y corrió. Su ooloi la atrapó, pero la mantuvo despierta, probablemente porque no se resistió. Se puso rígida, pero pareció estar escuchando, mientras su ooloi la hablaba tranquilizadoramente.

Por todas partes de la sala, pequeños grupos de gente, apoyándose los unos en los otros, se enfrentaban sin pánico a los ooloi. La droga los había

tranquilizado lo bastante. La sala era una escena de silencios y de un caos extrañamente suave.

Lilith contempló a Kahguyaht con Tate y Gabriel. El ooloi estaba ahora sentado frente a ellos, hablándoles, incluso dándoles tiempo de ver cómo se doblaban sus junturas y el modo en que sus tentáculos sensoriales seguían los movimientos. Cuando se movía, lo hacia muy lentamente. Cuando hablaba, Lilith no podía escuchar en su voz nada del desprecio intimidatorio, de la divertida tolerancia a los que ella estaba acostumbrada. —¿Conoces a ése? —le preguntó Joseph. —Sí. Es uno de los padres de Nikanj. Jamás me llevé bien con él.

Al otro lado de la sala, los tentáculos craneales de Kahguyaht se movieron en dirección a ella por un momento, y supo que la había oído. Pensó decirle más, para así darle un tirón de orejas..., figurativamente hablando, claro.

Pero, antes de que pudiera comenzar, llegó Nikanj. Se puso ante Joseph y lo miró con aire crítico.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy muy bien.

—Lo estarás. —Miró hacia Tate y Gabriel—. Pienso que tus amigos no lo estarán. En cualquier caso, no los dos.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

Nikanj hizo sonar sus tentáculos.

—Kahguyaht lo intentará. Se lo advertí, y él admite que tengo un cierto talento para los humanos, pero los quiere de mala manera. La mujer sobrevivirá, pero puede que el hombre no.

—¿Por qué?—quiso saber Lilith.

—Puede que elija no hacerlo. Pero Kahguyaht es muy hábil; esos dos humanos son los que están más tranquilos de toda la sala, descontándoos a vosotros dos.

Enfocó su atención por un momento en las manos de Joseph, en el hecho de que había estado arañándose una con las uñas de la otra, y que la mano arañada estaba goteando sangre al suelo.

La atención de Nikanj cambió, llegando incluso a darle la espalda a Joseph. Su instinto era de ayudar, de curar una herida, de acabar con el dolor. Pero, sin embargo, sabía lo suficiente como para dejar que Joseph se siguiera haciendo daño.

—¿Qué es lo que estás haciendo, predecir el futuro? —preguntó Joseph. Su voz era un ronco susurro—. ¿Es que Gabe se suicidará?

—Indirectamente, puede llegar a hacerlo. Espero que no. Yo no puedo predecir nada. Quizá Kahguyaht pueda salvarlo. Vale la pena salvarlo. Pero su comportamiento en el pasado nos dice que será difícil trabajar con él.

Tendió un tentáculo y tomó las manos de Joseph, aparentemente incapaz de seguir soportando su dolor.

—Sólo se os dio en la comida una suave droga de neutralización del temor hacia los ooloi —comentó—. Yo puedo ayudarte con algo mejor.

Joseph trató de apartarse, tirando de sus manos, pero el otro ignoró sus esfuerzos. Examinó la mano que se había herido, luego lo tranquilizó aún más, sin dejar de hablarle en voz queda.

—Sabes que no te haré daño. No tienes miedo a que te hagan daño, o a sufrir. Y tu miedo por lo diferente que soy acabará por pasar. No, estáte quieto. Deja que tu cuerpo se quede muerto. Déjalo relajarse. Si lo dejas relajarse, será más fácil para ti controlar tu miedo. Eso es. Apóyate contra esta pared. Puedo ayudarte a mantener este estado sin embotar tu intelecto. ¿Lo ves?

Joseph volvió la cabeza para mirar a Nikanj, luego la apartó, con sus movimientos lentos, casi lánguidos, sin demostrar la emoción que había tras ellos. Nikanj se movió para sentarse a su lado y mantener su control sobre él.

—Tu miedo es menor del que fue antes —dijo—. E, incluso, el que sientes ahora pasará rápidamente.

Lilith contempló trabajar a Nikanj, sabiendo que sólo drogaría a Joseph ligeramente..., quizás estimulando la liberación de sus propias endomorfinas y dejándolo que se sintiese relajado y un poco colocado. Las palabras de Nikanj, dichas con tranquila confianza, sólo reforzaban los nuevos sentimientos de seguridad y bienestar.

Joseph suspiró.

—No comprendo por qué la sola visión de ti tiene que asustarme tanto —dijo Joseph. No sonaba asustado—. No pareces tan amenazador..., simplemente muy diferente.

—Para la mayoría de las especies, diferente *significa* amenazador. Yo podría matarte. Eso era cierto para tus antepasados animales y para tus parientes animales más cercanos. Y también lo es para ti. —Nikanj alisó los tentáculos de su cabeza—. Es más fácil para tu pueblo sobreponerse a esa sensación de un modo individual que como miembros de un grupo amplio. Es por esto por lo que hemos manejado la situación del modo en que lo hemos hecho.

Miró a los humanos a su alrededor, solitarios o en parejas, cada uno con su ooloi. Nikanj se fijó en Lilith:

—Hubiera sido más fácil para ti ser tratada de este modo: con drogas..., con la ayuda de un ooloi adulto.

—¿Y por qué no lo fui?

—Tú estabas siendo preparada para mí, Lilith. Los adultos creyeron que sería mejor juntarte conmigo durante mi estadio subadulto. Jdahya creía que te podía traer a mí sin drogas, y tenía razón.

Lilith se estremeció.

—No querría volver a tener que pasar por algo como aquello.

—No tendrás. Mira a tu amiga Tate.

Lilith se volvió, y vio que Tate había tendido una mano hacia Kahguyaht. Gabriel la agarró y tiró de ella hacia atrás, discutiendo. Tate sólo dijo unas pocas palabras, mientras que Gabriel decía muchas, pero, al cabo de un rato, la soltó.Kahguyaht no se había movido ni hablado. Esperaba. Dejó que Tate lo mirara de nuevo, quizá que volviera a recuperar el coraje. Cuando extendió de nuevo la mano, se la agarró con una *lazada* de brazo sensorial, en un movimiento que parecía imposiblemente rápido, pero al mismo tiempo gentil, nada amenazador. El brazo se movió como una cobra que golpea, y sin embargo no resultaba amenazador. Tate ni siquiera pareció sobresaltada.

—¿Cómo se puede mover de ese modo? —murmuró Lilith.

—Kahguyaht tenía miedo de que ella no se atreviese a completar el gesto —explicó Nikanj—. Y creo que tenía razón.

—Yo me eché atrás varias veces.

—Jdahya tenía que dejar que tú hicieras todo el trabajo. Él no te podía ayudar.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Joseph.

—Estaremos con vosotros varios días. Cuando os hayáis acostumbrado a nosotros, os llevaremos al campo de entrenamiento que hemos preparado..., a la selva —Enfocó a Lilith—. Durante un corto período vosotros no tendréis nada que hacer. Podría llevarte a ti y a tu compañero fuera, a que vieseis más de la nave.

Lilith miró en derredor por la sala. No había más luchas, ni terror manifiesto. La gente que no podía controlarse estaba inconsciente. Otros estaban totalmente absortos en sus ooloi y sufriendo las confusas combinaciones del miedo y el bienestar inducido por las drogas.

—Soy el único ser humano que tiene algo de idea de lo que está pasando —dijo—. Algunos de ellos puede que quieran hablar conmigo.

Silencio.

—Bueno, ¿qué te parece, Joe? ¿Quieres dar una mirada por ahí?

Él frunció el entrecejo.

—¿Qué es lo que no habéis acabado de decir?

Ella suspiró.

—Los humanos de aquí no nos van a querer tener cerca de ellos por un tiempo. De hecho, tú tampoco puede que los quieras cerca de ti. Es una reacción típica a las drogas ooloi. Así que podemos quedarnos aquí y ser ignorados, o podemos irnos fuera.

Nikanj enroscó el extremo de un brazo sensorial alrededor de su muñeca, urgiéndola a considerar una tercera posibilidad. Ella no dijo nada, pero la ansiedad que, repentinamente, floreció en ella era tan intensa que resultaba sospechosa.

—¡Suelta! —dijo.

La soltó, pero ahora estaba totalmente enfocado en ella. Había notado

cómo el cuerpo de Lilith daba un salto en respuesta a su muda sugestión..., o a su sugestión química.

—¿Has hecho eso? —le preguntó ella—. ¿Me has... inyectado algo?

—Nada. —Enrolló su brazo sensorial libre alrededor del cuello de ella—. ¡Oh, pero ya te «inyectaré algo»! Podemos dar esa vuelta luego.

Se puso en pie, alzándolos a los dos con él.

—¿Qué pasa? —preguntó Joseph al ser alzado en pie—. ¿Qué está sucediendo?

Nadie le contestó, pero no se resistió a ser guiado hacia el dormitorio de Lilith. Mientras ella sellaba la puerta, preguntó de nuevo:

—¿Qué está pasando?

Nikanj deslizó su brazo sensorial, liberando el cuello de Lilith.

—Espera —le dijo a ella. Entonces enfocó a Joseph, soltándolo, pero no apartándose—. La segunda vez será la más dura para ti. La primera no te dejé elección posible. No podrías haber entendido qué era lo que podías elegir. Ahora tienes una pequeña idea. Y también tienes derecho a elegir.

Ahora lo comprendió.

—¡No! —dijo secamente—. Otra vez, no.

Silencio.

—¡Preferiría hacerlo de verdad!

—¿Con Lilith?

—Naturalmente. —Pareció como si fuese a decir algo más, pero miró a Lilith y se quedó en silencio.

—Mejor con cualquier humano que conmigo —le ofreció en voz suave Nikanj.

Joseph se limitó a mirarlo.

—Y, sin embargo, te di placer. Te di mucho placer.

—¡Pura ilusión!

—Interpretación. Estimulación electroquímica de ciertos nervios, de ciertas partes de tu cerebro... Lo que sucedió fue real. Tu cuerpo sabe lo real que fue. Tus interpretaciones fueron las ilusiones. Las sensaciones eran totalmente reales. Y puedes tenerlas de nuevo..., o puedes tener otras.

—¡No!

—Y todo lo que tengas, puedes compartirlo con Lilith.

Silencio.

—Todo lo que ella siente, puede compartirlo contigo. —Tendió un brazo sensorial y sujetó su mano en un serpenteo—. No te hará daño. Y te puedo ofrecer una comunión que tu pueblo siempre anda buscando, siempre sueña, pero que realmente no puede alcanzar por sí solo.

Liberó su brazo de un tirón.

—Me has dicho que podía elegir. ¡Ya he elegido!

—Lo has hecho, sí. —Le abrió la chaqueta con sus manos auténticas, de muchos dedos, y le quitó la prenda. Cuando él fue a echarse atrás, lo retuvo. Consiguió tumbarse en la cama con él, sin parecer forzarlo—. ¿Lo ves? Tu cuerpo ha hecho una elección distinta.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó él.

—Cierra los ojos.

—¿Cómo?

—Que te quedes aquí echado conmigo, y cierres los ojos.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Nada. Cierra los ojos.

—No te creo.

—No me tienes miedo. Cierra los ojos.

Silencio.

Al cabo de largo rato, él cerró los ojos, y los dos yacieron juntos. Al principio, Joseph tenía el cuerpo rígido, pero poco a poco, al no pasar nada, se fue relajando. Algún tiempo después, su respiración se hizo acompasada y pareció estar dormido.

Lilith estaba sentada en la mesa, esperando, mirando. Tenía paciencia y estaba interesada. Esta podía ser la única oportunidad que jamás tuviese de contemplar, de cerca, cómo un ooloi seducía a alguien. Pensó que debería de haberla preocupado que el «alguien» en cuestión fuese Joseph. Ella sabía, más de lo que le apetecía, los sentimientos, locamente conflictivos, a los que él estaba siendo sometido ahora.

Y sin embargo, en esta cuestión, confiaba absolutamente en Nikanj. Estaba disfrutando con Joseph. Y no iría a echar a perder este disfrute haciéndole daño o apresurándolo. Probablemente también Joseph estaba disfrutando, de algún modo perverso, aunque nunca podría haberlo admitido.

Lilith estaba quedándose amodorrada cuando Nikanj acarició los hombros de Joseph y lo despertó. La voz del hombre la despertó a ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Despertarte.

—¡No estaba dormido!

Silencio.

—¡Dios mío! —dijo él, al cabo de un tiempo—. Me quedé dormido, ¿no? Debes de haberme drogado.

—No.

Se frotó los ojos, pero no hizo esfuerzo alguno por levantarse.

—¿Por qué no… lo has hecho, sin más?

—Te lo he dicho. Esta vez puedes elegir.

—¡He elegido! ¡Y tú no me has hecho caso!

—Tu cuerpo decía una cosa, y tus palabras otra. —Movió un brazo sensorial hacia la nuca de él, dando vuelta, sin apretar, a su cuello, y le dijo—: Ésta es la posición. Me pararé ahora, si es lo que quieres.

Hubo un momento de silencio, luego Joseph lanzó un largo suspiro.

—No puedo darte... ni puedo darme, permiso —dijo—. Sin importar lo que sienta, no... puedo.

La cabeza y el cuerpo de Nikanj se alisaron como un espejo. El cambio fue tan espectacular que Joseph se echó atrás de un salto.

—¿Es que..., de algún modo, te divierte esto? —preguntó amargamente.

—Me complace. Es lo que esperaba.

—Entonces..., ¿qué pasará ahora?

—Tienes una gran fuerza de voluntad. Te puedes hacer tanto daño como creas necesario, con tal de lograr un objetivo o mantener una convicción.

—Suéltame.

Alisó de nuevo sus tentáculos:

—Sé agradecido, Joe: no te voy a soltar.

Lilith vio como el cuerpo de Joseph se envaraba, luchaba y luego se relajaba, y supo que Nikanj lo había escrutado perfectamente. El hombre ni luchó ni discutió mientras Nikanj lo colocaba más cómodamente contra su cuerpo. Lilith vio que había vuelto a cerrar los ojos de nuevo, que su rostro estaba pacífico. Ahora estaba dispuesto a aceptar lo que había deseado desde el principio.

Silenciosamente, Lilith se alzó, se quitó la chaqueta, y fue hasta la cama. Se quedó en pie al lado, mirando hacia abajo. Por un momento vio a Nikanj como antes había visto a Jdahya..., como a un ser totalmente alienígena, grotesco, repelente hasta más allá de la simple fealdad, con sus tentáculos corporales como gusanos, sus serpientes de tentáculos craneales y su tendencia a mantener ambos en movimiento, señalando su atención y su emoción.

Se quedó helada donde estaba, y lo único que pudo hacer fue contenerse para no dar media vuelta y escapar corriendo.

El momento pasó, y la dejó casi sin aliento. Tuvo un sobresalto cuando Nikanj la tocó con la punta de un brazo sensorial. Lo miró un instante más, preguntándose cómo le habría perdido el horror a un ser así.

Entonces se tendió, perversamente ansiosa por lo que ello le podía dar. Se colocó contra él, y no estuvo contenta hasta que notó el equívocamente ligero toque de la mano sensorial, y sintió al cuerpo del ooloi temblar contra ella.

13

Los humanos fueron mantenidos drogados durante días..., drogados y vigilados, cada individuo solitario o cada pareja por un ooloi.

—Imprimiendo, ésa es la mejor definición para lo que están haciendo —le dijo Nikanj a Joseph—. Una impresión química y social.

—¡Lo que tú me estás haciendo a mí! —le acusó Joseph.

—Lo que te estoy haciendo a ti, y lo que le hice a Lilith. Hay que hacerlo. Nadie será devuelto a la Tierra sin que le haya sido hecho.

—¿Cuánto tiempo estarán drogados?

—Algunos ya no están tan fuertemente drogados. Tate Marah no lo está. Gabriel Rinaldi sí. —Enfocó a Joseph—. Tú no lo estás. Ya lo sabes.

Joseph apartó la vista.

—Nadie debería estarlo.

—Al final, nadie lo estará. Embotamos vuestro miedo natural hacia lo extraño y lo diferente. Os impedimos haceros daño, o mataros vosotros mismos. Os enseñamos cosas más placenteras que hacer.

—¡Eso no basta!

—Es un principio.

14

El ooloi de Peter demostró que los ooloi no eran infalibles. Drogado, Peter era un hombre diferente. Quizá por primera vez desde su Despertar estaba en paz, no luchando siquiera consigo mismo, no tratando de probar nada, bromeando con Jean y con su ooloi, acerca de su brazo y de la pelea.

Lilith, al enterarse más tarde, se preguntó qué tendría de risible aquel incidente. Pero las drogas producidas por los ooloi podían ser muy potentes. Bajo su influencia, Peter podría haberse reído de cualquier cosa. Bajo su influencia, aceptó la unión y el placer. Cuando se permitió que tal influencia comenzase a desvanecerse, y Peter empezó a pensar, decidió aparentemente que había sido humillado y esclavizado. A él, la droga le pareció no un modo menos doloroso de llegar a acostumbrarse a los aterradores no humanos, sino un modo de volverlo en contra de sí mismo, obligándole a revolcarse en el lodo de las perversiones alienígenas. Su humanidad había sido profanada. Su masculinidad le había sido arrebatada...

El ooloi de Peter debería haberse dado cuenta, en algún momento, de que lo que decía Peter y la expresión que asumía habían cesado de estar de acuerdo con lo que expresaba su cuerpo. Quizá no sabía lo bastante acerca de los seres humanos como para ocuparse de alguien como Peter. Era mayor que Nikanj, más bien contemporáneo de Kahguyaht. Pero no tenía tanta percepción como ninguno de ellos dos..., y posiblemente tampoco fuera tan brillante.

Sellado dentro de la habitación de Peter, a solas con él, dejó que éste le atacara, que le golpeara con sus puños desnudos. Desgraciadamente para Peter, con su primer golpe martilleante acertó un punto sensible, y provocó el disparo de los reflejos defensivos del ooloi. Y, antes de que pudiera recuperar el control de sí mismo, éste le aguijoneó mortalmente, derribándolo al suelo, presa de convulsiones. Sus propios músculos en contracción le rompieron varios huesos, tras lo que cayó en estado de shock.

En cuanto se hubo recuperado de lo peor de su propio dolor, el ooloi trató de ayudarlo, pero ya era demasiado tarde: estaba muerto. El ooloi se sentó junto al cadáver, con los tentáculos del cuerpo y la cabeza agarrotados en duros nudos. No se movió ni habló. Su fría piel aún se puso más fría, y pareció tan muerto como el humano al que, aparentemente, estaba velando.

No había ningún oankali de guardia arriba. Si lo hubiera habido, quizá Peter hubiera podido ser salvado. Pero la gran sala estaba llena de ooloi..., ¿para qué había necesidad de montar guardia?

Para cuando uno de esos ooloi se dio cuenta de que Jean estaba sentada, sola y apesadumbrada, frente a la sellada entrada a la habitación, ya era demasiado tarde. No había otra cosa que hacer que sacar el cadáver de Peter y mandar a por los compañeros del ooloi. Éste seguía en estado catatónico.

Jean, aún ligeramente drogada, asustada y sola, se apartó de la gente que se reunía alrededor de la sala. Se situó apartada y contempló cómo se llevaban el cadáver. Lilith la vio y se acercó a ella, sabiendo que no podía ayudarla, pero esperando al menos poder reconfortarla.

—¡No! —exclamó Jean, echándose hacia atrás—. ¡Vete!

Lilith suspiró. Jean estaba pasando por un prolongado período de reclusividad inducida por los ooloi. Todos los humanos que habían sido mantenidos fuertemente drogados estaban igual..., eran incapaces de tolerar la proximidad de nadie que no fuese su compañero humano o el ooloi que los drogaba. Ni Lilith ni Joseph habían experimentado esta reacción tan extrema. De hecho, Lilith apenas había notado ninguna reacción, como no fuese una mayor aversión hacia Kahguyaht, allá por aquel entonces cuando Nikanj había madurado y la había unido a él. Más recientemente, Joseph había reaccionado manteniéndose simplemente más cerca de Nikanj y Lilith durante un par de días; luego, la reacción había pasado. La de Jean estaba lejos de pasar. ¿Qué le sucedería ahora?

Lilith miró a su alrededor, buscando a Nikanj. Lo descubrió en un corrillo de ooloi, fue hasta él, y apoyó una mano en su hombro.

El ooloi se enfocó en ella sin darse la vuelta ni romper los diversos contactos de tentáculos y brazos sensoriales que tenía con los otros. Lilith habló al vértice de un pequeño cono de tentáculos craneales:

—¿No podéis ayudar a Jean?

—Ahora vienen a ayudarla.

—¡Mírala! ¡Se va a derrumbar, antes de que llegue esa ayuda!

El cono se enfocó en Jean. Se había incrustado contra un ángulo de la pared. Allá estaba, llorando y mirando confusa a su alrededor. Era una mujer alta, de fuerte constitución..., y, sin embargo, ahora parecía una niña grande.

Nikanj se separó de los otros ooloi, cesando aparentemente la comunicación que hubiera entre ellos. Los demás ooloi fueron relajando su unión y separándose, yendo hacia sus diversos humanos que les esperaban en muy separadas unidades o parejas. En el momento en que había corrido la noticia de la muerte, todos los humanos habían sido fuertemente drogados, con excepción de Lilith y Jean. Nikanj se había negado a drogar a Lilith. Confiaba en ella y en que sabría controlar su comportamiento, y los otros ooloi confiaban en él. En cuanto a Jean, no había nadie por allí que pudiese drogaría sin hacerle daño.

Nikanj se acercó hasta unos tres metros de Jean. Se detuvo allí, y esperó hasta que ella lo vio.

Tembló, pero no trató de apretarse más contra su rincón.

—No me acercaré más —dijo Nikanj con voz suave—. Vendrán otros a ayudarte. No estás sola.

—Pero..., pero sí que estoy sola —susurró ella—. Están muertos. Los he visto.

—Uno está muerto —corrigió Nikanj, manteniendo la voz baja.

Ella ocultó la cara en sus manos y agitó la cabeza de lado a lado.

—Peter está muerto —dijo Nikanj—, pero Tehjaht sólo está... herido. Y tienes familiares que vienen a ayudarte.

—¿Cómo?

—Ellos te ayudarán.

Jean se sentó en el suelo, la cabeza baja, y cuando habló su voz sonó apagada:

—Nunca he tenido ningún hermano o hermana. Ni siquiera antes de la guerra.

—Tehjaht tiene compañeros. Ellos se ocuparán de ti.

—No. Me echarán las culpas… de que Tehjaht esté herido.

—Te ayudarán. —Muy suavemente—. Os ayudarán a ti y a Tehjaht. *Ayudarán.*

Ella frunció el ceño, y pareció más infantil que nunca mientras trataba de comprender. Luego su rostro cambió: Curt, muy drogado, se acercaba pegado a la pared, aproximándose a ella. Se mantenía a una distancia segura de Nikanj, pero llegó a lo que Jean consideró como demasiado cerca. Así que ésta se apartó, con un respingo, de él.

Curt agitó la cabeza y dio un paso hacia atrás.

—¿Jeanie? —la llamó, con voz demasiado fuerte, como de borracho.

Jean se sobresaltó, pero no dijo nada.

Curt se enfrentó a Nikanj:

—¡Ella es de los nuestros! ¡Nosotros somos los que deberíamos cuidarnos de ella!

—No es posible —contestó Nikanj.

—*¡Debería ser posible!* ¡Debería serlo! ¿Por qué no lo es?

—Su unión con su ooloi es demasiado fuerte, está demasiado fuertemente reforzada…, al igual que te pasa a ti con tu ooloi. Luego, cuando la unión sea más relajada, podrás acercarte de nuevo a ella. Luego. No ahora.

—¡Maldita sea, nos necesita ahora!

—No.

El ooloi de Curt se acercó a él y lo sujetó de un brazo. Curt se hubiera soltado de un tirón, pero sus fuerzas parecieron abandonarle. Se tambaleó, cayó de rodillas. Lilith, que estaba cerca, miró a otra parte. Era tan poco probable que Curt olvidase una humillación como lo había sido que la olvidara Peter. Y no estaría siempre drogado. Lo recordaría.

El ooloi de Curt le ayudó a ponerse en pie y se lo llevó a la habitación que ahora compartía con él y con Celene. Mientras se iba, se abrió la pared en el extremo más alejado de la sala y entraron un macho y una hembra oankali.

Nikanj hizo un gesto a la pareja, y ésta se le acercó. Se abrazaban el uno al otro, caminando como si estuvieran heridos, como si tuviesen que sostenerse entre sí. Eran dos cuando deberían de haber sido tres, les faltaba una parte esencial.

El macho y la hembra llegaron hasta donde estaba Nikanj y lo dejaron atrás para acercarse a Jean. Asustada, Jean se envaró. Luego frunció el entrecejo, como si alguien hubiese dicho algo que ella no hubiera oído bien.

Lilith la contempló con tristeza, sabiendo que las primeras señales que Jean recibía eran olfativas. El macho y la hembra olían bien, olían como a familia, una familia unida por el mismo ooloi. Cuando tomaron sus manos, su tacto era el correcto también. Había una auténtica afinidad química.

Jean aún parecía temerosa de los dos desconocidos, pero también estaba más tranquila. Eran lo que Nikanj había dicho que serían: gente que podía ayudar. Familia.

Dejó que la llevaran a la habitación en la que seguía sentado, como congelado, Tehjaht. No se había dicho ni una sola palabra. Extraños de diferente especie habían sido aceptados como familia. Un amigo y aliado humano había sido rechazado.

Lilith se quedó mirando alejarse a Jean, apenas sin darse cuenta de que Joseph llegaba hasta su lado. Estaba drogado, pero la droga sólo le había hecho ponerse inquieto.

—Peter tenía razón —dijo, irritado.

Ella frunció el ceño.

—¿Peter? ¿Razón en intentar matar? ¿Razón en morir?

—¡Murió como un humano! ¡Y casi logró llevarse consigo a uno de ellos!

Ella lo miró.

—¿Y qué? ¿Qué ha cambiado? En la Tierra sí que podremos cambiar las cosas. Aquí no.

—¿Ya querremos hacerlo, por entonces? Me pregunto qué es lo que seremos... Desde luego, humanos no. Ya no.

IV

EL CAMPO DE ENTRENAMIENTO

1

El campo de entrenamiento era una sala marrón, verde y azul. Un suelo marrón, embarrado, era visible a través de una hojarasca dispersa y poco espesa. Un agua marrón, cenagosa, corría por el suelo, centelleando a la luz de lo que parecía ser el sol. El agua estaba tan cargada de sedimentos que no podía verse azul, pese a que, por encima, el techo..., el cielo, era de un profundo e intenso azul. No había humo ni polución industrial, sólo unas pocas nubes, resto de una reciente lluvia.

Al otro lado del amplio río había la ilusión de una hilera de árboles, en la orilla opuesta. Una línea de color verde. Aparte el río, el color predominante era el verde. Por encima estaba la cúpula de auténtico verde: las copas de árboles de todos los tamaños, muchos de ellos cargados con profusión de otra vida vegetal: bromelíadas, orquídeas, heléchos, musgos, líquenes, lianas, parras parásitas, más un generoso complemento del mundo de los insectos y unas pocas ranas, lagartos y serpientes.

Una de las primeras cosas que Lilith había aprendido durante su propio período anterior de entrenamiento era a no apoyarse contra los árboles.

Había pocas flores, y éstas, principalmente bromilíadas y orquídeas, estaban altas en los árboles. Cualquier objeto estacionario y coloreado que hubiera en el suelo era muy probable que fuese una hoja caída o algún tipo de hongo. Por todas partes se veía verde. La maleza era, en general, lo bastante poco espesa como para permitir caminar sin dificultades, excepto cerca del río, en donde, en algunos lugares, el machete era esencial..., y aún no estaba permitido.

—Las herramientas llegarán luego —le dijo Nikanj a Lilith—. Dejemos que los humanos se acostumbren primero a estar aquí. Dejémosles antes explorar y descubrir que están en una selva, dentro de una isla. Dejémosles empezar a sentir lo que representa vivir aquí.

Dudó, pero luego prosiguió:

—Dejémosles que se afirmen con más fuerza a sus posiciones con sus ooloi. Ahora pueden tolerarse los unos a los otros. Dejémosles que aprendan que no es vergonzoso estar juntos entre sí y con nosotros.

Había ido con Lilith a la orilla del río, a un lugar en el que un gran pedazo de tierra había sido erosionado por debajo y había caído al agua, llevándose con él varios árboles y mucha maleza. Aquí no había problema para llegar hasta el agua, aunque había una caída en vertical de unos tres metros. Al borde del corte estaba uno de los gigantes de la isla: un enorme árbol con apuntalamientos que se alzaban bien por encima de la cabeza de Lilith y que, como paredes, separaban el terreno que lo rodeaba en habitaciones individuales. A pesar de la gran variedad de vida que soportaba el árbol, Lilith se encontraba entre dos de los apuntalamientos, cubierta en sus dos terceras partes por el árbol. Se sentía así envuelta en una sólida cosa terrestre. Una cosa que pronto sería socavada, como lo habían sido sus vecinas, que pronto caería al río y moriría.

—Cortarán los árboles, ¿sabes? —dijo ella en voz baja—. Harán balsas

o botes. Se pensarán que están en la Tierra.

—Algunos de ellos piensan otra cosa —le dijo Nikanj—. Y lo piensan porque tú lo piensas.

—Eso no detendrá la construcción de botes.

—No. No intentaremos detenerla. Deja que lleven sus botes hasta las paredes y de vuelta. No hay más camino de salida para ellos que el que nosotros les ofrecemos: aprender a alimentarse y a buscar cobijo en este medio ambiente..., convertirse en autárquicos respecto a su sustento. Cuando hayan logrado esto, los llevaremos a la Tierra y los soltaremos allí.

Él sabía que escaparían corriendo, pensó Lilith. Tenía que saberlo. Y, sin embargo, hablaba de colonias mixtas, de humanos y oankali..., poblados de asociados comerciales, dentro de los cuales los ooloi controlarían la fertilidad y «mezclarían» a los niños de ambos grupos.

Miró a los inclinados apuntalamientos, con su forma de cuñas. Medio encerrada como estaba por ellos, no podía ver ni a Nikanj ni al río. Sólo estaba la selva, verde y marrón..., la ilusión de vida salvaje y aislamiento.

Nikanj le dejó la ilusión por un rato: no dijo nada, no hizo sonido alguno. Los pies de ella acabaron por cansarse y miró a su alrededor, buscando algo donde sentarse. No quería volver con los otros antes del momento en que tuviera que hacerlo. Ahora podían tolerarse los unos a los otros, la fase más difícil de su aglutinación ya había terminado. Era muy pocos los que seguían drogados: Curt y Gabriel lo estaban, junto con algunos otros. A Lilith la preocupaban esos pocos; pero, extrañamente, también los admiraba por ser capaces de resistir al condicionamiento. ¿Acaso eran fuertes? ¿O, simplemente, eran incapaces de adaptarse?

—¿Lilith? —dijo en voz baja Nikanj.

Ella no le contestó.

—Volvamos.

Ella había encontrado una seca y gruesa raíz de liana en la que sentarse. Colgaba como un columpio, cayendo desde la cúpula vegetal, luego curvándose, mientras subía de nuevo para sujetarse de las ramas de un árbol cercano, más pequeño, antes de caer de nuevo hasta el suelo y hundirse en él. La raíz era más gruesa que algunos árboles, y los pocos insectos que había en ella tenían aspecto de ser inofensivos. Era un asiento poco confortable: retorcido y duro..., pero Lilith aún no estaba dispuesta a abandonarlo.

—¿Qué haréis con los humanos que no puedan adaptarse?

—Si no son violentos, los llevaremos a la Tierra con el resto de vosotros. —Nikanj llegó rodeando el apuntalamiento, destruyendo su sensación de soledad y de estar en casa. Nada que tuviese el aspecto y se moviese como Nikanj podía provenir de casa. Se puso en pie cansinamente y caminó al lado del ooloi.

—¿Te han picado los insectos? —le preguntó éste.

Ella negó con la cabeza. A Nikanj no le gustaba que ella le ocultase las

pequeñas heridas. Consideraba que la salud de sus humanos era su responsabilidad y les curaba las picaduras de insectos, especialmente las de los mosquitos, al final de cada jornada en aquella selva. Ella pensaba que hubiese sido más fácil dejar a los mosquitos fuera de esta pequeña simulación de la Tierra. Pero los oankali no pensaban así: una simulación de una selva tropical de la Tierra tenía que ser completa, con sus serpientes, ciempiés, mosquitos y otras cosas de las que Lilith habría podido pasarse perfectamente. Y, ¿para qué iban a preocuparse los oankali?, pensó cínicamente. ¡A ellos no les picaba nada!

—Hay tan pocos de vosotros —dijo Nikanj, mientras caminaban—, que nadie quiere prescindir ni de uno solo.

Ella tuvo que volver su pensamiento hacia atrás para saber de qué la estaba hablando.

—Algunos de nosotros pensábamos que debíamos de haber esperado a unirnos con vosotros hasta el momento en que hubieseis sido traídos aquí —le explicó—. Aquí os hubiese resultado más fácil juntaros en una banda, convertiros en una familia.

Lilith lo miró, inquieta, pero no dijo nada. Las familias tenían niños. ¿Estaba diciéndole Nikanj que allí podían ser concebidos y podían nacer niños?

—Pero la mayor parte de nosotros no podíamos aguardar. —Le echó un brazo sensorial alrededor del cuello, rodeándola suavemente—. Sería mejor para nuestros dos pueblos que no nos sintiésemos tan fuertemente atraídos por vosotros.

2

Cuando finalmente les fueron entregadas las herramientas, éstas resultaron ser lonas impermeables, machetes, hachas, palas, azadones, ollas de metal, cuerdas, hamacas, cestos y esterillas. Lilith habló en privado con cada uno de los humanos más peligrosos antes de que les fueran entregadas las herramientas.

Un intento más, pensó cansinamente.

—No me importa lo que pienses de mí —le dijo a Curt—. Tú eres el tipo de hombre que la raza humana va a necesitar allá abajo, en la Tierra. Es por eso por lo que te Desperté. Quiero que vivas para bajar allá. —Dudó unos instantes—. No sigas el camino de Peter, Curt —terminó.

Él la miró. Sólo recientemente liberado de la droga, sólo recientemente capaz de cometer actos de violencia, la miró.

—¡Hazle dormir de nuevo! —le dijo Lilith a Nikanj—. ¡Hazle olvidar! ¡No le des un machete y te pongas luego a esperar a que lo use contra alguien!

—Yahjahyi piensa que se portará bien —dijo Nikanj. Yahjahyi era el ooloi de Curt.

—¿De veras? —ironizó Lilith—. ¿Y qué es lo que pensaba el ooloi de Peter?

—Nunca le dijo a nadie lo que pensaba. Y, como resultado de ello, nadie se dio nunca cuenta de que tenía problemas. Un comportamiento increíble. Ya te dije que sería mejor que no nos sintiésemos tan atraídos por vosotros.

Ella agitó la cabeza.

—Si Yahjahyi piensa que Curt está bien, se engaña a sí mismo.

—Hemos observado a Curt y a Yahjahyi —dijo Nikanj—. Ahora, Curt pasará por un momento peligroso, pero Yahjahyi está preparado. Incluso Celene está preparada.

—¡Celene! —exclamó con desprecio Lilith.

—Hiciste un buen trabajo al aparearlos. Mucho mejor que con Peter y Jean.

—Yo no apareé a Peter y a Jean. Eso lo hizo su propio temperamento..., fue como la unión del fuego y la gasolina.

—Sí... De todos modos, Celene no está dispuesta a perder otro compañero. Se agarrará a él. Y Curt, como la ve mucho más vulnerable de lo que realmente es, tendrá buenas razones para no arriesgarse, para no correr el albur de dejarla sola. Se portarán bien.

—No lo harán —le dijo más tarde Gabriel a ella.

También él, finalmente, estaba libre de la droga, pero lo llevaba mejor. Kahguyaht, que se había mostrado tan ansioso por empujar a Lilith, por coaccionarla, por ridiculizarla, parecía ser infinitamente paciente con Tate y Gabriel.

—Mira las cosas desde el punto de vista de Curt —siguió Gabriel—. Ni siquiera controla lo que su propio cuerpo hace o siente. Lo toman como a una mujer y..., ¡no, no me lo expliques!

Alzó la mano para impedir que le interrumpiera.

—Sabe que los ooloi no son machos. Sabe que todo ese sexo sólo está en su cabeza. Pero no importa..., ¡no importa una puta mierda! Es otro el que está apretando todos sus botones. Y eso no puede consentírselo a nadie, no lo puede tolerar.

Realmente asustada, Lilith preguntó:

—¿Cómo..., cómo has logrado hacer las paces con esa situación?

—¿Y quién dice que las haya hecho?

Ella se le quedó mirando.

—Gabe, no podemos perderte a ti también.

Él sonrió. Unos bellos, perfectos dientes blancos. La hacían pensar en algún animal de presa.

—No daré el siguiente paso —dijo— hasta que sepa en dónde me encuentro ahora. Ya sabes que no me creo que esto no sea la Tierra.

—Lo sé.

—Una selva tropical en una nave espacial. ¿Quién se creería algo así?

—Pero, ¿y los oankali? Puedes ver que ellos no son de la Tierra.

—Seguro. Pero ahora ellos están en un sitio que, desde luego, se ve, suena y huele como la Tierra.

—No lo es.

—Eso es lo que tú dices. Más pronto o más tarde lo descubriré por mí mismo.

—Kahguyaht podría mostrarte cosas que te convencerían ahora mismo. Y que incluso podrían convencer a Curt.

—Nada convencerá jamás a Curt. Nada logrará llegarle dentro.

—¿Crees que hará lo que hizo Peter?

—Mucho más eficientemente.

—¡Oh, Dios! ¿Sabes que han puesto otra vez a Jean en animación suspendida? Cuando se despierte, ni se acordará de Peter.

—Lo he oído. Eso hará que las cosas sean más fáciles para ella cuando la pongan con otro tipo..., supongo.

—¿Es eso lo que tú querrías para Tate?

Él se encogió de hombros, se dio la vuelta y se marchó.

3

Lilith enseñó a todos los humanos a hacer tejas de paja y a colocarlas en hileras sobrepuestas sobre vigas, para así construir un techo que no gotease. Les mostró los mejores árboles que cortar para el suelo y el andamiaje. Trabajaron todos juntos durante varios días para construir una gran cabaña de techo de paja sobre pilotes, bien por encima del nivel de crecida del río. La cabaña era gemela a la otra en la que habían estado apretados hasta el momento..., la que habían construido Lilith y los ooloi antes de que los oankali los hubieran llevado a todos a lo largo de kilómetros de pasillo hasta el terreno de entrenamiento.

Los ooloi dejaron la construcción de esta segunda cabaña estrictamente a los humanos. Se limitaron a mirar, o a estar sentados hablando entre ellos; o desaparecieron, para atender a sus propios asuntos. Pero, cuando el trabajo estuvo acabado, trajeron lo necesario para hacer una pequeña fiesta.

—No seguiremos mucho tiempo suministrándoos la comida —les dijo uno de ellos al grupo—. Aprenderéis a vivir de lo que crece aquí y a cultivar huertos.

Nadie se sintió sorprendido. Ya habían estado cortando racimos de plátanos verdes de los plataneros que había por allá y colgándolos de las vigas o de los postes del porche. Y, cuando los plátanos maduraban, los humanos descubrieron que tenían que competir por ellos con los insectos.

Algunos también habían estado cortando piñas y recogiendo papayas y frutos del pan de los árboles con que se encontraban. A la mayoría no les gustó el fruto del pan hasta que Lilith les mostró la variedad con semilla, la nuez del pan. Cuando asaron esta semilla, siguiendo las instrucciones de ella, se dieron cuenta que era algo que habían estado comiendo todo el tiempo en la gran sala.

Arrancaron mandioca dulce del suelo, y desenterraron los ñames que Lilith había plantado durante su propio entrenamiento.

Ahora ya era el momento de que empezasen a plantar sus propias cosechas.

Y, quizá, ahora ya era el momento de que los oankali empezasen a ver lo que recogerían de su propia cosecha humana.

Dos hombres y una mujer tomaron las herramientas que les tocaban y se desvanecieron en la selva. Realmente, aún no sabían lo bastante como para vivir por su cuenta, pero marcharon. Sus ooloi no fueron tras ellos.

El grupo de los ooloi juntaron por un momento sus brazos y sus tentáculos sensoriales, y parecieron llegar a un muy rápido acuerdo: ninguno de ellos prestaría la menor atención a los tres desaparecidos.

—Nadie ha escapado —dijo Nikanj a Lilith y Joseph, cuando éstos le preguntaron qué iban a hacer al respecto—. La gente desaparecida sigue en la isla. Están siendo vigilados.

—¿Vigilados con todos estos árboles? —inquirió Joseph.

—La nave les sigue la pista. Si sufren daño, serán atendidos.

Otros humanos dejaron el poblado. A medida que los días pasaban, algunos de sus ooloi parecieron gravemente incómodos. Se quedaban solos, sentados inmóviles, con los tentáculos de la cabeza y el cuerpo enredados en gruesos y oscuros nudos que parecían, como comentó Leah, grotescos tumores. A estos ooloi se les podía gritar, echar agua o incluso tropezar con ellos..., jamás se movían. Cuando los tentáculos de su cabeza dejaban de seguir los movimientos de los que les rodeaban, llegaban sus familiares a cuidarlos.

Los oankali, machos y hembras, llegaban de la selva y se hacían cargo de su ooloi. Lilith jamás vio llamar a nadie, pero sí vio llegar a una pareja.

Se había ido sola a un lugar del río en donde había un árbol de nueces del pan, muy cargado de fruta. Había subido a aquel árbol, no sólo para llegar a la fruta, sino también para disfrutar de su belleza y de la soledad. Nunca, ni de niña, había sido buena subiéndose a los árboles, pero durante su entrenamiento había desarrollado tal habilidad para hacerlo y tanta confianza, que sólo se igualaban a su amor por estar muy cerca de algo que era tan de la Tierra.

Desde el árbol vio a dos oankali salir del agua. No parecían venir nadando hacia la orilla, sino que, simplemente, se pusieron en pie cerca de la orilla y salieron caminando. Ambos la enfocaron un momento, luego caminaron tierra adentro, hacia el poblado.

Los había contemplado en el más absoluto de los silencios, pero ellos habían sabido que estaba allí. Un macho y una hembra más, llegados a rescatar a un ooloi enfermo, abandonado.

¿Les daría a los humanos una sensación de poder el saber que podían hacer que su ooloi se sintiese enfermo y abandonado? Los ooloi no soportaban bien el verse privados de todos aquellos que llevaban en sí su peculiar olor, su propio señalizador químico. Vivían, su metabolismo se frenaba, se retiraban a lo más profundo de sí mismos, hasta que eran reclamados por su familia o, lo que era menos satisfactorio, por otro ooloi que actuaba corno una especie de médico. Pero, ¿por qué no se iban con sus compañeros cuando sus humanos se marchaban? ¿Por qué se quedaban y enfermaban?

Lilith caminó de regreso al poblado, con una larga cesta, de burda manufactura, a la espalda, llena de nueces del pan. Halló al macho y a la hembra cuidando a su ooloi, sosteniéndolo entre ellos y entrelazando sus tentáculos corporales y craneales con los de él. Allá donde sus tres cuerpos se tocaban, los tentáculos se entrelazaban. Era una postura muy íntima, vulnerable, y otros ooloi estaban como ociosos por allí, vigilando sin parecer vigilar. También había algunos humanos mirando. Lilith escrutó por el poblado, preguntándose cuántos de los humanos no presentes no volverían de su día de vagar y recolectar comida. ¿Se reunirían entre sí los que se iban, en alguna otra parte de la isla? ¿Se habrían construido una vivienda? ¿Estarían construyéndose una barca? Se le ocurrió una loca idea: ¿Y si tenían razón? ¿Y si, de algún modo, estaban en la Tierra? ¿Y si era posible bogar en un bote hasta la libertad? ¿Y si, a pesar de todo lo que había visto y

sentido, todo esto no era sino algún tipo de truco? Pero, ¿cómo lo iban a hacer? ¿Para qué lo iban a hacer? ¿Para qué se iban a meter los oankali en tantos problemas?

No. No comprendía por qué los oankali habían hecho algunas de las cosas que habían hecho, pero creía en lo más básico. La nave, la Tierra, esperando a ser recolonizada por su gente. El precio de los oankali por salvar los pocos fragmentos que restaban de la Humanidad.

Pero más gente estaba abandonando el poblado. ¿Dónde se encontraban? ¿Y si...? El pensamiento no quería abandonarla, pese a los hechos que creía conocer. *¿Y si los otros tenían razón?*

¿De dónde había surgido aquella duda?

Un atardecer, mientras traía una carga de leña, Tate le bloqueó el camino.

—Curt y Celene se han ido —dijo en voz baja—. Celene me insinuó que se iban a marchar.

—Me sorprende que hayan tardado tanto.

—A mí me sorprende que Curt no le haya abierto el cráneo a un oankali antes de irse.

Lilith asintió con la cabeza y la rodeó para dejar su carga de leña.

Tate la siguió, y de nuevo se colocó en el camino de Lilith.

—¿Qué pasa? —preguntó ésta.

—Nosotros también nos vamos. Esta noche. —Mantenía la voz muy baja, pero sin duda más de un oankali la debió oír.

—¿A dónde?

—No lo sabemos. O hallaremos a los otros, o no. Encontraremos algo..., o haremos algo.

—¿Vosotros dos solos?

—Cuatro de nosotros. Quizá más.

Lilith frunció el entrecejo, sin saber cómo reaccionar. Tate y ella se habían hecho amigas. Fuera a donde fuese Tate, no habría escapatoria. Si no se hacía daño ella o se lo hacía a algún otro, posiblemente regresaría.

—Escucha —dijo Tate—, no te lo estoy diciendo sólo por decírtelo. Queremos que vengáis con nosotros.

Lilith la apartó del centro del campamento. Los oankali las oirían hicieran lo que hiciesen, pero no había necesidad de involucrar a más humanos.

—Gabe ya ha hablado con Joe —prosiguió Tate—. Queremos...

—¿Que Gabe ha...?

—¡Cállate! ¿Quieres que todos se enteren? Joe dijo que vendría. ¿Qué hay de ti?

Lilith la miró con hostilidad.

—¿Qué hay de mí?

—Necesito saberlo ahora. Gabe quiere irse pronto.

—Si es que me voy con vosotros, nos iremos tras el desayuno de mañana por la mañana.

Tate, siendo Tate, no dijo nada. Sonrió.

—No he dicho que vaya a ir. Lo único que te digo es que no hay razón para irse a escondidas en medio de la noche y pisar una serpiente coral o algo así. Por ahí, de noche, está negro como el carbón.

—Gabe piensa que así tendremos más tiempo hasta que descubran que nos hemos ido.

—¿Para qué tiene él ... o tu la cabeza? Si os vais esta noche, se darán cuenta de que no estáis mañana por la mañana. Si os vais mañana por la mañana, no se darán cuenta de vuestra desaparición hasta mañana por la noche, a la hora de la cena. —Agitó la cabeza—. Y no es que les importe. Hasta el momento, no les ha importado. Pero, si queréis largaros, al menos hacedlo de un modo que os dé tiempo de hallar refugio antes de que caiga la noche... o se ponga a llover.

—Cuando se ponga a llover —aceptó Tate—. Aquí siempre llueve, más tarde o más temprano. Pensamos..., quizá cuando hayamos dejado este lugar y crucemos el río hacia el norte, sigamos hacia el norte hasta que hallemos un clima más frío y seco.

—Si estamos en la Tierra, Tate, y considerando lo que le hicieron al hemisferio norte, quizás el sur sea una dirección mejor.

Tate se encogió de hombros.

—No tienes voto en eso, a menos que te vengas con nosotros.

—Hablaré con Joe.

—Pero...

—Y deberías hacer que Gabe te diera clases de interpretación. Yo no te he dicho nada que tú y Gabe no hayáis pensado ya. Ninguno de los dos sois estúpidos. Y tú, al menos, no eres nada buena tratando de engañar a la gente.

Como era natural en ella, Tate se echó a reír.

—Antes lo era —se calmó—. Bien, de acuerdo. Hemos estado pensando mucho en el mejor modo de hacerlo: mañana por la mañana, hacia el sur y con alguien que, probablemente, sabe cómo seguir con vida en este lugar mejor que nadie, excepto los oankali.

Hubo un silencio.

—En realidad estamos en una isla, ¿sabes? —le dijo Lilith.

—No, no lo *sé* —contestó Tate—, pero estoy dispuesta a aceptar tu palabra al respecto. Tendremos que cruzar el río.

—Y, a pesar de lo que vemos en lo que nos parece ser la otra orilla, creo que allí encontraremos una pared.

—¿A pesar del sol, la luna y las estrellas? ¿A pesar de la lluvia y los árboles que, obviamente, llevan aquí cientos de años?

Lilith suspiró.

—Sí.

—Y todo porque los oankali lo dicen.

—Y por lo que vi y sentí, antes de que os Despertase.

—Lo que los oankali te dejaron ver y te hicieron sentir. No te podrías creer algunas de las cosas que me ha hecho sentir Kahguyaht.

—¿De veras?

—¡Lo que quiero decir es que no puedes fiarte de lo que te hacen con los sentidos!

—Conocí a Nikanj cuando era demasiado crío como para hacer nada con mis sentidos sin que yo me diese cuenta.

Tate miró a lo lejos, hacia el río, en donde aún podía verse algún destello en el agua. El sol, real o artificial, no se había desvanecido del todo, y el río se veía más marrón que nunca.

—Mira —dijo Tate—. No quiero implicar nada con esto, pero tengo que decírtelo. Tú y Nikanj...

Dejó que su voz muriese, y luego miró bruscamente a Lilith, como exigiéndole una respuesta.

—¿Bueno?

—Bueno, ¿qué?

—Tú estás más unida a él... de lo que nosotros lo estamos a Kahguyaht. Tú...

Lilith la miró en silencio.

—¡Infiernos, lo que quiero decir es que, si no vienes con nosotros, no trates de detenernos...!

—¿Alguna vez ha tratado alguien de impedir que otro se fuese?

—Simplemente, no digas nada. Eso es todo.

—Quizá seáis estúpidos —dijo Lilith con voz suave.

Tate volvió a mirar a la lejanía y se encogió de hombros:

—Le prometí a Gabe que te lo haría prometer.

—¿Por qué?

—El cree que, si nos das tu palabra, la mantendrás.

—Y, si no, iré corriendo a contarlo, ¿no?

—Está empezando a no importarme lo que hagas.

Lilith se encogió de hombros, se volvió y echó a andar hacia el campamento. A Tate pareció costarle varios segundos descubrir que no iba a volver. Entonces, corrió tras de ella y tiró de su brazo para apartarla del

campamento.

—De acuerdo, lamento que te sientas insultada —dijo con voz raspante—. Vamos, dímelo. ¿Vais a venir o no?

—¿Conoces el árbol de nueces del pan que hay orilla arriba? ¿Ese grande?

—Sí.

—Si vamos a ir, nos encontraremos con vosotros allí, después del desayuno de mañana.

—No os esperaremos demasiado.

—Muy bien.

Lilith se dio la vuelta y caminó de regreso al campamento. ¿Cuántos oankali habrían oído la conversación? ¿Uno? ¿Unos pocos? ¿Todos? No importaba. Nikanj lo sabría en cuestión de minutos. Así, tendría tiempo de mandar a por Ahajas y Dichaan. No tendría que sentarse y caer catatónico como los otros.

De hecho, aún se preguntaba por qué los otros no lo habían hecho. Seguro que habían sabido que sus humanos se iban a marchar. Kahguyaht lo sabría. ¿Qué haría?

Entonces se le ocurrió algo..., un recuerdo de tribus que mandaban a sus hijos a vivir un tiempo solos en el bosque o el desierto, o a donde fuese, como una prueba de virilidad.

Los chicos de una cierta edad, a los que se les había enseñado cómo vivir en el medio ambiente, eran mandados a demostrar lo que habían aprendido.

¿Era eso? ¿Entrenar a los humanos en lo básico, luego dejar que se las arreglaran por su cuenta cuando estuviesen preparados?

Entonces, ¿por qué aquellos ooloi catatónicos?

—¿Lilith?

Se sobresaltó, luego se detuvo y dejó que Joseph la alcanzase. Caminaron juntos hacia la fogata en la que la gente estaba compartiendo ñames asados y las nueces de cajú de un árbol con el que alguien se había topado.

—¿Has hablado con Tate? —le preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y qué le has dicho?

—Que hablaría contigo.

Silencio.

—¿Qué quieres hacer tú? —quiso saber ella.

—Ir.

Se detuvo y lo miró, pero el rostro de él no le dijo nada.

—¿Me abandonarías? —susurró Lilith.

—¿Para qué te ibas a quedar? ¿Para estar con Nikanj?

—¿Me abandonarías?

—*¿Para qué te ibas a quedar?* —Las palabras, susurradas, tenían el impacto de un disparo.

—Porque esto es una nave. Porque no hay sitio al que huir.

Él miró a la brillante media luna y al primer puñado de estrellas desparramadas.

—Tengo que verlo por mí mismo —dijo él, muy quedamente—. Esto lo *siento* como si fuera mi casa. Aunque jamás en mi vida he estado en una selva tropical, esto huele, sabe y se ve como nuestra casa…

—Yo lo sé…

—¡Tengo que verlo!

—Sí.

—No me hagas dejarte.

Ella le tomó la mano, como si fuera un animal a punto de escaparse.

—¡Ven con nosotros! —susurró él.

Ella cerró los ojos, dejando fuera la selva y el cielo, la gente hablando tranquilamente en torno a la fogata, los oankali, varios de ellos físicamente unidos en una conversación silenciosa. ¿Cuántos de los oankali habían oído lo que Joseph y ella estaban diciendo? Ninguno de ellos se comportaba como si les hubiera escuchado. —De acuerdo —dijo en tono suave—. Iré.

4

Joseph y Lilith no hallaron a nadie esperando en el árbol de las nueces de pan, tras el desayuno de la mañana siguiente. Lilith había visto a Gabriel salir del campamento llevándose un gran cesto, su hacha y su machete, como si fuera a cortar madera. La gente hacía esto cuando lo veía necesario, del mismo modo que Lilith tomaba sus propios machete, hacha y cestos, y se iba a buscar madera al bosque, cuando veía necesidad de ello. Se llevaba gente con ella cuando deseaba enseñarles algo, y se iba sola cuando quería pensar.

Esta mañana, sólo Joseph estaba con ella. Tate había dejado el campamento antes del desayuno. Lilith sospechaba que debía haber ido a uno de los huertos que habían plantado Lilith y la familia de Nikanj. Allí desenterraría mandioca o ñames, o cortaría papayas, plátanos o pinas. No le serviría de mucho. Pronto tendrían que vivir de lo que encontrasen en la selva.

Lilith llevaba castañas de pan asadas, tanto porque le gustaban como porque eran una buena fuente de proteínas. También llevaba ñames, judías y mandioca. En el fondo de su cesto llevaba ropa extra, una hamaca de ligera y resistente tela oankali y unas ramitas de leña seca.

—No esperaremos mucho más —dijo Joseph—. Deberían estar aquí. Quizá hayan estado ya y se hayan marchado.

—Lo más probable es que salgan de su escondite en cuanto decidan que no nos han seguido. Querrán asegurarse de que no los he vendido, que no he hablado con los oankali.

Joseph la miró con el ceño fruncido.

—¿Tate y Gabe?

—Sí.

—No creo eso de ellos.

Lilith se alzó de hombros.

—Gabe dijo que tú debías de salir de allí, por tu propio bien. Dijo que había empezado a oír a la gente volver a hablar mal de ti..., ahora que pueden pensar otra vez por sí mismos.

—Voy hacia los peligrosos, Joe, no me alejo de ellos. Y lo mismo te digo a ti.

Él se quedó mirando al río un rato, y luego le pasó el brazo en torno al cuello.

—¿Quieres volver atrás?

—Sí. Pero no lo haremos.

Él no discutió. Ella resentía su silencio, pero lo aceptaba. Joseph deseaba ir con todas sus fuerzas: su sensación de estar en la Tierra era tan fuerte como eso.

Algún tiempo después, Gabriel llevó a Tate, Leah, Wrey y Allison hasta el árbol de las nueces de pan. Se detuvo y se quedó mirando a Lilith un rato.

Ella estaba segura de que había oído todo lo que había dicho.

—Vamos —dijo ella.

Se dirigieron río arriba, por mutuo consenso, porque ninguno quería ir por el camino de vuelta al campamento. Se mantuvieron cerca del río para evitar perderse. Esto significaba abrirse camino, de vez en cuando, por entre la maleza y las raíces aéreas, pero a nadie parecía importarle.

Con aquella humedad, todos sudaban copiosamente. Luego, empezó a llover. Fuera del caminar con más cuidado por el barro, nadie le prestó atención. Los mosquitos les molestaban menos. Lilith le dio una palmada a uno insistente. Esta noche no habría un Nikanj para curarle las picaduras de los insectos, nada de suaves y múltiples toques de tentáculos y brazos sensoriales. ¿Sería ella la única que lo echaría a faltar?

Al fin, cesó la lluvia. El grupo caminó hasta que el sol estuvo directamente encima. Entonces, se sentaron en el mojado tronco de un árbol caído, ignorando los hongos y apartando a manotazos a los insectos. Comieron nueces de pan y los plátanos más maduros de los que había traído Tate. Bebieron directamente del río, habiendo aprendido, ya hacía mucho, a ignorar el sedimento. Además, éste no se veía en las porciones de agua que bebían, haciendo cuenco con sus manos, y no les hacía ningún daño.

Extrañamente, había muy poca conversación. Lilith se fue aparte para hacer sus necesidades y, cuando salió de detrás del árbol que la había ocultado, vio que todos los ojos estaban clavados en ella. Entonces, de repente, cada uno de ellos encontró algo en lo que fijarse: unos en otros, un árbol, un trozo de comida, las uñas…

—¡Oh, Dios! —musitó Lilith. Y, en voz más alta—: Hablemos, gente.

Se colocó en pie ante el árbol caído en el que se habían sentado o reclinado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Estáis esperando que os deje y me vuelva con los oankali? ¿O quizá pensáis que tengo un modo mágico de hacerles señales desde aquí? ¿De qué cosa sospecháis de mí?

Silencio.

—¿Qué pasa, Gabe?

Él la miró cara a cara.

—Nada. —Abrió las manos—. Estamos nerviosos. No sabemos lo que va a pasar. Estamos aterrados. No tendrías por qué ser la que sufra nuestros ataques de nervios, pero… tú eres la diferente. Y nadie sabe cuan diferente.

—¡Ella está aquí! —dijo Joseph, moviéndose para colocarse junto a Lilith—. Eso debería deciros lo muy como nosotros que es. Sea cual sea el riesgo, ella también lo corre.

Allison se dejó deslizar del tronco.

—¿Cuál es el riesgo? —preguntó. Hablaba directamente con Lilith—. ¿Qué nos va a pasar?

—No lo sé. Tengo mis suposiciones, pero no creo que valgan mucho.

—¡Dínoslas!

Lilith miró a los otros, y los vio a todos esperando.

—Creo que éstos son los exámenes finales —dijo—. La gente se va del campamento cuando está dispuesta. Viven lo mejor que pueden. Si pueden mantenerse aquí, podrán mantenerse en la Tierra. Es por esto por lo que han dejado que la gente se vaya. Es por esto por lo que nadie los persigue.

—No sabemos si no habrá alguien que los persiga —dijo Gabriel.

—Nadie nos está persiguiendo.

—Ni siquiera sabemos esto.

—¿Cuándo te permitirás a ti mismo el saberlo?

Él no dijo nada. Miró río arriba con aire de impaciencia.

—¿Por qué me querías en este viaje, Gabe? ¿Por qué tú, personalmente, me querías aquí?

—No te quería. Yo sólo…

—Mentiroso.

Él frunció el ceño, la miró con ojos furiosos.

—Sólo pensé que te merecías una oportunidad de alejarte de los oankali…, si tú querías.

—¡Lo que pensaste es que podía ser útil! ¡Pensaste que conmigo podrías comer mejor y que te sería más fácil sobrevivir en esta selva! No pensabas que me estuvieses haciendo un favor, pensabas que te lo estabas haciendo a ti mismo. Y podría haber funcionado… —miró a los otros—, pero no será así. No, si todo el mundo está sentado por ahí, esperando que yo haga de Judas.

Suspiró.

—Vamos —dijo.

—Espera —dijo Allison, mientras la gente se iba levantando-. ¿Aún crees que estamos en una nave?

Lilith asintió:

—Estamos en una nave.

—¿Hay alguien más que lo crea? —inquirió Allison.

Silencio.

—Yo no sé dónde estamos —dijo Leah—. No veo cómo todo esto puede ser parte de una nave, pero, sea lo que sea, vamos a explorarlo y descubrirlo. Lo averiguaremos pronto.

—Pero ella ya lo sabe —insistió Allison—. Lilith *sabe* que esto es una nave, no importa cuál sea la verdad. Así que, ¿qué está haciendo aquí?

Lilith abrió la boca para responderle, pero Joseph habló antes:

—Está aquí porque yo la quiero aquí. Yo deseo tanto explorar este lugar como todos vosotros. Y la quiero conmigo.

Lilith deseó haber salido de detrás de aquel árbol y haber fingido que no se fijaba en todos los ojos y todo el silencio. En todas las sospechas.

—¿Es eso? —preguntó Gabriel—. ¿Viniste porque Joe te lo pidió?

—Sí —contestó ella con voz baja.

—Y, de otro modo, ¿te hubieras quedado con los oankali?

—Me hubiera quedado en el poblado. Después de todo, yo sé que puedo vivir aquí. Si éste es el examen final, yo ya superé el mío.

—¿Y qué nota te dieron los oankali? —Probablemente ésta era la pregunta más honesta que Gabriel le había hecho nunca,... repleta de hostilidad, sospecha y desprecio.

—Era un curso eliminatorio, Gabe. Un curso de vida o muerte. —Se dio la vuelta y comenzó a caminar río arriba, abriendo camino. Al cabo de un rato, escuchó a los demás seguirla.

5

Río arriba estaba la parte más antigua de la isla, la parte con el mayor número de grandes viejos árboles, muchos de ellos con enormes apuntalamientos. Este terreno había estado conectado, en otro tiempo, con tierra firme..., se había convertido primero en una península, luego en una isla, a medida que el río cambiaba de curso y cortaba la lengua de tierra que la conectaba. O esto era lo que se suponía que había pasado. Ésta era la ilusión oankali. ¿O no era una ilusión?

Lilith halló que los momentos de duda le llegaban más menudo, a medida que iba caminando. No había estado antes a lo largo de esta orilla del río: como a los oankali, nunca le había preocupado el perderse. Ella y Nikanj habían caminado varias veces por el interior, y había hallado más fácil mirar a la cúpula verde y creerse en una gran sala.

¡Pero el río parecía tan ancho! Mientras seguían la orilla, la del otro lado cambiaba, parecía más cercana, más densamente arbolada aquí, más profundamente erosionada allá, yendo desde bajas colinas hasta una llanura que se deslizaba al interior del río, fundiéndose casi sin discontinuidad con su reflejo. Podía distinguir árboles individuales..., o por lo menos sus copas. Éstos eran los que se alzaban sobre la cúpula.

—Deberíamos hacer un alto para la noche —dijo, cuando supo por el sol que ya era última hora de la tarde—. Deberíamos acampar aquí, y mañana podríamos empezar a construir un bote.

—¿Has estado ya antes aquí? —le preguntó Joseph.

—No. Pero he estado por esta parte. La orilla opuesta está lo más cerca de nosotros que se puede hallar en toda la zona. Veamos qué podemos hallar para cobijarnos: va a llover otra vez.

—Espera un momento —le dijo Gabriel.

Le miró y supo lo que venía ahora: ella había tomado el mando, por puro hábito. Ahora se iba a enterar de lo que valía un peine.

—No te invité para que nos dijeras lo que teníamos que hacer —le dijo él—. Ahora no estamos en la sala presidio. Ya no nos das más órdenes.

—Me has traído con vosotros porque tengo conocimientos que vosotros no tenéis. ¿Qué es lo que queréis hacer? ¿Seguir caminando hasta que sea demasiado tarde para preparar un cobijo? ¿Dormir esta noche sobre el barro? ¿Hallar un tramo del río más ancho para cruzarlo?

—Quiero hallar a los otros..., si es que aún están libres.

Lilith dudó un momento, sorprendida.

—Y si están juntos —suspiró—. ¿Es eso lo que el resto de vosotros queréis?

—Yo quiero irme tan lejos de los oankali como pueda —dijo Tate—. Quiero olvidar lo que se siente cuando te tocan.

Lilith señaló:

—Si eso de allá es tierra en lugar de algún tipo de ilusión, entonces es

vuestro objetivo. Bueno, al menos vuestro primer objetivo.

—¡Primero encontraremos a los otros! —insistió Gabriel.

Lilith lo miró con interés. Ahora estaba al descubierto. Seguro que su mente estaba enzarzada en algún tipo de lucha contra ella. Él quería mandar y ella no..., y, sin embargo, tenía que hacerlo. Él podía conseguir con facilidad que alguien se matase.

—Si construimos ahora un refugio —dijo ella—, encontraré mañana a los otros, si es que están por aquí cerca.

Alzó la mano para detener la obvia objeción.

—Si lo deseáis, uno de vosotros puede venir conmigo y mirar. Lo que ocurre es que yo no me puedo perder. Si me voy y vosotros no os movéis, puedo volveros a encontrar. Si vamos todos juntos, puedo volver a traeros a este punto. Después de todo, es posible que algunos o todos los otros hayan ya cruzado el río. Han tenido tiempo suficiente.

Los demás asintieron.

—¿Dónde acampamos? —preguntó Allison.

—Es demasiado pronto —protestó Leah.

—No, para mí no lo es —dijo Wray—. Entre los mosquitos y mis pies, me alegra poder pararme.

—Los mosquitos picarán como una mala cosa esta noche —observó Lilith—. Dormir con un ooloi es mejor que cualquier loción repelente de los mosquitos. Esta noche probablemente nos comerán vivos.

—Yo puedo soportarlo —dijo Tate.

¿Tanto odiaba a Kahguyaht?, se preguntó Lilith. ¿O estaba empezando a echarlo en falta, y trataba de defenderse contra sus propios sentimientos?

—Podemos limpiar esta zona —dijo Lilith en voz alta—. No cortéis estos dos arbolillos. Esperad un momento.

Miró si alguno de los árboles jóvenes albergaba colonias de hormigas mordedoras.

—Sí, estos dos están bien. Buscad otros dos de este tamaño, o un poco mayores, y cortadlos. Y cortad también raíces aéreas, delgadas, para usarlas como cuerdas. Tened cuidado..., si algo os muerde o pica por aquí..., estamos sin ayuda y podríais morir. Y no os vayáis más allá de donde podáis ver esta zona. Es más fácil perderse de lo que imagináis.

—Pero tú eres tan buena que no puedes perderte —ironizó Gabriel.

—Eso no tiene nada que ver con la bondad. Tengo memoria fotográfica, y he tenido más tiempo que vosotros para acostumbrarme a la selva. —Nunca les había contado por qué tenía memoria fotográfica. Cada cambio hecho por los oankali que les había explicado la había hecho perder credibilidad entre ellos.

—Demasiado bueno para ser cierto —dijo Gabriel en voz baja.

Eligieron el terreno más alto que encontraron y construyeron un

refugio. Creían que, al menos, lo usarían durante algunos días. El refugio no tenía paredes, era poco más que un armazón con un techo. Podían colgar hamacas de él, o extender las esteras en el suelo, sobre colchones de hojas y ramitas. Era lo bastante grande como para mantenerlos a todos protegidos de la lluvia. Lo techaron con las lonas que algunos de ellos habían traído, luego usaron ramas para barrer el suelo y dejarlo libre de hojas, ramitas y hongos.

Wray logró prender un fuego con un arco prendedor que Leah había traído, pero juró que nunca más lo volvería a hacer.

—Demasiado trabajo —dijo.

Leah había traído maíz del huerto. Ya era de noche cuando lo asaron, junto con algunos de los ñames de Lilith. Comieron eso, y las últimas nueces de pan. La comida les llenó, pero no resultó satisfactoria.

—Mañana podemos pescar —dijo Lilith.

—¿Sin siquiera un imperdible, un hilo y una caña? —preguntó Wray.

Lilith sonrió.

—Aún peor. Los oankali no querían enseñarme a matar nada, así que los únicos pescados que cogía eran los atrapados en algunos de los arroyos más pequeños. Corté una rama larga y delgada, resistente, le agucé un extremo, lo endurecí al fuego, y me enseñé a mí misma a arponear peces. Y realmente lo logré..., arponeé varios.

—¿Probaste alguna vez a hacerte un arco y unas flechas? —le preguntó Wray.

—Sí, y era mejor con el arpón.

—Lo intentaré –dijo él- O quizá incluso pueda preparar la versión de la jungla del imperdible y el hilo. Mañana, mientras vosotros buscáis a los demás, yo empezaré a aprender a pescar.

—*Pescaremos* —afirmó Leah.

Él sonrió *y* tomó su mano..., *y la* soltó casi en el mismo movimiento. Su sonrisa se borró *y* miró al fuego. Leah apartó la vista hacia la oscuridad de la selva.

Lilith los contempló con el ceño fruncido. ¿Qué estaba pasando? ¿Había problemas entre ellos..., o era otra cosa?

De repente comenzó a llover, *y* ellos permanecieron allá, sentados secos *y* unidos por la oscuridad *y* el ruido que había fuera. La lluvia caía a raudales, *y* los insectos se refugiaron con ellos, picándoles, *y a* veces cayendo al fuego que habían alimentado de nuevo, para tener luz y comodidad, una vez hubieron acabado de cocinar.

Lilith ató su hamaca a dos vigas del techo y se echó. Joseph colgó su hamaca cerca de la de ella..., lo bastante cerca como para que una tercera persona no pudiera tenderse entre ellos. Pero no la tocó: no había intimidad. Ella no esperaba hacer el amor, pero le molestó el cuidado que puso él en no rozarla. Tendió la mano y le tocó la cara para hacerle volverse hacia ella.

En lugar de ello, él se apartó. Y lo peor: si él no se hubiera apartado, lo hubiera hecho ella. De algún modo, notaba un tacto extraño en su piel. No había sido así cuando se acercaba a ella, antes de que Nikanj se situase entre ambos. El tacto de Joseph había sido muy bien recibido, como agua tras una muy larga sequía. Pero entonces había llegado Nikanj, para quedarse, y había creado para ellos la poderosa unidad de tres, que era una de las más extrañas facetas alienígenas de la vida oankali. ¿Se había ya convertido aquella unidad en algo necesario en sus vidas humanas? Y, si así era, ¿qué podían hacer? ¿Pasaría aquel efecto?

Un ooloi necesitaba a la pareja de macho y hembra para ser capaz de jugar su parte en la reproducción, pero ni necesitaba ni deseaba un contacto a dos entre ese macho y esa hembra. Los machos y las hembras oankali jamás se tocaban sexualmente. Eso les iba muy bien a ellos, pero no había modo en que funcionase para los seres humanos.

Tendió el brazo y tomó la mano de Joseph. Éste trató de apartarla de un tirón, irreflexivamente; luego pareció darse cuenta de que algo andaba mal, y mantuvo la mano de ella sujeta durante un largo y progresivamente molesto momento. Finalmente, fue ella quien se apartó, estremeciéndose por la repugnancia y el alivio.

6

A la mañana siguiente, justo después del amanecer, Curt y su gente hallaron el refugio.

Lilith se despertó con un sobresalto, sabiendo que algo no andaba bien. Se sentó tambaleante en la hamaca y puso los pies en el suelo. Cerca de Joseph vio a Víctor y Gregory. Se volvió hacia ellos, aliviada. Ahora no habría necesidad de buscar a los otros. Podrían ponerse todos a trabajar, construyendo el bote o la balsa que necesitaban para cruzar el río. Y juntos descubrirían, de una vez por todas, si al otro lado había una selva o una ilusión.

Miró a su alrededor para ver quién más había llegado. Fue entonces cuando vio a Curt.

Un instante después, Curt la golpeó en la sien con el plano de su machete.

Cayó al suelo, atontada. Oyó a Joseph, cerca, gritar su nombre. Y se escuchó el ruido de más golpes.

Oyó a Gregory maldecir y a Allison chillar.

Trató desesperadamente de ponerse en pie, y alguien la golpeó de nuevo. Esta vez perdió el conocimiento.

Se despertó en medio del dolor y la soledad. Estaba sola en el pequeño refugio que había ayudado a construir.

Se alzó, lo mejor que pudo ignorando su dolorida cabeza. Pronto dejaría de dolerle.

¿Dónde estaban todos?

¿Dónde estaba Joseph? Él no la habría abandonado, aunque los demás lo hubieran hecho.

¿Se lo habían llevado a la fuerza? Si era así, ¿por qué? ¿Habría resultado herido y lo habrían abandonado, como a ella?

Salió del refugio y miró a su alrededor. No había nadie. Nada.

Buscó alguna señal de hacia dónde se habrían ido. No sabía nada en especial de seguir pistas, pero el terreno cenagoso mostraba huellas de pisadas humanas. Las siguió, saliendo del campamento. Al final, las perdió.

Miró hacia delante, tratando de adivinar qué camino habían seguido e imaginando lo que haría si los hallaba. En aquel momento, lo único que quería era ver si Joseph estaba bien. Si había visto a Curt golpearla, desde luego habría tratado de intervenir.

Recordó ahora lo que le había dicho Nikanj acerca de que Joseph tenía enemigos. A Curt nunca le había caído bien. Nada había pasado entre los dos en la gran sala o en el poblado, pero…, ¿y si lo había pasado ahora?

Tenía que regresar al campamento y conseguir la ayuda de los oankali. Tenía que hacer que los no humanos la ayudasen en contra de su propio pueblo, en un lugar que podía ser o no la Tierra.

¿Por qué no podían haberle dejado a Joseph? Se habían llevado el machete, el hacha y los cestos de ella..., todo excepto su hamaca y la ropa extra. Por lo menos podían haber dejado a Joseph para que se asegurase de que ella estaba bien. Él se hubiera quedado, si lo hubiesen dejado.

Caminó de regreso al refugio, recogió su ropa y su hamaca, bebió agua de un pequeño y límpido arroyo que iba a dar al río, y comenzó el camino de regreso al poblado.

¡Si Nikanj estuviera allí! Quizás él pudiese espiar el campamento humano sin que los fugitivos lo supiesen, sin luchar. Y, si Joseph estaba allí, podría ser liberado..., si él lo deseaba. ¿Lo desearía? ¿O elegiría quedarse con los otros, que estaban haciendo lo que ella había querido que hiciesen desde el principio? *Aprender y huir.* Aprender a vivir en aquel lugar, luego perderse en él, yendo más allá del alcance de los oankali. Aprendiendo a tocarse de nuevo, los unos a los otros, como seres humanos.

Si estaban en la Tierra, como ellos creían, podían tener una posibilidad. Si estaban a bordo de una nave, nada de lo que hiciesen serviría para nada.

Si estaban en una nave, seguro que le sería devuelto Joseph. Pero, si estaban en la Tierra...

Caminó con rapidez, aprovechando el sendero que habían limpiado el día anterior.

Hubo un sonido tras ella y se volvió rápidamente. Varios ooloi emergieron del agua y vadearon hasta la orilla, abriéndose luego paso por entre la espesa maleza.

Se volvió y caminó hacia ellos, reconociendo a Nikanj y Kahguyaht entre los demás.

—¿Sabéis a dónde han ido? —le preguntó a Nikanj.

—Lo sabemos —le contestó éste, y colocó un brazo sensorial alrededor de su cuello.

Ella apoyó una mano sobre aquel brazo, asegurándolo donde estaba, recibiéndolo con agrado, incluso a su pesar.

—¿Está bien Joe?

Él no contestó, y eso la asustó. La soltó y la llevó a través de los árboles, moviéndose con rapidez. Los otros ooloi les siguieron, todos ellos conociendo claramente a dónde iban y, también, conociendo probablemente lo que hallarían allí.

Lilith ya no quería saberlo.

Mantuvo con facilidad su rápido paso, permaneciendo cerca de Nikanj. Casi chocó con él cuando se detuvo, sin previo aviso, junto a un árbol caído.

El árbol había sido un gigante. Aun caído de lado, era alto, y resultaba difícil subirse a él; estaba podrido y cubierto de hongos. Nikanj saltó encima y luego al otro lado, con una agilidad que Lilith no podía esperar igualar.

—Espera —le dijo el ooloi, mientras Lilith empezaba a subirse al

tronco—. Quédate ahí.

Luego enfocó en Kahguyaht:

—Seguid —le urgió—. Puede haber más problemas mientras aguardáis aquí conmigo.

Ni Kahguyaht ni ninguno de los otros ooloi se movió. Lilith se fijó en que el ooloi de Curt se hallaba entre ellos, y el de Allison, y el...

—Ven ya, Lilith.

Ella escaló el tronco, saltó al otro lado. Y allí estaba Joseph.

Había sido atacado con un hacha.

Lo miró, sin poder decir palabra, luego corrió hacia él. Le habían herido más de una vez... en la cabeza y el cuello. Su cabeza casi estaba separada del cuerpo. Ya estaba frío.

¡Cuánto odio debía de haber sentido alguien hacia él...!

—¿Curt? —preguntó, con un hilo de voz—. ¿Ha sido Curt?

—Hemos sido nosotros —contestó con mucha suavidad Nikanj.

Al cabo de un tiempo, logró apartar la vista del mutilado cadáver y volverse hacia Nikanj.

—¿Cómo?

—Nosotros —repitió Nikanj—. Tú y yo. Lo queríamos proteger. Cuando se lo llevaron estaba herido e inconsciente, había luchado por ti. Pero sus heridas curaron rápidamente: Curt vio la carne reparándose, y creyó que Joe no era humano.

—*¿Por qué no lo ayudaste?* —aulló ella. Había empezado a llorar. Se volvió otra vez para contemplar las horribles heridas, y no comprendió cómo podía mirar siquiera al cuerpo de Joseph, tan mutilado, tan muerto. No había escuchado sus últimas palabras, no tenía recuerdos de haber luchado a su lado, no había tenido oportunidad de protegerle. Su último recuerdo era de él echándose atrás ante el contacto, demasiado humano, de ella.

—Yo soy más diferente de lo que él era —susurró—. ¿Por qué no me mató Curt a mí?

—No creo que quisiera matar a nadie —contestó Nikanj—. Estaba irritado, temeroso y dolorido: Joseph le había atacado cuando él te golpeó a ti. Entonces vio a Joseph curándose, vio cómo su carne se soldaba ante sus propios ojos. Aulló. Jamás antes había oído a un humano aullar así. Luego..., usó su hacha.

—¿Por qué no le ayudasteis? —insistió ella—. Si lo pudisteis ver y oír todo, ¿por qué...?

—No tenemos una entrada lo bastante cercana a ese lugar.

Ella lanzó un sonido de ira y desesperación.

—Y no había señal alguna de que Curt fuese a matar. Él te echa a ti la culpa de casi todo y, sin embargo, no te mató. Lo que pasó aquí fue algo... que no había sido planificado.

Ella había dejado de escucharle: las palabras de Nikanj le resultaban totalmente incomprensibles. Joseph estaba muerto..., asesinado a hachazos por Curt. Y todo era una especie de error. ¡Qué locura!

Se sentó en el suelo, junto al cadáver, tratando primero de entender, luego no haciendo nada en absoluto; ni pensar, ni tan siquiera llorar ya. Sentada. Los insectos correteaban sobre ella y Nikanj los ahuyentaba. Ella ni los notaba.

Al cabo de un tiempo, Nikanj la puso en pie, alzando su peso sin problemas. Ella quiso apartarlo, hacer que la dejase sola. No había ayudado a Joseph. Ahora no necesitaba nada de él. Pero no pudo hacer otra cosa que retorcerse entre sus manos.

Finalmente la soltó, y ella se tambaleó de vuelta hacia donde estaba Joseph. Curt se había marchado, dejándolo tirado como si fuera un animal muerto. Había que enterrarlo.

Nikanj se acercó de nuevo a ella y pareció leer sus pensamientos.

—¿Quieres que lo recojamos a nuestro regreso y hagamos que lo manden a la Tierra? —preguntó—. Así podrá acabar como parte de su mundo nativo.

¿Enterrarlo en la Tierra? ¿Hacer que su carne formase parte del nuevo inicio en el planeta?

—Sí —susurró.

Él la tocó, experimentalmente, con un brazo sensorial. Ella le lanzó una mirada asesina, deseando desesperadamente que la dejasen sola.

—¡No! —dijo él suavemente—. No. Ya os he dejado solos a los dos en una ocasión, creyendo que podríais cuidar el uno del otro. Ahora no te dejaré sola a ti.

Ella inspiró profundamente, aceptó el familiar lazo de brazo sensorial en torno a su cuello.

—No me drogues —dijo—. Déjame..., al menos déjame lo que siento por él.

—Lo que quiero es compartir, no apagar ni distorsionar.

—¿Compartir? ¿Compartir ahora mis sentimientos?

—Sí.

—*¿Por qué?*

—Lilith... —Comenzó a caminar, y ella lo hizo a su lado, automáticamente. Los otros ooloi se movían en silencio por delante de ellos—. Lilith, él también era mío. Tú lo trajiste a mí.

—Tú lo trajiste a mí.

—Yo no lo hubiera tocado si tú lo hubieses rechazado.

—¡Ojalá lo hubiese hecho! Estaría vivo...

Nikanj no dijo nada.

—Déjame compartir contigo lo que sientes —dijo ella.

Él tocó su rostro en un gesto asombrosamente humano.

—Mueve el decimosexto dedo de tu mano de fuerza izquierda —le dijo él suavemente. Un caso más de omnisciencia oankali: *Comprendemos vuestros sentimientos, nos comemos vuestra comida, manipulamos vuestros genes. Pero somos demasiado complejos para que vosotros nos entendáis.*

—¡Haz un esfuerzo de aproximación! —exigió Lilith—. ¡Comercia! ¡Siempre estás hablando de trueques! ¡Pues dame algo de ti!

Los otros ooloi enfocaron hacia atrás, hacia ellos, y los tentáculos del cuerpo y la cabeza de Nikanj se enredaron en los nudos de alguna emoción negativa. ¿Azoramiento? ¿Ira? No le importaba. ¿Por qué debería sentirse él cómodo de parasitizar los sentimientos de ella por Joseph..., sus sentimientos por cualquier cosa? Había ayudado a montar un experimento con humanos; uno de los humanos se había perdido... ¿Qué era lo que sentía? ¿Se sentía culpable por no haber sido más cuidadoso con unos sujetos valiosos? Si es que eran valiosos, claro.

Nikanj le apretó la nuca con una mano sensorial..., un apretón de advertencia. Entonces, le daría algo. Por consentimiento mutuo, dejaron de caminar y se miraron el uno al otro.

Le dio... un nuevo color. Una cosa totalmente alienígena, única, sin nombre, medio vista, medio palpada... o saboreada. Un estallido de algo aterrador y, al mismo tiempo, avasallador, imponente.

Extinguido.

Un misterio medio conocido, bello y complejo. Una profunda promesa, imposiblemente sensual.

Rota.

Desaparecida.

Muerta.

La selva regresó a su alrededor, lentamente, y se dio cuenta de que aún estaba de pie con Nikanj, dándole la cara, con la espalda hacia los otros ooloi que aguardaban.

—Esto es todo lo que te puedo dar —dijo Nikanj—. Esto es lo que siento. No sé si hay palabras siquiera en algún lenguaje humano para empezar a hablar de ello.

—Probablemente no —musitó ella. Tras un momento, se permitió darle un abrazo. Había algo reconfortante incluso en la fría carne gris. El dolor era el dolor, pensó. Era dolor y pérdida y desesperación..., un final repentino, allá donde debería haber habido una continuación.

Ahora caminó de más buena gana con Nikanj, y los otros ooloi ya no los aislaron delante o detrás.

7

El campamento de Curt contaba con un refugio mayor, pero no tan bien hecho. El techo era un lío de hojas de palmera..., no un techo de paja bien hecho, sino ramas entrecruzadas y cubriéndose las unas a las otras. Sin duda tenía goteras. Disponía de paredes, pero no de suelo. Dentro había un fuego, encendido y humeante. Y ése era también el aspecto que tenía la gente: encendidos, humeantes, sucios, irritados.

Se agruparon a la entrada del refugio con hachas, machetes y porras, y se enfrentaron al grupo de ooloi. Lilith se dio cuenta de que estaba junto a unos alienígenas, frente a un grupo de hostiles y peligrosos humanos.

Se echó hacia atrás.

—No puedo luchar contra ellos —le dijo a Nikanj—. Contra Curt sí, pero no contra los otros.

—Nosotros tendremos que luchar si nos atacan —le contestó Nikanj—, pero tú mantente apartada. Los vamos a drogar fuertemente..., lucharemos para dominarlos sin que haya muertes, a pesar de sus armas. Es peligroso.

—¡No os acerquéis más! —gritó Curt.

Los oankali se detuvieron.

—¡Éste es un lugar humano! —continuó Curt—. ¡Está prohibido para vosotros y vuestros animales!

Miró a Lilith, con su hacha dispuesta.

Ella le devolvió la mirada, temerosa del hacha, pero deseando ir a por él. Deseando matarle. Deseando arrebatarle el hacha y matarlo con ella, o con sus manos desnudas. Que muriese allí, y se pudriese en aquel lugar extraterrestre en el que él había abandonado a Joseph.

—No hagas nada —le susurró Nikanj a Lilith—. Él ya ha perdido toda esperanza de ir a la Tierra. Y ha perdido a Celene: ella será enviada a la Tierra sin él. Y ha perdido su libertad mental y emocional. Déjanoslo a nosotros.

Al principio ella no lo pudo entender..., literalmente no comprendía las palabras que él pronunciaba. No había nada en su mundo más que un Joseph muerto y un Curt obscenamente vivo.

Nikanj la retuvo hasta que también lo hubo reconocido a él como parte de este mundo. Cuando vio que le miraba a él, que forcejeaba con él en lugar de simplemente tirar tratando de ir hacia Curt, repitió sus palabras hasta que ella las oyó, hasta que penetraron en su interior, hasta que se quedó quieta. No hizo ningún intento por drogaría, pero no la soltó.

Hacia un lado, Kahguyaht estaba hablando con Tate. Ésta se mantenía bien alejada de él, aferrando un machete y situada junto a Gabriel, que blandía un hacha. Era Gabriel quien la había convencido de abandonar a Lilith. Tenía que ser él. ¿Y quién había convencido a Leah? ¿Se había decantado por lo más práctico? ¿O había sido el miedo de ser abandonada, de quedarse sola, de ser otra paria desterrada como Lilith?

Halló a Leah y la miró, preguntándose qué sería. Leah apartó la vista. Luego su atención fue devuelta a Tate.

—¡Iros! —estaba suplicando Tate, con una voz que no sonaba a ella—. ¡No os queremos! ¡Yo no os quiero! ¡Dejadnos en paz!

Sonaba como si fuera a llorar. En realidad, las lágrimas ya caían por su cara.

—Nunca te he mentido —le dijo Kahguyaht—. Si usas tu machete contra alguien, perderás la Tierra. Nunca volverás a ver tu mundo natal. Incluso este lugar te será negado.

Dio un paso hacia ella.

—No lo hagas, Tate. Te vamos a dar lo que más quieres: la libertad y el regreso a casa.

—Eso ya lo tenemos aquí —dijo Gabriel.

Curt se puso a su lado.

—¡No queremos nada más de vosotros! —gritó.

Los otros que había tras él manifestaron ruidosamente su acuerdo.

—Aquí os moriríais de hambre —les dijo Kahguyaht—. Incluso en el poco tiempo que lleváis aquí, ya os ha resultado difícil encontrar comida. No hay bastante, y aún no sabéis cómo usar la que hay.

Kahguyaht alzó la voz, hablándoles a todos:

—Se os permitió que nos dejaseis cuando quisierais, para que así pudierais practicar las habilidades que habíais aprendido y que aprendieseis otras nuevas, unos de los otros y todos de Lilith. Teníamos que saber cómo os comportaríais después de dejarnos. Sabíamos que alguno podía resultar herido, pero jamás pensamos que os mataríais los unos a los otros.

—¡No hemos matado a un ser humano! —gritó Curt—. ¡Hemos matado a uno de vuestros animales!

—¿Hemos? —dijo con voz átona Kahguyaht—. ¿Quién te ayudó a asesinarlo?

Curt no le contestó.

—Tú le golpeaste —continuó Kahguyaht— y, cuando estaba inconsciente, lo asesinaste con tu hacha. Lo hiciste tú solo y, al hacerlo, tú mismo te exiliaste permanentemente de tu Tierra.

Habló a los otros:

—¿Os uniréis a él? ¿Queréis que se os saque de este terreno de entrenamiento para ser colocados en familias Toaht con las que viviréis el resto de vuestras vidas, a bordo de la nave?

Los rostros de algunos comenzaron a cambiar..., sus dudas empezaban, o se hacían más grandes.

El ooloi de Allison fue hasta ella, y logró ser el primero en tocar al humano al que había venido a recuperar. Le habló en voz muy baja. Lilith no podía escuchar lo que le decía, pero al cabo de un instante Allison suspiró y

le ofreció el machete.

El ooloi declinó el cuchillo con un gesto de un brazo sensorial, mientras le colocaba el otro en derredor del cuello. La llevó detrás de la línea de oankali, donde se encontraba Lilith con Nikanj. Lilith la miró, preguntándose cómo Allison había podido ponerse en contra de ella. ¿Había sido sólo por miedo? Si lo deseaba, Curt podía meterle el miedo en el cuerpo a cualquiera. Y se trataba de Curt con un hacha..., un hacha que ya había usado para matar a un hombre...

Allison se topó con su mirada, apartó la vista, luego la miró fijamente:

—Lo siento —susurró—. Pensamos que podríamos evitar un baño de sangre yéndonos con ellos, haciendo lo que nos decían. Pensamos... ¡Oh, cómo lo siento!

Lilith se dio la vuelta, mientras las lágrimas volvían a empañarle la visión. De algún modo había sido *capaz* de olvidarse de la muerte de Joseph durante unos minutos. Las palabras de Allison se la habían vuelto a recordar.

Kahguyaht tendió un brazo sensorial hacia Tate, pero Gabriel tiró de ella hacia atrás.

—¡No os queremos aquí! —graznó. Y empujó a Tate tras de sí.

Curt gritó..., un alarido sin palabras, lleno de ira; una llamada de ataque. Se abalanzó contra Kahguyaht, y varios de los suyos se unieron al asalto, lanzándose contra los otros ooloi, blandiendo sus armas.

Nikanj empujó a Lilith hacia Allison y se sumergió en la lucha. El ooloi de Allison sólo se detuvo el instante necesario para gritarle, en rápido oankali:

—¡Mantenía fuera de esto!

Y luego también él se unió a la pelea.

Las cosas pasaron casi demasiado deprisa como para poder seguirlas. Tate y los pocos otros seres humanos que no parecían desear otra cosa que escapar se encontraron atrapados en medio. Wray y Leah, sosteniéndose entre sí, huyeron tambaleantes de la lucha, por entre un par de ooloi que parecían estar a punto de ser hechos trizas por tres humanos que blandían machetes. De repente, Lilith se dio cuenta de que Leah estaba sangrando, y corrió a ayudar a sacarla del peligro.

Los humanos gritaban. Los ooloi no producían sonido alguno. Lilith vio a Gabriel lanzarle un mandoble a Nikanj y fallar por un pelo; le vio alzar de nuevo su hacha, en lo que claramente quería ser un golpe mortal. Entonces, Kahguyaht lo drogó por la espalda.

Gabriel emitió un débil sonido jadeante..., como si no le quedase dentro fuerza suficiente para obligar a salir un grito de su pecho.

Se derrumbó.

Tate aulló, lo agarró y trató de arrastrarlo fuera de la lucha. Había dejado caer el machete, y claramente ya no era una amenaza.

Curt no había abandonado su hacha, que le daba un radio de acción amplio y mortífero. La manejaba como si no pesase nada, controlándola con facilidad, y ningún ooloi se arriesgaba a ser golpeado por ella.

En algún otro lugar, un hombre consiguió clavar su hacha en el pecho de un ooloi, causándole una importante herida. Cuando el ooloi cayó, el hombre saltó sobre él para rematarlo, ayudado por una mujer que llevaba un machete.

Un segundo ooloi los aguijoneó a ambos por detrás. Mientras caían, el ooloi herido se alzó. A pesar del corte recibido, caminó hasta donde aguardaba el grupo de Lilith. Se sentó pesadamente en el suelo.

Lilith miró a Allison, Wray y Leah. Todos ellos observaron al ooloi, pero no hicieron gesto de ayudarlo. Lilith fue hasta él, y vio que, a pesar de su herida, enfocaba perfectamente en ella. Sospechaba que esa herida no le impediría aguijonearla, para dejarla inconsciente o incluso muerta, si se sentía amenazado.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —preguntó. La herida estaba, más o menos, allá donde habría estado su corazón si hubiese sido humano. Supuraba un espeso fluido claro y una sangre tan roja que parecía falsa. Sangre de películas. Sangre de cartel publicitario. Una herida tan terrible debería estar echando fluidos corporales a borbotones, pero el ooloi parecía estar perdiendo muy pocos.

—Me curaré —dijo el ooloi con voz desconcertadoramente calmada—. Esto no es grave.

Hizo una pausa.

—Nunca creí que intentasen matarnos. Ni nunca supe lo duro que sería el no matarlos.

—Deberíais haberlo sabido —murmuró Lilith—. Habéis tenido tiempo suficiente para estudiarnos. ¿Qué os creíais que iba a pasar cuando nos dijisteis que nos ibais a extinguir como especie, a base de trastear genéticamente con nuestros hijos?

El ooloi volvió a enfocar en ella.

—Si tú hubieras usado un arma, seguramente podrías haber matado a alguno de nosotros. Los otros no podrían, pero tú sí.

—Yo no quiero mataros. Yo sólo quiero escapar de vosotros, ya lo sabes.

—Sé que piensas eso.

Apartó su atención de ella y empezó a hacerse algo en la herida con sus brazos sensoriales.

—¡Lilith! —gritó Allison.

Lilith la miró, y luego hacia donde ella señalaba.

Nikanj estaba caído, agitándose en el suelo como ningún otro ooloi lo había hecho antes. Al momento, Kahguyaht dejó de fintar con Curt, se zambulló bajo su hacha, le golpeó y lo drogó. Fue el último humano en caer.

Tate seguía aún consciente, agarrada todavía a Gabriel, que estaba inconsciente por el aguijonazo de Kahguyaht. A alguna distancia, Victor estaba aún consciente también, desarmado, y se abría camino hacia el ooloi herido que estaba cerca de Lilith..., el ooloi de Victor, se dio cuenta ella ahora.

A Lilith no le importaba el encuentro que tuviesen, ya se ocuparían ellos de sí mismos. Corrió hacia Nikanj, evitando los brazos sensoriales de otro ooloi que podrían haberla aguijoneado.

Kahguyaht ya estaba arrodillado junto a Nikanj, hablándole en voz baja. Calló cuando ella se arrodilló al otro lado del caído. De inmediato vio la herida: su brazo sensor izquierdo casi había sido cercenado de un golpe. Parecía estar colgando de poco más que un pliegue de la dura piel gris. El fluido claro y la sangre brotaban de la herida.

—¡Dios mío! —exclamó Lilith—. ¿Podrá..., podrá curarse?

—Quizá —contestó Kahguyaht, con su voz tan molestamente tranquila. Ella odiaba las voces de los ooloi—. Pero tú tienes que ayudarle.

—Sí, claro que le ayudaré. ¿Qué debo hacer?

—Échate a su lado. Agárralo, y agárrale el brazo sensorial, sosteniéndolo en su sitio, para que pueda volver a unirlo..., si es que puede.

—¿Volver a unirlo?

—Quítate la ropa. Puede que esté demasiado débil para abrirse camino a través de la ropa.

Lilith se desnudó, negándose a pensar en lo que pensarían de esto los humanos aún conscientes. Ahora estarían seguros de que era una traidora: desnudándose en el campo de batalla para yacer con el enemigo. Incluso los pocos que la habían aceptado se apartarían de ella tras aquello..., pero había perdido a Joseph, y no podía perder también a Nikanj. No podía quedarse, simplemente, esperando a verlo morir.

Se tendió junto a él, y él se tensó en su dirección, en silencio. Ella alzó la vista en busca de más instrucciones, pero Kahguyaht se había alejado, para examinar a Gabriel. Total, aquí no había nada importante..., sólo su hijo, horriblemente herido.

Nikanj la penetró en el cuerpo con cada tentáculo corporal y craneal que podía alcanzarla y, por una vez, lo sintió del modo que siempre había creído que lo sentiría: ¡le hizo daño! Era como ser usada, sin previo aviso, como alfiletero. Se quedó sin aliento, pero consiguió no apartarse. El dolor era soportable, probablemente nada en comparación con el que Nikanj debía de estar sufriendo..., fuera cual fuese la forma en que ellos experimentaban el dolor. Tendió dos veces la mano hacia el casi segado brazo sensorial, antes de poder obligarse a sí misma a tocarlo. Estaba cubierto por pegajosos fluidos corporales y unos tejidos blanco, gris azulado y gris rojizo colgaban de él.

Lo agarró lo mejor que pudo y lo apretó contra el muñón del que casi había sido cortado.

Pero, seguramente, se necesitaría algo más que esto. Seguro que un

órgano tan pesado, complejo y muscular no se podía volver a unir con la sola ayuda de la presión de una mano humana.

—Inspira profundamente —le dijo, ronco, Nikanj—. Sigue respirando profundamente. Usa las dos manos para sostener mi brazo.

—Estás conectado a mi brazo izquierdo —jadeó ella.

Nikanj produjo un seco y desagradable sonido.

—No tengo control. Tendré que soltarte completamente, luego empezar de nuevo. Si puedo.

Varios segundos después, decenas de decenas de «agujas» fueron retiradas del cuerpo de Lilith. Ella volvió a colocar a Nikanj lo mejor que pudo, de modo que la cabeza de él estuviese sobre el hombro de ella, y ella pudiera llegar al miembro casi segado con las dos manos. Ahora podía sostenerlo y mantenerlo apretado contra el lugar que le correspondía. Podía descansar uno de sus brazos contra el suelo y el otro a través del cuerpo de Nikanj. Era una posición que podía mantener durante un tiempo, siempre que nadie la molestase.

—Así está bien —dijo, preparándose de nuevo para el efecto alfiletero.

Nikanj no hizo nada

—¡Nikanj! —siseó ella, asustada.

Él se agitó, y luego penetró sus carnes tan bruscamente, en tantos lugares..., y tan dolorosamente, que ella lanzó un gemido. Pero consiguió no moverse más allá de una sacudida refleja inicial.

—Inspira profundamente —dijo él—. Yo..., trataré de no hacerte más daño.

—No es para tanto. Lo que no veo es cómo te puede ayudar esto.

—Tu cuerpo puede ayudarme. Sigue respirando profundamente.

No dijo nada más, no hizo ningún sonido que indicase su propio dolor. Ella yació junto a él, con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo, y dejó que éste pasase; se permitió perder la noción del mismo. De vez en cuando la tocaban manos. La primera vez que sucedió esto, miró para ver lo que estaba pasando, y se dio cuenta de que eran manos oankali, apartando insectos de su cuerpo.

Mucho más tarde, cuando ya había perdido totalmente la noción del tiempo, se sintió sorprendida al abrir los ojos a la oscuridad; notó como alguien le levantaba la cabeza y le deslizaba algo debajo.

Alguien había cubierto su cuerpo con ropa. ¿La ropa extra que ella llevaba? Y alguien había colocado más ropa bajo las partes de su cuerpo que parecían necesitar un soporte.

Oyó hablar, trató de oír voces humanas, y no pudo distinguir ninguna. Partes de su cuerpo se le durmieron, luego sufrieron su propio doloroso despertar, sin ningún esfuerzo por su parte. Sus brazos le dolían, luego se calmaron, a pesar de que no cambió de posición. Alguien le puso agua en los labios, y bebió entre jadeos.

Podía escuchar su propio respirar. Nadie tenía que recordarle que respirase profundamente: su cuerpo se lo pedía. Había empezado a hacerlo por la boca. Quienquiera que estuviese cuidando de ella se fijó en esto, y le dio agua más a menudo. Pequeñas cantidades para humedecerle la garganta. El agua le hizo preguntarse qué sucedería si tenía que ir al lavabo, pero el problema no se produjo.

Trocitos de comida le eran puestos en la boca. No sabía lo que era, no podía saborearla, pero parecía darle fuerzas.

En cierto momento reconoció a Ahajas, la compañera femenina de Nikanj, como la propietaria de las manos que le daban el agua y la comida. Al principio se sintió confundida, y se preguntó si la habrían sacado de la selva y llevado a la vivienda familiar. Pero, cuando hubo luz, pudo volver a ver la cúpula vegetal..., verdaderos árboles cargados de epífitas y lianas. Un nido de termitas, redondeado y del tamaño de un balón, colgaba de una rama, justo encima de ella. Nada como esto existía en las ordenadas y tan cuidadas zonas de vivienda oankali.

De nuevo se perdió. Luego se dio cuenta de que no siempre había estado consciente. Y, sin embargo, jamás le pareció haber dormido. Y nunca soltó a Nikanj. No podía dejarlo: él le había congelado las manos, los músculos, en posición, para formar una especie de entablillado vivo que lo sujetase mientras se curaba.

En ciertas ocasiones su corazón latía deprisa, atronando en sus oídos como si hubiera estado corriendo a tumba abierta.

Dichaan se hizo cargo de la tarea de darle agua y comida y protegerla de los insectos. Los tentáculos de la cabeza y el cuerpo no dejaban de aplanársele cuando miraba a la herida de Nikanj. Lilith logró mirar para ver qué era lo que le complacía tanto.

En principio no parecía haber nada de lo que estar complacido: la herida supuraba fluidos que se tornaban negros y hedían. Lilith tenía miedo de que hubiera cogido algún tipo de infección, pero no podía hacer nada al respecto. Al menos ninguno de los insectos locales parecía atraído por ella. Y probablemente tampoco lo estarían los microorganismos. Lo más posible era que Nikanj hubiera traído con él al terreno de entrenamiento lo que fuese que le estuviera provocando esa infección.

Al cabo, la infección pareció irse curando, aunque continuaba fluyendo de la herida un líquido claro. Y Nikanj no la soltó hasta que dejó de fluir por completo.

Lilith comenzó a desperezarse lentamente, y a darse cuenta de que durante un largo tiempo no había estado del todo consciente. Era como si de nuevo se estuviera Despertando, tras la animación suspendida; sólo que esta vez sin dolor. Los músculos que deberían de haber aullado al moverlos tras estar quieta durante tanto tiempo no protestaban en lo más mínimo.

Se movió lentamente, estirando los brazos, las piernas, arqueando la espalda contra el suelo. Pero le faltaba algo.

Miró en derredor, súbitamente alarmada, y se encontró con Nikanj sentado a su lado, enfocado en ella.

—Estás bien —le dijo, con su normal voz átona—. Al principio te encontrarás un poco mareada, pero estás bien.

Ella miró al brazo sensorial izquierdo del ooloi. La curación aún no era completa, aún se veía lo que parecía una mala herida..., como si alguien le hubiera dado un navajazo al brazo y sólo le hubiese hecho una herida superficial.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Él movió el brazo de un modo casual, normal, y lo usó para acariciarle la cara en un reflejo humano adquirido.

Ella sonrió, se sentó, se agarró un momento para que se le pasase el ligero mareo y luego se puso en pie y miró a su alrededor. No había humanos a la vista, ni oankali a excepción de Nikanj, Ahajas y Dichaan. Éste le entregó una chaqueta y unos pantalones, limpios. Más limpios de lo que ella estaba. Tomó la ropa y se la puso de mala gana. No estaba tan sucia como ella se habría imaginado estar, pero, aun así, deseaba lavarse.

—¿Dónde están los otros? —preguntó—. ¿Están todos bien?

—Los humanos están de vuelta en el campamento —dijo Dichaan—. Pronto serán enviados a la Tierra. Les han sido mostradas las paredes de aquí, así que saben que aún siguen a bordo de una nave.

—Tendríais que haberles mostrado las paredes en su primer día aquí.

—Eso haremos la próxima vez. Ésta era una de las cosas que teníamos que aprender de este grupo.

—Mejor aún, demostradles que están en una nave en el mismo momento en que se Despierten —añadió ella—. La ilusión no los conforta durante mucho tiempo, sólo los confunde, les ayuda a cometer errores peligrosos. Yo misma había empezado a preguntarme dónde estaríamos realmente.

Silencio. Un terco silencio.

Miró al brazo sensor de Nikanj, que aún estaba curándose.

—Escúchame —le dijo—. Déjame que os ayude a aprender acerca de nosotros, o habrá más heridas, más muerte.

—¿Quieres caminar por la selva o vamos por el camino más corto, por debajo de la sala de entrenamiento?

Suspiró: ella era Casandra, advirtiendo y prediciendo para una gente que se tornaba sorda en cuanto empezaba a advertirles, a predecirles.

—Vayamos por la selva —contestó.

Nikanj permanecía inmóvil, muy enfocado en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Lilith.

Él rodeó su cuello con su brazo sensorial herido.

—Nadie había hecho nunca lo que nosotros hemos hecho aquí. Nadie había curado una herida tan grave como la mía, tan rápida y completamente.

—No había razón para que murieses o quedases lisiado —contestó ella—. No pude ayudar a Joseph, pero me alegra haberte podido ayudar a ti…, pese a que no tengo ni la menor idea de cómo lo he hecho.

Nikanj enfocó en Ahajas y Dichaan.

—¿El cuerpo de Joseph? —preguntó con voz suave.

—Congelado —le contestó Dichaan—. Esperando ser enviado a la Tierra.

Nikanj frotó la nuca de ella con el frío y duro extremo de su brazo sensorial.

—Pensé que lo había protegido lo bastante —dijo—. Debería haber sido suficiente.

—¿Está Curt con los otros?

—Está dormido.

—¿En animación suspendida?

—Sí.

—¿Y se quedará aquí? ¿No irá nunca a la Tierra?

—Nunca.

Ella asintió con la cabeza.

—No es bastante, pero es mejor que nada.

—Tiene un talento como el tuyo —le dijo Ahajas—. Los ooloi lo usarán para estudiar y explorar ese talento.

—¿Talento?

—Vosotros no podéis controlarlo —explicó Nikanj—, pero nosotros sí. Vuestros cuerpos saben cómo hacer que algunas de sus células reviertan a un estadio embriónico. Pueden despertar genes que la mayoría de los humanos ya no usan tras el nacimiento. Tenemos genes comparables que se tornan durmientes tras la metamorfosis. Tu cuerpo le enseñó al mío cómo despertarlos, cómo estimular el crecimiento de células que normalmente no se regenerarían. La lección fue compleja y dolorosa, pero valió mucho la pena aprenderla.

—Hablas… —su expresión era de duda— de mi problema familiar con el cáncer, ¿no?

—Ya no es un problema —le corrigió Nikanj, alisando sus tentáculos corporales—. ¡Es un regalo, que me ha devuelto la vida!

—¿Habrías muerto?

Silencio.

Tras un rato, Ahajas dijo:

—Nos hubiera abandonado. Se hubiera convertido en Toaht o Akjai, y dejado la Tierra.

—¿Por qué? —preguntó Lilith.

—Sin tu regalo, no hubiera podido recuperar el uso completo de su brazo sensorial. No hubiera podido concebir hijos. —Ahajas dudó—. Cuando nos enteramos de lo que había pasado, creímos haberlo perdido. ¡Había estado con nosotros tan poco tiempo! Sentimos..., quizá sentimos lo que tú sentiste cuando murió tu compañero. Para nosotros no parecía haber nada que hacer en el futuro, hasta que Ooan Nikanj nos dijo que tú le estabas ayudando, y que se recuperaría totalmente.

—Kahguyaht actuó como si no estuviese ocurriendo nada inusual —comentó Lilith.

—Estaba aterrado por mí —le explicó Nikanj—. Sabe que no le caes bien. Pensó que cualquier instrucción que él te diera, fuera de lo esencial, te irritaría o te harían perder tiempo. Estaba muy, muy asustado.

Lilith rió amargamente.

—Es un buen actor.

Nikanj hizo sonar sus tentáculos. Apartó su brazo sensorial del cuello de ella y llevó al grupo hacia el poblado.

Lilith le siguió, automáticamente, mientras sus pensamientos saltaban de Nikanj a Curt y a Joseph. Curt, cuyo cuerpo sería utilizado para enseñarles a los ooloi más acerca del cáncer. No se atrevió a preguntar si estaría consciente y conocería lo que le hacían mientras se llevaban a cabo esos experimentos. Esperaba que así fuera.

8

Cuando llegaron al campamento casi era de noche. La gente estaba reunida alrededor de los fuegos, hablando, comiendo. Nikanj y sus compañeros fueron recibidos por los oankali en una especie de regocijado silencio..., una confusión de brazos y tentáculos sensoriales, un relatar de experiencias por estimulación neural directa. Podían pasarse los unos a los otros experiencias completas, y luego discutir la experiencia en una conversación no verbal. Tenían todo un lenguaje de imágenes sensoriales y señales aceptadas que sustituían a las palabras.

Lilith los contempló envidiosamente. No acostumbraban a mentirles a los humanos, porque su lenguaje sensorial les había dejado sin el hábito de mentir..., sólo sabían retener información, rehusar el contacto.

En cambio, los humanos mentían a menudo y con facilidad. No podían fiarse unos de otros. Y no podían fiarse de una de ellos que parecía demasiado próxima a los alienígenas, que se había desnudado y echado al suelo para ayudar a su carcelero.

Hubo un silencio en la fogata en la que Lilith eligió sentarse: Allison, Leah y Wray, Gabriel y Tate. Tate le dio un ñame tostado y, para su sorpresa, pescado cocido. Miró a Wray.

Wray se alzó de hombros.

—Lo atrapé con las manos. ¡Vaya locura! Era de la mitad de mi tamaño, pero nadó hasta mí, corno pidiéndome que lo pescase. Los oankali me dijeron que me podían haber cogido a mí algunas de las cosas que nadan por el río: anguilas eléctricas, pirañas, caimanes... Trajeron lo peorcito de la Tierra. Y, sin embargo, nada me molestó.

—Victor halló un par de tortugas —añadió Allison—. Nadie sabía cómo cocinarlas, así que cortaron la carne a tiras y la asaron.

—¿Qué tal estaba? —preguntó Lilith.

—Se la comieron. —Allison sonrió—. Y, mientras estaban cocinándola y comiéndosela, los oankali se mantuvieron alejados de ellos.

Wray sonrió de oreja a oreja.

—Tampoco se ve a ninguno de ellos alrededor de esta fogata, ¿no?

—No estoy seguro —intervino Gabriel.

Silencio.

Lilith suspiró.

—Bien, Gabe, ¿qué mosca te ha picado esta vez...? ¿Qué son: preguntas, acusaciones o condenas?

—Quizá las tres cosas.

—¿Y bien?

—No luchaste. ¡Elegiste estar en el bando de los oankali!

—¿Contra vosotros?

Un irritado silencio.

—¿En qué bando estabas tú cuando Curt mató a Joseph a hachazos?

Tate apoyó una mano en el brazo de Lilith.

—Curt se volvió loco —explicó. Hablaba muy suavemente—. Nadie pensó que fuera a hacer una cosa así.

—Lo hizo —afirmó Lilith—. Y todos os quedasteis mirándole.

Estuvieron jugueteando con la comida un rato, en silencio, ya no disfrutando del pescado, compartiéndolo con gente de las otras fogatas, que llegaban ofreciéndoles nueces de cajú, trozos de fruta o mandioca braseada.

—¿Por qué te quitaste la ropa? —preguntó repentinamente Wray—. ¿Por qué te acostaste en el suelo con un ooloi, en medio de la lucha?

—La lucha había acabado —explicó Lilith—. Eso lo sabéis. Y el ooloi con el que me acosté era Nikanj. Curt casi le había cercenado uno de sus brazos sensoriales. Eso también lo sabéis, ¿no? Le dejé usar mi cuerpo para curarse.

—Pero, ¿por qué ibas a querer ayudarle? —susurró secamente Gabriel—. ¿Por qué no le dejaste morir?

Todos los oankali de la zona debieron de oírle.

—¿Y para qué hubiera servido eso? —inquirió ella —. Conozco a Nikanj desde que era niño. ¿Para qué iba a dejarlo morir…, para que entonces me pusieran con un desconocido? ¿De qué habría servido eso, a mí o a cualquiera de los que hay aquí?

Él se echó hacia atrás, apartándose de ella.

—Siempre tienes una respuesta…, pero nunca suena a cierta.

Ella repasó mentalmente las cosas que le podría haber dicho acerca de su propia tendencia a no decir exactamente la verdad. Pero, ignorándolas, preguntó:

—¿Qué sucede, Gabe? ¿Qué es lo que crees que puedo hacer, o que podría haber hecho, para soltaros libres en la Tierra un minuto antes?

No le contestó, pero siguió tercamente irritado. Estaba inerme y en una situación que le parecía intolerable. Alguien debía de tener la culpa.

Lilith vio a Tate tender la mano hacia él y tomar la suya. Por unos segundos se tocaron con las puntas de los dedos, recordando a Lilith el modo en que una persona no acostumbrada sostendría una serpiente que le hubieran dado a coger. Consiguieron soltarse el uno al otro sin parecer echarse atrás presa de revulsión, pero todos sabían lo que sentían. Todo el mundo lo había visto. Esto, sin duda, era otra cosa de la que tenía que responder Lilith.

—¿Qué hay de *esto?* —preguntó amargamente Tate. Agitó la mano que Gabriel había tocado como para limpiársela de algo—. ¿Qué es lo que hacemos respecto a esto?

Lilith hundió los hombros, desanimada.

—No lo sé. Lo mismo nos pasaba a Joseph y a mí. Nunca llegué a preguntarle a Nikanj qué era lo que nos había hecho. Sugiero que se lo preguntéis a Kahguyaht.

Gabriel agitó la cabeza.

—No quiero verlo…, *no.* ¡Y menos preguntarle algo!

—¿De veras? —inquirió Allison. Su voz estaba tan repleta de tanta honesta interrogación que Gabriel se limitó a lanzarle una mala mirada.

—No —intervino Lilith—, realmente no. Desearía odiar a Kahguyaht. Trata de odiarlo. Pero, en la lucha, fue a Nikanj a quien trató de matar. Y aquí, ahora, es a mí a quien echa las culpas, de quien desconfía. ¡Infiernos, los oankali me colocaron para ser el foco de la culpa y la desconfianza, pero yo no odio a Nikanj! Quizá no pueda. Todos estamos un tanto forzados, al menos en lo que a nuestros ooloi individuales se refiere.

Gabriel se puso en pie. Se alzó sobre Lilith, mirándola con odio. El campamento se había quedado en silencio, con todo el mundo observándole.

—¡No me importa una puta mierda lo que tú sientas! —le dijo—. Estás hablando de tus sentimientos, no de los míos. ¿Por qué no te desnudas y te tiras a tu Nikanj, aquí en medio, para que todo el mundo lo vea? ¡Sabemos que eres su puta! ¡Todo el mundo lo sabe!

Le miró, repentinamente cansada, harta.

—¿Y qué es lo que tú eres cuando pasas las noches con Kahguyaht?

Por un momento creyó que iba a atacarla. Y, por un momento, lo deseó.

En lugar de ello, él se volvió y caminó bruscamente hacia los refugios. Tate miró con odio a Lilith por un instante, luego fue tras él.

Kahguyaht dejó el fuego de los oankali y se acercó a Lilith.

—Podrías haber evitado eso —le dijo suavemente.

Ella no alzó la vista para mirarle.

—Estoy cansada —dijo—. Dimito.

—¿Cómo?

—¡Que lo dejo! Ya no haré más de chivo expiatorio para vosotros, ya no quiero seguir siendo vista como una Judas por mi gente. No me merezco esto.

Él se quedó al lado de ella un momento más, luego se fue tras Gabriel y Tate. Lilith lo miró alejarse, agitó la cabeza y rió amargamente. Pensó en Joseph, le pareció sentirlo a su lado, le escuchó decirle que tuviera cuidado, preguntarle que para qué la iba a servir el tener a las dos razas en contra. De nada, sólo estaba cansada. Y Joseph no estaba allí.

9

La gente evitaba a Lilith. Ella sospechaba que la veían como una traidora o como una bomba de relojería.

Estaba contenta de que la dejasen sola. Ahajas y Dichaan le preguntaron si quería irse a casa con ellos cuando se marcharon, pero ella declinó la oferta. Quería quedarse en un ambiente terrestre hasta que se fuese a la Tierra. Quería quedarse con seres humanos, aunque por el momento no los amase nada.

Cortaba leña para el fuego, recogía frutas silvestres para las comidas o para ir picando, incluso pescaba peces, probando un método sobre el que había leído: pasó horas anudando tallos de hierbas fuertes y pedacitos de caña, construyendo un largo y suelto cono, a cuyo interior podían entrar nadando los pequeños peces, pero del que no podían salir. Pescaba en los arroyos que fluían al río y, al cabo, era ella quien suministraba la mayor parte de los peces que comía el grupo. Experimentó ahumándolos, y obtuvo unos resultados excepcionalmente buenos. Nadie rechazaba los peces porque fuera ella quien los había pescado. Por otra parte, nadie le preguntaba cómo había hecho las trampas para peces..., así que ella tampoco se lo explicó. No hizo más de maestra, a menos de que alguien viniera a hacerle preguntas. Esto era más doloroso para ella que para los oankali, porque había descubierto que le encantaba enseñar. Pero le resultaba mucho más gratificante enseñar a un estudiante voluntario que a una docena de resentidos.

Finalmente, la gente comenzó a acercársele de nuevo. Una poca gente. Allison, Wray y Leah, Víctor... Al fin, compartió sus conocimientos sobre trampas para peces con Wray. Tate la evitaba, quizá para complacer a Gabriel, quizá porque había adoptado la forma de pensar de él. Lilith la echaba a faltar, porque Tate había sido una amiga, pero de algún modo no podía estar disgustada con ella. Y no había otra amiga íntima para ocupar el lugar de Tate. Incluso la gente que venía a ella con preguntas no se fiaba de ella. Sólo estaba Nikanj.

Nikanj jamás trataba de hacerle cambiar de comportamiento. Tenía la sensación de que él nunca objetaría a nada que ella hiciera, a menos que empezase a hacer daño a la gente. Por la noche, ella yacía con él y con sus compañeros, y la complacía del mismo modo que lo había hecho antes de conocer a Joseph. Al principio no era esto lo que ella quería, pero al fin había acabado por apreciarlo.

Entonces se dio cuenta de que era capaz de tocar de nuevo a un hombre y hallar placer en ello.

—¿Tan ansioso estás por aparearme con algún otro? —le preguntó a Nikanj. Ese día le había entregado a Víctor una brazada de esquejes de mandioca para plantar y se había sentido sorprendida, y brevemente complacida, al notar el tacto de su mano, tan cálida como la de ella.

—Eres libre de buscar otro compañero —le dijo Nikanj—. Pronto Despertaremos a otros humanos. Quiero que te sientas libre de escoger o no a otro.

—Dijiste que pronto seríamos puestos en la Tierra.

—Dejaste de enseñar y la gente está aprendiendo más lentamente, pero creo que pronto estarán dispuestos. —Antes de que pudiera seguir haciéndole preguntas, otros ooloi lo llamaron para que fuese a nadar con ellos. Eso probablemente significaba que iba a dejar por un tiempo el terreno de entrenamiento. A los ooloi les gustaba emplear las salidas subacuáticas siempre que podían; siempre que no estaban guiando humanos.

Lilith miró en derredor del campo y no vio nada que quisiese hacer ese día. Envolvió pescado ahumado y mandioca asada en hojas de plátano y lo puso todo en uno de sus cestos con unos plátanos. Vagabundearía un poco. Y posiblemente luego regresase con algo útil.

Era tarde cuando inició la vuelta, con el cesto lleno de unas vainas que daban una pulpa casi tan dulce como el caramelo, y un fruto de palma que había podido cortar de un árbol pequeño con su machete. Las vainas, inga se llamaban, iban a encantar a la gente. Y a Lilith no le gustaba demasiado aquel fruto de palma, pero a otros sí.

Caminaba rápidamente, sin deseos de encontrarse en medio de la selva cuando se hiciese oscuro. Pensó que, probablemente, sabría hallar el camino de vuelta a casa en la oscuridad, pero no deseaba tener que hacerlo. Los oankali habían hecho aquella jungla demasiado real. Sólo ellos eran invulnerables a las cosas cuyas picaduras, mordiscos o aguzadas espinas resultaban mortíferas.

Era ya casi demasiado oscuro para ver bajo la cúpula verde cuando llegó al poblado.

Y, sin embargo, en el poblado sólo había un fuego. Ésta era la hora de cocinar, hablar, hacer cestos, redes y otras pequeñas cosas que podían ser hechas automáticamente, mientras la gente disfrutaba de la compañía de los otros. Pero sólo había un fuego, y una única persona cerca del mismo.

Cuando llegó junto a la fogata la persona se puso en pie, y vio que era Nikanj. No había señales de nadie más.

Lilith dejó caer su cesto y corrió los últimos pasos hasta el campamento.

—¿Dónde están? —preguntó—. ¿Por qué no fue alguien a buscarme?

—Tu amiga Tate dice que siente mucho el modo en que se comportó —dijo Nikanj—. Quería hablar contigo; dijo que lo hubiese hecho en los próximos días. Pero resultó que no tuvo más días aquí.

—¿Dónde está?

—Kahguyaht le ha incrementado la memoria, tal como yo hice contigo. Cree que eso la ayudará a sobrevivir en la Tierra y ayudará a los otros humanos.

—Pero... —Se le acercó, agitando la cabeza—. ¿Qué hay de mí? Hice todo lo que me pedisteis, no le hice daño a nadie... *¿Por qué estoy aún aquí?*

—Para salvar tu vida. —Tomó su mano—. Hoy me llamaron a reunión para contarme las amenazas que han sido hechas en contra de ti. Ya había

oído la mayor parte de ellas. Lilith..., hubieras acabado como Joseph.

Ella negó con la cabeza. Nadie la había amenazado directamente. La mayor parte de la gente tenía miedo de ella.

—Hubieras muerto —repitió Nikanj—. Dado que no nos pueden matar a nosotros, te hubiesen matado a ti.

Ella le maldijo, negándose a creerle, aunque, a otro nivel, sabiéndolo, creyéndolo. Le echó las culpas, lo odió y lloró.

—¡Podrías haber esperado! —dijo, finalmente—. Podrías haberme llamado de vuelta antes de que ellos se fuesen.

—Lo siento —dijo él.

—¿Por qué no me llamaste? *¿Por qué?*

Él anudó sus tentáculos del cuerpo y la cabeza, angustiado.

—Podrías haber reaccionado de muy mala manera. Con tu fuerza, podrías haber hecho daño, quizá matado a alguien. Podrías haberte ganado un lugar al lado de Curt. —Relajó los nudos y dejó caer inertes sus tentáculos—. Joseph ha desaparecido. No quise correr el riesgo de perderte también a ti.

Y ella no pudo seguir odiándolo. Sus palabras le recordaban demasiado sus propios pensamientos cuando se había tendido para ayudarle, a pesar de lo que los humanos pudieran pensar de ella.

Fue a uno de los troncos cortados que servían como asientos en torno al fuego y se sentó.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí? —susurró—. ¿Alguna vez sueltan al chivo expiatorio?

Nikanj se situó al lado de Lilith, incómodo, deseando doblarse en su posición de sentado pero no hallando en el tronco bastante sitio como para mantener el equilibrio.

—Tu gente escapará de nosotros en cuanto llegue a la Tierra —le dijo—. Lo sabes. Tú les animaste a hacerlo..., y, naturalmente, lo esperábamos. Les diremos que tomen lo que quieran del campamento y que se marchen. De lo contrario podrían escaparse con menos de lo que necesiten para sobrevivir. Y les diremos que recibiremos con los brazos abiertos a los que quieran volver. A todos. A cualquiera. Cuando ellos quieran volver.

Lilith suspiró.

—¡Que el cielo ayude a cualquiera que lo intente!

—¿Crees que será un error decírselo?

—¿Para qué te molestas en preguntarme lo que pienso?

—Quiero saberlo.

Miró al fuego, se levantó y tiró dentro un tronquito. No volvería a hacer esto en el próximo futuro. No vería fogatas ni recolectaría inga o frutos de palma, ni pescaría un pez...

—¿Lilith?

—¿Queréis que vuelvan?

—Al final volverán. Es preciso.

—A menos que se maten unos a otros.

Silencio.

—¿*Para* qué tienen que volver?

Él desvió la cara.

—Ni siquiera pueden tocarse los unos a los otros, hombres y mujeres..., ¿no es así?

—Eso pasará cuando hayan estado alejados un tiempo de nosotros. Pero no importa.

—¿Por qué no?

—Ahora nos necesitan. No tendrán hijos sin nosotros. Los óvulos y el esperma humanos no se unirán sin nosotros.

Ella pensó un rato sobre esto, luego agitó la cabeza.

—¿Y qué clase de hijos tendrán con vosotros?

—No me has contestado —dijo él.

—¿A qué?

—¿Debemos decirles que pueden volver con nosotros?

—No. Y tampoco seáis demasiado obvios en eso de ayudarles a escapar. Dejadles decidir por ellos mismos lo que quieren hacer. De lo contrario, la gente que luego decida volver parecerá estar obedeciéndoos, traicionando a la Humanidad por vosotros. De todos modos, no os volverán muchos. Algunos pensarán que, al menos, la especie humana se merece una muerte limpia.

—¿Es que lo que deseamos es una cosa sucia, Lilith?

-¡Sí!

—¿Es una cosa sucia el que yo te haya preñado?

Al principio, ella no entendió las palabras. Era como si hubiese empezado a hablar en un idioma que ella no conociese.

—¿Que has... qué....?

—Te he preñado con el hijo de Joseph. No lo hubiera hecho tan pronto, pero quería usar su semilla, no una impresión. No podía relacionarte a ti lo bastante íntimamente con un crío mezclado de una impresión. Y hay un límite al tiempo que puedo mantener vivo al esperma.

Lo estaba mirando, muda. Estaba hablando de un modo tan casual como si hablase del tiempo. Se alzó y se hubiera apartado de él, pero el ooloi la atrapó por ambas muñecas.

Hizo un violento esfuerzo por liberarse, descubrió que no podía soltarse de su apretón.

—¡Dijiste...! —Se quedó sin aliento, y tuvo que empezar de nuevo—.

¡Dijiste que no lo harías! ¡Dijiste...!

—Dije que no lo haría hasta que estuvieses dispuesta.

—¡No lo estoy! ¡Jamás lo estaré!

—Ahora estás dispuesta para tener la descendencia de Joseph. La hija de Joseph.

-¿Hija...?

—Te mezclé una niña para que fuera tu compañera. Has estado muy sola.

—¡Gracias a ti!

—Sí. Pero una hija será tu compañera durante largo tiempo.

—¡No será una hija! —Tiró de nuevo de sus brazos, pero él no la dejó ir—. ¡Será una cosa... no humana!

Contempló su propio cuerpo, con horror.

—¡Está dentro de mí, y no es humana!

Nikanj la atrajo y le pasó un brazo sensorial alrededor de la garganta. Pensó que le inyectaría algo y le haría perder el conocimiento. Esperó la oscuridad, casi con ansiedad.

Pero Nikanj sólo la volvió a sentar en el tronco.

—Tendrás una hija —dijo—. Y estás dispuesta para ser madre. Tú nunca lo hubieses reconocido, del mismo modo que nunca me hubiera invitado Joseph a compartir su lecho..., sin importar lo mucho que me desease tener allí. Nada en ti, excepto tus palabras, rechaza a esta niña.

—¡Pero no será humana! —susurró ella—. ¡Será una cosa! ¡Un monstruo!

—No debes de empezar a mentirte a ti misma. Ése es un hábito mortífero. La niña será tuya y de Joseph, de Ahajas y Dichaan. Y, porque yo la he mezclado, la he moldeado, y me he ocupado de que sea hermosa y sin conflictos mortales, también será mía. Será mi primer hijo, Lilith. Por lo menos, el primero en nacer. Ahajas también está preñada.

—¿Ahajas? ¿Y cuándo ha encontrado el tiempo para ello? ¡Ha estado en todas partes!

—Sí. Y Joseph y tú también seréis padres de su hijo. —Usó su brazo sensorial libre para volverle la cara hacia la de él—. La niña que salga de tu cuerpo se parecerá a Joseph y a ti.

—¡No te creo!

—Las diferencias estarán ocultas hasta la metamorfosis.

—¡Oh, Dios, también eso!

—La criatura nacida de ti y la criatura nacida de Ahajas serán de la misma camada.

—Los otros no volverán a esto —dijo ella—. Yo tampoco hubiese vuelto a esto.

—Nuestros hijos serán mejores que cualquiera de nuestras razas —continuó él—. Moderaremos vuestros problemas jerárquicos y vosotros disminuiréis nuestras limitaciones físicas. Nuestros hijos no se destruirán a sí mismos en una guerra y, si necesitan volver a hacerse crecer un miembro o cambiarse ellos mismos de algún modo, serán capaces de conseguirlo. Y tendrán otros beneficios.

—Pero no serán humanos —insistió Lilith—. Y eso es lo que importa. No puedes entenderlo, pero *eso* es lo que importa.

Sus tentáculos se anudaron.

—La niña que hay dentro de ti importa. —Soltó sus brazos, y las manos de ella se agarraron la una a la otra.

—Esto nos destruirá —susurró ella—. ¡Dios mío… no me extraña que no me dejases marcharme con los otros!

—Te irás cuando lo hagamos todos: tú, Ahajas, Dichaan, yo y nuestros niños. Pero tenemos trabajo que hacer aquí antes de partir. —Se alzó—. Ahora nos iremos a casa. Ahajas y Dichaan nos están esperando.

¿A casa?, pensó amargamente ella. ¿Cuándo era la última vez que había tenido una verdadera casa? ¿Cuándo podría esperar tener una?

—Déjame quedar aquí —dijo. Él rehusaría, sabía que lo haría—. Esto es lo más cerca de la Tierra que parece que me vais a dejar llegar

—Puedes venir aquí con el siguiente grupo de humanos. Vámonos ahora a casa.

Ella pensó en resistirse, en obligarle a drogaría y llevársela de regreso por la fuerza. Pero eso parecía un gesto inútil. Al menos tendría la oportunidad de estar con otro grupo humano. Una posibilidad de enseñarles…, pero nunca una posibilidad de ser uno de ellos. Eso nunca. ¿Nunca?

Otra oportunidad de decir: «aprended y huíd».

Esta vez, ella tendría más información para ellos. Y ellos tendrían largas, saludables vidas ante sí. Quizá pudieran hallar una respuesta a lo que los oankali les habían hecho. Y quizá los oankali no fuesen perfectos. Podría escapárseles alguna gente fértil, aunque fuera poca. Y quizá esa gente fértil pudieran hallarse los unos a los otros. Quizá. «Aprended y huid». Aunque ella estuviera perdida, otros no tenían por qué estarlo. La Humanidad no tenía por qué estarlo.

Dejó que Nikanj la llevase por la oscura selva hacia una de las salidas ocultas.